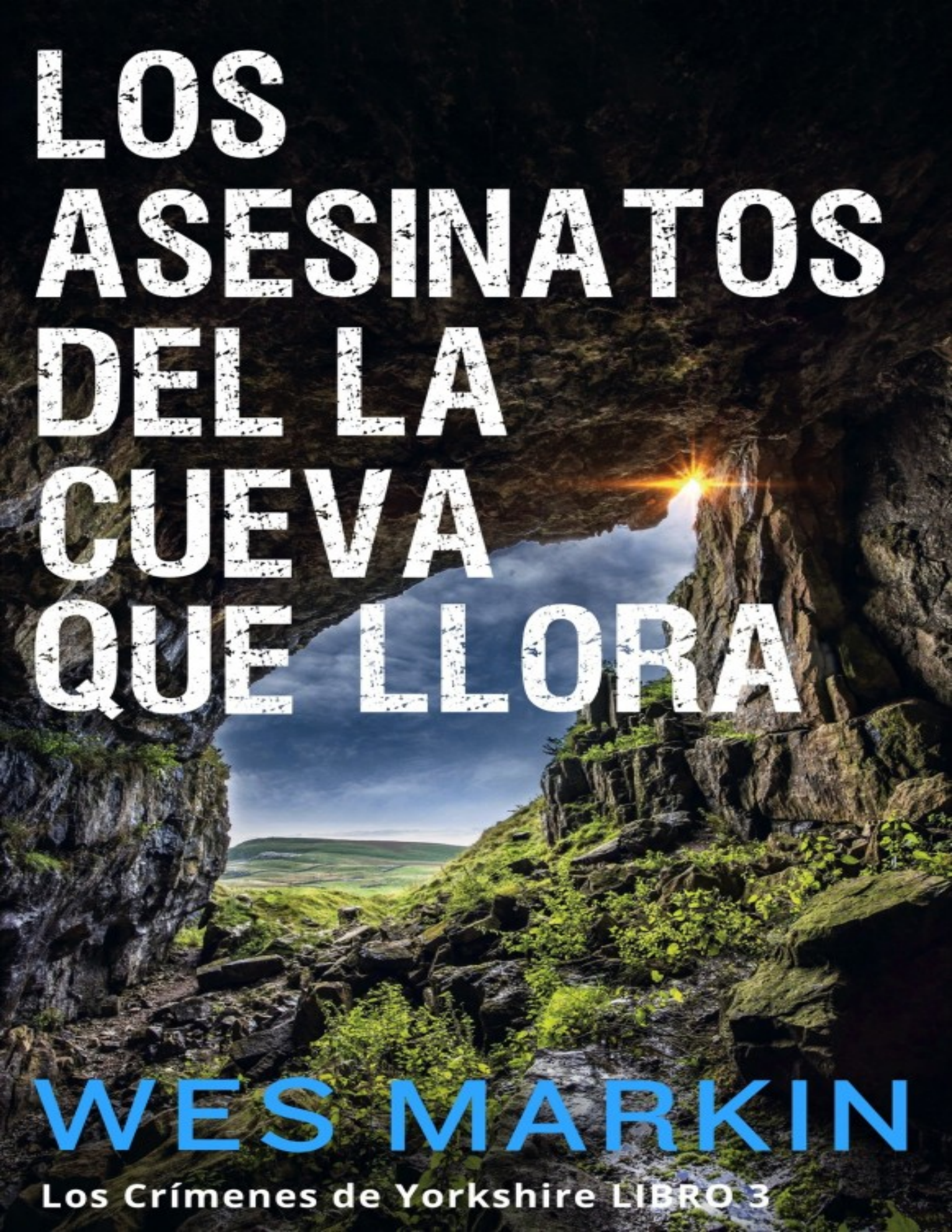

LOS ASESINATOS DEL LA CUEVA QUE LLORA
WES MARKIN
Los Crímenes de Yorkshire LIBRO 3

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Crímenes de Yorkshire

Libro 3

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

A Peter y Janet

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Epílogo

Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

Prólogo

2003

El agente de policía Paul Riddick contemplaba Knaresborough desde la otra orilla del río Nidd, preguntándose qué se sentiría ante una pérdida de una magnitud inenarrable. A su espalda le llegaba el zumbido incesante de sus colegas en busca de la verdad.

¡La verdad!

Un mero premio de consolación para aquellos al otro lado del río que estaban a punto de experimentar lo inenarrable.

Riddick aspiró una profunda bocanada de aire invernal que le quemó las fosas nasales y, aún de espaldas al Pozo Petrificante de la cueva de Mother Shipton, cerró los ojos y espiró mientras repasaba sus recuerdos.

Tenía ocho años y era su primera visita a la cueva de Mother Shipton con su padre. Había quedado fascinado con el Pozo Petrificante. De perfil, parecía la calavera de un gigante y los ojos de Riddick se habían abierto de par en par, inocentes. A su lado había otro niño, quizá un poco mayor, pero igualmente fascinado.

Riddick recordaba algunas de las palabras del niño mientras señalaba los objetos de piedra que colgaban del borde del pozo.

—Todo está completamente congelado. Fijo. Inmóvil. ¿Por qué lo llaman el Pozo Petrificante si todo parece tan apacible?

Después de aquel día, Paul Riddick, con sus ocho años, había pedido volver.

Suplicado, de hecho.

Pero su viejo no tenía esa misma mirada de inocencia. —No vale lo que cuesta, hijo.

A los catorce, Riddick tuvo otra oportunidad. Una excursión de geografía del colegio con el señor Thomas. Poco había cambiado en el Pozo Petrificante. Colgados del borde de la cueva, bañándose en el agua que goteaba cargada de minerales, seguía el mismo surtido de objetos «petrificados»: la bicicleta de carretera, el bombín, la tetera de porcelana y el bate de críquet. Completamente congelados. Apacibles.

La voz del señor Thomas, cargada de emoción, lo había sacado de su ensimismamiento. —El sulfato y el carbonato del agua no tardan mucho en dar a estos objetos su apariencia pétrea.

Riddick abrió los ojos al presente y tomó otra profunda y quemante bocanada de aire. Agradecía tener esos recuerdos porque ya no podría volver a aquel lugar maravilloso. ¿Cómo podría olvidar lo que tenía a sus espaldas?

Cerró los ojos de nuevo y regresó a aquella excursión escolar. Al momento en que había comprado en la tienda el osito cubierto de una costra de carbonato. Un oso que primero se había perdido entre las pertenencias de su madre en el desván, y después, tras el fallecimiento de esta, se perdió para siempre.

—¡Tres meses, Paul! —había dicho un entusiasta señor Thomas al ver el recuerdo que había elegido su alumno—. ¡Solo tardaron tres meses en petrificar ese oso!

Riddick le había sonreído a su profesor. —¿No parece petrificado, señor? Parece… no sé… ¿tranquilo?

Al abrir los ojos, Riddick se dio cuenta de que se había distraído demasiado tiempo. Tenía un trabajo que hacer. Miró el libro de registro. Anotar las visitas que entraban y salían de la escena del crimen no era el trabajo más glamuroso, pero era un comienzo. El primer paso en el camino hacia la verdad.

Se apartó del río Nidd.

Graham Lock, de quince años, estaba sentado en el suelo bajo el Pozo Petrificante, justo en el centro, con las piernas cruzadas. La cabeza colgando hacia delante mientras las gotas caían. El pelo y la ropa mojados, pegados a su cuerpo.

¡Tres meses, Paul! ¡Solo tardaron tres meses en petrificar ese oso!

Riddick suspiró y se preguntó, no sin cierta vergüenza, cuánto tiempo tardaría en petrificarse un chico muerto.

Observó al personal de la Científica peinar la escena. Intentó captar alguna palabra reveladora que flotara en la ligera brisa, pero solo alcanzó a oír quejidos. Junto al chico muerto, el agua rica en minerales repiqueteaba contra el traje blanco del médico legista.

El lugar parecía más concurrido de lo que Riddick esperaba. Casi caótico. Había supuesto que estaría más controlado.

Alguien tosió a su lado.

Se giró y vio al inspector jefe Derek Rice y al inspector Anders Smith.

Riddick nunca había hablado antes con estos altos mandos, pero los había visto por ahí. El inspector jefe Derek Rice era un cabezota bajito y fornido al que le gustaba gritar mucho. El inspector Anders Smith era un hombre alto y atlético, que a menudo hacía reír a la gente en su compañía.

Derek gruñó mientras se registraba con Riddick, quien esperaba no ser la causa del descontento del inspector jefe. —Soy el director de investigación, y el inspector Anders Smith, aquí presente, es mi segundo.

—¿Todo bien, muchacho? —dijo Anders.

Riddick asintió. —Sí, señor.

Anders enarcó una ceja. Una sombra de sonrisa. —¿Tu primera?

Riddick asintió de nuevo. —Señor.

—No es agradable, ¿eh? Recuerdo haber estado donde estás tú, y te aseguro que lo tienes todo bajo control. —Anders le dedicó un guiño—. Sigue así mientras nosotros ponemos en vereda a este gallinero, agente Riddick.

Riddick sonrió. Sintió un calor que lo recorría por dentro. Se sintió como si alguien se hubiera comunicado con él como es debido

por primera vez desde que le habían asignado el trabajo.

Riddick observó a Anders y Derek enfundarse en los trajes protectores blancos y sus ojos no fueron los únicos que se fijaron en los dos responsables. El repentino silencio que se hizo en la escena del crimen sugería que sus colegas también se habían percatado de la presencia de sus jefes.

Tras ponerse el traje, Derek se dedicó a examinar la escena con el ceño fruncido. Algo no le gustaba. Tal vez, como Riddick, consideraba que había demasiada gente.

Riddick había oído que Derek tenía tendencia a perder los estribos con sus colegas, y se preguntó si estaba a punto de presenciarlo en persona.

Anders puso una mano en el brazo de Derek y los dos hombres intercambiaron una mirada. El director de investigación asintió rápidamente a su segundo; entonces, de forma rápida, eficiente y educada, Anders redujo el número de oficiales de la escena del crimen y de agentes, dejando que el médico legista examinara el cuerpo.

Después de dar de baja en el registro a los que se les había pedido que se retiraran por el momento, Riddick se dio cuenta de lo organizado y *controlado* que parecía ahora el lugar.

Anders se arrodilló entonces frente al chico sentado, identificado como Graham Lock, negando con la cabeza y con la mirada perdida. Al final, dijo: «Pobre chaval». Se giró y miró a algunos de los agentes que tenía detrás. «Graham era un buen chaval, ¿eh? Un buen futbolista. ¿Está Cassandra aquí?».

—Se marchó justo después de ver al chico —respondió un agente de más edad.

—Maldita sea —dijo Anders.

—¡Maldita sea, desde luego! —le imitó Derek—. ¿Por qué? ¿Es que no se da cuenta de a qué nos enfrentamos aquí?

Anders se quedó mirando a Derek un instante. Parecía imperturbable, pero la duración de su mirada lo decía todo. —Señor, el hijo de Cassandra es el mejor amigo de Graham. Jugaban juntos en el equipo de fútbol local.

Derek desvió la mirada, negando con la cabeza.

—Cassandra tiene que de estar conmocionada y disgustada, como es comprensible. Dudo mucho que se haya acercado al padre; sin embargo, preparémonos para cualquier eventualidad. —Señaló a un agente—. Sargento detective Sykes, ¿puede comprobar si ya tenemos localizado al padre de Graham? Si no, ¿puede ir usted mismo para allá? No queremos que venga conduciendo hasta aquí.

—Por supuesto, señor.

—Y al salir, sargento detective, compruebe que mantenemos una fuerte presencia en la entrada de la cueva.

—Hecho, señor.

—Increíble —dijo Derek, mirando a Anders.

Anders negó brevemente con la cabeza y Derek volvió a desviar la mirada. —Estamos en una situación volátil y difícil para muchos. Tengámoslo todos presente.

En lo que respecta a las secuelas emocionales, Anders le tenía cogido el pulso a la situación, y Rice dependía claramente de ello. Por ello, sería fácil pensar que Anders era el director de investigación allí. Aquella sensación cálida que había sentido antes creció en el interior de Riddick. He aquí un hombre al que observar…, un hombre al que emular…

Mientras el equipo trabajaba en la escena del crimen, Riddick, que ya llevaba el traje protector, se acercó todo lo que pudo sin ser demasiado evidente. Al final, consiguió tener una vista bastante buena del cuerpo, lo que le excitaba y le repugnaba a partes iguales.

El médico legista le puso una mano a Graham en la barbilla y la otra en la nuca para poder inclinarle la cabeza y mostrar la cara. Una noche no había sido suficiente para incrustar la piel del chico con carbonato. Riddick solo vio carne joven, húmeda y gris. Triste y sin vida.

—Quince años —dijo Anders, asomado por encima del médico legista, negando con la cabeza—. ¿Cómo?

—Me temo que nada evidente.

—Bueno, no vino aquí solo en mitad de la noche —dijo Derek—. Alguien ha matado a este chico. ¿Por qué demonios elegir este lugar?

El médico legista alzó la vista hacia el agua mineral que caía como una lluvia. —Los lugareños solían beber y ducharse aquí —dijo el médico legista—. Creían que tenía poderes curativos.

Derek gruñó. —¿A dónde quiere llegar exactamente?

El médico legista negó con la cabeza. —A nada. Solo le digo lo que sé. ¿Quizá alguien pensó que podría curarlo?

—Pues no ha funcionado, joder. Escuche, es un poco pronto para andar rebuscando en el folclore local y otras gilipolleces —dijo Derek, dándose la vuelta para marcharse—. Déme una causa y una hora de la muerte, por favor; empecemos por la realidad.

Anders lo siguió. Derek se detuvo y se giró. —¡No empiece, Anders, por el amor de Dios! Establezcamos primero los hechos.

—Estoy de acuerdo —dijo Anders, manteniendo la voz baja—. Pero vaya con calma. Todo el mundo va a estar muy alterado con este caso, no solo nosotros. Déjelos hablar, o puede que acaben por no soltar prenda. Cualquier cosa es bienvenida, señor.

—Lo que usted diga —dijo Derek, con sarcasmo—. Estoy deseando oír que Mother Shipton predecía el futuro y que deberíamos ponernos a rastrear sus profecías.

Se giró y siguió alejándose.

Anders se percató de que Riddick lo miraba y puso los ojos en blanco.

La calidez que Riddick sentía antes empezó a bullir. ¡Ese gesto con los ojos! Anders acababa de confiarle su reprobación por el exagerado sarcasmo de Derek.

A medida que avanzaba la noche, la escena del crimen fue procesada. Se precintaron bolsas de plástico. Los flashes de las cámaras rasgaban la negrura de la cueva como relámpagos. Marcadores numerados salpicaban las piedras húmedas.

Mientras tanto, el goteo sobre la cabeza de Graham Lock continuaba.

TOC, TOC, TOC.

¿Cuánto tardaba en petrificarse un chico muerto?

Puede que el goteo del pozo fuera lento y constante, pero el latido del corazón de Riddick era cualquier cosa menos eso. Siempre

se había preguntado qué se sentiría al estar en el centro de algo tan diferente.

Se sentía excitado…, vivo…

Y decepcionado cuando Anders registró su salida de la escena del crimen. —Voy a ponerme al día con la persona que encontró a nuestro chico. El guardia de seguridad. —Negó con la cabeza—. Sí, ya lo sé. No se merece ese título, ¿verdad? —La cueva de Mother Shipton era de propiedad privada. Los intrusos eran un riesgo previsible, ya fuera a través del Nidd o desde los campos de arriba —. Setenta mil visitantes al año, Paul; creo que deberían tirar la casa por la ventana y poner más seguridad.

Riddick se percató del uso de su nombre de pila y la adrenalina se le disparó de nuevo.

Poco después de que Anders se marchara, Riddick intentó abstraerse de los investigadores e imaginó la Fuente Petrificante a primera hora de la mañana: oscura, silenciosa y vacía. El guardia de seguridad haciendo sus rondas…, silbando, quizá…, dueño de sus dominios, enamorado de un trabajo que lo alejaba del mundanal ruido…

Hasta que…

El momento en que bajó la vista hacia aquel chico muerto.

Nunca el nombre del pozo había parecido tan apropiado.

Cansado ya por el exceso de adrenalina, Riddick se volvió de nuevo hacia el río y las luces brillantes de Knaresborough. Al poco tiempo, estaba otra vez perdido en sus recuerdos.

Aquel niño absorto: «Todo está completamente congelado. ¿Por qué la llaman la Fuente Petrificante? Todo parece tan apacible».

Su profesor de geografía, demasiado entusiasta: «Roca de toba y travertino. Eso es lo que se forma alrededor de los objetos».

Y su padre, siempre tacaño: «Échale un vistazo a esa langosta de piedra, hijo mío. Ha costado un dineral. Un maldito despilfarro, si quieres mi opinión».

Riddick se giró y se acercó al pozo para ver si la langosta de piedra seguía colgada allí.

Vio sus pinzas, eternamente suspendidas, listas para atrapar.

A su derecha, Riddick oyó los murmullos de un oficial de la escena del crimen muy seguro de sí mismo. —Ahí, en ese recinto más pequeño, es donde nació Mother Shipton, hija de una prostituta local. Su madre confraternizaba con el diablo. Solían decir que la Fuente Petrificante estaba maldita por el diablo…

Derek, que, por desgracia para los oficiales de la escena del crimen, lo había oído, gruñó: —¿También predijo el fin del mundo para 1881. ¿Acertó?

No hubo respuesta.

—¿Acertó?

Era la primera vez que Riddick le oía usar su infame vozarrón. Cualquier otro día, habría puesto nervioso a Riddick, pero hoy, en presencia de *esto*…, parecía una nimiedad; al menos, para él.

—No, señor —murmuró el antes confiado oficial de la escena del crimen.

—Como alguien vuelva a mencionar la brujería en esta escena del crimen, juro por lo más sagrado que…

Riddick reprimió una sonrisa y volvió a pensar en el señor Thomas, su profesor de geografía: «Mother Shipton predijo el Gran Incendio de Londres en 1666».

Seguido de cerca por su padre, que había dejado la langosta para pasar al siguiente objeto: «Ese calcetín. ¡Parece en mejor estado que los tuyos, Paul!». Y al próximo… «¡Mira qué pinta tiene eso! Parece más una puñetera gárgola que un oso de peluche».

Y entonces Riddick se percató de algo.

En el aquí y ahora. Quizá, en el momento más trascendental de su hasta entonces intrascendente vida.

El oso de peluche había desaparecido.

Y este era un oso de peluche memorable. No uno de esos ositos de piedra que la tienda le había endilgado como recuerdo. Había sido único. Más grande que la mayoría. ¿Gordo, tal vez? ¿O solo estaba hinchado? Desde luego, era feo.

Repulsivo.

Su padre ya lo había dicho en su momento: «Ese oso tiene una pinta maligna de cojones. Imagínate tener eso en la cama. Más le valió al crío que lo tenía deshacerse del bicho ese».

A sus catorce años, con toda su confianza, Riddick se había acercado al oso, preguntándose si colgaba lo suficientemente bajo como para poder cogerlo de un salto. Por supuesto, no lo había hecho, pero eso le permitió verlo con más claridad. La piedra le cubría una oreja por completo o nunca la había tenido. Un ojo pequeño y brillante asomaba a través de la costra, pero donde debería haber estado el otro, no había nada. La piedra de la frente estaba arrugada y plegada, lo que hacía que el oso pareciera enfadado e intimidante, o maligno, como había sugerido su padre.

Era algo en lo que no había pensado durante una década; sin embargo, en ese instante, en esa escena del crimen, veía el monstruoso juguetito con la claridad del día.

—Falta el oso —dijo Riddick, y solo al pronunciar la última palabra se dio cuenta de que lo había soltado como un anuncio en lugar del murmullo para sí que pretendía.

—¿Cómo dice? —dijo Derek.

¡Mierda! Riddick sintió que se le revolvía el estómago. Miró al inspector jefe, cuyo rostro contraído de repente le pareció más malévolo que cualquier oso de piedra maldito.

Supongo que ya no hay vuelta atrás. —Me he dado cuenta de algo. He pensado que podría ser importante.

—¿Algo importante, novato? —dijo Derek, acercándose—. Desembuche, entonces.

—Falta un oso.

—¿Un oso? —Derek miró a su alrededor para ver si alguien más estaba prestando atención. Por supuesto, todos lo hacían, pero muy pocos tenían las agallas de mirar en su dirección—. ¿Un oso pardo?

Se estaba quedando conmigo. —Un oso de peluche, señor.

Derek asintió como si lo estuviera sopesando con detenimiento. A Riddick le ardían las mejillas. Se preguntó si su bochorno sería evidente. Esperaba que la gente simplemente asumiera que el viento gélido le había enrojecido la cara.

Derek asintió. —Ya veo. ¿Y eso es importante por…?

—Bueno, ya no *está*. Y le aseguro que estaba ahí. Al menos cuando yo era más joven. Era feo. Supongo que por eso me interesó. Era más grande que un oso de peluche normal, y parecía

enfadado. Agresivo, incluso. Se me quedó grabado. Lo vi cuando tenía catorce años. Quizá también a los ocho, pero no estoy seguro… —Se dio cuenta de que se estaba enrollando, así que se interrumpió.

—Entonces, ¿nos falta un oso cabreado? —preguntó Derek, rompiendo su expresión fruncida con una ceja enarcada—. ¿Que usted no ha visto en diez años?

Riddick se mordió el labio inferior y asintió rápidamente. Deseó que la tierra se abriera y se lo tragara entero. Aunque, bien pensado, en unos diez segundos, el inspector jefe Derek Rice le ahorraría la espera y, sencillamente, lo enterraría de cabeza.

Derek se llevó las manos a la cara y se la frotó un momento. —Dame paciencia. Tengo un niño muerto, un médico legista que contempla los elementos espirituales del caso y un novato que balbucea sobre un mono de piedra.

—Oso —llegó una voz profunda y reconocible desde detrás de él —. No un mono.

—Es sarcasmo, Anders.

—Sí, señor, lo he pillado. El humor es bienvenido. Está bien mantener un tono más ligero, pero creo que el chaval puede que tenga algo.

—¿Algo?

—Bueno, señor, sabemos, por los años que llevamos en este negocio, que todo en una escena del crimen importa. *Todo*. Quizá deberíamos sentar un precedente aquí. —A pesar de la seriedad de sus palabras, empleó un tono amable, como si estuviera aconsejando en lugar de ordenando.

Derek asintió. —Entiendo lo que dice. —El ceño fruncido de su rostro sugería lo contrario.

—Se lo debemos a Graham, que está allí, el no dejar ni un cabo suelto —dijo Anders—. No es que alguna vez no lo hagamos, señor.

—Le dejo a usted que ate los cabos entonces, Anders, con… — Miró a Riddick y movió la cabeza pidiéndole su nombre.

—Agente de Policía Paul Riddick, señor. No soy un novato… y puede que haya balbuceado, pero no era mi intención… Solo que… ya sabe…

—¿Se sentía nervioso?

—Sí.

—¿Con el inspector jefe Rice? —preguntó Anders, incapaz de reprimir una risilla—. No me lo puedo creer.

Derek arrugó la frente y miró a Anders por encima del hombro con una sonrisa irónica. —Qué cabroncete eres.

Anders resopló. —Vamos… Me gusta. Lanzando sus ideas a un viejo cascarrabias como usted. Tiene agallas.

—Un auténtico domador de leones —dijo Rice, poniendo los ojos en blanco—. Quédeselo. Todo suyo. —Se dio la vuelta y se marchó.

Riddick apenas podía respirar.

Anders Smith le había cubierto las espaldas.

¡El puto Anders Smith!

Se giró y alzó la vista hacia el inspector, que se cernía sobre él. Una mano grande se posó en su hombro derecho. —Es perro ladrador, poco mordedor. Le he visto llorar, ¿sabe? —Anders le guiñó un ojo. Se llevó un dedo a los labios—. Que quede entre nosotros.

—Gracias, señor —dijo Riddick.

—¿Por qué? Seguro que sabe defenderse solo. Además, él conoce el percal. Necesita a gente como usted y como yo. Gente que *ve* cosas. Ese viejo carcamal no ve más allá de sus puñeteras narices. En fin…, cuénteme qué ha visto, hijo. ¿Algo sobre un oso?

—Sí, señor —contestó Riddick, disfrutando del firme agarre del hombre en su hombro derecho, sintiendo que ahora podría relatar su historia de forma concisa. Nada de balbuceos nerviosos—. Fui de excursión con el colegio cuando era más joven...

¡MI QUERIDO OSO!

¡Mi grande y deforme, querido oso!

Con tu único ojo y tu única oreja. ¿Una aberración de la naturaleza? ¿Como yo? ¿O hermoso? ¿Como yo?

Sé, mejor que la mayoría, que la percepción es falible. Así que intentaré decirte la verdad: tu piel es de piedra ahora. Irrompible.

Congelada. Solidificada.

No conservada...

No.

¿Cómo puede algo conservarse de verdad? El fuego podría destruir los mejores esfuerzos de un taxidermista. Seamos cuidadosos con nuestras clasificaciones y diligentes con la verdad, mi querido oso.

Así que... tengo un lugar para ti, querido oso, donde podrás durar para siempre. Y es un lugar donde nadie volverá a encontrarte ni a tocarte jamás.

Por fin tienes lo que querías..., lo que necesitabas...

Venga, entra...

Sé que está oscuro.

Sé que hace frío.

¡Pero es seguro!

¿No lo ves?

Mi irrompible, congelado, solidificado y queridísimo oso. Deja que te encierre para siempre.

lectuepublibre2.com

1

Su difunta esposa le acarició la parte superior del brazo.

Riddick abrió los ojos con las palabras «¿Estás de humor?» en la punta de la lengua. Se detuvo justo a tiempo.

Con el corazón encogido, como cada vez que se despertaba, alzó la vista hacia la mujer que se inclinaba sobre él y le frotaba el brazo.

Claire Hornsby. Terapeuta de duelo.

—Oh, mierda, lo siento —dijo Riddick, enderezándose en su silla de plástico y mirando a su alrededor. Lo último que recordaba era estar sentado en círculo con otras catorce personas. Ahora, sus sillas de plástico estaban todas vacías.

Suspiró, inmensamente aliviado por no haberle tirado los tejos sin querer a aquella mujer a la que apenas conocía—. Nunca me había pasado.

—¿Quedarse dormido en una reunión?

—Sí. —Se frotó la cara y se inclinó hacia delante.

—¿Así que solo en mi sesión?

Riddick miró a Claire. Parecía cabreada—. No quería decir eso. Estuvo bien. Yo…

Ella sonrió—. No se preocupe… era broma, aunque, *de verdad*, que es la única persona que se ha quedado traspuesta en una de mis sesiones. La mayoría de la gente suele permanecer despierta cuando los demás están desahogándose. Kiera estaba…

—¡Kiera! Joder. Perdió a su marido en un incendio. —Se frotó la cara de nuevo—. Dios, me siento fatal. ¿Se dio cuenta?

—No estoy segura. No ha roncado, así que puede que no. Pero todo el mundo *sí* se dio cuenta cuando se levantaron para irse y usted se quedó quieto. —Le señaló el hombro húmedo—. Estaba babeando. He sopesado la idea de dejarlo aquí para que lo encontrara la de la limpieza por la mañana. Se le ve agotado.

Se puso de pie—. Un mal momento en el trabajo.

—Es usted detective. Supongo que el crimen no siempre elige las horas de luz, ¿no?

—Algo así.

—¿Pero va a volver? —preguntó Claire.

Riddick desvió la mirada.

—Supongo que eso es un no. —Parecía decepcionada.

Lo era.

—Después de solo dos sesiones.

—Lo intenté.

—Se ha pasado la mayor parte del tiempo durmiendo. Y todavía no ha hablado con el grupo.

A Riddick le costaba mirarla a los ojos. Era una situación incómoda—. Es que no tengo mucho que decir. Para empezar, no conozco a nadie de aquí.

—Sí… de eso se trata.

—Pero ellos tienen su propio duelo. Los respeto por hacerlo, pero yo, ya sabe, no puedo. Nunca he sido de los de «ay, pobre de mí». No es mi estilo.

—¿Es usted un hombre tradicional? —Se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa irónica.

—No. Me sentiría igual si fuera una mujer.

Sacudió la cabeza—. ¿Y para qué vino entonces?

—Una amiga… Pensó que me vendría bien.

—¿Nunca ha ido en serio? —Ahora parecía irritada.

Riddick se mordió el labio inferior y le dedicó una mirada de disculpa—. Lo siento…

—¿Siempre hace lo que le dicen sus amigos? —preguntó Claire.

—Solo lo que me dice esta. Se lo debo.

—¿Cómo se llama?

—Emma.

—¿Por qué se lo debe?

—Me ha sacado de unos cuantos apuros. Algunos bastante gordos, la verdad.

—Tiene suerte de tener una amiga así.

Riddick asintió—. Soy estúpido en muchos sentidos, Claire. En *muchísimos*. Pero eso es algo que sí entiendo. Eso lo tengo clarísimo.

—Esperemos que le pida que vuelva otra vez.

—Creo que probablemente lo hará. —«Y yo probablemente haré lo que me diga —pensó, suspirando—. Como un niño bueno, porque, si no fuera por ella, seguiría perdido en el fondo de una botella de tequila, y ni de lejos cerca de la salvación. De hecho, probablemente estaría muerto».

—Eso espero —dijo Claire—. Creo que desahogarse aquí le hará sentir… —Se interrumpió cuando Riddick puso los ojos en blanco.

—Mierda… lo siento. ¿Ha visto eso?

—Sí —dijo Claire, sonriendo—. Así que ahora se lo ruego: quítese ese peso de encima.

Él suspiró—. Todo el mundo por aquí sabe quién soy. Usted incluida, por cierto. *Todos* ustedes ya saben lo que les pasó a Rachel y a mis hijos. También saben que durante mucho tiempo no fui el poli favorito de todo el mundo por aquí…

—Para empezar, Paul, sepa que no todo el mundo lee los periódicos. Intente vivir sin tantas suposiciones —dijo Claire.

—¿Entonces no lo sabe?

—Lo sé, pero lo que digo sigue siendo válido. Y escuche, este sitio es exactamente lo que necesita. Este es el lugar más seguro que puede encontrar para afrontar la pérdida sin juicios. Nadie aquí le juzgará. No es por eso por lo que están aquí.

—Quizá.

—¿Quizá? No parece convencido.

—Siempre me he preguntado si este tipo de cosas son… ya sabe… solo un deporte para espectadores —dijo, señalando el círculo de sillas.

—¿Qué quiere decir? —ladeó la cabeza.

—Usar los problemas de los demás para sentirse mejor con los propios. Porque, al fin y al cabo, siempre hay alguien que está peor. Escuchas su historia y te sientes un poco mejor con la tuya. ¿Entiende lo que quiero decir?

—No. Creo que tiene una visión muy estrecha de la gente. Todo el que viene aquí quiere vivir con su duelo, aceptarlo, verlo como una parte natural de la vida. La gente no busca victorias rápidas. Un encogimiento de hombros. —Puso una voz bronca—. Un «anímese, hombre, que algunos lo tienen mucho peor».

Riddick sonrió. Su imitación le recordó a su padre—. De verdad que me ve como un neandertal que se golpea el pecho, ¿no?

—No… —sonrió—. O al menos no como uno que se golpea el pecho…

—Mire, se lo agradezco, Claire, de verdad que sí, pero de todos modos no funcionaría para mí. La mayoría de la gente de aquí solo ha perdido a una persona. Yo los perdí a todos. No estoy seguro de poder encontrar aquí la perspectiva que me promete.

La miró. Ella tenía una expresión compasiva en el rostro.

—Y no haga eso. —Le señaló la cara—. Mierda, estoy hasta las narices de la compasión.

—¿Qué le parece esta? —dijo ella, forzando una enorme sonrisa.

—Mejor.

Hasta ahora no se había fijado realmente en lo atractiva que era Claire. Debía de tener su edad, unos cuarenta y cinco, y su misma altura. complexión delgada. Pelo largo y oscuro. No iba demasiado maquillada. Unos pómulos parecidos a los de Rachel. Y también ojos verdes.

Además, escuchaba y parecía, al menos hasta ese momento, tener buen humor.

Y no llevaba alianza.

—¿Quiere que vayamos a tomar algo alguna vez? —le preguntó.

La sonrisa forzada se esfumó.

Riddick se sonrojó. —Mierda… lo siento. ¿Acabo de decir eso? No tengo ni idea de dónde ha salido.

—Yo sí —dijo Claire—. Ha salido de que quiere usted abrirse, Paul. Y se da cuenta de que puede abrirse conmigo. Y por eso mismo debería seguir viniendo aquí. —Le puso una mano en el brazo —. No confunda esos sentimientos con atracción. Y no se avergüence. Por favor. En otra vida, en otra situación, me sentiría halagada. Vuelva. Con el tiempo, podrá sincerarse conmigo y con todos los demás. —Enarcó una ceja.

Él se descubrió asintiendo sin siquiera pensarlo.

—¿Tiene el móvil a mano? —le preguntó ella.

—Claro —dijo Riddick mientras lo sacaba.

—Apunte mi número —le indicó ella, retirando la mano de su brazo.

Le dijo su número y él lo marcó.

—Ahora, si esa amiga suya, Emma, no consigue hacerle entrar en razón y decide abandonar mi encantador grupito, por favor, llame. Podemos quedar para tomar un café… para hablar.

Riddick asintió y se rio. —Gracias. ¡Es usted muy buena! La mayoría de los terapeutas con los que he hablado solo han conseguido irritarme. Usted tiene un don natural. —Quiso seguir con los cumplidos, pero logró contenerse para no quedar como un completo ligón.

Ella sonrió. —La verdad es que no llevo mucho tiempo en esto. Fue un cambio de carrera bastante tardío.

Él asintió. —¿Qué la llevó a ello?

—Una experiencia que me cambió la vida. —Mantuvo la mirada fija en la de Riddick—. Mi marido se quitó la vida y… —Abrió la boca para decir algo más, pero entonces pareció cambiar de opinión y la cerró. Un instante después, volvió a hablar—. Así que decidí que podía usar mis experiencias para ayudar a otros.

Riddick se la quedó mirando. Ella apenas se inmutó. No tenía un rostro impasible, pero la tristeza de su expresión no era tan evidente como la que él mismo irradiaba. —Lo siento.

—Ayuda, Paul. Todo esto ayuda. No lo haría si no fuera así.

—Creo que soy un gilipollas. Lo siento.

Ella sonrió. —Perdonado. Aunque, en realidad, no creo que sea usted un gilipollas. Un neandertal que se da golpes de pecho, pero

no un gilipollas.

Riddick sonrió. Consultó su reloj. —Será mejor que me vaya. El trabajo del que le hablaba. Puede que yo no sea la persona más agradable del mundo, pero tengo que ir a vigilar a alguien que es mucho peor.

—No se queme.

—Intentaré no hacerlo.

Una mentira.

Ella lo miró un instante. —Vuelva, Paul, por favor. Dele otra oportunidad.

Si eso significa pasar más tiempo contigo, Claire, entonces sí, lo consideraré detenidamente…

Riddick hizo un gesto hacia el móvil que todavía sostenía en la mano. —Se lo haré saber. Se lo prometo.

AUNQUE NO HABÍA NEVADO en todo el día y el ayuntamiento había cumplido con su deber de echar sal, las bajas temperaturas aseguraban que las carreteras supusieran una cierta amenaza. Riddick conducía despacio.

Al llegar a su destino, aparcó marcha atrás entre los mismos dos coches entre los que había aparcado la noche anterior. El coche derrapó ligeramente sobre un poco de aguanieve, pero no lo suficiente como para darle al parachoques del Renault negro.

Joder, Paul, esa no habría sido la forma más sutil de empezar una noche de vigilancia. ¡Intercambiando datos con uno de los vecinos del cabrón!

Se dejó caer en el asiento y apagó el motor. El coche se enfriaría muy rápido, así que se subió la capucha de su chaqueta de esquí forrada de pelo. Había sobrevivido a las bajas temperaturas durante varias horas la noche anterior. Volvería a sobrevivir. Sintió una punzada de emoción al pensar que esa podría ser la última noche, ya que le habían asegurado que la orden judicial estaría lista para mañana. Los retrasos la habían demorado una barbaridad. Su

sistema, como la mayoría de los sistemas de este puto país en la actualidad, era un completo desastre.

Alzó la vista hacia la ventana iluminada en el segundo piso de la casa adosada de ladrillo rojo que tenía enfrente. La habitación estaba casi siempre encendida cuando Riddick venía de visita, incluso en mitad de los lúgubres días de invierno.

Morgan Lark. Cincuenta y dos años. En paro, deprimido y viviendo solo. Denunciado, en múltiples ocasiones, por vecinos preocupados a los que no les había gustado que merodeara por los parques de la zona mirando a sus hijos. Desde los bancos, desde su coche, apoyado en una valla oxidada. Morgan había cubierto todos los frentes. Sin embargo, no se había acercado a ninguno de los niños. Todavía. Era una bomba de relojería.

De ahí la orden judicial que, aunque *frustrantemente* retrasada, estaba en camino. Riddick sabía, como muchos de sus colegas, que en aquella casa encontrarían pruebas de su declive moral. Lo más probable, en forma de pornografía infantil en su ordenador.

Se quedó mirando la ventana iluminada.

En esa habitación, seguro. Donde pasas la mayor parte de los días y las noches, cuando no estás fuera, aprendiendo a acechar. Perfeccionando tus habilidades.

Durante los últimos días, Riddick había seguido a Morgan a esos parques; al mercado de Knaresborough a por comida; a algunas tiendas benéficas; al White Bull, dos veces, a tomarse un par de pintas a primera hora de la tarde; a la oficina de empleo; y a uno de los colegios de la zona, donde había aparcado para ver a los niños salir al terminar la jornada escolar.

Riddick no podía vigilarlo veinticuatro horas al día, pero hacía lo que podía entre sus otras obligaciones, un par de horas de sueño cada noche en un hogar cálido y, por supuesto, una visita a una sesión de duelo en la iglesia metodista. Se aseguraba de quedarse allí hasta al menos las once de la noche, por si a Morgan se le ocurría *evolucionar* al siguiente nivel y decidía cazar a los niños que no estaban bajo la mirada protectora de sus padres, deambulando por calles y parques a horas intempestivas.

Eran las siete. A Riddick le esperaban cuatro frías horas. Ni siquiera usaría el móvil, por si la luz dentro del vehículo delataba su posición.

Aburrido, pero comprometido, se acurrucó y volvió a fijar la vista en la ventana iluminada.

A RIDDICK le dio un calambre repentino en la pierna.

La sacudió arriba y abajo mientras giraba el tobillo. *¡Mierda!*

Bajó la vista y se concentró en masajearla para que volviera a responder.

El proceso era lento y doloroso. Lo que necesitaba era salir del coche y estirar las piernas, pero, por supuesto, no era una opción.

Alguien golpeó la ventanilla del conductor. Casi se le salió el corazón por la boca. Apartó la vista de la pierna y miró hacia la ventanilla, solo para que lo cegara la luz de una linterna.

—¿Va todo bien, señor?

No..., no..., ¡piérdete!

Riddick emitió un siseo inútil para que se callara, como si el loco de la linterna pudiera oírlo a través de la puerta.

Lo que de verdad quería hacer era gritar: «¡Cállese, hombre! ¡Hará que el puto Morgan Lark se asome a la ventana!». Pero gritar habría sido la puntilla.

Así que entreabrió la puerta y una ráfaga de aire invernal le heló la piel. Apartó la linterna de un manotazo para que no le diera en los ojos y alzó la vista hacia un joven agente de policía impecablemente uniformado.

Riddick se deslizó fuera del vehículo con un dedo sobre los labios, mientras la vida volvía a su pierna, aunque en ese momento apenas le prestó atención. Cerró la puerta con cuidado a sus espaldas para apagar las luces interiores del coche. —Por favor, baje la voz, chaval.

Riddick vio un nerviosismo que se traslucía en la mirada del agente inexperto. Le resultaba familiar. Recordaba bien ese tic.

El agente retrocedió un paso hacia la calzada. Por suerte, no venía ningún coche, o aquello habría puesto fin a la vigilancia no autorizada de Riddick con un verdadero espectáculo. —Señor, hemos recibido avisos de que...

—Chist... Yo también soy policía. Baje la voz —siseó Riddick, haciéndole un gesto con las palmas de las manos para que bajara el volumen y dando un paso hacia él.

El joven agente levantó la linterna, cegando a Riddick, que retrocedió tambaleándose hacia su vehículo, cubriéndose los ojos.

—Necesito ver su identificación.

Estúpido, memo, más diligente que nadie.

Buscó a tientas la placa en el bolsillo de su abrigo y la levantó. —Inspector Paul Riddick —susurró—. Ahora, quíteme la jodida linterna de los ojos y escuche.

El agente la dirigió hacia la identificación y la placa. —Manténgala ahí, señor, por favor, para que pueda ver la fotografía...

—Tiene que escuchar... *Maldito idiota. Idiota de remate. Si Morgan Lark se asoma a la ventana, ¡lo sabrá! Lo sabrá de sobra...*

—Gracias, señor. Lo siento. —Señaló la casa junto a la que Riddick estaba aparcado—. Les preocupaba que alguien los estuviera vigilando.

—No los estaba vigilando a ellos. Vigilo esta casa. —Señaló la ventana de Morgan.

Por primera vez en tres largos días, la luz estaba apagada.

—¡Santo cielo! —dijo Riddick, haciendo un esfuerzo por no empezar a gritar obscenidades—. ¡La ha cagado, pero bien!

—Señor, ¿qué? ¿Por qué? Yo solo he respondido a una emergencia...

—Cállese, déjeme pensar. —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. La ha cagado.

—¿El qué he cagado, señor?

—Mi vigilancia, capullo. Y deje de llamarme señor. Por favor, vuelva a su coche.

Mientras observaba al agente subir a su vehículo, casi esperaba que el idiota encendiera las luces o la sirena. El agente no se fue de inmediato. Siendo justos, estaba haciendo lo correcto: telefonear

con el número de identificación de Riddick solo para confirmar que se trataba de un asunto policial.

Se preguntó cuál sería la respuesta. Desde luego, no sería la confirmación de esta vigilancia, ya que no existía. Nada de esto era un asunto policial. Con suerte, la identificación sería suficiente para que el mocoso se largara. Algo como... «Sí, es el Inspector Paul Riddick. Suele salir por su cuenta, a armar un lío de mil demonios. Yo me marcharía, jovencito. La Unidad de crímenes mayores obra de formas misteriosas. Es mejor que no se meta...»

Riddick volvió a entrar en su vehículo, con el corazón a mil por hora y las terminaciones nerviosas alrededor de los ojos palpitando.

Levantó la vista hacia la ventana a oscuras. —Mierda.

El agente arrancó el coche y se marchó.

¡Por fin! Aunque ya es demasiado tarde.

Culpa suya, por supuesto, no del agente novato.

Respiró hondo y sopesó la situación.

¿Se había escapado Morgan? ¿Había salido por la puerta de atrás al ver la placa de Riddick a la luz de la linterna del crío?

Dios... ¿habría bastado eso para llevar a Morgan al límite? Sabiendo que su oportunidad se acababa, ¿se había largado para hacer su primer secuestro?

Riddick volvió a mirar la ventana y entrecerró los ojos.

No... sigues ahí, ¿verdad? Observándome desde la oscuridad, mierdecilla paranoico y asustadizo.

Se arrellanó en el asiento, rezando, y luego rezando un poco más, para que esa maldita luz volviera a encenderse.

Me quedaré aquí toda la noche si hace falta.

PASÓ EL TIEMPO. La luz no volvió a encenderse, ni los nervios de Riddick se calmaron.

Su mente daba vueltas a sus limitadas opciones: quedarse sentado allí toda la noche, irse a casa o entrar en la casa por la fuerza.

¿Y arriesgarse a todo lo que eso podría conllevar?

¿Pruebas dañadas..., una suspensión..., y, lo peor de todo, un traspaso de poder al criminal?

O, ¿le tocaría la lotería? ¿La confirmación de que Morgan se había ido para secuestrar a un niño? Su grito de guerra a sus colegas, y luego una gloriosa sensación de alivio mientras el depredador en ciernes era atrapado, pillado in fraganti...

Riddick se distrajo con dos chicos, que no tendrían más de diez años, que subían por la acera del otro lado de la calle. ¡A las diez y cuarto! ¿Qué les pasaba a esos malditos padres?

Uno de los críos estaba vapeando. El otro pateaba un balón deshinchado por la calle. Ambos escupían y gritaban obscenidades.

En otro día, en otro momento, Riddick habría salido del coche, les habría echado una buena reprimenda y habría buscado una excusa para llevarlos a casa y amonestar a los padres.

Porque si hubiesen sido sus hijas, Molly y Lucy, eso es lo que habría querido que pasara. Que se las trajeran de vuelta. Para poder asegurarse de que estaban a salvo. Siempre a salvo. Con él. Con él y con Rachel.

Pero a esos chicos tendría que salvarlos de sí mismos otro día. Si su tapadera no había saltado ya por los aires, podías jugarte el cuello a que un torrente de insultos de unos prepúberes surtiría efecto.

El niño del balón reventado saltó de repente por encima del muro de un jardín y desapareció por un sendero oscuro hacia lo que debía de ser su casa.

—¡Hasta luego! —le gritó el otro, antes de girarse y cruzar la calle justo por delante del vehículo de Riddick. Se inclinó y escupió en el capó del coche.

¡Niño de mierda! Ganas me dan de salir de esta penumbra y darte un susto de muerte.

Cuando llegó al otro lado de la calle, el crío dio una profunda calada a su vaper y expulsó una gran nube de vapor al aire antes de guardárselo de un golpe en el bolsillo y ponerse la capucha. Sacó un móvil del bolsillo, se detuvo y luego se encaramó —de todos los puñeteros sitios posibles— en el muro de Morgan.

Riddick negó con la cabeza. *Venga, lárgate, chaval. Por el amor de Dios, lárgate ya.* Alzó la vista hacia la ventana del segundo piso, que seguía a oscuras. *¿Está ahí dentro, Morgan? ¿Está mirando?* Volvió a bajar la mirada hacia el chico. No podía verle la cara porque la llevaba hundida en la capucha de la sudadera, pero el mocoso estaba absorto en lo que fuera que estuviera mirando en el móvil. Muy absorto. Por desgracia.

Vale, ya basta; a casita, deja de provocar al monstruo del armario…

Su teléfono vibró en el bolsillo.

¿Se habría enterado ya uno de los peces gordos? Al fin y al cabo, estaba montando una tormenta mediática de cojones.

Sacó con cuidado el teléfono del bolsillo interior de su anorak e intentó mirarlo protegiendo la mayor parte de la luz con la prenda.

Emma.

Su inspectora jefa, una de sus mejores amigas y la razón por la que, para empezar, seguía en este trabajo. ¿La habrían alertado ya?

Su desesperación por ponerle freno se manifestaría en una sarta de tacos. Suspiró. ¿Quizás solo era su llamada de control de veinticuatro horas sobre su sobriedad?

Dejó que la llamada terminara, volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y miró de nuevo por la ventanilla del coche.

Sintió un latigazo de adrenalina en las entrañas.

La luz de la habitación estaba encendida otra vez. Y el chico seguía en el muro del jardín, jugueteando con su dispositivo.

La ventana de arriba se oscureció, y ahora sintió el latigazo de adrenalina también en el pecho. Era más que evidente que había alguien de pie ahí.

¿Morgan?

Le veo. ¿Usted me ve a mí? ¿Cree que estoy usando a este chaval en su muro como cebo? Bien. Sea precavido. Quédese dentro. Lejos de él. Volveremos para acabar con usted mañana. No hay necesidad de armar ningún alboroto.

El chico se puso de pie.

Lárgate ya.

Antes de que el chico hubiera pasado el muro del jardín, sonó su teléfono. Se detuvo, contestó y empezó a hablar. A gritos.

Vale, muy bien, échale la bronca a tus padres o lo que sea, pero sigue andando…

El chico dio un paso, como si hubiera oído los pensamientos de Riddick, pero entonces pareció cambiar de opinión y se giró.

Me cago en la leche… ¿hay alguien haciéndome esto a propósito? Miró hacia arriba. *Dame un respiro.*

La ventana se había iluminado; Morgan ya no estaba mirando. El chico continuó parloteando por el teléfono, soltando tacos tan alto como podía, como si fuera una nueva habilidad futbolística que hubiera descubierto y la estuviera exhibiendo ante todo el que quisiera mirar. Dio unos pasos antes de darse la vuelta y caminar en la otra dirección.

Paseando. Yo también lo hago cuando hablo por teléfono, chaval, pero de verdad que no es el momento.

La puerta principal se abrió.

Definitivamente, no es el momento.

Riddick se irguió en su asiento y agarró el volante.

No ha podido evitarlo, ¿verdad?

La luz del piso de abajo estaba encendida, así que la enorme silueta de Morgan llenó el marco de la puerta.

La mano de Riddick se cerró en torno al tirador de la puerta del coche.

El chico aún no se había dado cuenta y seguía absorto en su teléfono mientras paseaba.

Detrás de ti. Mira, detrás de ti. Corre… tan rápido como puedas. Por favor. Antes de que se levante el telón de este circo evitable.

El chico se giró y vio a Morgan en el umbral.

Riddick contuvo el aliento. El chico miró en ambas direcciones.

Da igual hacia dónde… pero hazlo de una puta vez…

Morgan salió al sendero de su jardín. El chico siguió deambulando. Riddick exhaló.

Última oportunidad, chaval. Vete… corre… o voy yo.

Morgan sostenía algo en el aire. Aún no había usado los prismáticos, pero Riddick los cogió ahora. Los usó para identificar lo

que Morgan sostenía.

¿Una fotografía, quizás? Difícil de decir con esta luz.

Fuera lo que fuera que Morgan estuviera haciendo, funcionó.

El chico no optó por la izquierda ni por la derecha, sino por el puñetero sendero.

Riddick arrojó los prismáticos en el asiento y abrió la puerta del coche. Las luces interiores del vehículo se encendieron. Ya no tenía sentido preocuparse por eso. Al fin y al cabo, sería mejor si Morgan lo veía y cerraba la puerta de un portazo antes de que esto fuera a más.

El chico ya estaba de pie cerca de Morgan, mirando fijamente lo que este sostenía en la mano.

Riddick salió disparado del coche y cruzó la calle corriendo.

—¡Que te pires! Ese no soy yo —dijo el chico, en voz alta.

Riddick llegó al muro del jardín; increíblemente, ninguno de los dos se había percatado aún de su presencia.

—Entra. Tengo más —dijo Morgan, posando una mano grande en el hombro del chico.

—¡Suéltame!

La adrenalina llevaba un tiempo fustigando a Riddick, pero ahora estaba totalmente inundado por ella. —¡Policía! ¡Quieto!

Escaló el muro del jardín, que le llegaba a la cintura, y al hacerlo captó la mirada desorbitada de Morgan.

Llena de pánico y miedo.

—¡Quieto!

El cabrón no lo hizo. Estaba retrocediendo hacia su casa.

El chico, sin embargo, se había soltado y corría sendero arriba, pasando junto a Riddick.

Riddick podría haberse dado la vuelta, dejar al monstruo. Nadie corría peligro y Morgan estaba en el punto de mira de todos modos.

Sin embargo, en lo que a adrenalina e impulsos se refería, Riddick nunca había ejercido el mejor de los autocontroles.

Acaba con esto ahora. El cabrón está asustado. Podría borrar su disco duro.

Morgan intentó cerrar la puerta, pero Riddick llegó a poner el pie primero. —¡Policía, quieto! Ha intentado secuestrar a ese niño. Lo he

visto todo. Queda detenido.

Una razón. Era todo lo que tenía. ¿Colaría? ¿Se lo tragarían? Pensó en que aquel joven agente lo había visto vigilando la casa. ¿Qué iban a pensar de todo eso?

Morgan subía las escaleras a toda prisa, como una rata. Riddick quería aplastarlo antes de que pudiese destruir ninguna prueba. Varios escalones más arriba, Riddick alargó la mano hacia el pie desnudo de Morgan. Le rozó la piel, pero no logró agarrárselo. Morgan tropezó ligeramente, pero recuperó el equilibrio justo a tiempo para llegar al rellano y girarse.

Cuando Riddick llegó al pequeño rellano, Morgan ya estaba al final, junto a la mugrienta y pequeña habitación que daba a la calle.

La rata se arrojó dentro y la luz que había captado la atención de Riddick durante los tres días anteriores brotó con fuerza, inundando el rellano.

Mientras se acercaba a la puerta, Riddick buscó con la mirada algo que usar como arma, pero no había nada.

No te precipites, no entres ahí a ciegas, pide refuerzos...

Al darse cuenta de que esa voz en su cabeza era la de Gardner y no la suya, la reprimió y la sustituyó por una imagen de Morgan destrozando su ordenador.

Riddick irrumpió en la habitación iluminada.

2

La mano de su hija dormida estaba fría al tacto, así que la inspectora jefa Emma Gardner se la metió con cuidado bajo el edredón. Después de besar a Anabelle en la frente, y no era la primera vez esa noche, Gardner alargó el brazo hacia la mesilla para apagar el reproductor de CD y agradeció el repentino silencio. Las nanas podían ser relajantes para Anabelle, pero a ella le fastidiaban una barbaridad. También atenuó la luz del globo que hacía de lamparita de noche.

Fuera de la habitación, Gardner se dio la vuelta y se quedó mirando a su hija de siete años.

¡Nos vemos a las tres de la madrugada!

A Gardner no le importaba. Llevar a Anabelle de vuelta a la cama a las tres para arroparla no era lo peor del mundo. Cuando destinaron a Gardner por primera vez aquí, en Knaresborough, se vio obligada a vivir sin su hija durante tres meses. No había nada peor que eso. Así que ahora veía las interrupciones de madrugada de Anabelle como algo bastante reconfortante, un recordatorio de que volvían a estar juntas. En el pasado, siempre se había preguntado si su instinto maternal era lo suficientemente fuerte. Darse cuenta de que lo era resultaba agradable. Apreciaba que la necesitaran y ser esa fuente de consuelo.

Emma se dirigió a la puerta de al lado, que también estaba entreabierta, y entró a ver a su sobrina Rose, que también dormía.

Tras besarla en la frente, contempló su carita. Anabelle era casi un año entero más pequeña que Rose, pero, en ese momento, cualquiera las tomaría por gemelas idénticas.

El padre de Rose, y hermano de Gardner, Jack Moss, estaba cumpliendo condena en prisión por haber violado las condiciones de su libertad condicional. Mientras tanto, la madre de Rose se encontraba en rehabilitación tras una prolongada adicción a las drogas.

Gardner había intervenido para acoger a esta pequeña joya, y el tiempo que habían pasado juntas, hasta ahora, había sido de todo menos especial.

Un ronquido espantoso se desató en el piso de abajo.

Gardner suspiró.

Miró su reloj. Era *jodidamente* temprano. Supuso que ya no vería la televisión ahora que el cerdo roncador se había adueñado del sofá.

Fastidiada, se dirigió al cuarto de invitados.

Acoger a Rose y recuperar a Anabelle en su vida había tenido el alto precio de tener que trasladar también su moribundo matrimonio a Knaresborough. A pesar de que el plan siempre había sido que Barry y Anabelle se unieran a ella algún día, la reaparición del hermano de Emma le había puesto freno a su traslado. Tener a Anabelle cerca de Jack no era una opción.

Aun así, dolió como mil demonios. Sin embargo, había tenido una parte buena: la distancia le había dado a Gardner tiempo para aceptar la verdad de que su matrimonio con Barry estaba total y absolutamente acabado.

El encarcelamiento de Jack había allanado el camino para que su hija volviera a estar con ella, pero Barry quería formar parte del paquete familiar. Incluso si hubiera tenido ganas de una prolongada batalla judicial, no era una opción. Solo podía acoger a Rose si tenía un hogar familiar estable.

Suspiró de nuevo.

Vivir con un hombre que no le mostraba ninguna atención, y por el que hacía mucho que había perdido todo afecto, era un precio muy alto que pagar.

Pero uno que estaba *dispuesta* a pagar para estar con estas dos maravillosas niñas.

Por ahora, al menos. Hasta que se acabara este destino temporal y pudiera volver al sur, donde tenía una sólida red familiar.

Cerró la puerta del cuarto de invitados a su espalda, aislando el espantoso sonido de su marido. Se sentó en el borde de la cama en la que había dormido la noche anterior, y la anterior a esa. No habían discutido por ello. De hecho, ya casi nunca discutían. A él no parecía importarle nada aparte de Anabelle y su trabajo —*¡que podía hacer desde casa, el muy cabrón!*—. No, los intercambios acalorados eran raros. Podría haberse sentado al otro lado de la habitación y lanzarle dardos, y él probablemente ni se habría dado cuenta.

Fijó la vista en el libro de bolsillo que había en la mesilla y pensó, con anhelo, en esa botella de tinto de abajo.

Pero iba a contenerse. Había engordado un poco en Navidad y, además, levantarse y salir a correr al amanecer era jodidamente más difícil con alcohol en el cuerpo. Y necesitaba esas carreras. Le quitaban el estrés como un cuchillo caliente corta-

Su teléfono sonó y se le encogió el corazón cuando vio el nombre en la pantalla.

Comisario Jefe Rebecca Marsh.

Tan tarde, eso podía significar una de dos cosas: una escena del crimen o…

Cogió el teléfono.

—¿Señora?

—No es una escena del crimen, Emma —suspiró Marsh.

Joder. —¿Qué ha hecho ahora?

La puerta de Riddick se abrió.

Se miraron el uno al otro, sin decir nada.

Finalmente, ella negó brevemente con la cabeza.

Riddick puso los ojos en blanco, se giró, dejando la puerta abierta, y se alejó. Ella entró tras él y cerró la puerta a su espalda.

—Paul…

—Ahora no, jefa —dijo Riddick, dirigiéndose a la puerta de la derecha.

Gardner se detuvo, bajó la vista al suelo, suspiró y luego siguió al inspector tocapelotas hasta su cocina.

Él se sentó a la cabecera de la mesa y rodeó una taza humeante con las manos. —No te preocupes, solo es café. Y tampoco irlandés.

—Es un poco tarde para un café.

—Joder, es que es imposible acertar; debería haberle echado el whisky. Pon una cápsula en la máquina si quieres unirte a la fiesta loca.

—Qué gran anfitrión, pero no, estoy bien. Valoro las tres horas de sueño que consigo por noche. Aunque me sentaré un minuto.

—Me apuesto a que sí —sonrió Riddick con ironía.

Se sentó y lo observó un momento, sopesando la mejor manera de leerle la cartilla sin que se pusiera hecho una furia. En lo que a Riddick concernía, las opciones eran muy escasas. Así que recurrió a su táctica por defecto, algo que había aprendido de su buen amigo, el inspector jefe Michael Yorke. *Empieza con un cumplido.* —Tu pasión es encomiable, Paul. Tienes el corazón en…

—¡A la mierda!

Bueno, Yorke, parece que tu estrategia por fin ha encontrado la horma de su zapato…

—Te ahorraré tiempo —continuó Riddick—. Tu preciado rottweiler se ha vuelto a soltar de la correa y te han enviado para que le vuelvas a poner el bozal. ¿Hemos terminado? —Se miró el reloj—. Si te vas ahora, quizá puedas sumar algo a esas tres horas de sueño que has dormido.

Gardner asintió, aceptando el desplante, antes de ofrecer su propia reflexión. —Los rottweilers son obedientes.

Riddick resopló. —¡Qué cruel! Quizá te pareces más a Marsh de lo que pensaba…

La comisario jefe Rebecca Marsh no sabía nada de su apodo, «Harsh Marsh». Su comportamiento «cruel» habitual sería como una cita romántica en un bar de cócteles en comparación con lo que le pasaría al desgraciado que dejara escapar el apodo.

—De todos modos, tú te pareces más a un gato, Paul. ¿Cuántas puñeteras vidas tienes? —Gardner suspiró. La verdad era que ya no podía soportar mucho más el comportamiento temerario de Riddick. Desde que había llegado a Knaresborough, había pasado más tiempo salvándole la carrera a Riddick que haciendo cualquier otra cosa, condenada por el hecho de que le tenía un enorme aprecio. Era un detective nato: instintivo, apasionado y valiente. Sin embargo, Gardner sabía que había una delgada línea entre la valentía y el ser simplemente un verso suelto. Si a eso se le añadía un alcohólico en rehabilitación, el cóctel era muy volátil.

—Entonces —dijo Gardner—, ¿ni una pizca de remordimiento?

Riddick tomó un sorbo de café y luego suspiró. —Vale, ya veo cómo parece todo.

—¿Como un Cristo con dos pistolas?

—Sí —se encogió de hombros—. Pero alguien tenía que vigilar a Morgan Lark. No vi a ningún otro voluntario. —Se señaló el ojo—. Y mi ojo estaba disponible.

—Tu ojo *no autorizado*.

—Mira, si hace falta mi ojo no autorizado para mantener a los niños a salvo, entonces, bueno… —Suspiró—. ¿Qué sentido tiene? Ya me conoces de sobra.

—¡Ni que lo digas! Y ahora aquí estamos. Porque resulta que, después de todo, Lark no era un peligro para nadie.

—¿Y cómo coño iba a saberlo yo? —preguntó Riddick antes de tomar un sorbo de café.

—No tenías por qué saberlo —dijo Gardner—. Por eso se sigue el protocolo.

—A toro pasado, todos somos Manolete —gruñó Riddick—. Pero si van a dar largas con una orden judicial, no voy a correr ese riesgo. Simplemente, no puedo.

—Marsh está hablando de suspenderte.

—Me parece justo. ¡Pero si ella hubiera visto lo que yo vi, habría reaccionado de la misma manera! ¡Lark estaba intentando engatusar a un niño para que entrara en su casa, por el amor de Dios! ¡Imagínate que *hubiera* sido peligroso!

—Quizá, pero para empezar, Marsh no habría estado allí.

—No es eso a lo que me refiero.

—Además, Lark *no* es peligroso, así que es irre…

—Todavía no lo sabemos con absoluta certeza…

—Estamos bastante seguros.

—Bastante, exactamente… ¡no es suficiente! Si hubiera sido peligroso, me habrían dado las gracias por evitarles el bochorno de tardar tanto con la puñetera orden, no amenazándome con la suspensión.

—Es un debate estéril, Paul. Las cosas no han sido así. De hecho, se están desarrollando de una forma completamente inesperada, y harías bien en distanciarte ahora. Muéstrate arrepentido.

Riddick negó con la cabeza. —No sé. Algo *sigue* sin encajar.

¡Qué grano en el culo! —¡Tienes que dejarlo estar, hombre!

—El bicho raro tenía fotos de niños en la pared…

—Niños desaparecidos. Niños que han desaparecido de Yorkshire en los últimos dos años. Niños que estaba buscando *activamente*. Sí, estaba loco como una cabra, pero…

—«Loco» es quedarse corto. —Riddick abrió los ojos como platos —. ¿Ha estado merodeando por parques buscando a niños pequeños que desaparecieron en otras zonas? ¡Es la primera vez que lo oigo!

—Lo entiendo, pero *loco* no es sinónimo de *malo*.

Riddick se puso tenso; no iba a dejarlo pasar sin pelear. —¿Cómo sabemos que no los hizo desaparecer él?

—Para empezar, Rob Ellis, el niño de diez años al que Lark intentó engatusar para que entrara en su casa, corrobora su versión. Lark pensó que Rob era Harry Michaels, un niño que desapareció hace un año en Leeds. Cuando Rob negó ser Harry, lo invitó a entrar para que mirara unas fotos y viera si reconocía a alguno de los otros niños desaparecidos.

—Eso no demuestra nada. Lark podría haber estado a punto de convertir a Rob Ellis en otro desaparecido, una foto para su colección, una útil adición a su disfraz de buen samaritano.

—Hay informes de alguien con la descripción de Lark deambulando por el centro de Leeds, mostrando estas mismas fotografías —continuó Gardner—. El hombre ha hecho carrera

buscando a estos niños. No creo que se vinculara tan descaradamente a sus víctimas.

—Este hombre es un peligro, se mire como se mire. Necesita estar bajo observación constante.

Ella se rio; no pudo evitarlo. *¡Insufrible!* —Vale. Necesita ayuda. Está claro. Simplemente, puede que no sea una celda, o al inspector Paul Riddick haciéndole pedazos su frágil mundito.

—Haces que *yo* parezca el monstruo en todo esto —dijo Riddick, arqueando las cejas.

Gardner volvió a negar con la cabeza. —¿Te imaginas que la prensa se entera de esto?

—Podría ser bueno, para desenmascarar a Lark…

—¡Ya! ¡Depende de cómo lo presenten! Después de todo, a la prensa le encantan los samaritanos locales, mientras que no aprecian mucho a… bueno…

—¿A mí?

Gardner se encogió de hombros. —Lo has dicho tú.

—¿El inspector Riddick, el lobo con piel de cordero de Knaresborough?

—Algo así. En fin, hagamos lo posible por controlar los daños ahora y seguro que lo mantenemos fuera de la prensa.

Por el tic de sus ojos, supo que no podía dejarlo pasar. *¡Desesperante! Como siempre.*

—O sea, ¿cuál es el motivo de Lark para ser este buen samaritano? —preguntó Riddick.

Gardner suspiró. —Resulta que su propio hermano desapareció cuando era un niño y nunca lo encontraron. Empezó por ahí y la cosa fue a más…

—Mmm, bonita historia.

—Es una historia fantástica para dar pena, y conocemos a un montón de periodistas que se la tragarían. *En fin, esto ya se había alargado demasiado.* —Déjalo, Paul. Se *seguirá* investigando, solo que no por nosotros. Te doy mi palabra. ¿Crees que si lleva diez años cargándose niños no van a encontrar nada? Compórtate. Limítate a mostrarte arrepentido, asiente, acepta que te has equivocado y pasemos página. Y mantén la boca cerrada sobre esto.

—Yo...

Gardner dio un golpe en la mesa. —¡No, Paul! ¡Zanja el asunto!

Él entrecerró los ojos.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes, con la frustración marcándoles el ceño.

Al final, Gardner suavizó la expresión y dijo: —Por favor. Por mí. Te lo estoy pidiendo *yo*. No Marsh ni el departamento. *Yo.*

Tu amiga.

Esto, a su vez, suavizó la expresión de Riddick. Bajó la mirada, pensó un momento y se encogió de hombros. —Tienes razón. Me he equivocado... *Probablemente*.

—¿Probablemente?

Volvió a levantar la vista y enarcó una ceja. —¿Quizá?

Ella le devolvió el gesto enarcando la ceja.

—Vale —suspiró—. Lo dejaré estar. Contrito como el que más.

—Gracias a Dios. Ahora, por favor, escúchame, y no provoques más terremotos. Vas a cogerte la baja por enfermedad unos días mientras cerramos esto.

—¡Genial!

—La verdad es que no le has dejado a Marsh muchas opciones.

Él suspiró. —No. Supongo que no.

—Colabora con ella y, con suerte, podrás evitar una investigación.

—¡Va a ser difícil! Me vio un agente novato mientras llevaba a cabo una vigilancia no autorizada; no estaba solo de paso...

—Confía en Marsh. Es buena en esto. Persuasiva. Uno de sus puntos fuertes.

Riddick se sumió en sus propios pensamientos por un momento y luego se enderezó. —¿Un momento, acabo de colarme por una grieta en el continuo espacio-tiempo y he caído en otra dimensión?

—¿Cómo dices?

—¿De verdad es la moralmente perfecta Inspectora Jefa Emma Gardner quien me dice que deje que Marsh me ayude a esquivar una bala en lugar de comérmela?

Gardner negó con la cabeza, se recostó y se cruzó de brazos. —¿Es que no paras nunca, joder?

—¿Y qué hay de la *responsabilidad*? —resopló él—. ¿Recuerdas cuando insististe una y otra vez para que Marsh investigara tu conducta? Estabas desesperada por que te ejecutaran...

—Esto es diferente.

—¿Ah, sí? Te saltaste las normas haciendo lo que creías correcto, y yo también.

Tenía razón. A pesar de las protestas en el Cuartel General, ella había insistido hasta la saciedad para que le hicieran rendir cuentas por su conducta en el caso de la Operación Bright Day. Al final, lo habían hecho, corriendo un tupido velo sobre el asunto con una simple advertencia.

Se levantó de la silla.

—Sabes que tengo razón. Así que, ¿tú sí tienes que rendir cuentas, pero yo no? No tiene sentido, jefa. Es un doble rasero, pero al revés.

Miró fijamente a su petulante colega, a quien parecía no gustarle nada más que debatir estas malditas cosas hasta la saciedad. —A mí me dieron una segunda oportunidad, así que, ya sabes, yo...

—¿En serio? ¿Y en cuántas oportunidades crees que estoy yo?

Buena pregunta. Prefería no saberlo. Sin embargo, si Riddick rendía cuentas exhaustivamente por seguir a Morgan Lark, entonces puede que tuviera que despedirse de él, y esa opción sencillamente no entraba en sus planes.

Rendir cuentas era importante, pero perder a Riddick en la lucha continua por la verdad y la justicia porque le importaba demasiado, simplemente parecía ridículo. Pero él tenía razón, si hubiera sido al revés, ella se habría echado la soga al cuello.

—Me voy —dijo Gardner—. Llama mañana para decir que estás enfermo... ¿*por favor*?

Riddick bajó la mirada y asintió rápidamente.

—Y deja el café. —Gardner se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de entrada.

—No tiene sentido si no tengo que madrugar para ir a trabajar.

Entró en el vestíbulo, preguntándose si él mantendría su promesa. Consideró darse la vuelta e insistir de nuevo en su argumento, pero descartó la idea. Lo enfurecería.

Cuando puso la mano en el pomo de la puerta, le oyó levantarse de un salto en la cocina.

Tenía tiempo de girar el pomo, abrir la puerta y marcharse antes de que Riddick la alcanzara. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, se quedó paralizada.

Cuando la mano de Riddick le tocó el hombro, sintió que el corazón se le aceleraba.

—Gracias, Emma.

Su voz sonaba amable y mucho más sincera de lo habitual. También la había llamado por su nombre. Sintió que se sonrojaba.

—Siempre me cubres las espaldas.

—Eres un buen detective y nos va mejor contigo que sin ti.

—¿Es esa la única razón?

Maldito seas, Paul. ¿Por qué me preguntas eso?

La presión de su mano en el hombro pareció aumentar. *No.* Era solo cosa suya. Toda su atención estaba centrada ahí, después de todo, intensificando la sensación. Intentó concentrarse en el pomo de la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte? ¿Tomar un café *descafeinado*?

Sí. Me encantaría.

Ahora sentía los latidos de su corazón en cada parte de su cuerpo.

Cerró los ojos, recordando la última vez que se había sentido así. Hacía muchos meses, cuando él había ido borracho a su casa en busca de apoyo. Se había quedado dormido en su sofá y ella en otro. Cuando se despertó en mitad de la noche, él estaba a su lado, y fue entonces cuando se sintió como ahora.

El sonrojo. La aceleración del pulso.

Él había querido confesarle algo. Pero ella lo había detenido. No quería oírlo. Porque si era lo que ella sospechaba —que había desarrollado sentimientos por ella—, eso podría ser suficiente para hacerla desmoronarse. Sucumbir.

Y una relación con Paul Riddick no era buena para ella. Ni para él. ¡Ni para nadie sobre la faz de la Tierra, para el caso!

Consiguió encontrar las fuerzas para abrir la puerta y se escabulló de la mano que tenía en el hombro.

—Hablamos mañana, Paul —dijo, obligándose a no mirar atrás.

El trayecto a casa fue corto, sin darle tiempo a Gardner a calmarse.

Esperaba que Barry siguiera durmiendo en el sofá. Lo último que quería era un interrogatorio sobre su expresión alterada.

Por supuesto, estaba siendo irracional. Tener a Paul Riddick en la cabeza no pondría en peligro su matrimonio. ¿Cómo se puede poner en peligro algo que ya está extinto? Además, como si Barry se fuera a dar cuenta. Hacía mucho tiempo que no le había hecho ni el más mínimo caso.

Sin embargo, a ella le gustaría estar tranquila, solo por sí misma. De lo contrario, acabaría borrándose los pensamientos a base de vino tinto, y adiós al enero seco.

Cuando se acercaba a su urbanización, la fuerte nevada comenzó de nuevo. Puso los limpiaparabrisas a toda velocidad y entró en la urbanización. Avanzó despacio por las calles y redujo aún más la velocidad al darse cuenta de que alguien había aparcado en la entrada de su casa. Fue fácil de ver, ya que tenía los faros encendidos.

Gardner aparcó en la calzada, apagó las luces y observó el Mini Countryman.

Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?, pensó mientras veía los copos de nieve brillar en los haces de luz del vehículo. Salió de su coche y lo cerró con el mando. Protegiéndose los ojos de la nieve, que arreciaba por momentos, saltó por encima del aguanieve y se acercó al Mini. Pudo distinguir las siluetas de dos personas en los asientos delanteros y luego alzó la vista hacia la puerta de casa, que estaba entreabierta.

Su corazón, que ya había sufrido un vuelco después de que Riddick la hubiera tocado, recibió otra sacudida. Esta vez fue una

sensación más gélida que cálida, y metió la mano en el bolsillo para coger el móvil.

Quizá estaba siendo paranoica, pero el hecho de que su hermano hubiera cometido un delito de lesiones en su jardín meses antes la había dejado con una buena dosis de ansiedad.

Protegiendo la pantalla de la nieve, marcó el número de emergencias, pero aún no le dio al botón de llamada. Luego, avanzó con determinación y golpeó con fuerza la ventanilla trasera antes de retroceder rápidamente, por si a los *visitantes* les daba por atropellarla marcha atrás.

Mantuvo el móvil en la mano, lista, sabiendo que era todo lo que tenía.

La puerta del copiloto se abrió.

Gardner entrecerró los ojos para ver al hombre que salía. —¿Barry? Por el amor de Dios. Me has asustado; la puerta de casa está abierta. ¿Qué demonios está pasando?

—Emma —dijo él—. Lo siento.

—¿Quién está en el coche contigo?

La otra puerta se abrió. Salió una mujer. Era alta, llamativa, aunque iba bastante maquillada. Desde luego, no iba vestida para la nieve, y si se quedaba ahí mucho más tiempo, podía ir despidiéndose de ese exceso de rímel.

—Yo —dijo la mujer. Puso las manos en las caderas y miró fijamente a Gardner, como si estuviera allí para enmendar algún tipo de entuerto.

Su actitud pomposa enfureció a Gardner.

—Bueno, *Yo* —dijo Gardner—, estaba a punto de despertar a los vecinos con los servicios de emergencia, así que, si pudiera decirme qué está haciendo en *mi* casa, antes de que yo…

—Emma, si entras, te lo explicaré —dijo Barry, con la voz cargada de pánico.

—Cállate, Barry —siseó *Yo* por encima del coche—. Ya has tenido tu oportunidad.

Gardner no tardó en caer en la cuenta. *Tienes que estar de broma…* —¿Sandra?

—Sí —dijo Sandra. Quitó las manos de las caderas—. Sí…, así que ¿lo sabe? —Gardner pudo notar por su tono que se había desestabilizado.

—Sí…, bueno, no, en realidad no —dijo Gardner, suspirando—. Sabía de alguien llamada Sandra que fue a Alton Towers con mi hija. Una compañera de trabajo que lo estaba pasando mal con un divorcio. ¿Cómo va esa lucha?

Sandra fulminó con la mirada a Barry por encima del coche y luego volvió a mirar a Gardner.

—Pero desde entonces, nada —continuó Gardner—. No la ha mencionado. Siento ser la portadora de malas noticias.

—Es un mentiroso.

—¿Le prometió que me hablaría de usted? —preguntó Gardner, guardándose el móvil en el bolsillo, ahora que se daba cuenta de que no había peligro inmediato.

—Sí.

—Yo no me lo tomaría como algo personal —dijo Gardner—. Es un egocéntrico, ya sabe. Muy egocéntrico. ¿Ha conducido desde Wiltshire?

—Por desgracia.

—Menudo viaje. Debe de estar hecha polvo.

—E irritada.

—Me lo imagino. ¿Está enamorada de mi marido? —preguntó Gardner.

Era difícil saber si la cara de Sandra enrojecía con la fuerte nevada y la falta de luz, pero su voz ciertamente sugería vergüenza. —Yo… yo… lo siento.

—No pasa nada. Está perdonada —dijo Gardner.

—Mierda —dijo Barry—. Te dije que no vinieras, Sandra.

Gardner empezó a caminar por el sendero. Al pasar junto a Sandra, le ofreció una sonrisa sincera. Esto no era culpa suya. En realidad, no. Barry se había aprovechado de su vulnerabilidad. La culpa era de él. —Mire, no vamos a montar una escena aquí. A los vecinos ya les está costando aceptarme, y yo estoy demasiado agotada de todos modos. Curiosamente, siento el impulso de invitarla a entrar, porque hace frío y probablemente está cansada,

pero no sería apropiado, no con mis hijos en casa. —Miró a Barry—. Creo que deberíais iros los dos a buscar un sitio para esta noche.

—Lo siento, Emma —dijo Barry—. Esto se había acabado. Te lo prometo.

Sandra negó con la cabeza. Gardner estaba lo suficientemente cerca como para verle lágrimas en los ojos.

—Aquí no, Barry —dijo Gardner, sin querer mirarlo por si perdía los estribos—. No con los niños en casa.

—Vale —dijo Barry.

Sandra tocó el brazo de Gardner. —Lo siento.

Gardner miró su mano, luego su cara y se apartó.

Cuando Gardner llegó a la puerta abierta, oyó a Barry gritar a sus espaldas: —Emma, lo siento muchísimo.

Entró en su casa y cerró la puerta. Se apoyó en ella unos instantes.

No se sentía triste ni enfadada. Si acaso, se sentía con poder. En control.

El vino podía quedarse en el botellero.

El enero seco y todo eso.

Sabiendo que Barry estaría fuera toda la noche, optó por irse ya a su dormitorio. Se recostó, disfrutando de la comodidad. Su mente no tardó mucho en alejarse de su marido sin agallas…

Y volver a Riddick.

3

Pete Wilson hablaba por los codos.

Aun así, a Milo Hardy ya le parecía bien.

Milo prefería limitarse a escuchar; siempre lo había preferido. La conversación en sí no era uno de sus puntos fuertes.

Tampoco es que tuviera muchos.

Era un negado para el fútbol, un negado para correr, un negado para todos los deportes, en realidad; un negado para los videojuegos y, por supuesto, un negado para socializar. Baste decir que no tenía amigos —aparte de Pete— y las chicas le daban de lado.

Caminando de un lado a otro sobre el murete de ladrillo que bordeaba la gasolinera de la Co-op en Boroughbridge Road —tal como había hecho de pequeño cuando paseaba con su madre—, Milo esperó a que Pete terminara.

Pete había entrado a comprar un par de bolsas de patatas fritas y había guiñado un ojo con descaro al usar la palabra «comprar».

Pete, su nuevo, su *único* amigo, era todo lo que Milo no era.

A Pete se le daba bien el fútbol, se le daba bien correr, se le daban bien los videojuegos y, por supuesto, se le daban bien las chicas; o eso decía él. Para ser justos, Milo superaba a Pete en las clases, aunque podría argumentarse que era porque Pete rara vez asistía. Además, ¿quién quería ser el primero de la clase? Sobre todo con quince años y en tu último curso.

Milo hizo una pirueta sobre el muro y se dirigió en sentido contrario, notando la nieve en la punta de la nariz. Se puso la capucha.

No podía creer que hiciera solo dos semanas que su profesor de inglés, el señor «Jonno» Johnson, había cambiado a Pete de sitio para sentarlo a su lado en clase. Nunca habían hablado, lo que probablemente explicaba la decisión de Jonno. De hecho, no hablaron durante aquella clase; Pete estaba a un solo aviso de la expulsión. No es que eso soliera detenerlo. Pero en aquel momento, Pete simplemente no tenía ningún interés en hablar con Milo.

A Milo le había dado igual.

No tenía amigos y estaba acostumbrado a que la gente no mostrara interés por él. A decir verdad, se habría sentido mucho más incómodo si Pete hubiera intentado iniciar una conversación. Así que aquella clase de inglés transcurrió sin incidentes. Fueron las acciones de Pete al día siguiente lo que resultó ser una sorpresa.

Milo estaba leyendo un cómic de Batman en el patio del colegio, de espaldas a la valla metálica que rodeaba la pista de tenis. Levantó la vista y vio a Pete, que batía su récord de días consecutivos en el colegio, mirándolo desde arriba.

Al principio, Pete no dijo nada, y Milo se preguntó si se habría alejado del grupo de los futboleros para darle una paliza sin motivo aparente. No habría sido la primera… y desde luego no sería la última.

Pete escupió en el suelo, luego arrugó la cara y señaló hacia abajo.

—¿Batman?

—Sí —dijo Milo—. ¿Quieres verlo? —le ofreció el cómic.

—Qué va —gruñó—. ¿Te parezco un crío de ocho años, chaval?

Milo asintió. Se planteó defender el caso de ese número de Batman. Explicar que era un cómic para lectores adultos. Que era violento e impactante. Pero a Milo no se le daba bien conversar, y

mucho menos persuadir. Además, le había chocado que Pete lo llamara «chaval»; ¡si tenían la misma puñetera edad!

Pete se sentó a su lado y le tendió la mano.

—Venga, dámelo, chaval.

Milo se lo dio.

Pete lo hojeó, deteniéndose en algunas de las imágenes más explícitas con un atisbo de sonrisa.

Su sonrisa se ensanchó y asintió con aprobación al llegar a una imagen del Joker blandiendo un naipe afilado como una cuchilla que había sido usado contra alguien y goteaba sangre. También leyó en voz alta un par de las muchas palabrotas, lo que le hizo soltar una risita.

—Te lo puedes llevar si quieres —dijo Milo.

Pete levantó la vista y miró a su alrededor con expresión preocupada. ¿Le preocupaba su reputación? Le devolvió el cómic a Milo, se levantó y se fue sin decir una palabra más.

«Sí —pensó Milo—, le preocupa su reputación».

Milo observó cómo Pete volvía con el grupo de los futboleros. Había sido una de las interacciones más peculiares de su vida, y le dio vueltas el resto del día.

Lo extraordinario no había terminado para Milo y, esa tarde, Pete llamó a la puerta de su casa. La madre de Milo ya estaba en la cama. Por suerte. Pete era bastante conocido por el barrio. A la madre de Milo no le habría hecho ninguna gracia.

—¿Sales, chaval? —preguntó Pete.

—¿Adónde?

Pete se encogió de hombros.

—Conozco algunos sitios.

Milo se sintió incómodo. Nunca se había encontrado en esa situación. Las tardes eran para los cómics. Nunca había tenido motivos para desviarse de esa rutina.

—Vale —dijo Milo—. Quizá debería avisar a mi madre.

Pete soltó un taco y se rio.

—Tienes casi dieciséis años, chaval.

Milo asintió. ¿De verdad parecía tan patético?

—Vale… De todas formas, está dormida.

—Hagas lo que hagas —dijo Pete, mirando a ambos lados, probablemente para comprobar que no había nadie lo bastante cerca en la calle para oírlo—, coge algunos de esos cómics, ¿quieres?

Milo asintió.

—Vale.

—Pero mételos en una bolsa.

Milo asintió.

Fue a ver a su madre, pero seguía durmiendo, recuperándose de otro día difícil. Le dio un beso en su rostro adelgazado, como hacía siempre que salía de casa, y fue a su habitación a meter un fajo de cómics en una mochila.

Pete llevó a Milo a un camino rural. Unos adolescentes mayores con motos de cross fumaban marihuana. Pete parecía conocer a muchos de los chavales y los saludaba con un gesto de cabeza. A veces, pasaba un coche, el claxon sonaba con fuerza y Pete levantaba la palma de la mano a modo de saludo.

Pronto se hizo evidente que, aunque Pete era muy conocido, no parecía intimar con nadie. Milo se preguntó si aquello solo pasaba allí o si era así en todas partes.

¿Era una mentira la imagen que proyectaba en el instituto? ¿Era Pete un solitario, no muy diferente de él?

Juntos, aquella primera noche, encontraron un rincón tranquilo, lejos de miradas indiscretas, y allí, la bolsa se abrió y Gotham City se desató. En muchas ocasiones, a la luz de las linternas de sus móviles, Pete le preguntaba a Milo qué significaban algunas de las palabras más complejas.

Milo estaba más que encantado de decírselo.

¿Más que encantado?

¡Estaba eufórico!

Aquella noche, Milo llegó a casa pasadas las once, y su madre todavía dormía.

Le besó la mejilla tibia y luego se sentó en su dormitorio, incapaz de dormir, sabiendo, aunque sin llegar a entender cómo, que su vida había cambiado.

Pete le lanzó la bolsa rosa.

A Milo no le gustaban las de cóctel de gambas. —Gracias.

—¿Por qué me das las gracias, chaval? —escupió Pete en el suelo —. Yo no las he pagado. —Sonrió con suficiencia.

Estaban de pie bajo una farola, así que Milo pudo ver lo amarillos que tenía Pete los dientes. ¿Quizá debería decirle a su amigo que aflojara con el tabaco? Fumar no le había hecho ningún bien a su madre. ¿Y no era eso lo que hacían los amigos? ¿Aconsejar?

Milo decidió que no. Si empezaba con los dientes de Pete, podría sentirse obligado a mencionar su piel pálida y sugerirle que tomara más el sol. Después, podría comentar su aspecto desmedrado y proponerle comida más nutritiva. Antes de darse cuenta, una sugerencia amistosa podría haberlo arrastrado a un campo de minas.

Haría la vista gorda con los dientes amarillos. Por ahora, al menos.

A pesar de la repulsión que le producían, abrió las patatas. El olor era nauseabundo. Forzándose a no tener arcadas, se metió una en la boca, la mordió y sonrió.

—Están buenas, ¿eh? —Pete abrió las suyas, comió unas cuantas y luego miró su reloj—. ¡Mierda! Faltan treinta minutos para vernos con KG.

A la mera mención del nombre de KG, a Milo le rugieron las tripas.

—¿Estás bien? —dijo Pete.

—Sí —respondió Milo—, es que no tengo mucha hambre, la verdad. —Cerró la bolsa en un puño y bajó de un salto del muro a la acera.

Pete, zampándose sus propias patatas, saltó el muro y se puso a su lado. Le dio un tirón de la mochila, que Milo llevaba colgada con las dos correas.

—¿Has traído esos del Juez Muerte de los que me hablaste? —preguntó Pete.

—Juez *Dredd*.

—Ese, sí. Ejecuta a la gente, ¿no?

—A criminales. Se le permite. Es su trabajo.

Pete se mordió el labio inferior, asintiendo. —Hay un banco por allí. Tenemos tiempo que matar, chaval. —Le arrebató las patatas de la mano a Milo—. Y no pienso desperdiciarlas.

Milo se sintió aliviado.

Habían pasado cinco días desde aquella primera noche juntos en el camino rural con los fumadores de porros y los pilotos temerarios, y Milo no había vuelto a ver a Pete.

Había faltado al instituto. Nada raro en él, así que no era preocupante. Solo era decepcionante. ¡Qué estúpido había sido al creer que había encontrado un amigo!

Con cada día que pasaba, el estómago se le encogía más y más, hasta que finalmente se enfrentó a la realidad de que volvía a estar solo.

Pero la tarde del quinto día trajo una sorpresa inesperada. Pete otra vez en su puerta. —¿Sigue en pie lo de esta noche, chaval?

Milo no recordaba haber quedado para nada, pero eso no le impidió ponerse loco de contento. —Sí.

—¿Batman?

—Tengo uno que se llama El Batman que ríe.

—¿Violento?

—Sí. Brutal. Batman y el Joker trabajan juntos.

—Vale, cógelo y vámonos.

—Voy a despedirme de mi madre.

—Eres un niño de mamá, ¿eh, chaval?

Milo sintió que se le sonrojaban las mejillas.

—Tranquilo. Te estoy tomando el pelo.

Tras llenar la mochila de cómics y despedirse de su madre dormida con un beso, Milo caminó junto a Pete.

Igual que la última vez, Pete fumó marihuana durante todo el trayecto hasta el camino rural y no paró de hablar. —Es que se me

junta todo, ¿sabes? Un minuto tengo que ir a Donny. Al minuto siguiente, a Wakey. ¡Es un puñetero no parar! Mola pillar algo de pasta, la verdad. No me quejo.

Pete le ofreció el porro, pero Milo negó con la cabeza. No le daba miedo lo que le pudiera hacer; solo le preocupaba que su madre se enterara. —Mejor no. Mi madre. Ya sabes.

—Cómprate unas mentas, chaval —le dijo Pete.

Milo volvió a negar con la cabeza. Su madre lo sabría. Sobre todo si se le ponían los ojos tan rojos como a Pete.

—Me mola que quieras a tu madre —dijo Pete mientras giraban hacia el primero de varios caminos rurales.

Milo no supo qué responder a eso, así que se limitó a asentir.

—No tiene nada de malo. ¡Deja de avergonzarte y esas mierdas! Mi padre es un gilipollas. Lo único que me lo quita de encima es la pasta que le doy. Alquiler barato, ya sabes. Además, en cierto modo me da pena. Era mejor antes de que mi madre muriera. A veces hasta lo intentaba.

Milo miró a su amigo. A menudo pensaba mucho lo que iba a decir, pero lo que dijo a continuación le salió sin pensar. —Mi padre ya está muerto, y mi madre se está muriendo.

Pete se detuvo y lo miró. —Mierda. Lo siento, chaval.

A Milo le sorprendió su arrebato impulsivo. En consecuencia, reflexionó largo y tendido sobre qué decir a continuación. Y, en esta ocasión, no se le ocurrió nada antes de que Pete volviera a hablar. —La vida es una mierda. Vamos a leer un cómic.

EL PASEO hasta el Co-op y las posteriores idas y venidas junto al muro habían mantenido la temperatura corporal de Milo. Ahora, sentado en el banco, inmóvil, notaba en sus carnes la crudeza del tiempo. Mantenía los dientes apretados, intentando que Pete no se diera cuenta de que estaba empezando a tiritar.

La nieve seguía cayendo, pero al menos el árbol junto al banco resguardaba sus queridos cómics.

Milo se había visto mucho más con Pete durante la semana anterior. Su nuevo amigo solo había tenido que ausentarse por negocios una vez e incluso había hecho tres insólitas apariciones en el instituto. También habían pasado varias tardes juntos, deambulando por las calles de Knaresborough. A pesar de ello, a Milo le costaba mantener toda la atención de Pete. Parecía muy preocupado con el móvil, enviando y recibiendo mensajes constantemente.

Milo también se había dado cuenta de que Pete no paraba de cambiar de móvil. Nunca reconocía ninguna de las marcas, pero todos tenían ese mismo tacto plasticoso y barato.

Esa noche, Milo no le había explicado ni una sola palabra compleja a Pete. Su vocabulario se estaba ampliando a gran velocidad. Era extraordinario. La extensa colección de cómics de DC de Milo estaba educando a Pete.

Varias personas ya habían pasado por delante de Milo y Pete en el banco, pero nadie se había detenido ni les había dirigido la palabra. Por eso, cuando el chico del plumífero rojo se detuvo y se apoyó en el árbol que los resguardaba, a Milo le llamó la atención. Parecía húmedo, y la mochila de Fortnite que llevaba a la espalda tenía una fina capa blanca de nieve por encima. Milo no podía ver quién era porque el chico estaba mirando hacia la carretera, de espaldas al banco.

Milo miró a Pete para ver si el chico dubitativo también le había llamado la atención.

No era así.

Hubo un tiempo en que a Pete le había preocupado su reputación y había admitido en más de una ocasión que no quería que lo vieran leyendo tebeos. Pero su recién descubierta adicción al mundo de DC era tan fuerte que había dejado de importarle la opinión de los demás sobre el asunto, de la misma manera que se fumaba porros abiertamente en la calle, sin preocuparse por la reacción de la gente.

Y en ese preciso instante, parecía completamente absorto.

Milo volvió a mirar al chico, que seguía apoyado en el tronco.

Pete se rio a su lado. —¡Joder! ¡Esto es brutal! Mira esto, chaval. Este Juez lo ha dejado hecho polvo.

El chaval apoyado en el árbol se giró, y Milo lo reconoció de inmediato.

Stephen Best estaba en su mismo curso en el instituto, pero nunca habían hablado. Al fin y al cabo, había más de trescientos alumnos en su año. Sin embargo, Milo sabía perfectamente quién era Stephen, porque él también era un solitario. Stephen se refugiaba en la biblioteca durante el recreo y la hora de comer, y era callado, evitaba el contacto visual con la mayoría y pasaba gran parte del tiempo leyendo; aunque, en su caso, eran libros en vez de cómics.

Milo sospechaba que Stephen era tan introvertido como él. Así que, a menos que surgiera alguna vez una razón para que se comunicaran, era poco probable que ocurriera.

Hasta ahora, claro.

Stephen parecía alterado. Tenía los ojos enrojecidos y se le movían de un lado a otro. Parecía que estuviera sufriendo un ataque de pánico. Murmuró algo. Un coche pasó en ese mismo momento, por lo que Milo no estuvo seguro de lo que había dicho.

—¿Y tú qué quieres? —Pete ya no ignoraba al chico que rondaba por allí.

Stephen negó con la cabeza de forma errática. Volvió a murmurar algo. Esta vez no pasó ningún coche, pero aun así no se le entendió.

—¡Pírate! —dijo Pete.

La agresividad de Pete hizo que Milo se encogiera. Sin embargo, era difícil apreciar un cambio en el comportamiento de Stephen. Sus ojos enrojecidos seguían moviéndose de un lado para otro.

Pete dejó caer el cómic en el regazo de Milo y se puso en pie.

Si Milo hubiera estado en el lugar de Stephen en ese momento, habría salido corriendo. Desde luego, no se habría quedado ahí, mirando a uno de los chicos más duros del instituto, ansioso y murmurando.

Milo empatizaba con Stephen, mientras que se daba cuenta de que Pete se estaba frustrando cada vez más. Pete era un tipo nervioso, que consideraba esencial guardarse las espaldas. Quería a ese chaval fuera de su espacio.

—Te lo he advertido… —dijo Pete, caminando hacia Stephen.

Lo que fuera que mantenía a Stephen clavado en el sitio y provocaba que las lágrimas siguieran brotando en el rabillo de sus ojos era, obviamente, mucho más importante que la paliza que podría estar a punto de recibir. ¿Qué le pasaba?

Pete se detuvo a un metro de él y señaló la mochila de Fortnite. —¿Qué llevas ahí?

Stephen negó con la cabeza.

—Ábrela —dijo Pete.

Stephen siguió negando con la cabeza, ahora de forma más errática.

—Vale, pues la abro yo.

La situación se estaba descontrolando, y no era momento para las vacilaciones habituales de Milo. Se obligó a ponerse en pie. —Pete, vámonos, déjalo…

Pete se volvió para mirar a Milo. Tenía los ojos de un rojo brillante, no muy diferentes a los de Stephen.

—Chaval —dijo Pete—. Vamos a ver qué lleva en la mochila. Mírale el estado. Podría ser alcohol.

A Milo no le gustaba esto. Esta era la faceta de Pete que le había ganado su reputación. Una faceta que nunca había visto realmente hasta esa noche. Pero, aunque no temía a Pete, no era capaz de encontrar las palabras adecuadas para calmar la situación. —Está disgustado por algo.

—Sí —dijo Pete, volviendo a mirar a Stephen—. Y podría estar borracho… —Volvió a mirar a Milo—. Cada uno lo lleva de una manera. Te hablé de mi padre, ¿no?

Sí, se lo había contado. Su padre bebía mucho. Solía ponerse sentimental y llorar cuando estaba borracho. Eso era tolerable. Los arrebatos violentos que venían después, no tanto.

Pete volvió a mirar a Stephen. —Entonces, ¿llevas alcohol en la mochila o qué?

Stephen seguía negando con la cabeza. Tenía la cara rígida. Parecía como si estuviera mirando a una especie de monstruo, en lugar de a Pete.

—¿No? —dijo Pete.

Pete miró de nuevo a Milo y se encogió de hombros.

Milo miró su reloj. —¿Has visto la hora que es? Deberíamos irnos…

Pete se dio la vuelta y agarró la mochila de Stephen.

Fue solo en ese momento cuando Stephen pareció salir brevemente de su mudo terror. —¡No! —exclamó, zafándose de Pete de un tirón.

Pete aún no sujetaba bien la mochila, y Stephen la recuperó con demasiada facilidad. Retrocedió trastabillando, se tropezó con la raíz de un árbol y cayó de culo. Dueño de sus sentidos de nuevo por un instante, se arrastró hacia atrás con la mochila sobre el estómago.

Milo vio la ira en el rostro de Pete y, a pesar de que iba en contra de su naturaleza, actuó por impulso y se abalanzó hacia delante para interponerse entre Pete y su abatida víctima.

—Tenemos que irnos —dijo Milo.

Al principio, la rabia permaneció en el rostro de Pete, pero luego su expresión se suavizó. —Tienes razón. Y ten cuidado con eso, chaval. —Señaló el cómic que Milo estrujaba contra el pecho—. Todavía no lo he terminado.

Milo se giró y, por suerte, vio a Stephen Best echando a correr calle abajo.

Tras terminar The Killing Joke*, Pete declaró encantado que era el mejor hasta la fecha.*

Milo no cabía en sí de gozo.

Hacía apenas dos semanas, la posibilidad de tener un amigo íntimo parecía improbable, mientras que la de tener un amigo íntimo con intereses similares *era, sencillamente, de risa.*

Y, sin embargo, ahí estaba, sucediendo.

Sintiéndose más a gusto con Pete, Milo fue capaz de salir de su zona de confort para preguntar: —¿Por qué todo el mundo piensa que das mala espina?

Pete se rio. —¿Ah, sí? ¿Eso piensan?

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cajetilla de tabaco y extrajo un porro. Lo sostuvo en alto. —Bueno, está esto… —Lo encendió y le dio una larga calada. Expulsó una nube de humo—. Luego está el hecho de que he dejado el instituto. Añade que mi padre es un exconvicto alcohólico. ¿Necesitas más?

Sabía que habría más, pero no quiso presionarlo. Se encogió de hombros.

Pete susurró: —Ah, y está KG.

Milo frunció el ceño. —¿Quién?

Pete sonrió y volvió a susurrar: —KG. Mi jefe.

—¿Es a él a quien siempre le mandas mensajes?

—Sí… entre otros. —Pete se rio—. ¿Por qué tanto interés, colega? ¿Quieres ganar algo de pasta?

¿Pasta?

La respuesta era obvia, pero la reprimió. —¿A qué te dedicas, Pete?

—Un poco de esto y de aquello. ¿Quieres una calada? —Le ofreció el porro.

Milo la rechazó como siempre.

—¿Pero quieres pasta? —preguntó Pete y le dio otra calada.

Milo miró al cielo. El aire era gélido y cortante esa noche. Lo inspiró profundamente y observó las estrellas. Me alegro de tenerte como amigo, Pete. Aunque des mala espina, aunque intimides a todo el mundo menos a mí. Me alegro. *—Probablemente no sea buena idea —dijo Milo.*

Pete agitó el cómic. —Podrías comprar más de estos.

Hacía mucho que no se compraba uno. De hecho, desde que su padre había muerto dos años atrás, probablemente solo habría logrado comprar tres o cuatro.

Pete lo miró con una ceja arqueada. —Podrías cuidar mejor de tu madre.

Milo volvió a mirar a las estrellas. Pensó en ella, durmiendo en la cama. Cada día que pasaba, parecía que quedaba menos de ella. Tenían alguna prestación para vivir, pero no era gran cosa. No sabía cuánto tiempo le quedaba. ¿No sería bonito llevarla de vacaciones una última vez?

¿Simplemente preguntarle adónde quería ir y, ya sabes, llevarla?

—Probablemente no sea buena idea —repitió Milo.

—Es una pena, chaval… KG ha mostrado interés en conocerte.

Milo se imaginó a sí mismo recostado en una tumbona viendo a su madre en el agua.

Nadando por última vez.

4

Riddick se quedó mirando el armario vacío de su cocina.

Vacío por una muy buena razón.

Los viejos hábitos tardan en desaparecer, y el alcohol que solía haber en ese armario había ejercido un control excesivo, por no decir total, sobre su vida.

No eran los sucesos de esa noche lo que le hacía rememorar una época en la que había medicado sus penas. De hecho, se sentía aliviado de que fuera poco probable que Morgan Lark supusiera una amenaza y de que los niños no corrieran un peligro inminente. Tampoco le preocupaba su carrera profesional, porque había tenido altibajos desde que tenía uso de razón y estaba acostumbrado a la inestabilidad.

Tampoco estaba mirando el armario en desuso por los asientos vacíos alrededor de la mesa. Sí, no pasaba un día, ni un *segundo*, sin que echara de menos a su familia..., sin que los *añorara*..., pero esa no era la fuente de su ansiedad en aquel momento.

Estaba mirando el armario por una llamada telefónica que había hecho meses atrás estando borracho. Una llamada breve, pero de graves consecuencias.

Una llamada de dos minutos, una transferencia de la indemnización del seguro cobrada tras la pérdida de su mujer, y entonces Ronnie Haller, el asesino de su familia, dejó de existir.

Apuñalado mortalmente en la cárcel.

Apoyó las manos en la mesa y bajó la vista hacia ella, ralentizando la respiración. Inhalaciones largas y profundas. La solución de su médico para los ataques de pánico. Eso y veinte miligramos de una sustancia cuyo nombre no recordaba.

Acabar con la vida de Haller debería haberle curado las heridas. Al menos, eso era lo que su mente ebria había concluido. De haber estado sobrio, podría haberse dado cuenta de que aquello estaba destinado a avivar más sus heridas.

Inhalaciones largas y profundas.

Apenas servía de algo.

No era mejor que ninguno de esos cabrones que había encerrado.

Era un mentiroso. Un estafador. Un vendedor de humo de verdad y justicia.

Un maldito hipócrita.

Cuando su mente saltó a Anders, el hombre al que había admirado por encima de todos, perdió el control de la respiración y cerró los ojos, sabiendo que era inminente una oleada de mareo.

Sintió la gran mano de Anders en su hombro derecho, tal como la había sentido aquella noche en la cueva, décadas atrás.

—Dime qué has visto, hijo. ¿Algo sobre un oso?

Recordó la creciente calidez que había sentido en aquel momento.

En su mente, volvió a ver a Anders, muchos años después, tras haber guiado la carrera de Riddick hasta el puesto de inspector. Era la fiesta de jubilación de Anders, y también la noche en que Anders le dijo a Riddick que lo quería como al hijo que nunca había tenido.

Luego, un momento verdaderamente desgarrador. Anders en su propia casa, en aquel fatídico día del año anterior. La verdad brotando de él como el petróleo de una tubería rota en el océano.

Anders Smith era *también* un mentiroso. Un estafador. Un vendedor de humo de verdad y justicia.

Un maldito hipócrita.

Vio a Anders de nuevo, hundido, encorvado en una silla, con la espalda destrozada, mirando a Riddick con los ojos inyectados en sangre. *—¿Qué quieres que haga, Paul?*

Y entonces, ya no era Anders quien estaba en esa silla. Era él.

Pero la pregunta era la misma. —*¿Qué quieres que haga, Paul?*

Riddick esperó a que pasara el ataque de pánico y se enderezó.

Había estado a punto de contárselo a Gardner aquella noche, en su sofá. A punto de admitir que él, al igual que Anders, era un asesino. Pero ella lo había rechazado en ese momento. ¿Por qué? ¿Había intuido lo que se avecinaba? ¿Había estado desesperada por evitar la verdad para poder preservar su versión del inspector jefe Paul Riddick como una persona moral, impulsada por la verdad y la justicia, atormentada por la tragedia, pero aún deseosa de luchar por el bien?

La versión *inexacta*.

Pero aquella mañana, cuando se despertaron juntos en el sofá, el alcohol se estaba retirando de su sistema, dejándolo hecho polvo y nervioso.

Y se había acobardado.

Si le hubiera dicho la verdad, ella le habría dado la espalda.

Entonces, no habría tenido a nadie.

¿Era eso lo que había pasado con Anders? ¿Le había ocultado la verdad para que no le diera la espalda? ¿Había dejado Riddick a ese hombre *solo* cuando más necesitaba ayuda?

Apartó la vista del armario vacío y sacó el móvil del bolsillo. Buscó el número de Gardner. Su dedo se detuvo ahí un momento.

Por el amor de Dios, tío, ¿no la has hecho pasar ya por bastante?

Revisó sus otros contactos, dándose cuenta de cuántos puentes había quemado a lo largo de muchos años. Entonces, vio el número de Claire Hornsby.

De nuevo, su dedo se detuvo momentáneamente.

¿De verdad se había llegado a esto?

¿Era *así* de patético?

Déjala en paz.

Sus antidepresivos no funcionaban, tampoco la respiración profunda. Beber alcohol estaba descartado, al igual que molestar a alguien que tenía sus propios líos que resolver.

En realidad, solo quedaba una opción disponible.

Estaba más que probada.

Cogió el abrigo.

Un paseo al aire fresco, pero a menudo vigorizante, de Yorkshire.

RIDDICK OPTÓ por un impermeable fino. Nada despejaba las telarañas como el frío de Yorkshire. No estaba completamente loco, así que se puso un gorro, pero no encontró los guantes, por lo que mantuvo las manos en los bolsillos.

Al principio tembló, pero un ritmo rápido pronto ajustó su temperatura corporal a las exigencias del tiempo. Recorrió una buena distancia y finalmente se encontró bajando la cuesta de Wetherby Road. Ya era tarde, así que las carreteras estaban tranquilas, pero algún coche que otro subía, deslumbrándolo sin querer con sus faros.

Finalmente, llegó al desvío de Abbey Road, ansioso por emprender el largo tramo junto al Nidd. Se había puesto las botas, ya que por aquí el suelo se helaba que daba gusto; recordaba una experiencia particularmente dolorosa de cuando tenía veintitantos años, en la que se torció el tobillo de mala manera y se pasó la mayor parte de la Navidad cojeando.

Escuchar el murmullo de las aguas del Nidd mezclándose con el silbido del viento invernal en las copas de los árboles circundantes le hacía sentirse bastante pequeño e insignificante.

Hacía que el dolor que sentía, y el daño que había hecho, parecieran menos importantes.

¿Quién necesitaba antidepresivos y alcohol? ¡Mira dónde vivía! Tenía la naturaleza. Y si tenías la naturaleza, tenías perspectiva.

En dirección contraria venía un hombre paseando a su perro, que le dedicó un saludo y un rápido asentimiento de cabeza, mientras su springer spaniel medía a Riddick con desconfianza. Tras el paseante iba un coche, al que Riddick le dejó espacio de sobra. El conductor le devolvió el favor bajando las luces para no deslumbrar a Riddick.

Era un tramo oscuro, pero pudo ver movimiento más adelante a su izquierda. Mientras continuaba su cuidadoso paseo por el centro

de Abbey Road para evitar la nieve amontonada a los lados, no apartó la vista de la fuente del movimiento, esperando que otro paseante con perro saliera de repente de la penumbra hacia él.

Nada.

Otro coche surgió de la oscuridad, iluminando momentáneamente a la persona que estaba más adelante a la izquierda de Riddick.

Alguien con una cazadora acolchada roja, apoyado en la verja de la cueva de San Roberto.

De nuevo, Riddick le dejó espacio al conductor metiéndose entre unos montones de nieve.

Después de que el coche pasara, Riddick continuó su camino hacia la solitaria figura. Cuando estuvo lo bastante cerca como para darse cuenta de que la persona era joven, quizás un adolescente, le preguntó en voz alta:

—¿Se encuentra usted bien, muchacho?

Incluso con la poca luz que había, Riddick pudo ver el pánico en los ojos del adolescente cuando los clavó en la dirección del inspector.

—Soy policía..., no tiene por qué preocuparse. —Estaba a punto de meter la mano en el bolsillo cuando se dio cuenta de que su placa estaba en el traje, en casa. *Mierda.*

El joven seguía mirando fijamente en dirección a Riddick, sin responder todavía. No parecía nada cómodo y, aunque aún estaba a cierta distancia y la luz era escasa, había algo muy raro en su expresión facial.

Algunos de sus compañeros habrían levantado la guardia en ese momento, pero Riddick, siendo Riddick, bajó la suya y aceleró el paso.

A medida que se acercaba, Riddick se dio cuenta de que el joven, que parecía tener unos quince o dieciséis años, estaba temblando. Estaba pálido y los músculos de su cara sufrían tics por todas partes. Parecía aterrorizado.

Riddick se detuvo a un metro de distancia.

—¿Está todo bien?

El adolescente no le había quitado los ojos de encima, pero el inspector estaba convencido de que no lo estaba mirando a él. Había una mirada perdida en aquellos ojos, como si hubiera desaparecido en algún otro lugar.

Riddick, ahora gravemente preocupado, extendió la mano para darle una palmadita tranquilizadora en el brazo.

Los ojos del chico se abrieron como platos y retrocedió de un respingo. Tuvo suerte de no caer por encima de la valla y despeñarse por los escalones de piedra.

Riddick retiró la mano bruscamente.

—Perdón… escuche… soy policía. No llevo mi placa, pero puede confiar en mí. No pasa nada. ¿Cómo se llama?

El chico farfulló algo. Riddick no pudo entender lo que decía. Arrastraba las palabras.

—¿Ha bebido, muchacho? —preguntó Riddick.

El chico volvió a farfullar y esta vez a Riddick le pareció entender las palabras:

—*No* terminará.

—¿El qué no terminará? —preguntó Riddick.

Los ojos del chico se abrieron aún *más* y entonces parecieron enfocar por primera vez; aunque no en Riddick, sino en algo que estaba *detrás* de Riddick.

Riddick se giró y dio un respingo al ver un Tesla en medio de la carretera con las luces apagadas. Entrecerró los ojos, intentando identificar al conductor, una silueta oscura tras el parabrisas, pero no lo consiguió. Apenas había luz allí.

El coche eléctrico apenas hacía ruido.

¿Qué está haciendo?

Riddick hizo un gesto con las manos para indicar que el conductor tenía que encender las luces.

Las luces siguieron apagadas.

Riddick intentó entonces hacerle señas al conductor para que siguiera y se hizo a un lado para dejarle espacio.

El coche permaneció inmóvil.

Riddick miró de nuevo al chico, que parecía aún más aterrorizado que antes. Sus ojos se movían de un lado a otro y sus labios estaban

ahora contraídos en una mueca que dejaba ver sus dientes.

—¿Sabe quién es? —preguntó Riddick.

El chaval no parecía capaz de comprender nada en ese momento.

Con la adrenalina a tope y el corazón acelerado, Riddick volvió a clavar su afilada mirada en el coche eléctrico negro. *Al carajo con esto.* Empezó a acercarse.

—No terminará —dijo el chico de nuevo—. Sus palabras fueron desconcertantemente claras esta vez, teniendo en cuenta su estado —. No terminará.

Sin apartar la vista del coche, Riddick masculló:

—¿Qué coño no terminará?

Las luces del vehículo se encendieron. Las largas.

—¡Joder! —siseó Riddick, protegiéndose los ojos—. ¡Apague esas luces, gilipollas!

La silueta tras el volante permaneció inmóvil.

Mierda. Ya está bien.

Se acercó más al vehículo, pero manteniéndose a un lado, por si a quienquiera que estuviese haciendo el payaso del año le daba por acelerar.

El coche dio marcha atrás aproximadamente a la misma velocidad a la que Riddick se acercaba. *Estoy tratando con un payaso de primera.*

Protegiéndose los ojos del resplandor lo mejor que pudo, Riddick tomó nota mental de la matrícula.

La verja, a su espalda, se cerró de un portazo.

Se giró y vio la espalda del joven desapareciendo escaleras abajo hacia la cueva de San Roberto, con una mochila amarilla rebotando en su espalda.

—¡Espere! ¡Ahí abajo no, es peligroso! —gritó Riddick—. ¡Para empezar, se va a resbalar en esos malditos escalones!

Se volvió hacia el vehículo, protegiéndose los ojos de nuevo, y comprobó la matrícula por segunda vez.

—Continuará.

Se dio la vuelta, corrió hacia la verja, la abrió de un tirón y empezó a bajar los escalones.

Mientras bajaba, se planteó hacer una llamada para pedir refuerzos. Podía imaginarse los quejidos. *¿Es que este hombre no deja nunca de meterse en líos?* Algo estaba pasando aquí, sin duda, pero quizá era mejor ver *qué* antes de dar la voz de alarma.

—¡Espere… me llamo inspector Paul Riddick! Solo quiero ver si está usted a salvo.

¿Adónde diablos irá cuando llegue abajo? ¿Al río Nidd?

Con estas temperaturas, lo sacarían flotando por la mañana.

Joder.

Riddick aceleró el paso. Una decisión ridícula, aunque le pareció la correcta después de que su imaginación le hubiera mostrado lo que podría ocurrir.

A mitad de camino, Riddick pisó una placa de hielo y resbaló. Por un instante, no notó los latidos de su corazón, lo cual fue aterrador, ya que segundos antes había sido plenamente consciente de ellos. Mientras patinaba, miró hacia la multitud de escalones de piedra que le harían añicos los huesos y, sin duda, le arrancarían la vida.

Cuando sus palmas golpearon los muros de piedra caliza, señal de que se había deslizado *a lo largo* del escalón, pero no fuera de él, volvió a ser consciente de sus palpitaciones y oyó la voz de Gardner en su cabeza: *«¿Cuántas puñeteras vidas tienes?».*

Demasiadas —pensó—. *Y no puedo con el estrés de todas ellas...*

Tras respirar hondo, continuó su camino y, al darse cuenta de que se dirigía directamente a la oscuridad, sacó el móvil, lo desbloqueó y encendió la linterna.

La linterna de su móvil no era la más potente, pero iluminaba los escalones de piedra lo suficiente como para evitar que tropezara.

—¿Dónde está, muchacho? —dijo al llegar al último escalón, paseando la linterna por el desfiladero del Nidd hasta la pared de la cueva en la que Robert Flower, hijo del alcalde de York, había decidido vivir hacía más de ochocientos años.

—¿Dónde está? ¡Quiero ayudarle!

Apuntó con la linterna a las ruinas de la capilla que había junto a los escalones, con la esperanza de que el chico estuviera allí agazapado. Suspiró al ver que no estaba. Proyectó la limitada luz sobre los árboles sin hojas que bordeaban el desfiladero,

desesperado por vislumbrar al aterrorizado joven. Al no conseguirlo, la imagen del chico flotando a la deriva por el gélido río le vino momentáneamente a la mente y se estremeció.

Rodeó la tumba de Robert, exhumada hacía mucho tiempo, y se acercó al banco excavado en la roca, protegido por los acantilados. —¿Soy el inspector Paul Riddick. Si me deja ayudarle..., puedo llevarle a casa. Para que entre en calor.

Apuntó con la linterna hacia la entrada de la cueva de St. Robert. El agua del Nidd que se acumulaba en el fondo de la cueva relució a la luz de su linterna. Si el joven estaba en la cueva, estaría helado y empapado. A veces, la profundidad allí dentro era traicionera.

Avanzó lentamente hacia la entrada de la cueva, sin dejar de llamar al muchacho, mientras recordaba la historia de Daniel Clark, un hombre asesinado que fue descubierto aquí, allá por 1759.

A esa distancia, el interior seguía sumido en la más absoluta oscuridad y, aparte de aquel brillo del agua, su linterna no tenía potencia suficiente para iluminar el interior. Tendría que acercarse aún más. Avanzó con cautela hasta que su alfiler de luz atravesó la oscuridad.

El agua reluciente parecía ahora un aceite espeso que lamía las paredes de la cueva.

Se le cortó la respiración. Había *cosas* flotando. Formas grandes..., cualquiera de las cuales podría ser un cuerpo...

Recuperó el control de su respiración. «Cálmate, Paul. Podrían ser solo rocas grandes que asoman por la superficie del agua ondulante».

Oyó pasos detrás de él. Se giró, moviendo la linterna del móvil con él.

Sintió un dolor en la cabeza, pero nada más después de eso.

Oh, mi querido oso.

Me duele verte así, de verdad que sí. Retorcido. Del revés. Deformado y contorsionado. Roto.

Sí, nadie es inmune al sufrimiento. Yo, más que nadie, lo sé. Pero tu sufrimiento es diferente. Como lo era el mío. Absorbente.

¿Quién mejor para escucharte, querido oso? ¿Quién mejor para conocerte? ¿Quién mejor que yo?

Mira mi compasión.

¿Tienen ellos compasión?

Yo solo veo nudillos ensangrentados y caras ensangrentadas.

Pum. Pum.

Nos golpean, querido oso, creyendo que son compasivos.

Pero si lo fueran, si de verdad lo fueran, ¿dolería tanto?

Nosotros lo sabemos. La gente como tú y como yo, querido oso, lo sabemos.

Ya es demasiado tarde para todos ellos. Tuvieron su oportunidad.

No corras, no tengas miedo... ven conmigo. Aquí no habrá nudillos ensangrentados. Ni caras ensangrentadas.

Solo compasión.

Deja que me lleve tu verdadero sufrimiento.

¡Y entonces a ver si intentan romperte de nuevo!

¡Eso es! Ven conmigo, querido oso. Estás haciendo lo correcto.

El verdadero sufrimiento llega a su fin con la verdadera compasión, te lo prometo.

Y después de esta noche, estarás encerrado en la oscuridad... en el frío...

Pero serás irrompible...

5

Antes de cruzar la verja que daba al parque Jacob Smith, Pete echó un buen vistazo a Scriven Road y después a Park Way, al otro lado. Parecía desconcertado.

A pesar de su propia ansiedad, Milo no lo cuestionó. Ya de por sí era callado y, en ese momento, sintiéndose *totalmente* como un pez fuera del agua, no iba a romper la costumbre.

—Ni rastro. KG conduce un Tesla nuevo —dijo Pete, negando con la cabeza y mirando el reloj—. Llegamos a la hora. Pero bueno, supongo que el jefe *puede* permitirse llegar tarde.

Milo asintió. Se sentía como aturdido. Había empezado en el momento en que Stephen Best cayó al suelo bajo el árbol junto al Co-op. La duda y el miedo se habían infiltrado en todos y cada uno de sus pensamientos. De repente, estar con Pete le pareció demasiado peligroso.

Esa mañana, al despertarse, Milo se había sentido emocionado, en lugar de aterrorizado, por conocer al infame KG. ¿Y por qué no iba a estarlo? Pete le había vendido la moto de maravilla, y la perspectiva de ganar un buen dinero había sido tentadora.

Unas últimas buenas vacaciones para su madre. Y se las merecía después de todo lo que había pasado… *y seguía pasando.*

Sin embargo, ver aquella mirada en los ojos de Pete cuando había empujado a Stephen le había hecho dudar. Pete estaba

desquiciado. Y, por mucho que le cayera bien y disfrutara de su nueva amistad, aquello simplemente no era seguro.

¿Y si todo salía rematadamente mal? ¿Entonces qué? Unas vacaciones serían la menor de sus preocupaciones, porque su madre podría tener que abandonar este mundo entre dolores y agitación, con sus últimos pensamientos girando en torno a su fracaso por no haber criado a su hijo como es debido.

—¿Estás listo? —dijo Pete, apretándole el hombro a Milo.

No. He cambiado de opinión.

Pete apretó con más fuerza. —¿Estás bien, chaval?

—Sí —dijo Milo, asintiendo.

Entraron en el parque por la verja.

El parque Jacob Smith, donado por Winifred Jacob Smith a la comunidad de Knaresborough, había sido uno de los lugares favoritos de la madre de Milo cuando estaba bien de salud y Lottie, su golden retriever, aún estaba con ellos. No muchos de sus recuerdos brillaban, pero este era positivamente un faro. Sus dos padres, vivos y sanos, y las carreras fulgurantes de Lottie por los campos ondulados y a través del bosque.

Oyó a Pete hacer una demostración de respirar hondo y profundo a su lado. —Huele eso. —Señaló los contenedores desbordados junto a Milo—. ¡Mierda de perro!

Milo sonrió, reconociendo educadamente el intento de chiste de su nuevo amigo, pero ahora distraído por el peso tanto de la nostalgia como del terror.

Era tarde y no había nadie paseando al perro. Los campos estaban cubiertos de nieve, así que, en lugar de cruzarlos, entraron en el bosque que enmarcaba el parque. El suelo helado crujía bajo sus pies, y Milo no llevaba el calzado adecuado para ello. Aun así, sus zapatos aguantaron y sus calcetines permanecieron secos.

—Estás muy callado, chaval —dijo Pete, mirándolo—. ¿Acaso te lo has pensado mejor?

Milo negó con la cabeza y completó su mentira con un gruñido: —No.

—Todo saldrá bien. Te cubro las espaldas, chaval. Y KG, ya sabes, tiene un algo… que puede ser desconcertante…, pero conmigo

siempre ha sido justo.

Milo se sobresaltó al oír un correteo.

—¡Ardillas! —Pete se rio y señaló una que trepaba por un árbol —. Relájate.

Giraron a la derecha y subieron la cuesta. Caminaron unos cinco minutos y luego se sentaron en un árbol caído.

Milo examinó los árboles y recordó a Lottie zigzagueando entre ellos, hundiendo el hocico bajo las bases de los troncos, lamiendo el agua.

—Volvamos con el Juez D —dijo Pete—. Quién sabe cuánto tardará KG.

Incapaz de concentrarse en un cómic, Milo mantuvo la vista fija en la dirección por la que habían venido. Cuando vio al hombre alto acercarse cuesta arriba, le dio un golpecito en la pierna a su amigo absorto.

Pete también levantó la vista hacia el hombre que se acercaba y luego le entregó el cómic a Milo. —Guárdalo y levántate.

Milo metió el cómic directamente en la mochila con manos temblorosas, sin molestarse, como hacía siempre, en guardarlo en su funda de plástico.

Se pusieron de pie.

KG aún no había levantado la vista, su atención se centraba en el suelo helado. Llevaba un abrigo gris tres cuartos, que le quedaba holgado porque estaba desabrochado. A medida que se acercaba, Milo vio que llevaba un traje beis debajo del abrigo.

Se detuvo a un metro más o menos de ellos, y Milo tuvo que reprimir un grito ahogado. Había una salpicadura de sangre en su camisa blanca abotonada, que se veía por el abrigo y la chaqueta beis abiertos.

KG levantó la cabeza y les sonrió a ambos por turno. Unos dientes perfectos brillaron con blancura. —¿Qué tal? Espero no haberlos hecho esperar. Hace frío, ¿verdad?

—Sí —dijo Pete—. Pero estamos bien.

—Me han retrasado circunstancias imprevistas —dijo KG. Su sonrisa se desvaneció y suspiró.

Milo se dio cuenta de que sus ojos se habían desviado de nuevo hacia la sangre, así que los levantó y sorprendió a KG mirándolo directamente. El hombre elegantemente vestido se quitó entonces los guantes de cuero y se abrochó la chaqueta, ocultando la mancha. Tras volver a ponerse los guantes, le tendió la mano a Milo.

Milo le cogió la mano. El apretón de KG era fuerte y el cuero se sentía frío.

—Milo… Pete habla muy bien de usted. Dice que tiene la cabeza bien amueblada.

Pete le dio una palmada en el hombro a Milo. —Él sería leal, KG.

KG sonrió y miró a Pete.

—Leal... Bien.

Milo sopesó la idea de retirar la mano, pero KG todavía la sujetaba y no quería parecer maleducado.

—¿Sabes cómo funciona esto, Milo? —le preguntó KG, volviéndose a mirarlo y soltándole la mano por fin—. ¿Te ha puesto Pete al día?

—Le he dicho que se trata de hacer entregas, KG. No he entrado en más detalles.

KG asintió.

—Bien. Necesitamos estar seguros... tener la certeza. ¿Eres un chico de fiar, Milo?

—Sí, señor.

—KG, por favor. —Se rio y miró a Pete—. Según mi experiencia, todo el mundo intenta jugársela al jefe en algún momento; es mejor que esto quede en familia. ¿Verdad, Pete?

Pete asintió.

—Sí, KG.

KG le guiñó un ojo y luego volvió a mirar a Milo.

—Pete me dice que eres un hombre de familia. ¿Es cierto?

Milo pensó en su madre, postrada en la cama. Pensó en su desesperación por ofrecerle algo de felicidad en estos últimos meses.

—Sí... —Se contuvo justo a tiempo de decir «señor»—. KG.

—Bien —dijo KG—. Porque jugársela a tu familia es muy distinto de jugársela a tu jefe. —Se llevó una mano al pecho, más o menos donde estaba la sangre oculta—. Eso es cruzar una línea que un hombre como yo no cruza.

Milo no era tonto. Percibió la amenaza y luchó contra el miedo. *No tienes nada de qué preocuparte. Jamás traicionarías a un hombre como este.* Sabía que no era capaz de algo así.

KG observó a Milo un momento más y luego le puso una mano en el hombro.

—Eres un buen chaval; acompáñalo en su próximo reparto. —Entonces, retiró la mano y se giró de nuevo hacia Pete—. La semana pasada te quedaste un poco corto, Pete.

Milo miró a su amigo. Su expresión de confianza se había desmoronado.

—Creía que ya habíamos hablado de esto... —La voz de Pete temblaba.

KG suspiró.

—Sí, así es. Me enseñaste los moratones. Al destinatario no le gustó que el paquete viniera corto.

—Yo no lo preparé, KG. Quienquiera que lo empaquetara debió de aligerarlo.

—Sí. Esa fue nuestra conclusión, ¿verdad? —asintió—. Pero, sabes, el que preparó esa bolsa insistía en que no había sido él. Y... bueno... yo fui bastante insistente. —Esta vez, KG posó una mano en el hombro de Pete y le sostuvo la mirada un buen rato. Pete le mantuvo el contacto visual, aunque se notaba a la legua que estaba incómodo.

—El que lo preparó ya no forma parte de nuestra familia —dijo KG—. Mantén el negocio bien atado, Pete.

—Lo haré, KG.

KG retiró la mano y sonrió a Milo.

—Veo un gran potencial aquí. Enséñale cómo funciona esto.

—Sí, KG.

KG miró a los dos muchachos.

—La bolsa está encajada debajo de la mierda de perro en la papelera que hay a la entrada del parque. —Luego les dio una dirección en York—. Repítemela, Pete.

Pete la repitió.

—Otra vez —dijo KG.

Pete obedeció.

—Vale. —Miró a Milo larga y fijamente. Tenía el rostro serio. Milo se obligó a mantener el contacto visual, a pesar de que le apetecía esconderse detrás del tronco que tenía en frente—. La regla número uno, Milo: tú y yo nunca nos hemos visto. Ni nos veremos. De hecho, yo no existo.

Milo asintió.

—Si rompes esa regla, no solo estarás fuera de esta familia, sino que iré a visitar a tu madre. ¿Entendido?

Milo pensó en su madre postrada en la cama, débil, cerca del final, y en aquel tipo tan elegante y con una dentadura perfecta de pie junto a ella, diciéndole que su único hijo no era el hijo que ella creía.

—Sí —dijo.

—Tengo un buen presentimiento sobre esta noche —dijo KG, señalando a Milo—. Tengo un buen presentimiento sobre ti, Milo.

Se dio la vuelta y se marchó.

—No es la parte más glamurosa del trabajo —dijo Pete con el brazo metido en la papelera para excrementos de perro junto a la entrada.

Milo estaba de pie junto a la verja, vigilando la carretera por si a algún paseador de perros le apetecía pasar frío a esas horas. Que alguien se topara con Pete, con el brazo metido hasta el hombro en mierda de perro, era una situación que era mejor evitar. Especialmente con un jefe que afirmaba valorar el anonimato por encima de la vida de nadie.

Pete tuvo una arcada.

No era de extrañar.

Milo podía oler la mierda desde varios metros de distancia.

—KG tiene un sentido del humor retorcido. ¿Por qué no elegir una papelera normal ahí fuera? Seguro que una de estas bolsas de mierda de perro está rota... Tengo la mano mojada... —Tuvo otra arcada.

A Milo se le revolvió el estómago.

—Gracias a Dios —dijo Pete finalmente, sacando una bolsa de deporte Slazenger de color azul oscuro de la papelera.

Lanzó la bolsa a los pies de Milo y luego retrocedió, mirándose las manos.

—Necesito una jodida ducha.

Milo miró la bolsa con asco.

—Yo la he sacado —dijo Pete—. Tú la llevas.

Milo la cogió. Pesaba bastante. Se la acercó a la cara, la olió e hizo una mueca.

—La limpiaré un poco cuando llegue a casa —dijo Pete—. Larguémonos.

—¿No crees que deberíamos comprobar qué hay dentro?

Pete se rio y negó con la cabeza.

—¡Ni se te ocurra si en algo aprecias tu vida, chaval! No se abre nunca. Nosotros entregamos. Es todo lo que hacemos.

—¿Pero y tus moratones?

Pete se encogió de hombros.

—Todos los trabajos tienen sus riesgos, ¿no?

6

2003

El día en que la investigación de la cueva de Mother Shipton llegó a su desgarradora conclusión, el agente de policía Paul Riddick estaba sentado solo en la cantina, sintiéndose como se había sentido las dos semanas anteriores en el Cuartel General.

Como un cero a la izquierda.

A decir verdad, en realidad no debería haber estado allí. Un simple agente de policía como él debería haber estado pateando la calle.

Pero el inspector Anders Smith era de todo menos pasivo, y cuando un hombretón de Yorkshire con sangre vikinga escandinava corriéndole por las venas pedía algo, rara vez fracasaba.

Así que su peculiar exigencia de que el agente de policía Paul Riddick estuviera presente en la que podría ser la investigación más importante de North Yorkshire en más de diez años fue satisfecha.

A pesar de ello, el papel de Riddick había sido limitado, y la mayoría de las tareas se habían asignado a los más experimentados. Aun así, Anders se pasaba constantemente a ver a Riddick para recordarle que él «había echado a rodar la pelota».

En todo caso, esto era una maldición. Hacía que Riddick sintiera que estaba pisando huevos entre los compañeros que se habían

ganado los galones a base de trabajo duro. Con todo, a pesar de ser objeto de miradas largas y persistentes, nunca se enfrentaron a él. Hacerlo sería arriesgarse a la ira de Anders. El único que se atrevería a desafiar a Anders era el inspector jefe Derek Rice, pero este ignoraba por completo la existencia de Riddick, del mismo modo que ignoraba la existencia de la mayoría de la gente, incluso la de su propio hijo, el agente detective Phil Rice.

Riddick estaba terminando su café en la cantina cuando oyó un alboroto en el pasillo. Fue a investigar discretamente. Pero el presunto asesino de Graham Lock estaba gritando obscenidades tan alto que nadie se habría dado cuenta de que Riddick estaba fisgoneando.

A Russell Lock se lo llevaban esposado. O más bien, se lo llevaban *a la fuerza* esposado. La mente de Riddick viajó a aquel primer momento en que vio al hijo de Russell, Graham, en el Pozo Petrificante de la cueva de Mother Shipton. Sentado en la muerte, con la cabeza desplomada hacia delante, mientras su pelo negro y mojado le colgaba lacio como un sudario sobre la cara.

Russell, padre afligido y presunto asesino, despotricaba contra los agentes, gritando su inocencia.

Por un brevísimo instante, Riddick se preguntó si sus superiores se equivocaban.

Negó con la cabeza, amonestándose a sí mismo por responder a la emoción de las súplicas de Russell. ¡Tenía muy poca experiencia para hacer juicios así! Si Anders era el *subdirector de la investigación* en este caso, ¿quién era él para cuestionarlo?

Los dos inspectores principales observaban cómo se llevaban al destrozado padre, con sus posturas rígidas y sus rostros serios.

Esperaron a que Lock saliera antes de que la tensión los abandonara, pero el comportamiento de los dos hombres contrastaba fuertemente con el habitual.

Derek Rice, a menudo el líder cascarrabias, ahora andaba con un brío renovado y empezó a dar palmadas en la espalda a diestro y siniestro. Algunos agentes se alegraron de ello, si no un poco desconcertados, y parecían niños asustados a los que su severo

padre acababa de decirles que estaba orgulloso de ellos por primera vez.

Sin embargo, a pesar de sonreír y participar también en las palmadas en la espalda, había algo en Anders que no cuadraba. Era sutil, pero faltaba algo en aquella presencia imponente y segura. Sus ojos se desviaban con frecuencia por encima de los compañeros con los que celebraba para mirar en la dirección por la que Lock había salido. Entonces, su cuerpo parecía encogerse ligeramente, casi como si la espalda le estuviera dando problemas y encorvarse aliviara la molestia.

Después de observar la celebración durante un par de minutos, Riddick se dio la vuelta para regresar a la cantina.

—¿Y adónde se cree que va? —preguntó Anders.

Riddick se giró. —Lo siento, señor… Enhorabuena, por cierto. Pero yo… yo…

—¿*Ha decidido* no participar en las celebraciones?

Riddick, que no conseguía ver qué había que celebrar en un suceso tan trágico, asintió. —Realmente no pinto nada aquí.

Anders soltó una carcajada. Levantó los ojos al cielo como para interrogar a Dios sobre la razón de la existencia del imbécil que tenía delante, negó con la cabeza y luego posó sus dos manazas en los brazos de Riddick. Lo sacudió con mucha suavidad, lo que debió de requerir un gran esfuerzo de contención teniendo en cuenta el tamaño del hombre. —Que no *pinta* nada aquí. Cristo bendito. —Se inclinó y bajó la voz—. Tiene más derecho a estar aquí que la mayoría de la panda de inútiles que hay por aquí.

Riddick se preguntó brevemente si estaría incluyendo a Derek en ese grupo selecto.

—Ha sido usted, Paul. —Su voz volvía a ser estruendosa—. Usted echó a rodar la pelota…

Ahí estaba otra vez. A Riddick le estaba empezando a cansar, sintiéndose ahora más farsante que nunca, pero desde luego Anders no estaba perdiendo fuelle. Lo dijo con más énfasis que de costumbre.

—Usted se fija en las cosas. Ese oso —dijo Anders—. Ese *jodido* oso. O más bien, se fijó en la *ausencia* del oso.

—Se habrían dado cuenta sin que yo estuviera allí —dijo Riddick, incapaz de reprimir por más tiempo lo que realmente sentía—. Lo habrían visto en una fotografía. Y si no, ¡la gente que trabajaba allí también se habría percatado! Yo no hice nada fuera de lo común, señor, de verdad que no.

—Gilipolleces —dijo Anders, apretándole los brazos con más fuerza—. Usted aceleró el proceso. Y este juego consiste en acelerar, Paul. Nadie puede permitirse retrasos cuando hay un asesino suelto. Nadie. Nos hizo buscar un oso y mire lo que encontramos…

Todo empezó con una compra realizada por Russell Lock en la tienda de la cueva de Mother Shipton: un libro sobre el proceso de calcificación que tiene lugar en el Pozo Petrificante. En este libro, recuperado en casa de Russell Lock, había montones de notas y palabras subrayadas.

También había imágenes rodeadas con un círculo.

Una de esas imágenes rodeadas con un círculo había sido la del oso de piedra que faltaba.

Aunque el oso aún no se había recuperado, era una prueba condenatoria. Había sido la piedra angular de la investigación. *¿Por qué la obsesión con el oso de piedra? ¿Por qué la fascinación por la calcificación?*

¿Por qué mató a su hijo?

Por desgracia, Russell Lock nunca respondió a ninguna de esas preguntas, pero Anders y Derek habían perseverado sin inmutarse. Lock era bipolar y tenía un historial de comportamiento errático. Pronto salió a la luz que la excesiva cantidad de somníferos en el torrente sanguíneo de su hijo —suficiente para matarlo— era suya. Un testigo se presentó para decir que había visto a Russell y a su hijo caminando cerca del sendero que bajaba a Mother Shipton's la noche que Graham murió.

—¿Confesó? —preguntó Riddick.

—Confesó haberle pegado a su hijo. Esos moratones que le encontramos en la espalda. El cabrón le hizo eso a su propio crío. —Anders apartó las manos y clavó la mirada en la distancia con repugnancia—. Ya es suficiente. La fiscalía está satisfecha.

—Eso es bueno, señor...

Anders asintió, pero siguió con la mirada perdida en la lejanía, y Riddick recordó su comportamiento anterior, como si estuviera abrumado por algo.

¿Pero está usted satisfecho, Anders?

—Hacerle eso a tu propio hijo, ¿eh? —dijo Anders, negando con la cabeza—. A uno de tu propia sangre.

¿Es eso lo que le abruma?

—¿Cuál era su móvil, señor?

—¿El móvil? —Le clavó la mirada a Riddick—. Todo el mundo quiere siempre una explicación, ¿verdad? Y ya sabe, los del tribunal la exigirán. Pero Russell Lock era un hombre muy enfermo. Y cuando vio que la vida que le esperaba a su hijo estaría plagada de dolor y desesperación, como la suya, buscó una solución. Se sintió en la obligación de ahorrarle el trauma que había devorado su propia vida.

—¿Él dijo eso?

Anders suspiró. —No exactamente... pero se le notaba en los ojos. Claro como el agua.

Riddick se contuvo de preguntar por qué se tomó tantas molestias para llevar a su hijo a una cueva antes de darle la sobredosis, pero se detuvo. Anders había llegado a una conclusión. ¿Parecía contento con ella? La verdad es que no. ¿Estaba Riddick en posición de cuestionarla? Desde luego que no.

—Y ahora, hijo. Seguimos adelante. Como *siempre* seguimos adelante.

Riddick asintió.

El color volvió al rostro de Anders, que le sonrió a Riddick radiante. —¿Y bien? Empecemos por esa encantadora esposa suya. Rachel, ¿verdad?

—¿Qué le gustaría saber, señor?

—¡No quiero saber nada por usted! —rio—. ¡Estoy seguro de que ella misma puede contármelo todo! Sally cocina el sábado, y los esperamos a los dos a las siete.

Por dentro, Riddick se sintió exultante, igual que aquella noche en el Petrifying Well cuando Anders le había agarrado del hombro y el vínculo se había forjado.

Entonces, lo asaltó una oleada de culpa. En el espacio de dos semanas, su vida había cambiado radicalmente por culpa de un pobre chico muerto. ¿Podía salir algo positivo de algo tan atroz? Instintivamente, abrió la boca para rechazar la invitación, pero Anders se le adelantó.

—Y quizá después de cenar podamos hablar de sus ambiciones. Ahí dentro hay un agente detective, hijo, y cuanto antes lo saquemos y lo pongamos a trabajar, mejor.

7

Riddick abrió los ojos en la oscuridad. —Maldita sea… —Sentía la sien como si le hubieran dado un mazazo. ¿Lo había dejado ciego?

Sintió el frío del suelo húmedo en la mejilla izquierda.

Piensa…

Levantó la cabeza con un gemido. El dolor era insoportable. Se incorporó hasta apoyarse sobre un codo. El suelo parecía reclamarlo, la fuerza de la gravedad era inmensa.

Mantente despierto…

Mantente despierto, joder…

Las formas empezaron a distinguirse. No estaba ciego, entonces. Gracias a Dios.

El mundo físico a su alrededor se recompuso, mientras los recuerdos lo arrollaban.

Los ojos desorbitados del chico… los faros cegadores… los escalones… la mochila de Fortnite que rebotaba… el río Nidd… el agua aceitosa y reluciente que lamía las paredes de la cueva… Robert Flower…

¿Robert Flower?

La cueva de san Roberto.

Se incorporó, asaltado por el recuerdo del chaval que huía escaleras abajo.

Intentó asimilar lo que le rodeaba, pero su visión seguía siendo un caos.

¿Qué demonios ha pasado?

—¿Quién anda ahí? —gimió—. ¿Hay *alguien* conmigo?

Recordó el móvil y la débil luz de su linterna. Pasó las manos por el suelo, buscándolo desesperadamente.

De repente, abrumado por el mareo, se detuvo y cerró los ojos.

Necesitas asistencia médica, Paul.

El chaval… ¿adónde se ha ido?

Respiró hondo y volvió a abrir los ojos. Esta vez, lo que le rodeaba se veía con más claridad. Miró hacia la entrada de la cueva.

¿Estás ahí dentro? ¿Ahogándote en agua aceitosa que te llega a las rodillas?

Intentó ponerse en pie. Casi lo consiguió. Pero el mareo lo derribó de nuevo sobre las rodillas. *¡Maldita sea!*

A su espalda, oía el siseo del viento sobre el Nidd.

El Nidd.

Más agua.

Más peligro.

Consiguió girar lentamente sobre las rodillas. Al hacerlo, sintió que recuperaba el control sobre su cuerpo, pero su mente parecía perdida. Los recuerdos se volvían borrosos: *Graham Lock… en el suelo bajo el Pozo Petrificante… justo en el centro… las piernas cruzadas… la cabeza colgando hacia delante mientras caían las gotas… el pelo y la ropa mojados, pegados a él…*

No. Momento equivocado. ¡Contrólate, Paul!

Completó el giro y sus ojos se posaron en el chico que yacía boca arriba frente a él.

No… no…

¿Era esto ahora? ¿Este momento? ¿O era otro recuerdo traicionero en su mente abarrotada?

Su cuerpo estaba débil, pero Riddick le exigió más. Gateó hacia el chaval. —Despierta…

El chico no lo hizo.

Sin aliento, con un dolor punzante en la frente y unas náuseas que intentaban desesperadamente hacerlo vomitar, Riddick llegó hasta el joven y le miró la frente ensangrentada. *¿A ti también te han golpeado? ¿Viste quién nos ha hecho esto?*

—Despierta…, por favor…

Riddick se inclinó sobre su rostro y la realidad de lo que estaba viendo empezó a golpearlo.

Graham Lock… carne joven… húmeda y gris… triste y sin vida…

—No. Basta ya —dijo en voz alta, dirigiéndose a su cerebro pantanoso—. *Este es otro momento. Otro lugar. ¡Este no es Graham Lock!*

—Estoy aquí para ayudar —le puso la mano en el anorak rojo, justo encima del pecho—. Por favor, despierta.

Seguía sin responder.

Riddick le tocó la mejilla al chico.

Estaba *tan* fría.

Escucha, Paul, imbécil: ¡este no es Graham Lock! No es ese pobre chico muerto. Ayuda a este. Despiértalo.

Riddick le puso los dedos en el cuello.

No tenía pulso.

Le dio unas palmaditas en el pecho. —Despierta, chaval. Te digo que despiertes de *una puta vez*. Tú *no* eres él.

Está muerto, Paul. Está muerto.

Riddick reconoció la mochila amarilla de Fortnite de un recuerdo arremolinado. Luchando por mantenerse en contacto con la realidad, se estiró y la arrastró hacia él.

La cremallera estaba entreabierta. Riddick vio algo que asomaba. Pellizcó algo blando.

No… no puede ser…

No se molestó con la cremallera, simplemente tiró de los lados de la bolsa para abrirla más.

Pellizcando de nuevo el material blando, sacó el objeto.

Se le cortó la respiración.

Sostuvo el objeto delante de él por una oreja.

Dígame qué ha observado, muchacho.

Riddick lo dejó caer.

¿Algo sobre un oso?

Advirtió un resplandor bajo las piernas del chico muerto.

Una linterna.

Su móvil.

Lo sacó de allí y marcó el número de emergencias.

8

Gardner recordó su primera investigación en North Yorkshire; de pie, tras la torre del homenaje del castillo, contemplaba el viaducto que se alzaba imponente sobre el Nidd, mientras Riddick, su nuevo subalterno por aquel entonces, le señalaba la famosa cueva, escondida a la izquierda. En ese mismo instante, se prometió a sí misma que la visitaría algún día.

Aquella noche, sin embargo, se encontraba junto a la de San Roberto, una cueva vecina, y no estaba más cerca de tachar la cueva de la Madre Shipton de su lista de cosas que hacer, pero eso no impidió que la atracción turística más famosa de Knaresborough acudiera a su mente. Cuando había llegado veinte minutos antes, Riddick estaba tumbado en la parte trasera de una ambulancia, desvariando. «Escúchame, jefa... *escúchame*... Graham Lock. Se *suponía* que lo había matado su padre en la cueva de la Madre Shipton en 2003. Y había un oso de peluche perdido. Un oso de peluche *petrificado* perdido». En ese momento, el paramédico había decidido que ya era suficiente y se lo había llevado al hospital.

De espaldas a una escena del crimen que ahora brillaba gracias a varias unidades de iluminación portátiles Samalite, observó el Nidd, que no parecía tan apacible como de costumbre con el murmullo de fondo de los oficiales de la escena del crimen.

Un oso de peluche petrificado perdido.

Tenías que salir con eso, Paul...

Aun así, se trataba de Riddick, y su historial descubriendo la verdad —a pesar de algunos de los métodos cuestionables que empleaba para ello— le otorgaba el derecho a ser escuchado. Así pues, le dedicó cierta consideración al juguete de la mochila de la víctima.

Pero, en primer lugar, este oso de peluche no estaba petrificado.

Petrificado, según le habían informado fuentes fidedignas, significaba calcificado por agua mineralizada.

En segundo lugar, no se trataba de la cueva de la Madre Shipton y, para empezar, no había ningún pozo petrificante. Además, este oso había sido encontrado en la mochila del niño, mientras que el oso anterior había sido retirado del lugar de los hechos ¡y nunca se encontró!

Entonces, ¿era este otro oso de peluche algo a lo que realmente prestar atención?

Riddick parecía pensar que sí. Pero Riddick se había llevado un golpe tremendo en la sien. El pensamiento racional brillaría por su ausencia.

Suspiró.

Con Riddick nunca había un momento de aburrimiento. El drama se le pegaba como una lapa.

Alguien se movió a su lado.

—¿No tiene frío, Emma?

Marsh.

Gardner, que solo llevaba su ropa de trabajo y un mono blanco fino como el papel, dijo:

—Sí, inspectora. Me compré una chulísima chaqueta Jack Wolfskin la semana pasada para combatir sus tempestades norteñas. Pero, cuando me enteré de lo de Paul, entré en pánico y se me olvidó.

Gardner miró a Marsh, que llevaba un gorro bajo la capucha blanca de su mono. También llevaba puesta una chaqueta de esquí de aspecto muy competente. Marsh, desde luego, no se dejaba llevar por el pánico.

—No se preocupe. Hay pocos tipos más duros —dijo Marsh—. Y muy pocas cabezas más duras.

—Mencionó lo del oso petrificado.

Marsh soltó una carcajada.

—¿Que lo mencionó? Nos ha dejado a todos con los oídos sangrando, Emma. Solo son los desvaríos de un loco con una conmoción cerebral —suspiró—. Al menos lo de la conmoción se le pasará; lo de loco, bueno...

—Entonces, *¿de verdad* no hay nada en este oso? —Gardner enarcó una ceja.

Marsh sonrió, inspiró hondo y exhaló una nube de vaho blanco.

—¡Oh, en ese maldito oso petrificado hay mucho donde rascar... de eso puede estar segura! ¡Una historia con mucho recorrido, esa! Única en su especie. Me sorprende que no la haya oído.

—No. Quizás sea relevante, inspectora.

—Hoy no. Escuche, tuvo mucha relevancia para él, sí... —Marsh observó a Gardner—. Érase una vez. En una época *más feliz*. Supongo que tiene sentido que no se lo haya contado. Está relacionado con ese traidor, Anders. Probablemente lo ve como algo que olvidar, en lugar de celebrar.

—¿Hasta esta noche?

—Hasta que alguien le ha abierto la cabeza...

Gardner sintió que su frustración crecía.

—Esto no tiene mucho sentido, inspectora. Quizá si me cuenta la historia, entonces...

—Emma, créame, será una pérdida de tiempo. Paul se ha llevado un buen golpe. En veinticuatro horas, verá las cosas de otra manera. No es que vaya a estar ni cerca de este caso. Estaba personalmente involucrado. Persiguió al chico hasta el lugar donde fue asesinado. Se despertó junto al cadáver. Esto no tiene nada que ver con el asesinato de la cueva de la Madre Shipton en 2003. El asesino de Graham Lock, el padre, Russell Lock, fue arrestado y luego, por suerte para el mundo en general, la palmó en la cárcel. Va a hacer falta más que un oso de peluche para poner en duda su culpabilidad y llevarnos a creer que el verdadero asesino ha permanecido inactivo durante veinte años antes de salir de su retiro. En cuanto a la dichosa historia del oso petrificado de Riddick, aunque no estuviera hasta las narices de ella, seguiría sin contársela.

—Es un sospechoso —dijo Gardner en voz alta, como si se diera cuenta por primera vez—. Así que escucharemos *todo* lo que tenga que decir.

—Cierto, pero... —Marsh la miró muy seria—. Lo primero que debe hacer es disipar esa sospecha. Es un loco, pero es *mi* loco. Soy la única a la que se le permite pararle los pies, y la vida es mucho más interesante con él. Además, Riddick haciendo daño a un niño... por favor...

Gardner estuvo de acuerdo. La idea de que Riddick hiciera daño a un niño era, como poco, ridícula.

Respiró hondo mientras caía en la cuenta de otra cosa.

¿Quién iba a ser su Director de investigación adjunto?

Ray Barnett, ¿seguramente? Era el superior más competente entre los demás.

—¿Inspectora? —dijo una voz familiar.

Gardner y Marsh se giraron para ver cómo el sargento detective Phil Rice se acercaba a ellas.

Ella suspiró para sus adentros. Con Rice nunca sabías a qué atenerte. Cada conversación con él terminaba o en una exasperación absoluta o en un reconocimiento silencioso de que era bastante competente.

El mono blanco le sentaba bien. La capucha ocultaba su calvicie prematura, y el corte holgado disimulaba su sobrepeso. —¡Un osito de peluche a su edad! ¡Joder! Mi viejo me encontró en la cama con uno a los nueve años y me molió a palos.

No sabía decir si expresaba orgullo por cómo lo habían criado o si era una despectiva condena a su padre. Eso era lo que pasaba con Rice. Nunca se sabía a ciencia cierta. Era un tipo complicado.

Gardner reprimió una sonrisa al pensar en la más que probable réplica de Riddick. —¿Te sacó diez toneladas de mierda a palos junto con toda tu sensibilidad?

—¿Quería hablar conmigo, Phil? —dijo Marsh.

—Sí, señora. Sabemos quién es. Estaba escrito en la etiqueta de una camiseta deportiva blanca debajo del jersey: *Stephen Best. 5.º de la ESO*.

—Lo que podría significar que tiene quince o dieciséis años —dijo Marsh—. Si no es una camiseta vieja, supongo.

—Si es un crío, es otro puñetero imán para la prensa —dijo Rice.

—Una puñetera multa por exceso de velocidad por aquí ya es un imán para la prensa cuando estamos nosotros de por medio... Aun así, si es un estudiante, la cosa se caldeará, sí. —Suspiró—. Buen trabajo, Phil —dijo Marsh.

¡Buen trabajo! Gardner se contuvo para no poner los ojos en blanco. Probablemente, uno de los oficiales de la escena del crimen había leído la etiqueta de la camiseta en voz alta. ¿Cómo se podía considerar eso «trabajo»?

Gardner recordó la afirmación de Riddick de que Marsh y Rice debían de estar tirándosela. ¿Por qué otro motivo estaría ella tan a su favor? Algunas de las actitudes de Rice habrían sido consideradas arcaicas incluso por los mineros menos progresistas de una mina de carbón de Doncaster en los años setenta.

Recordó el comentario anterior de Marsh sobre que Riddick era su loco. Quizás, con Rice lo veía igual. ¿Su intolerante?

—Ah —dijo Rice, mirando a Gardner—. Lo del oso petrificado. Son gilipolleces.

—Ya veo —dijo Gardner—. Nunca había oído un rechazo tan bien razonado y sofisticado de la pista de un testigo. Gracias, Phil.

La cara se le puso roja y entrecerró los ojos. —No es una pista, jefa. Son gilipolleces.

Aquello la dejó de piedra. ¿De dónde había salido esa beligerancia recién descubierta? Tendría que quitársela de la cabeza de un plumazo.

Rice continuó: —Es un tipo de oso totalmente diferente. Este es más pequeño. Más mono...

—Todo un experto en osos, ¿no?

Gardner pilló a Marsh mirándola. Sus ojos sugerían que lo escuchara. Una discusión entre tres superiores no era una buena idea. —Continúe, entonces.

Él asintió, sonriendo. —El oso original de la investigación. Era una cosa fea. Totalmente diferente.

—Vale, Phil, gracias —dijo Gardner, sin querer irritar a Marsh—. Veamos primero lo que tenemos aquí y ahora...

—Mi padre cerró ese caso —dijo Rice.

Gardner miró a Rice, con expresión de confusión.

—El padre de Phil era el Inspector Jefe Derek Rice. Él dirigió al equipo que atrapó a Russell Lock.

—Ya veo. —Gardner volvió a mirar a Rice—. Debe de estar muy orgulloso de su padre y de su equipo.

Rice asintió. —Del equipo, sí. De mi padre, no.

No se esperaba aquello.

Rice continuó: —Era un auténtico...

Marsh tosió. —Vale, Phil, ya basta.

—Lo odiaba. Pero atrapó al hombre correcto —dijo Rice—. Siempre atrapaba al hombre correcto.

Así que a Rice le molestaba que Riddick pusiera en duda el legado de su familia; Riddick, alguien a quien, de todos modos, nunca había tragado. —Gracias, sargento detective.

—*Inspector*, señora —dijo Rice, mirando a Gardner. Su frustración fue rápidamente reemplazada por un atisbo de sonrisa—. Se olvida.

No se había olvidado. Hacía dos semanas que lo habían ascendido a Inspector. Había sido un lapsus.

—No lo tragas mucho, ¿verdad? —dijo Marsh mientras Rice volvía con los oficiales de la escena del crimen.

Gardner se encogió de hombros.

—Tiene su utilidad —dijo Marsh. Gardner asintió, reconociendo la verdad en esa afirmación. Algunas de sus contribuciones a los dos últimos casos habían sido excelentes—. Aunque es un riesgo.

Marsh dijo: —Es más astuto de lo que parece. Solo hace comentarios intolerantes para picar a la gente. No es que tenga don de gentes, de acuerdo, pero no es tan poco fiable como Paul.

—Sin embargo, no tiene los instintos de Paul.

—Pocos los tienen.

¿A dónde quería llegar?

—Su padre, Derek, era un cabrón —dijo Marsh—. Un auténtico cabrón despiadado. Aquellos que piensan que yo tengo mis

momentos..., bueno, créame, ¡no tienen ni idea! Cuando yo empezaba, corrían muchas historias sobre ese cabronazo, y nunca oí una agradable. Cuando le falló el corazón, no hubo muchas lágrimas. Cuando Phil habla de que lo molieron a palos, se queda corto. Probablemente fueran más bien trece o catorce toneladas.

Gardner mantenía los ojos fijos en Marsh. *No te lo estás tirando, ¿verdad? Simplemente te preocupas. Detrás de esa fachada tan dura, hay compasión. Te he juzgado muy mal.*

—Haz que se sienta cómodo mientras sea tu director de investigación adjunto, Emma.

Menuda hija de puta.

—Señora...

—Discúlpeme, Emma —dijo Marsh, dándose una palmada en el bolsillo de su anorak de esquí a través del mono blanco—. El móvil. Serán los de arriba. No quiero hacerlos esperar.

—Por supuesto, señora.

Negó con la cabeza mientras veía a Marsh alejarse, luego se giró y observó a Rice hablar con un oficial de la escena del crimen. Suspiró. Esto iba a ser un calvario.

De camino a ver el cuerpo, pasó al lado de Fiona Lane, la jefa de los oficiales de la escena del crimen, que se estaba manchando las manos en lugar de simplemente ladrar órdenes a todo el mundo; algo que Gardner respetaba. Estaba arrodillada sobre una placa protectora, haciendo un molde de una huella.

Gardner la saludó y continuó hacia el doctor Hugo Sands, el médico legista, que estaba en cuclillas cerca de la víctima.

Parecía sumido en sus pensamientos. O no se había percatado de su presencia, o la estaba ignorando deliberadamente.

Sospechaba que era lo segundo, ya que a Sands no se le escapaba *nada*.

Tosió.

—Inspectora Jefa Gardner —dijo él, sin apartar la vista del rostro del chico.

Así que se estaba haciendo el sueco, entonces.

Claro que Gardner se sentía incómoda con la situación, pero probablemente aquello no era nada en comparación con cómo debía

de sentirse Sands. Hacía meses, él le había tirado los tejos. Ella había aceptado ir a un concierto de Ed Sheeran con él, pero acabó dejándolo plantado cuando pasó a recogerla.

La razón: Paul Riddick estaba borracho en su salón.

Gardner y Sands no se habían hablado desde entonces. De no ser por el trabajo, la cosa habría seguido así.

Aunque tampoco era que Sands fuera un hombre de muchas palabras. La mayoría de sus respuestas eran monosilábicas y parecía empeñado en limitarse a exponer los hechos. El problema era que los hechos a menudo requerían tiempo. A veces, las conjeturas eran indispensables.

—Doctor Sands, ¿alguna idea? —preguntó Gardner, sabiendo al instante que no había elegido bien las palabras. Él jamás le daría una «idea».

Levantó un dedo, pero siguió sin mirarla a los ojos. —Un momento, por favor. Estoy pensando.

Ella puso los ojos en blanco y volvió a bajar la mirada hacia el cuerpo. Bajo el resplandor de un foco portátil, parecía flotar en una piscina amarilla.

La primera vez que vio a la víctima, necesitó un momento. El dolor y el trauma de ver a alguien tan joven arrancado del mundo era algo a lo que una nunca se acostumbraba. Por supuesto, el hecho de que Riddick se hubiera despertado junto a este cadáver contribuía en gran medida a su conmoción. Había necesitado respirar hondo varias veces y un momento de tranquilidad junto al Nidd para recuperarse.

Al mirarlo de nuevo, se sentía más fuerte, pero aun así tuvo que respirar hondo para serenarse. La víctima no era más que un crío.

¡Cómo deseaba que se moviera! ¿Un pecho que subía y bajaba al respirar? ¿Una nuez que subía y bajaba al tragar saliva? ¿Una sonrisa al pensar que estaba en casa con su familia?

Tenía una fea herida en la frente, no muy distinta de la que le había visto a Riddick. La víctima tenía los ojos cerrados, y ella se preguntó, como siempre se preguntaba en estos casos, si el asesino se los habría cerrado con los dedos; tal vez para que no lo miraran, no lo juzgaran, no le inspiraran sentimiento de culpa.

Más adelante, en la entrada de la cueva, una brillante daga de luz rasgó la oscuridad. Un oficial de la escena del crimen apareció y miró en dirección a Gardner. La linterna frontal que llevaba le deslumbró. Parpadeó varias veces, y cuando volvió a enfocar la vista en él, vio que el oficial negaba con la cabeza a un compañero.

Una ráfaga de viento repentina y cortante la azotó a través de su precaria ropa de invierno, pero pareció devolverla a la vida y la sacó, por un momento, de aquel pozo de melancolía. —Doctor Sands, *por favor*, deme lo que sea que tenga.

Sands la miró por primera vez. Parecía irritado por la interrupción, pero ella sospechaba que solo era el rencor por su rechazo. Le sostuvo la mirada hasta que su expresión severa se derritió. *Esto no va de nosotros, hombre ridículo. Haz tu trabajo.*

—Estoy dispuesto a decir que la herida en la cabeza *podría* haberlo matado. De momento, no encuentro más lesiones visibles.

Gardner asintió.

Sands señaló una roca grande cerca de la cabeza del chico. —Hay sangre en esta. Podría haberse resbalado y golpeado con ella. O también podrían haberlo empujado, o… —Se encogió de hombros—. Alguien podría haberla cogido y habérsela estampado. Por supuesto, esta roca también podría haberse usado con su compañero. Hay muchas variables. Tenemos que hacer muchas pruebas.

¡Compañero! Sabes cómo se llama, Hugo…

Pero en el mundo según el doctor Hugo Sands, se había estrellado en el último obstáculo hacia el corazón de Gardner por culpa de Paul Riddick.

Pensó en contarle la verdad. Que Sands nunca había estado ni cerca del corazón de Gardner. Que había estado demasiado ocupada con un hermano sociópata, un matrimonio que se desmoronaba y un compañero que había perdido el norte como para tener el corazón disponible.

Pero no era el momento.

En ese instante, el oficial de pruebas Tony Reid se acercó a Gardner sujetando una bolsa de plástico con las manos enguantadas. La roca que había dentro parecía pesada.

—Otra roca —dijo Tony—. Restos de sangre.

Gardner miró de una roca a la otra. Una para Riddick y otra para el chico. Aquello no había sido un accidente. ¿Qué posibilidades había de que ambos se hubieran resbalado y golpeado la cabeza a la vez?

Su nuevo director de investigación adjunto, Rice, hizo todo lo posible por demostrar su creencia de que tanto la sutileza como la paciencia eran una pérdida de tiempo al alzar la voz desde más de cinco metros de distancia. —Jefa. Acabo de hablar con Ray. El padre de Stephen Best denunció su desaparición hace más de una hora. Todavía está en cuarto de la ESO y tiene quince años.

Todo el mundo había dejado de trabajar para quedarse mirando, lo que obligó a Gardner a suspirar para sus adentros y preguntarse por qué el bocazas no podía caminar cinco metros para decírselo.

Se arrodilló junto a Stephen, ignorando a Sands, que estaba al otro lado.

Todo parece un caos ahora mismo, Stephen. Caótico y desordenado. Pero lo pondré todo en orden. Te lo prometo. Por ti y por tu familia.

Reprimió el impulso de cogerle la mano.

Querido oso, ahora los veo.

Rondando a tu alrededor. Estudiándote. Creyendo que estás roto.

No pueden ver la sonrisa en mi rostro, ni oír mis suspiros de alivio.

Pero si pudieran, ¿lo entenderían?

¡Claro que no, querido oso!

¿Cuándo han entendido algo?

Que no te engañe su tristeza, su compasión, su rectitud. Me darán caza como si eso fuera a cambiar algo. Pero no lo hará. Y ellos lo saben. Los cazadores cazan simplemente porque disfrutan de la persecución.

Pero ahora, estás congelado, y nunca te descongelarás.

¡*Mira sus lágrimas, sus lamentos, sus clamores de justicia!*

Mira cómo no dejan ni una maldita piedra sin remover.
Actúan como si todo fuera fluido.
Como si todo pudiera cambiarse.
No, mi niño, se equivocan.

9

Rice golpeó la ventanilla del copiloto de Gardner mientras esta arrancaba el coche. Apenas bajó la ventanilla un palmo, obligándolo a inclinar la cabeza en un ángulo forzado para hablar por el hueco.

—¿Vamos juntos en el mismo coche? ¿Para preparar cómo vamos a enfocar la charla con Ron Best?

Profesional y entusiasta. ¿No te estarás esforzando demasiado, Phil?

—No. Nos vemos allí. Tengo que hacer una llamada personal —mintió ella, pulsando los mandos.

Él abrió la boca para responder, pero la ventanilla se cerró, dejándolo con la palabra en la boca.

Se marchó en el coche.

Phil Rice… ¡Puñetero subdirector de investigación!

Su vida siempre estaba llena de puñeteras sorpresas. Frunció el ceño. ¿Tanto costaba que una fuera buena de vez en cuando?

Puso el intermitente para salir de Abbey Road y girar a la izquierda por Wetherby Road. Un corredor nocturno bajaba a toda velocidad, equipado de Gore-Tex de los pies a la cabeza y con pinta de pasar más calor del que ella parecía sentir jamás en el norte de Inglaterra. La luz de su frontal se balanceaba al compás de su zancada. Le hizo un gesto para que cruzara. Como ella también corría, sabía lo irritante que era tener que parar para dejar pasar a los coches y luego volver a arrancar.

Lo observó, envidiando su carrera para liberar el estrés y admirando su habilidad para serpentear entre los montones de nieve aguada.

Se incorporó a Wetherby Road, intentando mantener la mente centrada en Stephen Best y en la mejor manera de darle la noticia a su padre, Ron, que inevitablemente se convertiría en una persona de interés.

Repasó mentalmente las palabras, como siempre hacía cuando se enfrentaba al peor momento de su trabajo.

Su mente desvarió. La atracción de su vida personal, que se hacía añicos, era demasiado fuerte.

Había sido una situación bochornosa tener que contactar con Barry para que volviera a casa desde su hotel a cuidar de Rose y Anabelle después de que la llamaran a la escena del crimen. Era como admitir que lo necesitaba desesperadamente, que no podía soportar la presión sola. Suspiró. Lo cierto era que, probablemente, no podía.

Aun así… tendría que encontrar la manera de hacerlo. Al fin y al cabo, se avecinaban cambios.

Barry y Sandra.

¿Quizá empezarían una vida juntos?

A Gardner le parecería bien si Sandra no quisiera asumir la responsabilidad de Anabelle. Evitar una batalla por la custodia haría que su ruptura fuera más que amistosa: la convertiría en un alivio. Sin embargo, estaba la situación de Rose. ¿Le permitirían seguir siendo la tutora de su sobrina si Barry se marchaba?

Una oleada de culpa la invadió.

¿Pero qué demonios haces, Emma? Acabas de dejar a un chaval de quince años al que le han arrancado la vida a golpes. Espabila. Lo tuyo y lo de Barry se ha acabado. Esta reflexión es un lastre.

Hora de empezar a centrarse.

Sonó el manos libres. Le sorprendió el nombre que vio en la pantalla.

—¿Paul?

—Jefa, tenemos que hablar.

—Sí… ya lo sé… pero ¿estás bien?

—Perfectamente. Con analgésicos. La radiografía ha salido bien. He tenido suerte. Unos puntos y una conmoción cerebral leve. Pero *insisten* en dejarme en observación esta noche.

Gardner se sintió aliviada. —¿Así que harás lo que te digan?

—¿Era una pregunta?

—No. Si sales de ahí esta noche, te haré ingresar de nuevo con una segunda herida en la cabeza.

—Necesitas mi declaración.

—Que tomaremos en la cama del hospital. Mandaré a Lucy y a Ray. —Estuvo a punto de decirle que iba a ver al padre de la víctima con su nuevo subdirector de investigación: Phil Rice.

—¿Sabes quién era el chico?

—No hay nada confirmado.

—¿Quién crees que es?

¿Era ese el momento de decirle a Riddick que no tenía acceso a esa información? ¿Que él no estaba, ni estaría jamás, involucrado en este caso? Seguro que ya lo sabía, ¿no? Aunque, ¿quién pensaría con claridad después de lo que había vivido esa noche?

Sin embargo, no quería que se comiera la cabeza. Su salud era importante para ella. —En cuanto sepa algo que valga la pena contarte, te llamaré. —Era mentira.

—Tienes que escucharme sobre el caso de Graham Lock… Quiero decir, tienes que escucharme de verdad.

Otra vez el oso petrificado.

Reprimió un suspiro. *Lo siento, Paul, pero eso no ha colado. Phil ha dicho que era un oso completamente distinto. Ah, y tampoco estaba petrificado. Y por si eso no fuera suficiente para tranquilizarte, permíteme añadir que Marsh ensartó esa sugerencia como a un pez y luego se la zampó como un depredador hambriento…*

—Vale, lo haré. —Consideró la posibilidad de sonsacarle aquella famosa historia sobre el oso y su antiguo Inspector Jefe, Anders Smith, pero decidió no hacerlo. Podía ser como abrir la caja de Pandora y solo estaba a cinco minutos de destrozarle la vida a alguien con una noticia terrible—. ¿Me contaste todo sobre lo que pasó esta noche, Paul?

—No estoy seguro… No recuerdo mucho de lo que te dije. Todavía lo veía todo muy borroso en ese momento.

Gardner escuchó el relato de Riddick mientras seguía el navegador por un laberinto de calles residenciales. La nevada se había tomado un respiro, así que las carreteras no estaban del todo intransitables.

Algo cambió en la historia. —Un momento —dijo Gardner—. No mencionaste ningún vehículo cuando estaba contigo en la ambulancia.

—¿Estás segura? ¿Por qué no iba a hacerlo? Por eso el chaval bajó corriendo las escaleras…

—Completamente segura. Solo dijiste que el chaval se asustó cuando te acercaste.

—¿En serio? Debía de estar hecho polvo. Eso no fue lo que pasó, jefa. Sí que lo asusté, pero no echó a correr hasta que me distraje con un coche que apareció… Creo que me acerqué a él… También creo que me cegó con los faros.

—¿Te acuerdas? ¿Qué coche era?

—Otra pausa—. Joder, jefa, es raro, pero no consigo verlo bien. Sé que es negro, pero me cuesta distinguir la forma. Quizás fue por el haz de luz… no, pero me tapé los ojos… Habría reconocido el coche. Conozco los coches.

Gardner agarraba el volante con fuerza.

—Mierda… lo siento…

—No seas idiota, Paul —dijo Gardner, fingiendo no estar frustrada —. Te has llevado un golpe. Ya te acordarás. No lo fuerces.

—Habría apuntado la matrícula. Sí, estoy seguro… *sí*, *lo hice*. La memoricé antes de perseguir al chaval. *Recuerdo* haberla memorizado, pero no consigo recordarla, joder.

Gardner inspiró hondo y contuvo el aliento. No quería que el sonido de su respiración lo interrumpiera mientras él intentaba desesperadamente recordar la matrícula.

Riddick soltó un juramento lleno de rabia. —¡Es que no la encuentro! No tiene sentido. Nunca he *olvidado* una matrícula. Ni una sola vez. ¡Pero no está ahí!

—Será por la conmoción cerebral, Paul. Cuando te recuperes, te acordarás.

—¿Y si no me acuerdo? ¿Entonces qué? ¿Y si alguien más muere y yo tengo al puto culpable metido en la cabeza sin poder recordarlo?

Gardner podía oírlo caminar de un lado a otro. Se había levantado de la cama. Frustrado.

—Vuelve a la cama y habla con el médico. Será algo temporal. Ponerte de los nervios no va a ayudar en nada.

Esperó hasta que le confirmó que estaba de nuevo en la cama.

—Ahora termina de contarme lo que pasó.

Riddick obedeció, pero su voz era lenta y pesada, como si dudara de cada una de sus palabras. A ella le dolía no poder estar sentada a su lado, cogiéndole la mano, asegurándole que solo era parte del proceso de curación. Que recuperaría la claridad mental en nada de tiempo.

—Aunque no entiendo cómo me vieron. No oí a nadie más bajar las escaleras detrás de mí. A ver, sí, podrían haber bajado sigilosamente, pero yo movía la linterna por todas partes, y me habría dado cuenta… *seguro* que *sí*. A no ser que… ¿quizás sí que vi al asesino? ¿Crees que su intención era matarme?

—No lo sé, Paul. Pero si así fuera, ¿no te habrían golpeado de nuevo para asegurarse?

Silencio.

—¿Paul?

—Estoy vivo de milagro, ¿verdad?

Eso parece. —Consideremos la posibilidad de que el asesino ya estuviera ahí abajo, esperando al chaval.

—No, el coche de Abbey Road. Estoy convencido de que había un coche.

—¿El asesino tenía un cómplice? ¿O el coche era de un ciudadano preocupado que se preguntaba qué estaba pasando? Tú mismo has dicho que el chaval se asustó al verte. ¿Qué impresión le podría haber dado eso a un transeúnte?

Riddick suspiró. —Quizá, pero no. Sé que mi memoria es un desastre ahora mismo, pero aquello parecía estar relacionado. El

coche parecía la razón por la que el chaval echó a correr. Además, si el asesino ya estaba ahí abajo, lo habría visto. Miré por *todo*-

—¿Pero tampoco viste al chaval?

—No, pero-

—Porque está oscuro ahí abajo y hay sitios donde esconderse.

Riddick guardó silencio un rato mientras procesaba las sugerencias de Gardner. Mientras tanto, Gardner detuvo su vehículo frente a la casa de Ron Best. Alzó la vista hacia la chimenea. A juzgar por las columnas de humo que salían de ella, Ron tenía un buen fuego encendido esa noche. Miró por la calle. Ninguna otra chimenea humeante se le comparaba. Debía de estar calentito ahí dentro.

Por ahora, pensó con tristeza. *Pronto esta casa será la más fría de la calle.*

—Jefa, necesito contarte la historia de la investigación de Graham Lock.

—Y quiero escucharla, pero ahora mismo no tengo tiempo.

—Estaba implicado Anders Smith —dijo Riddick, tratando deliberadamente de despertar su curiosidad, pero, por supuesto, ella ya lo sabía.

El vehículo de Rice aparcó detrás de ella. Gardner negó con la cabeza. Lo último que quería era que él se pusiera a aporrear la ventanilla y a llamarla mientras Riddick estaba al teléfono, aún sin saber que le habían birlado el puesto temporalmente.

—Tengo que colgar, Paul… Lo siento. Te llamo luego.

Miró por el retrovisor. Rice ya se había bajado del coche.

—Emma, *escucha*, por favor. Tienes que dejar que te lo cuente.

—Lucy y Ray estarán contigo en breve; habla con ellos del tema.

—Lo haré, pero te veré mañana en la reunión informativa.

Ni lo sueñes… Rice caminaba ahora a la altura de su coche. —Nos vemos entonces.

A pesar de esperárselo, el fuerte golpe de Rice en la ventanilla le dio un susto de muerte.

Afortunadamente, el iluso, sensible y siempre enigmático Inspector Paul Riddick había colgado.

Notaba que Rice estaba impaciente. Lo último que quería era que entrara a saco.

—Recuerde —dijo Gardner—. Este hombre contactó con la policía a las nueve de la noche preocupado por el paradero de su hijo. Ahora son las tres de la madrugada. Es un padre preocupado. Que pronto será un padre desconsolado. Respetamos eso ante todo.

—¿De verdad cree que soy un monstruo? —dijo Rice.

Ella lo miró. —Nos han dicho que Ron Best no era trigo limpio cuando era más joven. Me preocupa su tendencia a juzgar a la gente…

—Si ha estado pagando sus impuestos y no se ha metido en líos, no tiene nada que temer de mí.

—¿También tiene que ir a misa? —preguntó Gardner.

—Ayuda.

—Déjeme hablar a mí, Phil. Si causa algún problema, esta será la prueba para Director de Investigación Adjunto más corta de la historia del cuerpo.

Tras llamar suavemente a la puerta, Gardner vio su reflejo en la ventana del salón a su izquierda y se ajustó el cuello de su traje de chaqueta. Lanzó una rápida mirada a Phil, que estaba a su derecha. —Métase la camisa por dentro.

Él obedeció.

Después de llamar a la puerta por segunda vez, bajó la vista y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar su placa. Mientras la sacaba, levantó la mirada y sorprendió a alguien que la observaba desde detrás de la cortina en la ventana del salón, y dio un respingo del susto.

Rice, a quien la situación claramente no había cogido por sorpresa, señalaba al hombre e indicaba la puerta de entrada con el pulgar.

El hombre que ella supuso que era Ron Best no se movió. Tenía los ojos muy abiertos y la boca ligeramente entreabierta. Apenas le

quedaba pelo, salvo dos mechones gruesos por encima de las orejas.

Lo sabe.

Había denunciado la desaparición de su hijo. Y ahora, tenía a dos agentes de policía en la puerta de su casa en mitad de la noche. No era difícil deducir lo peor.

Ella asintió hacia él y levantó su placa de identificación hacia la ventana. Intentó mantener una expresión neutra; una compasiva podría sumirlo aún más en la desesperación.

Rice mascullaba a su espalda. —Por el amor de Dios, hombre, abra la puerta. Hace un frío que pela.

La placa de Gardner no sacó a Ron de su estupor.

Gardner sintió que se deshacía por dentro al presenciar el momento en que el afligido padre comprendía la verdad. No pudo reprimir más la compasión. Le dedicó una sonrisa suave y amable.

Sus ojos parecieron empezar a temblar, pero pronto se hizo evidente que se estaban llenando de lágrimas.

Un fuerte golpe en la puerta la hizo dar un respingo de nuevo. Miró a Rice con dureza. —¡Silencio, hombre!

—Es media noche, jefa, y hace un frío que pela —dijo Rice.

—Me da igual —siseó Gardner. Se giró de nuevo hacia la ventana y vio que Ron ya no estaba—. Pobre hombre.

—Demasiado teatro. Solo hace que sospeche más —dijo Rice.

Gardner lo miró. —Por Dios, Phil. ¿Ha perdido usted a alguien alguna vez?

Phil la miró, con los ojos ligeramente entrecerrados. —Claro. A mi padre.

¿El que te trataba como una mierda? ¿Y al que todo el mundo detestaba? Pero notó que algo se removía en el interior de Rice, así que se mordió la lengua.

La puerta se abrió.

—Señor Best —dijo Gardner, todavía mostrando su placa.

Ron asintió. Tenía las mejillas brillantes por las lágrimas. Abrió la boca para hablar, pero los labios le temblaban demasiado. Volvió a cerrarla.

Gardner se presentó a sí misma y a Rice. —¿Podemos pasar, por favor?

Al segundo intento, Ron consiguió hablar, aunque las palabras le salieron temblorosas. —¿Cómo? ¿Cómo ha pasado?

Rice exhaló de forma audible. —¿Cómo ha pasado el qué, señor?

Gardner extendió la mano y sujetó con suavidad el brazo de Rice. Rice la miró, con los ojos como platos. Una vez que se hubo asegurado de que él había entendido la señal para que se callara, se volvió hacia Ron. —¿Podemos pasar, por favor, señor Best?

Él asintió y se giró para guiarlos al interior.

Ella se volvió hacia Rice, que todavía miraba la mano con la que le agarraba el antebrazo. Para algunos, su curiosidad podría haber parecido apropiada, pero no mientras ella estuviera al mando.

Escuche, cabrón insensible. Si vuelve a entrar con esa actitud fría, estará de paquete. No solo en esta investigación, sino en todas las que yo dirija en North Yorkshire de hoy en adelante.

No lo dijo por miedo a que Ron la oyera, pero Rice escucharía sus pensamientos alto y claro.

Retiró la mano y siguió a Ron al interior de su casa.

Gardner no había necesitado pedir una fotografía de Stephen Best.

Ron tenía fotos de su único hijo esparcidas por toda la mesa de centro.

De inmediato, el padre volvió al estado en el que debía de encontrarse antes de oír la fatídica llamada a la puerta: se sentó al borde del sofá, inclinado sobre la mesa, y continuó venerando cada foto, una por una. Debía de haber estado esperando —*rezando*— ver a su hijo entrar por la puerta, vivo. Como si la devota adoración de aquellas imágenes frías e inertes pudiera, de algún modo, devolverle su versión de carne y hueso.

Gardner y Rice intercambiaron una mirada.

Se preguntó qué estaría pensando el cínico sargento detective.

¿Sería: *«Así que la función continúa sin interrupción»*?

¿O pensaba lo mismo que ella: *«El hombre está destrozado por la pérdida de su hijo, a pesar de que todavía no se lo hemos dicho»*?

Las dudas de Rice no eran el problema en sí. Serías un mal investigador si no dudaras entre distintas opciones. Y la inocencia nunca debería darse por sentada basándose solo en una reacción. A lo largo de los años, muchos actores consumados, aunque culpables, podían servir de prueba de ello.

El problema que tenía ella eran las constantes muestras de frialdad de Rice. Como si estuviera exento de la responsabilidad de mostrar inteligencia emocional en este trabajo.

Gardner y Rice se sentaron frente a Ron Best, quien ahora movía las fotografías sobre la mesa como si jugara una partida de solitario.

El fuego crepitaba junto a Gardner. Como había sospechado antes, el lugar era realmente caluroso. Se quitó la chaqueta del traje y se la puso sobre las piernas. Repasó las frases que había ensayado en el coche. —Tenemos motivos para creer, señor Best, que el cuerpo de un niño descubierto hace solo unas horas en el exterior de la cueva de St Robert…

La interrumpió un trozo de leña al partirse con estrépito en el fuego, una explosión de chispas y el sonido de la savia chisporroteando como una serpiente agresiva.

—…podría pertenecer a Steph…

—¿A mi hijo? —dijo Ron, levantando la vista, con las manos de repente quietas sobre las fotografías.

—Lo siento, señor Best. Será necesario hacer una identificación, pero habiendo visto las fotografías…

—Es él. —Ron bajó la mirada y continuó moviendo las fotos.

Gardner y Rice se miraron.

—¿Puede confirmar qué llevaba puesto Stephen, señor Best?

—Llevaba el uniforme de gimnasia del colegio y un anorak rojo. Su nombre debería de estar en la etiqueta. —Siguió moviendo las fotografías—. También llevaba consigo su horrible mochila amarilla, la del videojuego ese.

—¿Fortnite? —dijo Rice.

Ron asintió.

Cualquier duda sobre su identidad se estaba disipando rápidamente.

—Una vez más, lo siento muchísimo, señor Best —dijo Gardner—. Cuando se sienta con fuerzas, podemos organizar una identificación formal… a menos que tenga otros familiares.

—¿Cómo ha pasado? —Era una pregunta obvia. A Gardner le sorprendió lo mucho que Ron había tardado en hacerla.

—Me temo que en este momento no lo sabemos. Parecía tener una herida en la cabeza, pero habrá que investigarlo. ¿Y cómo estaba él de ánimo antes? —dijo Gardner.

Ron se encogió de hombros, restándole importancia a la pregunta. Acarició una de las fotos.

—¿Sufrió?

Gardner no lo sabía.

—No lo creo.

—¿Dónde lo encontraron?

Gardner no quería divulgarlo todo en ese momento, pero se trataba de su hijo, y negarse a decírselo haría añicos cualquier confianza que estuviera forjando. Consideró que lo mejor era decírselo sin más. Y así lo hizo. Sintió a Rice removerse inquieto en el asiento a su lado.

Él levantó la vista, enarcando una ceja.

—¿A esas horas? ¿Por qué? Mi chico debía de estar helándose. ¿Pudo ser un accidente? ¿Una caída?

—Es posible. Lo investigaremos todo, tiene usted mi palabra.

Ron sostuvo una fotografía suya con una mujer de mediana edad. Estaban detrás de Stephen, que parecía tener unos diez años.

—Ya hemos tenido bastante sufrimiento en esta familia, ¿sabe? Lynda murió de cáncer de mama hace tres años.

Viudo..., padre desconsolado...

—Ahora solo quedo yo.

Gardner no pudo evitar pensar en Riddick. Otro caminante en ese nada envidiable reino de la pérdida extrema.

—Sé que este es el peor momento posible, señor Best —dijo Gardner, inclinándose hacia delante—. Pero, si pudiéramos hacerle algunas preguntas...

Ron dejó la fotografía, se irguió y se echó hacia atrás.

—Por supuesto. Quiero hablar de él. *De verdad* que quiero hablar de él ahora mismo.

Intenta aferrarse a él un poco más. Igual que con todas estas fotografías. Porque ¿qué viene después? ¿La aceptación del vacío? ¿Una oquedad anhelante? ¿La nada?

—¿Podría contarnos qué ocurrió con Stephen ayer? —preguntó Gardner.

—Nada fuera de lo normal —dijo Ron—. Hasta que lo fue, supongo. Hasta que no volvió a casa antes de las siete. Siempre sale a caminar después de cenar, pero siempre vuelve a casa. —Asintió—. A ver la televisión conmigo..., a leer solo si estoy cansado..., los deberes, tal vez. Cuando no ha vuelto a casa esta noche, supe que algo iba mal... —Cerró los ojos y guardó silencio un momento.

Gardner no lo apremió, pero notaba a Rice moverse y apretó los dientes.

—Hacia las nueve o así —continuó Ron—, llamé a la policía, pero no parecían tener ninguna prisa; supongo que un chico de quince años que llega a casa con unas horas de retraso no hace saltar muchas alarmas hoy en día. Sin embargo, yo... yo empecé a ponerme en lo peor... nunca ha llegado tarde... ni una sola vez... — Se apretó la sien con el pulgar y el índice y cerró los ojos con fuerza. Se tomó otro momento, pero mantuvo los ojos cerrados cuando finalmente habló—. No es la primera vez que la vida me reparte las peores cartas, ¡así que es difícil no estar continuamente paranoico con que me toque otra!

Gardner sonrió, asintió y se metió la mano en el bolsillo.

—¿Le importa que tome notas?

Ron negó con la cabeza, todavía pellizcándose la frente con los ojos cerrados.

—Por favor, repase conmigo el día.

Ella garabateó mientras él hablaba.

Prepara el almuerzo por la mañana... sale temprano para ir andando al colegio... vuelve a casa a las cuatro a menos que

tenga ajedrez o el club de Warhammer después de clase... hoy no... prepara la cena... hoy, macarrones con queso... sale a caminar a las seis... vuelve antes de las siete... hoy no...

—¿Sale a caminar con alguien alguna vez?

—Con Kyle.

—¿Apellido?

—Alexander. Su mejor amigo. A los dos les encanta el Warhammer. Pero sé que hoy no ha ido con él porque Kyle está en cama con gripe. He visto a Luke, su padre, en un puesto del mercado hoy en la plaza del pueblo. Vendía sus chutneys caseros. Me ha regalado uno.

—Vale, eso ayuda —dijo Gardner—. ¿Otros amigos?

—Si los tiene, no los conozco. Solo es Kyle, la verdad. Kyle esto..., Kyle lo otro... Son uña y carne.

Gardner rodeó con un círculo el nombre de Kyle Alexander.

—¿Le dijo Stephen adónde iba a caminar esta noche? —preguntó Gardner.

—No. Como le digo, nunca lo hace. Simplemente va adonde le llevan sus pasos. Como su madre. A ella siempre le encantaba darse una buena caminata. Solían reñirme por pasar demasiado tiempo en el sofá. Pero en mi opinión, el descanso es tan importante como el ejercicio. —Levantó la vista y sonrió brevemente. La sonrisa se desvaneció rápidamente.

Gardner miró el fuego; la llama se estaba extinguiendo, aunque esta habitación no corría peligro de enfriarse en un futuro próximo.

Tenía muchas más preguntas que le gustaría hacer, pero era consciente de las necesidades de él y tendría que priorizar. Necesitaba un breve período para asimilarlo. El agente de enlace familiar entraría por esa puerta en cuanto ella y Rice salieran, siempre y cuando Ron diera su consentimiento. Si le tocaba un buen agente de enlace familiar, el proceso de aceptación podría comenzar entonces.

—¿Le había preocupado algo a Stephen últimamente? —continuó Gardner.

Ron se lo pensó.

—Stephen era de preocuparse. Eso también lo sacó de su madre. Esos dos se preocupaban por cualquier cosa.

—Pero ¿hay algo que destaque de la última semana... algo en particular?

—Tenía unos exámenes de prueba de los que se quejaba. *Siempre* le preocupaba la calidad de sus pinturas de Warhammer. ¡Incluso se agobió por los dichosos precios del gas!

Gardner dejó de tomar notas y enarcó una ceja. *¿Un chaval de quince años?*

—Eso fue un poco culpa mía. Había estado despotricando sobre ellos. También me echaba en cara lo que bebía.

Rice preguntó por esto. Era la primera vez que se había atrevido a hablar, así que Gardner se lo permitió. Era una pregunta pertinente y no insistió de forma agresiva.

—Cree que bebo demasiada cerveza. —Se dio una palmada en la barriga—. Pero como no paraba de decirle, no tengo sobrepeso y tengo la tensión bien.

Gardner perseveró, pero tras otra tanda de preguntas, seguía frustrada en su búsqueda de anomalías o cambios en las circunstancias vitales de Stephen.

Aun así, empezó a recopilar detalles importantes. Estaban las visitas regulares a la tienda de Warhammer en Harrogate; los torneos de ajedrez a los que asistía; y el hecho de que a veces hacía trabajillos para el padre de Kyle, Luke Alexander, repartiendo botes de chutney por el pueblo los sábados.

Vio que Rice estaba tomando notas y se alegró. A menudo había tenido que atosigar a Riddick para que sacara el cuaderno del bolsillo.

—Qué chaval tan puñeteramente listo —dijo Ron—. Lo único que siempre he querido para Stephen era que evitara los errores que yo cometí. Estoy seguro de que ambos saben que solía robar coches y venderlos. Vaya, ¡si todos los capullos que me han entrevistado para un trabajo desde que cumplí condena lo sabían de sobra! Pero Lynda me salvó. Si no la hubiese conocido, nunca habría sentado la cabeza. Me he pasado casi los últimos veinte años como obrero. A

veces se gana buen dinero; otras, no. De no haber sido por el dinero de Lynda, antes y después de que falleciera…, no viviríamos en esta casa. ¡Joder, ni siquiera viviríamos en Knaresborough! Pero aquí estamos. Y me alegro, porque es un sitio seguro y él no se mete en líos. Y cada vez que pienso en la suerte que he tenido de haberle conseguido una vida segura a mi hijo, soy muy duro con él. Suena ridículo, ¿eh? Pero lo hago porque quiero que disfrute de todo lo que yo nunca tuve…, como ir a una entrevista sin tener que verle esa puñetera expresión en la cara a un capullo. —Se inclinó hacia delante, cogió de nuevo la misma fotografía de su mujer y su hijo, y la agitó frente a él—. Y ahora, esto. ¿Se lo pueden creer? Que pase esto.

—Señor Best —dijo Gardner—. Stephen tenía un osito de peluche en la mochila. ¿Le dice algo?

Al principio, Ron pareció desconcertado, pero luego sus ojos se abrieron un poco al caer en la cuenta de algo. —Tenía un oso que le dimos de niño. Solía dormir con él hasta los siete u ocho años.

—¿Y dónde está ese oso?

—Bueno, cuando Lynda se puso enferma…, ya cerca del final…, Stephen lo sacó de entre sus cosas viejas y lo puso en la cama con ella. Lo tuvo consigo hasta que…, ya sabe…, el final. Después de eso, pues no sé. Quizá lo recuperó él, pero yo nunca lo vi.

Gardner tomó notas.

El fuego se había reducido a un amasijo de brasas incandescentes. Se acercaban a la parte de la entrevista que Gardner sabía que sería dolorosa. La parte que, sin duda, haría que a Rice le palpitara el corazón en el pecho. —Ron, ¿podría explicarme qué hizo ayer, por favor?

Se inmutó ante la petición, pero si le molestaba ser una persona de interés, no lo reflejó en su tono de voz. —Yo estoy a las seis y media reponiendo estanterías en el Lidl, antes incluso de que Stephen se levante. Él se prepara solo. La siguiente vez que lo vi fue a las cinco. Nos calenté dos pizzas. Ambas vegetarianas. No le gusta la carne; tampoco le gusta que yo la coma. No me importa hacer algunos sacrificios. Siempre que entienda que la cerveza se queda. En eso no cedo. No soy alcohólico ni nada, pero necesito un par de

cervezas por la noche… —Le hizo un gesto con la cabeza a Rice—. Usted ya me entiende.

Rice asintió.

Que sea mujer no significa que no me gusten un par de cervezas por la noche, pensó Gardner, intentando reprimir cualquier irritación.

—Luego se fue a pasear. —Cogió una foto y se quedó mirándola —. Como siempre hace. De vuelta a las siete. Salvo que…, salvo que…

Esta noche no, pensó Gardner, sintiendo que se le encogía el corazón. *Ni nunca más, en realidad.*

—¿Y qué hacía usted, señor Best? —inquirió Rice.

—Soy un animal de costumbres. —Señaló con la cabeza el sofá en el que estaban sentados Gardner y Rice—. Me echo una siesta ahí hasta que Stephen vuelve y me despierta. Como he dicho, suele ser a las siete. Esta noche me he despertado pasadas las ocho, y entonces he llamado a su móvil hasta la saciedad, pero estaba apagado.

Gardner tomó una nota. Podría comprobar esas llamadas.

—Aparte de volverme loco y llamaros, no hay mucho más que pueda daros.

—¿A qué hora llamó a los servicios de emergencia?

—Sobre las nueve.

Murió alrededor de la medianoche, si la versión de Riddick era precisa.

—Me dijeron que alguien se pondría en contacto conmigo. Dejé el teléfono a mi lado, me tomé unas copas, lo que uno hace cuando está loco de preocupación, y, bueno… —Apartó la mirada, avergonzado—. Me volví a quedar dormido y no me he despertado hasta justo antes de que llegaran.

Gardner sabía que la presión sobre él aumentaría en los próximos días, porque sin una coartada, u otra llamada telefónica rastreable que lo situara en su casa en el momento del asesinato, sería el blanco perfecto.

—¿Por qué nadie me devolvió la llamada?

Porque su hijo tiene quince años y solo llevaba unas horas desaparecido. Estaría usted al final de la lista de prioridades de

alguien. —No lo sé. Lo averiguaré —dijo Gardner.

Finalmente, Gardner preguntó si podían echar un vistazo al dormitorio de Stephen. Ron los acompañó escaleras arriba, y ambos agentes sacaron guantes de látex de sus bolsillos y se los pusieron.

Habiendo visto el estado de los dormitorios de muchos adolescentes durante sus años de investigación, Gardner quedó impresionada con el de Stephen. Tenía la cama hecha y todas las estanterías estaban organizadas y despejadas.

Se fijó en una fila de trofeos que sugerían que tenía talento para el ajedrez. Sobre su cama había un póster de un campo de batalla de Warhammer 40,000.

El personal de la Científica lo examinaría con mucho más detalle, pero Gardner repasó mentalmente una lista de escondites que habían dado frutos en casos anteriores.

Comprobó debajo del colchón y debajo de la cama. Ni una pelusa.

Sacó los cajones de la cómoda y miró detrás. Nada. Se subió a una silla y pasó la mano por encima del armario, ensuciándosela.

Tras recordar la bolsa amarilla de Fortnite, buscó por la habitación más mochilas, pero de nuevo no encontró nada.

—El chaval más organizado en la historia de los chavales —dijo Rice.

—Sí —dijo Gardner—. Supongo que pasa. Pero te hace pensar. Todo el mundo esconde algo… en algún sitio. Y cuando algo está *así* de inmaculado, te grita que es una *tapadera*.

Se acercó a su ordenador de sobremesa y movió el ratón. La pantalla del monitor se iluminó. Stephen tenía tres mensajes en Outlook. Todos de la lista de correo de Warhammer. Nada personal. Probó las otras carpetas: borrador, enviados y eliminados.

Todas vacías.

—Vaya, eso sí que es organización. ¿Usted borra su correo ya eliminado antes de que se cumpla el plazo?

Rice se encogió de hombros. —Lo hice una vez porque recibí un aviso de que me había pulido todo el espacio del correo, pero no por costumbre, no.

Todos los documentos de Word eran trabajos del instituto.

Echó un vistazo rápido a sus favoritos e historial de internet y, aparte de Warhammer, el ajedrez y algunas páginas sobre la Alemania nazi, que se correspondían con unas redacciones de historia que había escrito recientemente, Gardner no sacaba nada en claro.

Tan ordenado en el mundo digital como en el real...

¿Quién eres, Stephen?

Abajo, Gardner le preguntó a Ron:

—¿Arregló usted su habitación?

Ron negó con la cabeza. —¿Por qué iba a arreglarle yo la habitación a un chaval de quince años? Además, ¿la ha visto? ¡Siempre está así! A menudo intento que me ayude con el resto de la casa.

—Como es obvio, tenemos el móvil de Stephen. ¿Sabe si tenía otro? —preguntó Gardner.

Ron frunció el ceño. —¿Para qué iba a necesitar dos?

Gardner asintió. —¿Y un diario personal?

—¿Un diario?

—Sí.

Negó con la cabeza. —Que yo sepa, no.

—¿Cómo de unidos diría que estaban? —preguntó Gardner.

Ron había respondido con soltura a las preguntas sobre su paradero, pero esta lo dejó con el rostro impenetrable y en silencio.

Sintió una oleada de culpabilidad, pero esperó una respuesta, que llegó en forma de gruñido. —Es mi hijo.

—Entonces, ¿su relación era buena? —insistió Gardner—. ¿Ninguna discusión reciente?

—Algún que otro desacuerdo. A veces le doy la matraca. Pero, como ya he dicho, quiero lo mejor para él. ¿No es así como deben ser los padres? —Miró a Rice.

Rice no tenía hijos, lo que probablemente explicaba por qué su siguiente pregunta fue formulada sin ninguna sutileza. —¿Darle la matraca sobre qué?

Ron pareció indignado. —Como he dicho antes, quiero que se mantenga alejado de los problemas, ¿sabe? No quiero que cometa

los mismos errores que yo. —Apartó la mirada al decir esto. De repente, pareció abrumado. Se apoyó en la pared para estabilizarse.

—¿Se encuentra bien, señor Best?

—Sí, creo que sí… Necesito sentarme. —Entró tambaleándose en el salón.

Gardner encontró la cocina, un vaso, y le sirvió agua. De vuelta en el salón, lo encontró con la cabeza entre las manos. —El agente de enlace familiar estará con usted en breve. —Puso el vaso en la mesa, junto a las fotografías—. Aquí tiene un poco de agua.

—Gracias —dijo él, sin apartar las manos de la cara.

—Me pondré en contacto en cuanto sepa algo —dijo Gardner. *O necesite volver a hablar con usted.* Cuando Gardner se dirigía a la puerta, se dio la vuelta—. Ah, una cosa más.

—Sí.

—¿Le dijo algo Stephen cuando se fue?

Ron levantó la cabeza. —Sí… Me preguntó si todavía echaba de menos a su madre.

—¿Por qué cree que le preguntó eso?

Ron se secó los ojos con el dorso de la mano. —No lo sé. La ha mencionado varias veces últimamente. No me importaba. En realidad es sano, ¿no? —Hizo una pausa para considerarlo.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que sí, por supuesto —dijo Ron—. La quería a ella y lo quiero a él. A los dos. Más que a nada en el mundo.

Gardner sonrió y se dio la vuelta, haciendo un esfuerzo para que no se le hiciera un nudo en la garganta.

GARDNER PROGRAMÓ la reunión informativa para las ocho de la mañana y, tras sopesar la idea de ir al Cuartel General en ese mismo momento, a las cinco de la madrugada, optó por no arriesgarse y condujo hasta casa, sabiendo que por la tarde agradecería la decisión de haber dormido unas horas.

En casa, asomó la cabeza por la puerta de Anabelle y luego por la de Rose. Ambas dormían profundamente, ajenas a las tribulaciones del mundo.

«No tengas prisa por crecer», le decía a menudo a su hija. *Y nunca te hagas poli*, añadía para sus adentros. Esperaría a que Anabelle fuera mucho mayor para decirlo en voz alta; las razones eran demasiado para una mente joven.

La puerta de su dormitorio estaba abierta, así que supuso que el adúltero había optado por el cuarto de invitados por una vez. Se alegró de que no hubiera ni rastro de Barry. Su próxima conversación iba a ser incómoda y podía esperar sin problemas.

Se quitó los zapatos de una patada y se tiró completamente vestida sobre la cama. Tras sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta y lanzarlo sobre la mesilla de noche, cerró los ojos.

Hizo todo lo posible por mantener la mente en blanco, pero la imagen del pálido rostro de Stephen y la expresión desolada y llorosa de su padre en la ventana del salón la atormentaban.

La quería a ella y lo quiero a él.

Se preguntó cuánto tardaría Ron en aceptar que Stephen también se había ido.

Su mente oscilaba entre los acontecimientos del día, tanto en su vida profesional como personal, antes de que el sueño acudiera finalmente en su ayuda.

Entonces soñó, de forma impredecible, con la noche en que había dormido junto a Riddick en el sofá.

Se despertó, apenas una hora después, y sintió una repentina punzada de decepción al ver que Riddick no estaba realmente a su lado.

Cogió el móvil de la mesilla de noche y se puso a investigar el asesinato de Graham Lock en la cueva de la Madre Shipton en 2003.

10

El propósito de Año Nuevo de Gardner había sido darle carpetazo al Costa Coffee. La guerra estaba declarada y había llevado la delantera la mayor parte del mes. La batalla contra su fuerza de voluntad había sido sangrienta. Se había estado zampando incluso más tic tacs de lo habitual, y ya era decir.

La experiencia de la noche anterior había derribado sus defensas. Cogió un latte Massimo con un toque de caramelo y saboreó el subidón de concentración mientras entraba con paso decidido en la Sala de Incidentes 2.

—¿Qué tal, jefa? —La agente detective Lucy O'Brien dejó otra taza de café sobre la mesa frente a ella.

—¡Ahora mejor! Lucy, es usted un cielo —Era un detalle especialmente amable por parte de Lucy por dos motivos. Primero, porque debía de estar hecha polvo después de haber pasado la noche en vela con el sargento detective John Ross para preparar la Sala de Incidentes y reunir todos los datos necesarios para el lanzamiento de la operación. Segundo, porque durante el verano, Gardner le había pedido a Lucy que cuidara de Rose. Por desgracia, el sociópata de su hermano, Jack, había decidido que quería ver a Rose, y en el proceso había dejado a Lucy gravemente herida. Si los papeles se hubieran invertido, Gardner confiaba en que habría sabido perdonar como lo había hecho Lucy.

Al darse cuenta de que iba a oler a cafetera por dentro después de esta segunda bebida, Gardner se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta.

Se tranquilizó al sentir la caja de los tic-tac.

Entonces levantó la mano, diez pares de ojos se volvieron en su dirección y se hizo el silencio. La mayoría de esos ojos estaban rodeados de arrugas de mediana edad y asomaban en cabezas masculinas, así que captar su atención era toda una proeza. Le había costado mucho conseguirla.

—Vale, sé que os ponéis de mal humor cuando dormís poco —dijo Gardner—. Así que en la cantina tienen pastel de carne y guisantes para comer.

Hubo algunos asentimientos de aprobación.

—No hace falta que me deis las gracias todos a la vez.

Hizo una pausa, esperó y luego se llevó la mano a la oreja.

—Gracias, jefa —dijeron todos a coro.

—No os molestéis en guardarme uno —dijo Gardner—. Valoro la mucosa de mi estómago.

—¿Qué va a tomar la sureña? —gritó John.

—Pastel Stargazy —dijo Gardner con una ceja enarcada.

—¿Es ese del que sobresalen cabezas de pescado? —dijo John—. Joder.

—Demasiado complejo para un paladar de Yorkshire —dijo Gardner con un guiño—. En fin, volvamos al asunto que nos ocupa… Seguro que ya os lo ha dicho, pero Phil será mi segundo en esta investigación.

Rice solía estar desplomado en su silla, pero hoy estaba más erguido de lo que nunca lo había visto. Resultaba bastante desconcertante, pero no podía echarle la bronca por mostrarse positivo cuando se había pasado la mayor parte de las investigaciones anteriores reprendiéndole por su mala actitud.

Se volvió hacia la pizarra y leyó en voz alta el nombre de la operación, generado al azar.

—Operación Luz Perdida.

Sus ojos se posaron en la foto de Stephen Best. No tenía perfil en las redes sociales, así que era una copia de una foto escolar

reciente.

Luz Perdida.

Demasiada.

Se preguntó cómo habría lidiado Stephen con la pérdida de su madre a los doce años. ¿Lo habría superado?

Se giró, esperando casi ver a Riddick sentado justo delante de ella, con los brazos cruzados, mirándola con una discreta avidez en el rostro. Se le cayó el alma a los pies.

Miró a su operador del HOLMES 2, Matthew Blanks, para comprobar que estaba preparado. Se quedó de piedra al ver que se había cortado el pelo. Parecía incluso que había llevado el traje a la tintorería y lo había planchado, o que se había comprado uno nuevo.
—¿Está listo, Matthew?

Él asintió, y Gardner reconoció en él algo que nunca había visto antes debido a su mata de pelo. Presencia. Pómulos marcados y fuertes, y una expresión concentrada y decidida.

—Stephen Best tenía quince años. Un buen chico, a decir de todos. Sin antecedentes, y un primer comentario elogioso del director de su instituto, con quien Lucy contactó a primera hora. Gracias de nuevo, Lucy. El padre, Ron Best, está destrozado, pero aceptó al agente de enlace familiar —repasó brevemente su conversación con Ron, destacando el hecho de que él afirmaba haber presionado a su hijo para que no se metiera en líos—. A Stephen también parecía preocuparle la pérdida de su madre por un cáncer de mama tres años antes. Sus últimas palabras a su padre fueron para preguntarle si todavía la echaba de menos.

—Club de ajedrez y Warhammer. No es un delincuente —dijo Rice, girando la cabeza para dirigirse a sus compañeros—. No vamos a tener que peinar a las bandas locales en este caso.

—Recuerdo el pánico en los ochenta por Dragones y Mazmorras —añadió Ian Riley, uno de los detectives más veteranos de Gardner —. Que si metía a los chicos en cultos satánicos y cosas así.

—¿No era esa una gilipollez americana? —preguntó Rice.

Riley se encogió de hombros. —Solo digo. Las sectas y todo eso. Podría ser algo a tener en cuenta.

Rice se giró y miró a Gardner, poniendo los ojos en blanco. Por suerte, mantuvo la boca cerrada. Si no fuera el segundo en esto, podría haber expresado su opinión con mucha más vehemencia.

Gardner tosió. —Gracias, Ian. Como he dicho antes, Ron se ha mostrado muy receptivo con la agente de enlace familiar, Lyndsey Mort, así que recibiremos informes periódicos de ella. Para ser sincera, no detecté en el padre más que adoración, pero todos debemos tener en cuenta que la hora de la muerte es de las once en adelante, y él afirma que estaba dormido…

—Así que aún no está libre de sospecha —dijo Rice.

A Gardner no le gustó la interrupción de Rice, pero asintió de todos modos.

La mano de Barnett se alzó. —¿Asesinato o accidente? ¿Por qué nos inclinamos?

—Aún no nos inclinamos por nada —dijo Gardner—. Esperemos que el doctor Sands sea más explícito con sus hallazgos esta mañana.

Gardner señaló la foto de Stephen Best. Su sonrisa se veía forzada y era evidente que le habían dicho que posara así para la fotografía.

Debajo estaba escrito: Cueva de St Robert. Aviso recibido del inspector Paul Riddick. 11:23.

Lo leyó en voz alta.

—¿Necesitamos poner una foto del inspector Riddick ahí, inspectora jefa? —preguntó Rice.

Gardner lo fulminó con la mirada. Quiso decir algo, pero estaba demasiado furiosa por su pregunta, que había sido malintencionada y mordaz, por mucho que él lo negara.

Él se sonrojó.

—Ya sabemos qué aspecto tiene —dijo O'Brien.

Gardner asintió, agradecida por el rápido intento de O'Brien de calmar los ánimos. —¿Lucy, podría resumirnos la versión de los hechos de Paul, por favor?

Rice dijo: —Si no le importa, lo hago yo. —Levantó sus notas, recalcando que era su trabajo.

Gardner estaba demasiado indignada con él como para responder. Miró fijamente a Lucy, intentando parecer profesional. —Lucy y Ray, gracias por haber ido al hospital a interrogarlo. Entiendo que ha debido de ser una situación incómoda.

O'Brien informó al equipo sobre los detalles del hallazgo del cuerpo de Stephen, incluyendo el misterioso coche que a Riddick le costaba recordar con detalle.

—Estamos investigando eso —dijo O'Brien, que miró de reojo a Barnett, quien asentía a su lado—. Estamos repasando una lista de vehículos que continuaron por Waterside, pero de momento no hemos encontrado nada. La otra opción es que el vehículo diera la vuelta y regresara por Abbey Road hacia Wetherby Road; la dirección de la que Paul venía andando. El lector de ANPR más cercano está junto al parque comercial St John, pero por ahí pasan muchísimos coches y la lista es interminable. Si el conductor giró a la izquierda por Wetherby Road, la cosa se complica aún más, sobre todo si se metió en la zona residencial de Aspin, porque allí la videovigilancia es escasa. Aun así, con nuestro marco temporal específico y las cámaras de videovigilancia repartidas por la zona, tenemos motivos de peso para seguir esa pista. En cuanto termine la reunión, inspectora jefa, continuaremos intentando triangular y empezaremos a llamar a las puertas pertinentes.

—Gracias, Lucy… y Ray.

Rice miraba a Gardner. Ella seguía resentida con él, pero necesitaba su momento de protagonismo. Si no se lo daba, iría derecho a ver a Marsh y empeoraría aún más una situación ya de por sí tensa.

Le hizo un gesto de asentimiento.

Él se aclaró la garganta. —El inspector Paul Riddick *afirma* no haber visto a nadie cuando siguió a Stephen hasta allí abajo. Utilizaba la linterna de un iPhone, por lo que su afirmación parece válida, y hay rocas y maleza donde alguien podría haberse escondido en la penumbra.

Gardner asintió. De momento, todo bien. No era acusador...

—A pesar de su pérdida de memoria con respecto al coche, Paul insiste en que fue golpeado y que su herida en la cabeza no fue

producto de una caída. La suposición obvia es que el asesino de Stephen golpeó a Paul; sin embargo, eso plantea preguntas. Como, ¿por qué no rematarlo?

Gardner se estremeció ante la elección de palabras.

—Y si fue el asesino, ¿cómo le tendió una emboscada a Paul? Debía de estar ya allí abajo. Escondido entre esas sombras y la maleza. Supongo que quienquiera que estuviera en ese vehículo podría haberlo seguido, pero ¿no se habría dado cuenta Riddick?

—Es posible que no se diera cuenta —intervino Gardner—. Estaba oscuro. —Aunque, sí que admitió que era extraño; Riddick habría estado moviendo la linterna por todas partes.

—A mí me parece plausible que Stephen fuera a reunirse con la persona que lo mató, ¿no? —preguntó Ross.

—No se descarta nada —dijo Gardner—. Phil y yo empezaremos a investigar a todo el entorno de Stephen justo después de esta reunión.

—Tengo otra pregunta —dijo Barnett—. Si el asesino ya estaba allí abajo y Stephen había bajado corriendo *antes* de que Paul llegara a la escena del crimen, entonces, ¿dónde estaba Stephen en ese momento? ¿Paul no vio ningún cuerpo antes de que lo golpearan?

—No, no lo vio —dijo Gardner—. Así que trabajamos con la idea de que Stephen estaba agazapado, escondido, temiendo por su vida, *o* que ya había sido atacado y asesinado fuera de la vista. Y que solo después de que Riddick quedara inconsciente, el cuerpo fue expuesto. —Gardner miró a su alrededor. Todos asentían. Absortos en sus pensamientos. Bien. Había tantos ángulos que considerar… No quería que se dejara ni una sola piedra sin mover.

—Esperemos que la Científica empiece a aclarar el panorama —dijo Gardner—. ¿Señales de arrastre? ¿Huellas? La escena del crimen se ha procesado a conciencia; deberíamos empezar a recibir noticias pronto.

Matthew Blanks tecleaba sin parar. Lo miró, sorprendida de nuevo al no ver su pelo negro moverse de un lado a otro como si estuviera haciendo *headbanging* al ritmo de una guitarra eléctrica distorsionada. Se volvió hacia el grupo.

—Las tareas están ahí delante. Una importante es averiguar qué demonios estaba haciendo Stephen anoche. ¿Qué lo llevó a la cueva de St Robert? Su mejor amigo, Kyle Alexander, aunque está en cama con gripe, podría arrojar algo de luz sobre eso. Sé que ya hemos hablado con la directora del instituto, pero también tenemos que entrar en él.

—Mirad, acepto que puede que resulte ser un accidente, pero no quiero que nadie se centre demasiado en esa conclusión todavía. Quiero que avancemos asumiendo que alguien le quitó la vida a este chico. No vamos a correr ningún riesgo y todos sabemos la importancia de las primeras cuarenta y ocho horas. Si alguien mató a Stephen, hay un móvil. Acepto que puede que no sea un delincuente, pero en cualquier chico hay más que trofeos de ajedrez y Warhammer. Y todos sabemos, por experiencia, que los chicos que pasan desapercibidos a menudo son los objetivos más fáciles para la gente más perversa. Tenemos su móvil y estamos solicitando los registros de llamadas. Las redes sociales parecen una vía muerta, pero no lo descartamos. Recuerdo más de una investigación en la que las víctimas tenían más de una identidad en internet. Nos volveremos a reunir a las seis, a menos que surja algo; en ese caso, se os notificará a todos.

Se bebió de un trago la taza de café frío que Lucy le había puesto delante antes.

Asqueroso. Ni punto de comparación con el de Costa.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo difícil que iba a ser cumplir su propósito de Año Nuevo.

Sacó la cajita de Tic Tac del bolsillo de la chaqueta.

Quedaba uno.

Mierda.

RIDDICK ESTABA SENTADO en el despacho de Gardner, detrás de su escritorio.

—Mierda —dijo ella, cerrando la puerta a su espalda.

Riddick resopló. —Vaya bienvenida, jefa.

—¿Por dónde empiezo? —dijo Gardner, y señaló el gran apósito manchado de sangre que tenía en la frente—. Para empezar, hay que cambiarte *eso*.

—Tenían pensado hacerlo en algún momento de esta mañana.

—Entonces, ¿por qué te fuiste antes de que lo hicieran?

—Porque he hablado con Ray y me ha contado lo de la reunión informativa. Es evidente que no se dio cuenta de que no había recibido la invitación.

Molesta, Gardner se acercó a su escritorio y dio un golpetazo con el dedo. —Déjalo, Paul. Ya sabes cómo va esto.

—¿Rice como mi sustituto?

Mierda. El verdadero motivo de su cabreo.

—No es elección mía.

Riddick resopló. —Te dije que se estaban tirando.

—No creo que lo hagan. Creo que le da pena.

—Mmm… pues entonces se está ablandando. ¿No se te ocurrió oponerte?

—Como si pudiera.

—No parece propio de ti… —dijo Riddick enarcando una ceja—. ¿No te parece que nombrarle director de investigación adjunto es una puta tomadura de pelo? ¿A no ser que le estés cogiendo el gusto?

Gardner suspiró y desvió la mirada. La verdad es que no le apetecía entrar en eso ahora. Respiró hondo y volvió a mirarlo. —¿No tienes una conmoción cerebral?

—Me encuentro mejor.

—Entonces, ¿has *conducido* hasta aquí?

—En taxi.

—Bien. —Gardner enarcó una ceja—. Paul, tienes que irte. No estás siendo justo.

—¡Se supone que el que tiene que estar cabreado aquí soy yo, no tú!

Gardner se cruzó de brazos y suspiró. El silencio se apoderó de la habitación. No tenía nada más que decir. Con suerte, habría

aprovechado el tiempo para recapacitar. Al final, él sonrió. —Siempre te las apañas para que todo gire en torno a ti.

—Más te vale que ese sea tu intento de hacer una gracia, gilipollas.

—Pues tengo que trabajarlo, no te has reído.

—Quiero una disculpa.

—¿Perdona, vale? Ya sé que tu principal sospechoso no puede ser el director de investigación adjunto, pero Rice, joder, ¿no ves que eso puede doler?

—Sí… ahora, te lo repito, ¡lárgate! Todo el mundo cree que estás en el hospital. Y no eres el principal sospechoso, o no habrías salido del hospital sin que nadie se diera cuenta.

Riddick levantó las manos. —Vale, me mantendré en un discreto segundo plano y, cuando necesites…

—No, Paul —dijo Gardner, negando con la cabeza—. No, no y no.

—¿Vas a dejarme terminar?

—No.

Riddick se cruzó de brazos. —Pues yo sí. Cuando necesites hablar sobre Graham Lock, estaré disponible.

—Lo he leído en internet antes.

—¿Y?

—Han pasado veinte años y hay muchas diferencias. Lo siento, Paul, pero me parece una distracción.

—¿A cuánta gente matan en cuevas por la zona de Knaresborough?

—Aun así, Paul, parecía un caso cantado. Fue el padre. Y ahora el padre está muerto. Por cierto, bien hecho lo del oso petrificado. Parece que tus superiores de entonces querían que te llevaras el mérito por eso…

—Superior. Uno. Singular. Anders. ¡A nadie más le importaba un comino mi ego! ¿Sabes quién era el director de investigación en ese caso?

—El papi de Rice, sí. —Gardner negó con la cabeza, incrédula—. No sale muy bien parado.

Riddick se encogió de hombros. —Para ser justos, Derek Rice tuvo poco que ver conmigo. Creo que me veía como una hormiguita

irritante que ni siquiera tenía la motivación para aplastar.

—Suena a que veía así a casi todo el mundo.

—En cualquier caso, solo has leído la versión del caso que vende periódicos.

Gardner negó con la cabeza. —Paul, lo siento. Dos cuevas diferentes. Dos tipos de osos diferentes. Uno de los cuales no estaba petrificado y no se lo llevó el asesino. El niño llevaba el oso a todas partes porque se lo había regalado su madre, y su madre murió de cáncer. No hay nada ahí. Te lo aseguro. Es posible que este chaval ni siquiera fuera asesinado. Creo que el trauma del golpe ha hecho que conectes los dos momentos. Que los hayas fusionado en tu cabeza. Es exactamente por eso que deberías descansar.

La expresión de Riddick se congeló y se quedó pálido como la cera.

Mierda, pensó Gardner, *ya estamos otra vez.*

—¿Eso es todo, entonces? —dijo Riddick. Había bajado el volumen de su voz. Era una rabia contenida, a menos que fuera la calma que precede a la tempestad.

—He mirado, Paul. He escuchado. Creo que podemos cerrar este caso muy rápido si no nos distraemos.

Riddick asintió y desvió la mirada. No paraba de asentir. Parecía una tetera a punto de hervir. —Así que mis sugerencias te importan una mierda.

Bueno, técnicamente, sí… Al fin y al cabo, no estás en el caso. Se abstuvo de darle esa explicación.

—¿Te lo has pensado si quiera, eh?

—De hecho, sí, Paul. Por ti, lo he hecho. Durante horas. Pero hay un lapso de veinte años entre las muertes, y pocas similitudes. No puedo convertirlo en un punto central de la reunión informativa.

Respiraba hondo. Había que reconocer que intentaba contenerse. Finalmente, pareció llegar a un acuerdo consigo mismo. —Vale, vale, solo una cosa entonces…

—¿Qué, Paul?

—El informe policial… al menos lee el informe policial del caso de Graham Lock.

—Veré qué puedo hacer.

—Estás mintiendo.

—No, no lo hago —mintió ella.

—Tienes que hacerlo, jefa. Hay algo que no cuadra en todo esto.

—¿Como qué? Sé específico.

—Anders no estaba contento en su momento. El resultado no le convenció.

—¿Dijo eso?

—No como tal… no… Simplemente lo *noté*.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿No os acababais de conocer?

—Siempre tuvimos una conexión. Lo percibí…

—Vale —dijo Gardner—. Este es mi trato: vuelves al hospital, te disculpas por haberte ido y te cambian el vendaje. Luego, te vas a casa, te tiras en el sofá y te pones a ver *Homes Under the Hammer*. Si haces esas cosas, entonces, lo miraré. Pero solo entonces.

Riddick se levantó de la silla. —Gracias, jefa.

No me des las gracias todavía. Solo leeré esos informes si tengo un minuto libre, y eso es poco probable.

—Por favor, no te pongas en contacto hasta que lo hagamos nosotros, Paul.

—No tardará mucho en ponerme Rice en el punto de mira. ¿A menos que ya lo haya hecho? —dijo Riddick.

—No seas paranoico. Tenemos tu ADN... ¿vamos a encontrar un móvil?

—¡No! —dijo Riddick—. No conocía al chaval. Todavía no me has dicho su nombre.

Y no pienso hacerlo. —Entonces te exonerarán a su debido tiempo, quédate tranquilo.

Cuando Riddick se puso a la altura de Gardner, al otro lado del escritorio, dijo:

—No recuerdo la última vez que descansé tranquilo.

Gardner asintió. Ahora estaba lo bastante cerca como para ver lo realmente inyectados en sangre y cansados que tenía los ojos. —Recuerda tu parte del trato, Paul. No te lo estoy pidiendo.

—¿Me lo estás ordenando? —dijo él con una sonrisa.

Ella se inclinó hasta que sus caras quedaron muy cerca. —¿Serviría de algo? Las órdenes se te dan fatal. No, Paul, te lo estoy

suplicando.

Riddick frunció el ceño, se encogió como si algo le hubiera ofendido y luego se apartó de un respingo.

Sin embargo, al salir se giró para sonreírle. —¿Se te han acabado los Tic Tac, jefa?

—Que te jodan —dijo ella.

Cuando él se fue, Gardner se puso la palma de la mano delante de la cara, comprobó su aliento e hizo una mueca por el olor a café rancio.

11

Milo fue a llamar, pero la puerta se abrió de golpe antes de que sus nudillos hicieran contacto. Pete estaba allí con la bolsa de deporte Slazenger que habían sacado de un contenedor lleno de mierda de perro.

—Huele esto —dijo Pete, poniéndole la bolsa bajo la nariz a Milo.

La idea le repugnó, así que contuvo la respiración.

—No huelo nada.

—Exacto. La he frotado a fondo. —Pete salió. La luz del día reveló un ojo morado reciente.

Una voz grave de hombre le gritó tacos a Pete desde dentro de la casa.

Pete lo ignoró y cerró la puerta. Luego, le dio un apretón en el hombro a Milo.

—¿Estás bien, chaval?

Milo asintió.

Mientras recorrían el sendero del jardín, Pete se giró y le hizo una peineta a la casa.

—Hasta luego, gilipollas.

Milo observó a su amigo por el rabillo del ojo, preguntándose si debería preguntarle si estaba bien. Decidió no hacerlo.

Pete señaló la mochila de Milo.

—¿Traes los cómics de *Birds of Prey*?

Milo asintió.

Pete le dio una palmadita en la barriga a Milo.

—Ese es mi chico.

Milo sonrió, pero no podía apartar la vista del ojo morado de Pete; parecía doloroso. Parecía molestarle más a él que a Pete, y siguió reprimiendo las ganas de preguntar por aquello.

Se dirigieron hacia la carretera principal.

—Ya sabes, es normal estar nervioso, chaval... Todo el mundo se pone nervioso en el primer encargo.

—Estoy bien —mintió Milo—. Estoy bastante emocionado.

—Ja —dijo Pete—. ¡Sabía que lo llevabas dentro! Tú y yo pertenecemos a Gotham City, ¿sabes a qué me refiero?

Doblaron la esquina hacia la carretera principal. Pete continuó:

—Me mola que también vayas a usar tu pasta en tu madre. La familia es lo primero. Envidio eso.

Milo asintió.

—Consideré gastarme la pasta en mi viejo. El veneno para ratas está de oferta... Pero no. No vale ni eso. Mi pasta es para ti y para mí. Estoy pensando en mujeres. ¿Te apuntas? Invito yo.

¿Mujeres? ¿Con él?

Sonaba ridículo y muy improbable, pero aun así le llenó el estómago de mariposas.

Cuando llegaron a la estación de tren, Milo vio a Pete dirigirse a pagar a la máquina. Notó un aire chulesco en su andar que no tenía la noche anterior. También parecía más hablador de lo habitual, ¡lo cual ya era decir! Todo parecía extraño teniendo en cuenta la herida.

Pete regresó y le metió los billetes en la mano.

—Tengo tiempo... voy a echar una meada.

Fue entonces cuando Milo vio más allá del ojo morado y se fijó en que los ojos de Pete se veían diferentes de alguna manera. Las pupilas, en particular, parecían dilatadas.

Milo vio a Pete correr hacia la puerta del baño de la estación, agarrando la bolsa de deporte como si le fuera la vida en ello. Lo cual, supuso Milo, era cierto.

Cuando Pete regresó, tenía polvo blanco en la nariz.

Milo sintió que se le encogía el corazón. No lo haría, ¿verdad? KG les había advertido que ni siquiera miraran dentro de la bolsa, así

que usar lo que había allí parecía un suicidio.

Milo pensó en preguntar, pero, como de costumbre, sus reflexiones lo llevaron al silencio.

—¿Estás bien, chaval? —dijo Pete, esnifando y limpiándose los restos de polvo blanco.

—Sí... —Apartó la mirada de Pete.

Pete debió de notar su sospecha, porque señaló la bolsa con la cabeza.

—Yo no... —Se dio una palmada en el bolsillo—. No te preocupes, tengo mi propio material.

Milo se sintió aliviado.

—Me gusta ponerme a tono para estas entregas, ¿sabes? ¿Quieres un tiro?

Milo negó con la cabeza.

—Así estoy bien.

—¿Todavía estás cabreado conmigo?

¿Cabreado? ¿Por qué pensaría eso? Negó con la cabeza.

—Por ir a por tu colega anoche, fuera del Co-op. —Sonrió de oreja a oreja.

—No es mi colega —dijo Milo, confundido.

Pete le dio un puñetazo suave en el brazo.

—Te estoy vacilando. Ya sé que no lo es. Pero no te moló, ¿a que no?

Milo negó con la cabeza.

—Parecía..., no sé..., ¿desesperado? Simplemente pensé que era mejor dejarlo en paz.

—Tú y yo somos tan distintos, ¿eh, chaval? —dijo Pete.

Milo sintió que se sonrojaba.

—Parecía que estaba en apuros —protestó Milo—. Eso es todo. Solo que no quería que tú también te metieras en líos.

—Oye, chaval, no te rayes. Me gusta que seamos diferentes. No se soluciona nada perdiendo los estribos. Anoche me equivoqué. Me gusta tu autocontrol.

Milo podía ver el tren avanzando con estruendo por las vías en su dirección, pero Pete no se giró a mirar; mantuvo sus ojos dilatados fijos en Milo.

—Ese chico estaba triste; ahora lo veo. Me alegro mucho de que estuvieras allí para frenarme. Eres el compinche que mantiene a raya al héroe temerario.

El tren se detuvo.

Milo sintió el brazo de Pete alrededor de su hombro.

—Creo que eres el mejor colega que he tenido nunca, Milo.

Pete giró a Milo hacia el tren y subieron juntos en cuanto se abrieron las puertas.

Mejor colega.

Milo se sintió en la cima del mundo.

12

Después de que le cambiaran el vendaje, Riddick fue sometido a otro interrogatorio policial improvisado. La frustración de no poder recordar la marca del vehículo lo estaba irritando, pero la evidente confusión de los agentes que lo interrogaban al respecto lo sacaba de quicio. —¿Para qué me iba a molestar en hablarles del vehículo si estuviera mintiendo?

Más tarde, durante el trayecto en taxi a su casa, Riddick sopesó su promesa de sentarse en el sofá a ver *Homes Under the Hammer*. Pero estaba demasiado frustrado e irritable para esas tonterías. Dando por sentado que, de todas formas, Gardner probablemente no mantendría su propia promesa de releer los viejos expedientes del caso de Graham Lock de 2003, le indicó al conductor que cambiara de dirección con la conciencia tranquila.

Si nadie más consideraba relevante la investigación de Graham Lock, entonces tendría que ocuparse él mismo.

¿Y qué mejor lugar para conocer la verdad que directamente de la fuente?

Hizo las llamadas necesarias para organizar la visita a su antiguo mentor.

MANDAR a los criminales entre rejas a menudo proporcionaba a los agentes de la ley una sensación de haber cerrado un capítulo.

¡Los capullos están en el trullo! Venga, al bar. ¿A quién le toca pagar la ronda?

Mientras el funcionario de prisiones lo conducía hacia la sala de visitas, Riddick sintió envidia de aquellos afortunados compañeros.

Para él, cerrar un capítulo siempre había sido algo escurridizo.

En lo que respecta a Ronnie Haller, había intentado comprar el cierre de ese capítulo. No solo con dinero, sino también con su moralidad. No había funcionado. Si acaso, se sentía más atormentado que nunca.

El guardia le abrió la puerta a Riddick y le indicó con un gesto que entrara en una pequeña sala. Hacia un tormento mayor.

Al otro lado de la única mesa se encontraba la semilla de la que habían florecido las raíces de su carrera.

Anders Smith.

No había pasado ni un año desde que lo había visto, pero parecía diferente de alguna manera.

No era su cara; Anders había llevado esa triste expresión el día que Riddick lo detuvo y el día que lo miró en el tribunal. Y al igual que en esas últimas ocasiones, Riddick no tenía ni idea de si era real o si solo eran más de las gilipolleces manipuladoras del viejo.

Tampoco era su presencia física; Anders seguía siendo alto e imponente, a pesar de la espalda encorvada que se le había acentuado en los últimos dos años y que lo había obligado a usar un bastón, aunque ahora no se veía por ninguna parte.

Riddick se quedó allí, de pie, observándolo, tratando de averiguar qué era, y entonces se dio cuenta: no era tanto una diferencia en la apariencia, sino más bien la *ausencia* de lo que siempre había hecho de Anders quien era.

Un aura impactante y autoritaria. Una esencia alentadora y tranquilizadora.

Anders aún no había pronunciado una palabra, pero Paul sabía por la fría y vacía sensación de la sala que el control cálido y seguro de aquel hombre había desaparecido.

Pero ¿por qué se sorprendía Riddick?

Había derrocado al rey.

Había quebrado lo inquebrantable.

El poder era frágil, y Riddick lo había demostrado.

—Has venido, hijo —dijo Anders, y sonrió, aunque eso apenas logró disipar la tristeza de su rostro—. Has *venido*.

Riddick sintió que se le encogía el estómago y un inmediato arrepentimiento. Miró al guardia y asintió.

El guardia los dejó solos. El rango de Riddick le había permitido tener privacidad, y Anders había sido un preso modelo hasta la fecha y no se le consideraba de alto riesgo.

Riddick volvió a mirar a Anders. Había demasiadas emociones recorriéndolo en ese momento para identificar con precisión una sola. Sí, había claramente ira, pero también, sin duda, algo de compasión, así como esa sensación de asombro que siempre había sentido en su presencia; pero lo que más incomodidad le causaba a Riddick era el anhelo que todavía sentía por ese hombre.

—Está bien, hijo… Entiendo que…

Riddick levantó un dedo, pero no lo usó para señalar. —No, Anders. Simplemente no. Vuelva a llamarme hijo y yo… —Hizo una pausa, preguntándose con qué amenazarlo. No se marcharía; había venido a verlo por una razón. Una razón muy importante.

—No lo haré, Paul. Si es lo que usted quiere… entonces le prometo que no lo haré.

Riddick se sintió aliviado; su mente iba demasiado deprisa como para ocurrírsele una amenaza decente.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? —preguntó Anders. Su expresión era compasiva.

No finjas que te importa. —No tengo mucho tiempo, Anders. —Una mentira. Podría tener todo el tiempo que quisiera. Pero, en cierto modo, era la verdad, ¿no? ¿Cuánto tiempo podría soportar realmente estar en una habitación con el hombre que lo había traicionado?

—¿Recibió mis cartas, entonces? —preguntó Anders.

—Sí —dijo Riddick. *Veinte. Pero no abrí ni una sola.* —No estoy aquí por eso.

Anders asintió. —Me alegro de que las tenga, de todas formas. Puede leerlas cuando quiera. Por favor, siéntese, hijo. Perdón… —Levantó las palmas de las manos—. La costumbre.

Anders parecía más frágil que en el tribunal a finales del año pasado.

Riddick se sentó frente a él y sacó la libreta del bolsillo.

Anders asintió al ver la libreta y frunció el ceño.

—Necesito hacerle algunas preguntas. —Riddick bajó la vista a la página en blanco y garabateó con el bolígrafo para que la tinta fluyera.

—Así que las cosas han cambiado —dijo Anders—. Antes tenía que rogarle que tomara notas. ¿Recuerda lo que solía decirme?

Tengo memoria de delfín, jefe. ¡Un delfín puede aprender y recordar el silbido único de cada uno de los delfines con los que se encuentra durante veinte años!

—Ciñámonos al motivo de mi visita, ¿de acuerdo? —Quería tomar notas porque ahora mismo no se fiaba de su memoria. Olvidar los detalles de aquel vehículo había hecho añicos su confianza.

—¿Cómo está Marsh? ¿Y el viejo equipo?

Aunque la tinta ya había empezado a fluir, Riddick garabateó un poco más mientras ignoraba la pregunta. —Ha ocurrido algo, Anders. Un chico ha muerto. Quiero saber si puede ayudarme.

—Un niño.

Creo que sí. Aunque todavía no sé su edad exacta ni su nombre.

—Sí.

—Por supuesto. Le ayudaré en todo lo que pueda.

Riddick le contó a Anders la historia de su incursión de las once de la noche anterior.

Anders negaba con la cabeza mientras Riddick llegaba a la trágica conclusión. Riddick esperaba que la expresión de horror en su rostro fuera genuina. Hasta que su legado fue destruido, el Inspector Jefe Anders Smith había sido conocido por ser un policía apasionado, impulsado por la búsqueda de la justicia. Riddick a menudo se quedaba despierto por la noche preguntándose, esperando tal vez, que algo de esa lucha por el bien hubiera sido sincera.

—¿El chaval murió por la herida de la cabeza? —preguntó Anders.

—Le he contado todo lo que sé. —Aunque todavía no había mencionado el oso.

—Sí. Supongo que no está usted en el caso. Aun así, alguien de ahí dentro podría mantenerle informado, ¿no?

Riddick sonrió con desdén. —Las cosas han cambiado desde los días de gloria, Anders. La gente tiende a valorar la integridad, y sus carreras. Nadie me pasa información.

—¿Ni siquiera su nueva y guapa Inspectora Jefa? —Enarcó una ceja.

—Especialmente ella. Esto ya no es el Lejano Oeste.

Anders sonrió y dijo: —¿Y ya no hay más vaqueros?

Riddick pudo ver por su expresión que estaba insinuando algo. —¿Puede ayudarme o no?

—¿No sería usted el que se saltaría las normas entonces?

—Un chico, *un niño*, está muerto. Puede que haya un asesino suelto. Ya me preocuparé por eso más tarde.

Anders asintió.

Capullo engreído, pensó Riddick.

—¿Cómo puedo ayudar? —dijo Anders.

—Había un oso… un oso en la mochila del chico.

Anders pareció confundido. —¿Un oso? ¿Qué quiere decir?

—Un osito de peluche, Anders. Un puñetero osito de peluche.

Anders se recostó en la silla. Se quedó en silencio un momento mientras procesaba esa información. Entonces, su rostro palideció. Miró fijamente a Riddick durante un buen rato, pero no habló.

—Sabía que eso llamaría su atención. La cueva. El oso…

—¿Estaba petrificado?

—No —dijo Riddick, preocupado porque Anders fuera a ser el siguiente en una larga lista de personas que lo descartaban.

Anders se puso el dedo índice en los labios. —¿Ha intentado decírselo al equipo?

—Lo he gritado a los cuatro *malditos* vientos.

—¿Y?

—Y… nada. Cueva diferente. Oso diferente. A nadie le interesa.

Anders asintió. —También hay una diferencia de veinte años, Paul. Este chico ni siquiera habría estado vivo cuando mataron a Graham Lock. Aun así, ¿por qué un osito de peluche en la mochila de un adolescente?

—A mi jefa se le escapó que era un regalo de su difunta madre; por eso lo llevaba consigo.

—Extraño… pero no es lo más raro que he oído.

—Hay algo que no me cuadra.

Anders se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice y se puso a pensar. —Nada cuadrará nunca con un niño muerto en una cueva, Paul, pero puedo entender el escepticismo.

—¡Joder! ¿Para qué me molesto? De un momento a otro, va a preguntarme sobre la maldita conmoción cerebral. Escuche, si no le interesa, de acuerdo… siento haberle hecho perder el tiempo.

Anders se quitó el dedo índice de la boca y lo usó para señalar a Riddick. —Espere, yo no he dicho eso. —Se puso en pie, haciendo una mueca de dolor. Su rostro estaba pálido. Volvió a mirar a Riddick y luego negó con la cabeza—. Deme un momento. La espalda me duele más que nunca. —Se dio la vuelta y se dirigió a la pared. Apoyó las palmas de las manos contra ella y arqueó la espalda para intentar estirarla.

Riddick se levantó. Ya le había dado al cabrón tiempo de sobra para pensar. —¿Y bien?

Anders gimió. Riddick se estremeció al oír crujir la espalda de su antiguo mentor.

—Anders. El día que envió a Russell Lock a la cárcel por el asesinato de su hijo… no estaba contento, ¿verdad?

Anders no se giró. —¿Qué le hace pensar eso?

—Se lo noté. Había algo que no le cuadraba.

Anders se estiró de nuevo.

—Tenía dudas —dijo Riddick.

Anders se giró. —¿Dudas? Por supuesto. ¿Quién no las tiene? ¡Y basta ya de echarme la culpa a mí! No fui el único implicado en enviar a Russell Lock a la cárcel, había otras personas involucradas también…

—¿Como el Inspector Jefe Derek Rice?

—Entre otros. Incluido usted, ¿recuerda?

—Detecté una anomalía en la escena del crimen, ¡eso fue lo único que hice, joder!

—Y puso las cosas en marcha. —Anders guiñó un ojo—. Y lanzó una carrera a partir de ello.

—Váyase a la mierda, Anders —dijo Riddick—. Si hubiera tenido la más mínima idea de que me estaba utilizando, me habría largado en ese mismo instante.

Anders volvió cojeando a la mesa. —¿Utilizado? ¿Para qué cree que lo utilicé?

—Como un proyecto personal para mostrar su altruismo… para presentarse no solo como el mejor detective, sino como alguien dispuesto a guiar a otros, a hacerlos tan exitosos como usted. Solo quería ser el maldito héroe de todo el mundo.

—No —dijo Anders—. Se equivoca de medio a medio. ¿Por qué cree que lo *elegí* a usted? Tenía cientos, *miles*, de agentes que podría haber forjado desde cero. Si estaba tan preocupado por mí mismo, como usted afirma, ¿cómo me habría fijado en usted?

—Por el oso.

Anders soltó una carcajada. —¡Vio que faltaba un maldito oso! ¿Y qué?

Riddick no podía creerlo. Abrió los ojos como platos. Se enderezó en el asiento.

Anders negó con la cabeza. —No ponga esa cara de asombro. Sí, se lo elogié en su momento…

—¡Me lo estuvo elogiando durante veinte malditos años!

—Sí. Y en cierto modo, estaba agradecido de que lo hubiera detectado, pero sabe, después hicimos un inventario de la escena. Lo habríamos encontrado nosotros mismos. Creo que incluso usted me lo señaló en su momento.

—Genial… entonces, si no fue por el maldito oso, ¿por qué demonios siguió adelante y me arruinó la vida?

—Difícilmente le arruiné la vida. Su carrera es impresionante. Sus tragedias son solo eso, tragedias. Podrían haberle pasado a cualquiera… en cualquier lugar.

—Pero no fue así, ¿verdad? —dijo Riddick, golpeándose el pecho con el pulgar—. Me pasaron a mí. ¿Por qué *me* eligió, cabrón?

—¿Por qué cree? Por la misma razón por la que está ahora mismo de pie frente a mí al otro lado de la mesa. Su pasión. Su naturaleza implacable. Su deseo de verdad. ¿Quiere que siga?

—¿Y esas cosas le recuerdan a usted? —dijo Riddick, con aire despectivo y enarcando una ceja.

—¡Pues claro que sí, joder! —dijo Anders, alzando la voz mientras golpeaba la mesa con el puño.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Está todo bien? —preguntó el guardia.

Riddick se giró y asintió. —Está bien. Solo está estirando.

El guardia los miró con curiosidad durante un instante antes de asentir y salir.

Riddick se volvió. —Bueno, si se parece en algo a mí, ya sabrá que no voy a dejar esto pasar. Si alguna vez le he importado algo de verdad, Anders, entonces dígame qué demonios pasó allá por 2003.

Anders cerró los ojos y se masajeó la sien con el pulgar y el índice. —Una de las peores barbaridades que he hecho en mi vida, eso es.

Riddick sintió que el corazón se le aceleraba. —Vamos, dígame... ¿El qué?

Anders apartó la mano de la sien y clavó la mirada en Riddick. —Algo que rara vez hacía. Normalmente, por una muy buena razón...

—¡Suéltelo ya, hombre, por el amor de Dios! ¿Qué hizo?

Anders suspiró y se pasó la mano por el pelo. —Está bien. Hice lo que me ordenaron.

13

Mientras esperaba abajo en el salón con Rice, Gardner hizo una mueca de dolor al oír a Kyle Alexander, el mejor amigo de Stephen Best, toser hasta echar los pulmones en su habitación.

Su madre, Collette, ya estaba arriba, preparándolo para las inminentes preguntas. Había dicho que pensaba evitar la palabra *entrevista* para no sonar intimidante ante un chico de quince años con autismo y TDAH diagnosticados, que en ese momento sufría tanto por la gripe como por el infierno de haber perdido a su mejor amigo.

Mientras estaban a solas en el salón, Gardner se dirigió a Rice.

—No tiene sentido que pillemos el bicho los dos; puede esperar fuera si quiere.

Gardner esperaba algo del tipo: «¿Intentando librarse de mí, jefa?», pero en vez de eso, Rice asintió.

—Sí, tengo antecedentes de neumonía. ¿Será lo mejor, no?

¡Cobarde! Sin embargo, nunca le venía mal un respiro de Rice. Sonrió.

—Más vale prevenir.

Collette bajó y acompañó a Gardner al piso de arriba. Sintió el calor que salía de la pequeña habitación antes de entrar. Los gérmenes debían de estar campando a sus anchas allí dentro.

Mejor dar carpetazo a la Operación Luz Perdida cuanto antes para que no me contagie.

Mientras que la habitación de Stephen había estado inmaculada, la de Kyle estaba abarrotada y desordenada. Había grupos de miniaturas de Warhammer por todas partes. En la cómoda, unas criaturas peculiares sacadas de una novela de Tolkien libraban una batalla, mientras que en el alféizar de la ventana unos soldados futuristas estaban acabando con unos alienígenas de aspecto espinoso.

—Hola, Kyle. Gracias por recibirme.

Él no levantó la vista para mirarla. Se preguntó si sería por su autismo o por el duelo que estaba sufriendo. Tosió dos veces.

—Sus figuras son fantásticas, Kyle —dijo Gardner—. ¿Las ha pintado usted todas?

—La mayoría. Algunas son de Stephen.

Gardner asintió.

—Ojalá yo supiera pintar así.

—Tengo unos Dreadblade Harrows nuevos para pintar —arrugó la cara—. No puedo pintar con este trancazo. —Tosió de nuevo y señaló su teléfono sobre la cama—. Podría enseñarle un canal de YouTube. Te enseña a pintar perfectamente.

Collette intervino desde el umbral de la puerta.

—Algunos cambian los colores, pero a Kyle no le gusta hacerlo.

—Obviamente —dijo Kyle, fulminando a su madre con la mirada —. Tienen que quedar perfectas.

—Me parece justo —dijo Gardner, guiñándole un ojo a Collette.

Kyle se inclinó hacia delante y le dio un ataque de tos. Al final, cogió un pañuelo de papel, escupió en él y lo tiró a una papelera junto a su cama.

—Disculpe —dijo Collette.

—No se preocupe —dijo Gardner—. Todos hemos pasado por eso.

—Y disculpe el desorden.

Gardner negó con la cabeza.

—Mamá le echa la culpa a mi TDAH —dijo Kyle, y tosió de nuevo —. No paro de decirle que si sé dónde está todo, no es un desorden.

Gardner vio a Collette poner los ojos en blanco.

Gardner señaló los pies de la cama.

—¿Puedo sentarme ahí, por favor? —No era porque quisiera estar lo más lejos posible de aquella fábrica de mocos, sino porque no quería acercarse demasiado e intimidar a un joven tan sensible.

—Sí —dijo Collette.

—¿Kyle? —preguntó Gardner. Al fin y al cabo, era su cama.

—Ajá.

Se sentó.

—¿Sabe que van a hacer una película y una serie de Warhammer? —dijo Kyle.

—No, no lo sabía… —dijo Gardner.

—Me lo dijo Stephen. Espero que sea para mayores de doce años. —Miró a su madre—. No para mayores de dieciséis. Todavía no me dejan ver las de dieciséis. Y eso que *tengo* quince y a todos los demás les dejan. Pero si Warhammer es para mayores de dieciséis, ¿puedo verla? ¿Mamá?

—Ya veremos. Ahora tienes que hablar con la señora Gardner, Kyle.

—Vale. —Se estiró hacia la mesilla de noche y cogió un hombrecillo elástico.

—Llámeme Emma, Kyle.

—Vale —dijo Kyle mientras estiraba los dos brazos del muñeco hasta longitudes ridículas.

—Siento mucho lo de Stephen —dijo Gardner.

Kyle tiró con más fuerza de su juguete. Gardner se preguntó si se le romperían las extremidades.

—El club de Warhammer es el domingo —dijo Kyle, mirando a su madre—. ¿Con quién voy a ir?

—Ya veremos qué hacemos, cariño. —Gardner vio las lágrimas en los ojos de su madre.

Gardner volvió a mirar a Kyle, consciente de lo difícil que iba a ser este encuentro. Se alegró enormemente de que Rice hubiera salido huyendo del bicho; no habría tenido paciencia para tanta cháchara y ya estaría presionando al pobre chico.

Optó por dejar también el cuaderno en el bolsillo. Sacarlo de sopetón probablemente haría que Kyle se encerrase aún más en sí

mismo. Sin saber muy bien por dónde empezar, Gardner probó con lo conocido.

—¿Le gusta el instituto, Kyle?

Sonrió, pero siguió sin levantar la vista.

—¡El instituto es un asco!

—Eso lo oigo a menudo. Pero algo le gustará, ¿no?

—Los recreos. Las comidas. Plástica no está mal.

—¿Y qué hace en el recreo y en la hora de la comida?

—Pasar el rato con Stephen. Una vez a la semana nos dejan usar las aulas de plástica para pintar nuestras figuras. Aunque la mayoría de los días vamos a la biblioteca. Allí *siempre* nos dejan tener nuestras figuras y dados.

Gardner miró a Collette.

—De hecho, está en su pasaporte personal —dijo Collette—. Ese tiempo le ayuda a mantenerse concentrado durante las clases.

Gardner asintió.

—¿Pasaporte personal?

—Si estás en el registro de necesidades educativas especiales —dijo Collette—, te dan un pasaporte personal. Sugerencias de cosas que pueden ayudar al alumno. Los profesores lo usan para apoyar a los estudiantes en las clases.

—¡El señor Phillips no lo hace! —dijo Kyle.

Collette miró a Gardner.

—El señor Phillips da Educación Física. A Kyle no le gusta Educación Física y cree que no debería tener que hacerla. Es un problema que viene de lejos.

—Ya veo —dijo Gardner. Siguió preguntando a Kyle sobre su vida en el instituto y luego pasó a su vida social. Parecía más contento durante esta parte del encuentro, sobre todo en lo que concernía a Stephen y, por supuesto, a Warhammer.

—¿Tienen Stephen y usted otros intereses?

Kyle miró a Collette.

—¡Marvel y DC! Cuando me dejan verlas.

Collette miró a Gardner. —Kyle tiene una imaginación muy fértil. ¿A que sí, cariño? Una imaginación con talento. Sabe escribir historias muy buenas, ¿a que sí?

Kyle asintió. —Soy el mejor de mi clase.

—Y modesto también —dijo Collette y sonrió—. A veces la violencia en las películas puede ser un poco excesiva. Suelo verlas yo primero.

—¡A mí me encanta la violencia! —exclamó Kyle, sonrió ampliamente y luego tosió.

Vente a hacer mi trabajo, pensó Gardner. *Verás cómo se te quitan las ganas enseguida.*

—Me inclino más a dejarle verlas si se está tomando la medicación para el TDAH —dijo Collette—. Por desgracia, no siempre es el caso.

Gardner miró a Kyle. —¿Por qué?

—No me gustan. Me hacen sentir raro.

—Te calman, Kyle —dijo Collette.

Kyle frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Hemos estado teniendo verdaderos problemas con eso —le dijo Collette a Gardner—. El mes pasado cogió el suministro del mes y lo tiró a la basura en el colegio. Ahora tenemos que llevarlas nosotras mismas al colegio, directamente.

Kyle negó con la cabeza. —No quiero tomarlas.

—Cuando hayas terminado los GCSE, podrás tomar estas decisiones por ti mismo, Kyle.

El chico tosió y fulminó con la mirada a su muñeco elástico.

Gardner recondujo la conversación hacia Marvel durante un rato para intentar animarlo, y entonces descubrió que Black Panther era el personaje favorito de Kyle. Este miró a Gardner por primera vez. —¿Sabe que el actor murió?

Gardner negó con la cabeza. —No.

Kyle le dio los detalles. No parecía triste mientras hablaba, solo entusiasmado. Era un joven curioso, pero todavía no habían hablado de la muerte de Stephen.

—¿Ha notado algo fuera de lo común en Stephen últimamente? —preguntó Gardner, sintiéndose culpable por una pregunta tan directa, pero sabiendo que debería haberla hecho mucho antes.

Kyle no respondió. Estiró el muñeco hasta casi romperlo.

—¿Se ha estado comportando de forma diferente?

—No lo entiendo —dijo Kyle, tirando su muñeco elástico y cogiendo una pelota antiestrés de la mesita de noche.

—Stephen había estado viniendo un poco menos —dijo Collette.

Kyle apretó la pelota. Parecía irritado. —Sí, pero seguía jugando conmigo a la hora de comer.

—¿Sabe por qué venía menos? —dijo Gardner.

—Tenía un amigo nuevo.

—¿Quién?

Kyle negó con la cabeza. —No lo sé.

Gardner sintió que se le aceleraba el pulso y le dirigió a Collette una mirada de perplejidad.

Kyle continuó: —Pero seguía siendo mi *mejor* amigo. Se lo pregunté.

—Estoy segura de que es verdad. ¿Sabía si ese amigo era un chico o una chica?

¿O quizás un hombre?

—Un chico.

—¿Vio alguna vez a ese chico, Kyle?

—No.

—¿Cómo supo de su existencia?

—Me lo dijo Stephen.

—¿Su nombre?

—No. Le dije que no quería hablar de él. ¿Por qué iba a querer?

Collette intervino: —Kyle sí que me comentó esto. No le preocupaba demasiado, porque, como le aseguró Stephen, seguía siendo su mejor amigo. Pero durante los últimos dos meses, no venía tanto los fines de semana.

Kyle miró a Collette. —Seguía yendo al club de Warhammer. *Conmigo.*

Collette asintió. —Sí, cariño, iba.

—Sé que es difícil, Kyle, pero ¿hay algo que pueda decirme sobre ese otro amigo? —preguntó Gardner—. ¿Cualquier cosa?

Kyle siguió apretando la pelota. No parecía estar pensándolo mucho. Finalmente, dijo: —No.

Collette dijo: —Pero sí que me contaste algo, Kyle, ¿verdad? ¿Recuerdas? ¿La semana pasada?

Kyle fulminó a su madre con la mirada.

Gardner dijo: —Queremos encontrar a quien le hizo esto a Stephen. Y estoy segura de que usted también quiere, Kyle.

Kyle apretó la pelota con más fuerza.

Gardner miró a Collette y asintió.

—Es mayor y no va al colegio —dijo Collette—. También le encantaba Warhammer. Por lo visto, tenía un ejército que te habría gustado ver, ¿no es así, Kyle?

Kyle apartó la mirada. Claramente, no quería hablar de ello.

Collette continuó: —Stephen dijo que no podía verlo, que ese era su amigo y que Kyle tenía que encontrar los suyos propios. Kyle se molestó por eso.

Kyle pareció entristecido por el comentario.

Gardner se preguntó si el padre de Stephen sabía que su hijo tenía un «amigo especial». ¿Era ahí adonde iba cuando salía a dar esos paseos? Además, si ya no iba a casa de Kyle los fines de semana, ¿sabía su padre adónde iba?

En ese momento, a Gardner le dolió no tener el cuaderno sobre el regazo. La posibilidad de pasar por alto un detalle la llenaba de pavor. En cuanto volviera al coche, acribillaría a notas esas páginas rayadas; Rice tendría que esperar con sus preguntas.

Continuó sondeando a Kyle, pero solo se encontró con constantes expresiones de frustración, apretones violentos de la pelota y, de nuevo, tirones al muñeco elástico, que concluyeron con un ataque de tos que sonó doloroso. Los nuevos intentos por descubrir algo fuera de lo normal en la vida de Stephen no dieron ningún resultado, y las preguntas sobre si a Stephen le gustaba dar paseos por la noche tampoco sirvieron de mucho, ya que Kyle alegó una total falta de interés en ellos.

Gardner miró de reojo a Collette. Parecía contenta con esa falta de interés. ¿Qué madre no lo estaría? ¿Su hijo paseando solo en la oscuridad? Especialmente un niño vulnerable que podría no estar tan alerta al peligro como algunos de sus compañeros.

Gardner se dio cuenta de que se estaba frustrando en esta entrevista y, aunque era lo bastante profesional y compasiva como para no dejarlo entrever, era plenamente consciente de que el joven

en la cama debía de sentirse diez veces peor que ella. Sabiendo que había poco más que sacar de allí, al menos por el momento, hizo una pausa y sonrió. —Estaré atenta a esa película de Warhammer.

Kyle asintió. Sus ojos se clavaron en la cara de ella y se apartaron de inmediato.

—Y esperemos que sea para mayores de doce —dijo Gardner, sonriendo de nuevo.

—Lo será —dijo Kyle—. Stephen lo vio en internet. Nunca se equivoca con estas cosas. Vamos a ir a verla juntos.

Esperó a que Kyle se corrigiera. *Íbamos a ir.* No lo hizo. Gardner sintió una oleada de tristeza. *Descubriremos qué le pasó a tu mejor amigo, Kyle.*

Abajo, Gardner le hizo a Collette algunas preguntas más, esta vez usando su cuaderno.

—Supongo que conoce bien a Ron Best.

—No tan bien como cree, teniendo en cuenta que nuestros hijos eran uña y carne. Me llevaba mucho mejor con su mujer, Lynda, antes de... —Collette se interrumpió—. Fue horrible..., una auténtica tragedia, y además, de la nada. Ron es un hombre tranquilo..., muy reservado..., y después de aquello se encerró todavía más en sí mismo. Tenemos poco en común con él y, para serle sincera, nuestros hijos también son muy distintos. Con Kyle tenemos muchos más desafíos. Tiende a agobiarse más a menudo, como probablemente acaba de ver, y algunas de sus crisis son bastante difíciles de manejar, sobre todo ahora que se está haciendo mayor.

—Ha dicho usted arriba que Stephen ya no venía tan a menudo, posiblemente para ir a ver a ese amigo misterioso. ¿Su padre estaba al corriente?

—Lo siento..., la verdad es que no sabría decirle. Stephen solía aparecer por aquí los fines de semana. Como le decía, Kyle es muy casero, así que a Stephen no le importaba venir aquí.

En la puerta, Gardner se giró hacia Collette. —Si se le ocurre cualquier otra cosa...

—Llamaré sin dudarlo un segundo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Esto es horrible. Casi no me puedo creer que esté pasando, ¿sabe? Parece una pesadilla.

Gardner asintió, sintiendo de nuevo esa oleada de tristeza.

—No puedo ni imaginar cómo debe de sentirse Ron. Yo no podría..., sabe..., me destrozaría. —Se secó los ojos—. Y mi hijo, ay, Dios mío, ¿cómo se va a recuperar de esto?

No se preocupe. Le tiene a usted, Collette. Y a su padre. Juntos, le ayudaréis.

Gardner le entregó su tarjeta. —Si necesita cualquier cosa.

—Gracias. ¿Mi hijo corre peligro?

Gardner abrió la boca para responder que *no*, pero se contuvo en el último momento. No lo sabía, ¿verdad? Sería una estupidez darle falsas esperanzas sin fundamento que luego pudieran llevar a Collette a bajar la guardia. Respondió con cuidado: —No he visto nada que lo sugiera, pero sería mejor que se mantuvieran alerta. Solo hasta que aclaremos esto. Y lo aclararemos. Como ha dicho, él no suele salir solo y, *además*, está enfermo, así que eso debería tranquilizarla un poco.

De vuelta en el coche, garabateó todas las notas que pudo recordar, haciéndole un gesto a Rice para que se apartara cuando se acercó a la ventanilla. Él se quedó allí esperando mientras ella rodeaba con un círculo un par de puntos clave: amigo misterioso; club de Warhammer; Ron: distante, poco comunicativo. Se devanó los sesos en busca de algo más, segura de que se le había olvidado algo, pero no se le ocurrió nada. Los peligros de no tomar notas. Como tantas veces le decía al testarudo de Riddick, que una vez le había replicado comparándose con un delfín. Sonrió. *Qué hombre tan ridículo.*

Rice se estaba impacientando y parecía tener frío.

Bajó la ventanilla. —Espere en el coche, tengo que hacer una llamada.

—¿Jefa?

Subió la ventanilla. Parecía cabreado.

Llamó a Barnett para que la pusiera al día, tomó algunas notas y luego le encargó una tarea. —Ponte en contacto con la agente de enlace familiar, Lyndsey Mort, y pídele que hable con Ron. ¿Sabía él lo de este amigo especial? ¿Sabía que Stephen pasaba menos tiempo con Kyle?

—De acuerdo, jefa.

—Gracias, Ray.

En lugar de hacer que Rice saliera de nuevo del coche al frío, contactó con él por teléfono y le contó todo lo que había averiguado.

14

Kyle Alexander escupió en el pañuelo de papel, lo examinó preguntándose cómo algo tan asqueroso podía existir dentro de los pulmones y luego echó el pañuelo usado a la papelera.

La ventana de su dormitorio daba al coche. Vio a la inspectora jefa Gardner hablar por el móvil.

Una mujer maja. Le gusta Warhammer. Va a ver la película.

Había sido una lástima mentirle. Odiaba mentir. Sobre todo a la gente a la que le gustaba Warhammer. Le revolvía las tripas.

Metió la mano bajo la almohada y sacó su teléfono móvil.

Repasó los mensajes hasta encontrar la imagen que le había mandado antes su nuevo amigo para animarlo.

El ejército de los Esclavos de la Oscuridad, formado en filas. Completamente pintado. Alargó la mano e hizo zoom en el Príncipe Demonio, alto y corpulento en el centro, con unas alas rojas obscenamente grandes.

Stephen le había dicho que su amigo era un pintor increíble. Mejor incluso que Eugene, el encargado de la tienda de Warhammer de Harrogate. Mejor *incluso* que Lewis Coombs, el pintor de Warhammer de YouTube que acumulaba miles de visitas al día.

Y Stephen no había exagerado.

Cómo ansiaba Kyle tener ese ejército, o *al menos* verlo. Tocarlo. Sostener las figuras.

Leyó el mensaje que lo acompañaba.

La pieza central de mi ejército de la Gran Alianza del Caos.

Y el siguiente mensaje:

A Stephen le encantaban.

Luego, el siguiente:

A ti también te van a encantar.

Y entonces, el último mensaje, recibido segundos antes de que la inspectora jefa Emma Gardner entrara en su habitación.

¿Quieres que quedemos?

Kyle tosió y se puso a pensar. Su madre había salido de compras a última hora de la tarde. Su padre estaba de viaje de negocios.

Volvió a mirar por la ventana. Gardner se alejaba en el coche.

Fuera parecía hacer frío.

Sin embargo, le había bajado la fiebre en la última hora y se sentía un poco mejor. Echó un vistazo a la caja de Beechams para el resfriado y la gripe que había en su mesilla de noche. Su arma secreta.

Respondió con un mensaje de texto.

¿Dónde?

15

—El asesinato de Graham Lock en la cueva de la Madre Shipton conmocionó Knaresborough, Paul —prosiguió Anders desde el otro lado de la mesa—. Seguro que te acuerdas, ¿verdad?

Paul asintió.

—No voy a insultar tu inteligencia diciéndote que la gente solía dejar las puertas sin echar la llave por la noche, pero sí te diré una cosa: *solían* dejar a sus hijos jugar en la calle hasta después de las seis, y a nadie le daba un ataque si perdía de vista a su crío un momento por el pasillo equivocado del supermercado. Knaresborough era un lugar seguro. Nadie se esperaba lo de Graham Lock. —Anders se estiró en la silla, haciendo una mueca por el dolor de espalda, y continuó—: Así que se invirtió una pasta gansa en la investigación para que Knaresborough volviera a ser segura. Las altas esferas querían zanjar el asunto cuanto antes. No se dejó ni una piedra sin remover, te lo aseguro... Hablamos de una cantidad de horas extras sin precedentes, ruedas de prensa que interrumpían la programación de día, expertos de la Científica traídos de todos los rincones del país... Creo que, en un momento dado, reunimos a todos los patos del Nidd junto a la cueva por si acaso alguno había evolucionado lo suficiente como para comunicar lo que había visto. —Sonrió, pero a Riddick no le hacían ninguna gracia las bromas de este hombre últimamente—. Pero entonces, como bien sabes, todas las pruebas empezaron a apuntar hacia el padre, Russell Lock. El

libro sobre petrificación de la tienda con el oso marcado con un círculo, los somníferos de Russell en el organismo de Graham, la admisión de maltrato infantil. Russell le pegaba unas palizas de verdad a su propio hijo, ¿sabías?

—Sí, claro —dijo Riddick—. Vi las fotografías.

—Pues ten presente en todo esto, Paul, que Russell Lock era un cabrón de mucho cuidado.

—¿Pero era un asesino?

Anders suspiró. —A eso voy. Sé que es habitual que, cuando hay un gran avance, empiecen a llover pruebas. Pero en esta investigación fue diferente. «Llover» se quedaba corto; literalmente, empezaron a caer a cántaros.

Riddick asintió. —Parece una pista bastante buena de que todo eran gilipolleces.

Anders asintió. —Y al principio, yo era el único que estaba de parte de Russell, *a pesar* de lo que le hizo a su hijo... pero, como he dicho antes, había un hambre voraz por cerrar el caso. Mi defensa de ese viejo cabrón se volvió irrelevante.

—¿Así que te quedaste de brazos cruzados mientras se colocaban pruebas?

—¿De brazos cruzados? —Anders soltó una risita—. ¡Me conoces de sobra! Yo no me quedo de brazos cruzados, hijo.

—Deja de llamarme así.

—Vale, *Paul*. Monté un buen pollo. De hecho, fui un paso más allá... Tenía a otra persona para el asesinato... Se lo dejé meridianamente claro a los altos mandos.

—¿Quién?

—George Jacoby. De tu edad por aquel entonces. Veintipocos. Alquilaba botes de remos en el Nidd, en la zona de Waterside. Justo enfrente de la cueva de la Madre Shipton. ¿Quizá te acuerdes de él?

Riddick tenía un vago recuerdo de un hombre bajito y vocinglero que intentaba atraer clientes a su tienda de alquiler de barcas en Waterside.

Anders entrecerró los ojos. —Un hombre achaparrado, pero ancho de hombros por todo el remo que hacía. A menudo se le veía sacando sus propias barcas fuera del horario comercial. Me

recordaba a un vendedor de coches: elegía las palabras adecuadas para picarte la curiosidad y sonreía en los momentos justos para que te sintieras a gusto. Sin embargo, el tipo era peculiar.

—¿En qué sentido?

—Bueno, podía parecer el hombre más extrovertido del mundo mientras captaba clientes, pero fuera del trabajo era un solitario redomado y, por más que investigué, no pude encontrar ni rastro de vida social. Ya sabes lo que opino de los putos actores.

Sí, los llamarías mentirosos profesionales, pensó Riddick. *De hecho, me lo repetías a menudo. Y yo te escuchaba. Joder, ¡claro que te escuchaba! Antes de descubrir que el actor eras tú... el actor definitivo... un puto ganador de un Óscar.*

—Sí... —dijo Anders—. El mayor «showman» en horas de oficina; un puto recluso lleno de ansiedad en su tiempo libre. Vi su historial médico... lo pasaba mal. Era un pájaro de cuidado, Paul. Lo supe entonces y... —Anders cerró los ojos y suspiró—. Lo sé ahora.

—¿Qué te hizo fijarte en George Jacoby para empezar? —preguntó Riddick.

—Varios testigos oculares declararon haberlo visto conversando animadamente con Graham Lock la semana anterior a esa noche aciaga en la cueva.

—Joder...

—Sí, exacto, y aun así, los lugareños sospechaban más de Jacoby que mis putos compañeros.

Riddick inspiró hondo por la nariz y negó con la cabeza. Apretó y relajó los puños. —¿Al menos lo interrogaste?

—Claro. Por supuesto. ¿Por quién me tomas? Lo interrogué hasta la saciedad. Pero, como te dije antes, era un actor consumado. Afirmó que Graham solo estaba echando monedas en el pozo cerca de donde él se ponía y que no paraba de acercarse para hablarle de barcas y no sé qué más. Dijo que le repetía al crío que lo dejara en paz, pero que hacía oídos sordos.

—¿Te creíste algo?

—¿De ese fantasma?

—Eres persuasivo, Anders. No me creo ni por un segundo que no pudieras dar la voz de alarma en el Cuartel General.

—Pues créetelo, Paul. Empecé intentando convencer a Derek. Fue un error.

—¡Se colgaba de cada palabra que decías! Tú movías los hilos. Siempre lo hiciste.

—Y antes del día en que hablé con Derek, habrías tenido razón. Pero algo cambió en ese momento. Actuó a mis espaldas. A pesar de haber cargado con su carrera durante la tira de años, eligió ese preciso instante para apuñalarme por la espalda. Así que, cuando Derek les dijo que yo estaba buscando por otro lado, me marginaron, mientras que ese desgraciado zoquete, que habría sido sargento de oficina de no ser por mí, siguió acatando órdenes y ¡me dijo que agachara la cabeza! ¡Jamás en mi vida! Me quedé sin putas palabras. —Miró a lo lejos—. Debería haber sido más listo, y después de ese caso, lo *fui*. —Sonrió—. Pero esa es otra historia.

Riddick suspiró. —¿Pero por qué se arriesgarían los altos mandos a dejar suelto a un asesino de verdad?

Anders se encogió de hombros. —Nuestros superiores no querían que buscásemos en ninguna otra parte que no fuera Russell Lock; estaban convencidos de que era él y querían dar el caso por cerrado y silenciar el frenesí mediático. En aquel momento, intenté convencerme de que quizá tenían razón, pero entonces salieron a la luz más pruebas. Una hora antes de que acusáramos a Russell Lock, se presentó un testigo ocular. Donna Morfett. Una de mis profesoras del colegio. —Asintió—. Sí. Una mujer estupenda. Ya no está, claro. Bueno…, una hora antes de que asesinaran a Graham, estaba paseando al perro y vio una barca deslizándose por el Nidd hacia la cueva de Mother Shipton. Estaba oscuro, pero estaba segura de que en la barca iban dos personas de tamaño más o menos similar… Lo comprobé… Graham Lock y George Jacoby medían más o menos lo mismo.

—Pero… no puede ser… Graham y Russell bajaron a la cueva por el camino de atrás antes del asesinato. Otro testigo ocular los vio cerca de la entrada de ese sendero.

—Sí —dijo Anders, apoyándose en la pared—. La batalla de los testigos oculares, ¿eh? Bueno, en realidad, no fue para tanto. Nadie quiso saber nada de los desvaríos de una anciana senil.

—¿Desvaríos?

—Sí… creo que esa fue la palabra que usó Derek cuando intenté presentar una última protesta.

—Alguien tuvo que escuchar en el Cuartel General. *Alguien.*

—¿Por qué? Los que estaban tan desesperados por cerrarlo ya tenían el informe de ese testigo ocular que vio cómo su padre llevaba a Graham hacia la muerte, ¿para qué cuestionarlo? Un testigo era un político conservador de cuarenta años del sur que estaba de vacaciones… y la otra era Donna, una profesora jubilada con demencia.

—Yo me habría fiado de la profesora —dijo Riddick.

—Y yo.

—Así que estabas cabreado —dijo Riddick—. *Sabía* que algo te pasaba ese día.

—Y yo que pensaba que lo había disimulado bastante bien, ¿eh? Parece que no. Darte cuenta de que estaba molesto es incluso más impresionante que darte cuenta de que faltaba el oso.

—Porque tú también eres un buen actor.

Anders se encogió de hombros. —Por eso los calo a la legua… y George fue uno de los mejores que he conocido.

Riddick bajó la mirada y reflexionó sobre estas revelaciones. Luego, volvió a alzar la vista hacia el hombre al que había intentado emular durante casi toda su carrera, hasta que la verdad sobre su naturaleza corrupta quedó al descubierto. —¿Pero cómo, Anders? ¿Cómo pudiste vivir con eso? Dejaste que un hombre inocente fuera a la cárcel por el asesinato de su hijo. *Murió* en la cárcel.

—No olvidemos que él sí que *maltrataba* a su hijo.

Riddick negó con la cabeza. —Aun así… sabías que el verdadero asesino podía seguir ahí fuera. ¿Y si volvía a matar? De hecho, ¡*puede* que haya vuelto a matar!

Anders negó con la cabeza. —No… escúchame, Paul, y escúchame bien. *Siempre* tuve la intención de hacer algo… De verdad que sí. Iba a dejar que las aguas se calmaran primero para no poner en peligro las carreras de los que me rodeaban. No es tan sencillo como entrar en una sala llena de tus superiores sacando pecho. No solo te aplastarían a ti, sino que aplastarían a todos los

demás con los que trabajabas. —Anders asintió en dirección a Riddick, dando a entender que él era una de esas personas.

—No me metas en esto. ¡Deberías haber hecho lo correcto!

—Iba a hacerlo. Tenía planes. Pero entonces ocurrieron dos cosas en los tres meses siguientes. Russell Lock murió de un infarto y, luego, George Jacoby sufrió un derrame cerebral. Y uno gordo. Acabó con el síndrome ese de enclaustramiento. ¿Has oído hablar de él?

Riddick asintió.

—Completamente paralizado, salvo los ojos —dijo Anders—. Es lo único que podía mover. Un destino peor que la muerte.

—Entonces, ¿tu plan estratégico para revelar la verdad, para hacer justicia? ¿Qué pasó con eso?

Anders entornó los ojos. —¿Con qué propósito?

—¿Para empezar, limpiar el nombre del padre?

—Es muy romántico, Paul. Y es como todos queremos ver el mundo, ¿pero no ves que era mejor dejarlo estar? Aquí solo había una cosa importante, y no era la verdad. Quienquiera que matase a Graham estaba acabado, y no hay nada más importante que eso.

—Quizá George se recuperó…

—George Jacoby está postrado en una cama, es un muerto viviente. Nunca le quité el ojo de encima. No podemos encontrar más justicia aquí, no importa lo que creas. El mundo siguió adelante. Nuevas batallas que librar…

Riddick se levantó y dio un golpe con las palmas de las manos en la mesa. Se inclinó hacia delante. —Anoche me desperté junto a un chico muerto. ¡Un chico muerto! Y había un oso en su maldita bolsa.

—Paul, no puede estar relacionado. ¿No has oído lo que he dicho? No *puede* estar relacionado. Incluso si el padre era inocente, que podría no haberlo sido, eso solo deja a George… y él no es capaz.

—Entonces fue otra persona.

—¡Han pasado veinte años!

—Aun así… quienquiera que fuese podría haberse mudado. Haber hecho esto en otros lugares. Quizá acaba de volver.

Anders negó con la cabeza. —No… ¿no crees que nos habríamos enterado de algún crimen similar al asesinato de Lock? Sería noticia a nivel nacional, potencialmente internacional.

Riddick se sintió frustrado y tuvo el impulso de estallar. —Aun así, aunque no esté relacionado, aun así has dejado que un culpable quede libre.

Anders soltó una carcajada. —George Jacoby está sufriendo mucho más que cualquiera en esta prisión conmigo. ¡Te lo puedo asegurar!

Riddick se llevó las manos a la cara y se la frotó.

El argumento de Anders era convincente.

Negó con la cabeza, sin apartar todavía las manos de la cara.

Convincente, sí.

¿Acaso no lo era siempre? Viejo zorro.

Apartó las manos de la cara. —Te debe haber sentado bien soltarlo.

Anders desvió la mirada, bajando ligeramente el rostro.

—Déjame preguntarte, ¿es esto real? ¿De verdad te remuerde la conciencia y te carcome el arrepentimiento?

Anders suspiró.

—¿O eres tan falso como todos esos actores que dices despreciar tanto?

Anders volvió a mirarlo. —He actuado, Paul. No lo negaré. He estado en ese escenario gran parte de mi vida. ¿Que si lo odiaba? Sí. ¿Que si me arrepiento? De la mayor parte, sí. Pero parte de ello fue necesario. El mundo es diferente ahora… y no siempre te permiten hacer lo que es necesario. ¿Quién crees que sufre por eso? Nosotros no, Paul. No. La gente a la que nos pagan por proteger…

Riddick alzó la vista al techo. —Ahórratelo. Dios, por favor, no otra vez con esta gilipollez santurrona. Eres una reliquia. El crimen en *su* bando, o en el *nuestro*, da igual. Sigue siendo un crimen. ¡Alguien tiene que trazar una maldita línea!

—¿Como tú, Paul?

Riddick enarcó una ceja. *¿A qué se refiere? ¿Sabe lo de Ronnie Haller? No puede ser...* —No, no soy perfecto. Creo que de eso ya te encargaste tú, Anders. Pero voy a esforzarme... y voy a empezar por

lo que de verdad le pasó a Graham Lock y, con suerte, a este otro chico. Porque aquí hay algo que no cuadra. Y tengo lo que necesito: a George Jacoby. Voy a intentar enmendar los errores que cometiste *tú*.

Anders suspiró y bajó la mirada. —Ten cuidado, Paul. Sé que me odias. No te culpo...

—¿No crees que me lo merezco?

—Sí, y me consumiré en el dolor hasta mi último aliento. Pero sabes que no finjo cuando digo que te quiero.

—Basta. —Riddick se puso en pie—. No tienes que preocuparte por mí, viejo.

Anders abrió la boca para hablar, pero vaciló. En su lugar, enarcó una ceja.

—¿En qué piensas? —preguntó Riddick. Se le heló el pecho.

—En nada —dijo Anders—. ¿Debería?

¿Ronnie Haller? ¿Lo sabes? Mierda, Anders, ¿lo sabes?

—Estoy bien.

—Bien. Eso espero —dijo Anders—. Es todo lo que pido antes de acostarme por la noche.

—Que vuelva a ponerme en contacto contigo o no dependerá de lo que descubra —dijo Riddick, mirando fijamente al hombre, recordando aquella mano en su hombro todos esos años atrás, esa sensación de admiración y aquel vozarrón: *«Necesita a gente como yo. Gente como tú. Gente que ve las cosas».*

Me hiciste sentir especial, cabrón. Me hiciste sentir que podía hacer cualquier cosa.

—¿Has leído alguna de mis cartas, Paul?

—Creo que ya sabes la respuesta.

—Lee la última cuando llegues a casa.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Séguele la corriente a un viejo.

Riddick suspiró.

—¿Por favor? —dijo Anders.

—Está bien. La última. Y después, se acabó.

—Gracias, Paul.

Riddick se levantó y llamó a la puerta. El guardia la abrió.

—¿Paul?

Riddick se giró.

—¿Cómo sé que dices la verdad? ¿Que leerás la carta?

—Porque, a diferencia de ti, a mí actuar siempre se me ha dado fatal.

16

A Milo le encantaba York. Antes de la enfermedad de su madre, la visitaban con regularidad. A ella le gustaba especialmente pasear por la catedral de York, la gran catedral gótica. A Milo nunca le habían inspirado tanto como a su madre la multitud de vidrieras y los techos impresionantemente altos. Si acaso, le parecía que estaba insoportablemente abarrotada de turistas ruidosos.

Sin embargo, hasta él tenía que admitir que la Torre Central de la catedral tenía algo mágico. Casi trescientos escalones te llevaban a unas vistas panorámicas de la ciudad; y fue allí donde había aprendido y estudiado la geografía de aquella impresionante ciudad medieval, incluida la muralla de más de tres kilómetros que incorporaba algunas de las estructuras romanas originales de la ciudad. Sin olvidar la Torre de Clifford, construida originalmente en madera por los normandos en 1068, antes de ser sustituida en el siglo XIII por una fortaleza de piedra para convertirse en la parte más antigua que se conserva del Castillo de York.

Pero nada, *absolutamente* nada, superaba un paseo por The Shambles. Calles estrechas del siglo XIV con edificios de entramado de madera. De niño, a Milo le había fascinado descubrir los ganchos de carnicero que colgaban fuera de estas antiguas tiendas, ya que el lugar era, y seguía siendo, un hervidero de carnicerías.

Milo nunca se había alejado mucho de las principales atracciones, así que, tras bajar del tren en Tang Hall, al este de la ciudad, al

principio se sintió desorientado. Pete llevaba ya un tiempo haciendo repartos por esa zona, así que los llevó a un bareto al que le tenía cariño. Pete desapareció en el servicio dos veces, diciendo con una sonrisa que iba a «empolvarse la nariz», y Milo rezó para que su amigo supiera lo que hacía.

Milo recordó la afirmación de Pete de que estaba trapicheando con su propia mercancía e intentó tranquilizarse con ello, pero su mente no dejaba de volver a la mancha de sangre de la camisa de KG y su corazón empezaba a acelerarse de nuevo.

Mientras comían, lo que fuera que Pete se había metido en la nariz le hizo hablar deprisa y casi sin pausas. Milo no tenía mucha necesidad de hablar, pero de vez en cuando Pete se detenía para hacerle preguntas que a Milo le encantaba responder. Preguntas como «¿Cómo se llamaba el hijo de Batman?» y «¿Qué edad tenía Batman en *El regreso del Caballero Oscuro*?».

Pete apenas probó su bocadillo de beicon y le ofreció el resto a Milo.

Mientras comía, Milo se esforzó, como antes, en no mirar el ojo amoratado de Pete.

—¿Tan mal estoy? —preguntó Pete.

Milo negó con la cabeza.

—No te preocupes, chaval. A papá no tardará en llegarle su merecido… es un gilipollas.

Milo pensó en qué haría si estuviera en la situación de Pete. —¿Quizá deberías decírselo a alguien?

—¿Decírselo a alguien? ¿Eres tonto? —resopló Pete—. Te das cuenta de en qué estamos metidos, ¿no?

A Milo se le enrojeció la cara.

Al salir de la cafetería, Milo iba con la cabeza gacha. Pete le dio una palmada en la espalda. —No te me pongas sensible, chaval. Solo es un recordatorio de lo mucho que nos jugamos.

Milo asintió y se obligó a levantar la cabeza. Aun así, el comentario le había dolido; solo había intentado ayudar.

En un momento dado, sintió un golpe frío en la nuca. Se la tocó y notó la humedad helada de la nieve. Sonriendo, se giró y vio que

Pete se había quedado deliberadamente unos pasos atrás para tirarle una bola de nieve.

—Cabrón —dijo Milo, cogiendo una y devolviéndosela.

Se estuvieron lanzando bolas de nieve durante unos minutos, hasta que se rieron con tantas ganas que disiparon el ambiente agrio que había amenazado su aventura.

Mientras seguían hacia su destino, Pete le pasó a Milo el brazo que le quedaba libre —el que no agarraba el macuto— por los hombros. —En serio, chaval, me alegro de que estés aquí conmigo.

Milo asintió. El sentimiento era mutuo. No recordaba que nadie le hubiera mostrado tanto interés, aparte, quizá, de su madre o su padre.

Milo siguió a Pete en un corto paseo a través de una zona residencial deteriorada.

—¿Te puedo decir una cosa? —preguntó Pete.

Milo asintió.

—Lo que sientes por tu madre, chaval… lo pillo. Me identifico.

Milo sonrió.

—Cuando tenía unos ocho años —explicó Pete—, estaba obsesionado con las zapatillas Nike. Y costaban un dineral. Nunca teníamos pasta, y mi madre limpiaba y planchaba para los ricachones capullos de la zona, pero aun así me compraba un par nuevo cada vez que las viejas se gastaban o se me quedaban pequeñas. ¡No me quitaba las puñeteras zapatillas nunca! Aún las tengo todas, ¿sabes? En el fondo del armario. Quince pares.

Milo miró a su lado y observó cómo la expresión de Pete se volvía ausente mientras se adentraba en su propio mundo. De vez en cuando, una sonrisa asomaba a su cara, pero un minuto después, a Milo le pareció ver cómo se le formaban lágrimas en los ojos.

¿Había muerto la madre de Pete?

¿Tenían ambos eso en común?

¿Era esa la razón por la que Pete lo había buscado como amigo?

¿Quizá no habían sido los cómics, después de todo, sino el hecho de que Milo estaba a punto de perder a su madre de manera similar a como Pete había perdido a la suya?

—¿Qué le pasó a tu madre? —preguntó Milo, y luego tragó saliva, sorprendido de sí mismo por haber hecho la pregunta.

—No murió —dijo Pete—, si es eso lo que estás pensando.

Milo se sonrojó.

—Ya casi hemos llegado —dijo Pete—. Tú sígueme el rollo.

¿Qué rollo?, pensó Milo. *¿No se trata solo de cambiar este macuto por una bolsa de dinero?*

Pete los condujo a un pequeño polígono industrial.

Había cuatro naves una al lado de la otra, todas con las persianas bajadas. La primera tenía un letrero: «Mike's Motorbikes», que parecía increíblemente imaginativo en comparación con la segunda nave, que simplemente se titulaba «Frigoríficos Restaurados».

La tercera nave no tenía letrero; sin embargo, sí tenía un par de fuentes ornamentales horteras en el exterior, de esas que nunca verías en una casa normal. Las fuentes estaban descoloridas y llenas de hielo. Milo supuso que no habría mucha demanda de fuentes ornamentales horteras en Tang Hall, y no podía imaginar a los ricos de más lejos viajando a este rincón perdido. Parecía una idea de negocio abocada al fracaso, lo que probablemente explicaba por qué los productos habían sido abandonados a la intemperie.

La última nave, también sin letrero, se alzaba junto a una zona de matorrales que marcaba el final del pequeño polígono industrial. La vegetación había crecido tanto que ni las recientes temperaturas extremas habían conseguido reducir su creciente dominio sobre la zona.

Fuera había aparcados dos BMW blancos. Ambos relucían. Algo inusual en los meses de invierno, cuando los coches blancos son los que más sufren la suciedad.

—Vamos —dijo Pete, acelerando el paso hacia el cierre metálico de la cuarta nave. Lucía una amplia sonrisa.

A Milo le costó devolverle la sonrisa en un lugar tan inquietante.

Por muy irritante que pudiera ser la catedral de York con sus hordas de turistas pateando el suelo de piedra, ahora mismo la recibiría con los brazos abiertos.

Milo se quedó a cierta distancia de Pete mientras este aporreaba el cierre metálico con los puños.

Recordó las razones por las que estaba haciendo aquello. Unas últimas buenas vacaciones para su madre. Su amistad con Pete. Tragó saliva, avanzó con determinación y se colocó junto a Pete.

La persiana metálica se enrolló hacia arriba. Un hombre corpulento apareció vistiendo un mono grasiento; detrás de él, había trastos esparcidos por todas partes en la penumbra. El hombre entrelazó sus manos, profusamente tatuadas, e hizo crujir los nudillos, de forma rápida y agresiva.

—¿Nombre?

—Obi-Wan.

El hombre se hizo a un lado e indicó a los dos chicos que entraran. Después de que cruzaran el umbral, bajó la persiana metálica detrás de ellos.

La nave no tenía ventanas y los viejos fluorescentes estaban en las últimas. Además, dentro hacía más frío que fuera. Milo sintió que las razones que lo habían llevado hasta allí se veían de nuevo puestas a dura prueba.

—¿Sois dos? —dijo Crujidedos, sin haberse girado todavía para mirar a sus invitados.

Pete miró a Milo y sonrió.

Milo forzó una sonrisa, pero, en realidad, tenía ganas de vomitar.

—Lo estoy entrenando —dijo Pete.

Su anfitrión se giró; tenía tres líneas afeitadas en una ceja que enarcó en su dirección.

—¿Para hacer qué? ¿Para subirse a un puto tren y entregar una bolsa?

Milo rezó para que a Pete no se le ocurriera vacilar a aquel maníaco mastodóntico.

—Es el procedimiento habitual —dijo Pete.

Crujidedos dio un paso hacia ellos. Miró a Pete.

—¡Pues a mí nadie me ha dicho nada, Obi-Wan! ¿Quién demonios es este?

—Todavía no le han dado un nombre —dijo Pete.

—¿Y espera que me crea eso?

—Llame a KG si quiere —dijo Pete. Dejó caer la bolsa de deporte al suelo—. O puede limitarse a recoger su entrega.

Milo se metió las manos en los bolsillos, mirando con anhelo el cierre de acero que lo separaba del mundo exterior.

—Las manos donde pueda verlas, anónimo de los cojones…

—Está bien. Déjelos —dijo otro hombre desde otra parte de la nave.

Milo sacó las manos de los bolsillos y se giró. La segunda persona, más delgada, pero igual de alta e intimidante, se abría paso hacia ellos entre piezas de coches esparcidas por el suelo.

No llevaba un mono como el otro. En su lugar, vestía pantalones militares y un forro polar. Se acercó a menos de un metro de los chicos y sonrió por encima de sus cabezas en dirección al otro.

—KG confirmó que serían dos —miró a Milo y le guiñó un ojo—. Además, ¿en serio? ¡Mírelo! Pobre chaval. ¡Su primer encargo y le arranca la cabeza! ¿Le parece que va armado?

Crujidedos no respondió.

El hombre más delgado se inclinó, estirando el cuello, y Milo no pudo evitar pensar en una jirafa.

—Y bien, chaval, ¿va armado?

Milo negó con la cabeza y bajó la vista. Consiguió abrir la boca para responder. La palabra «no» salió en un susurro.

—Míreme, chaval —dijo Cuellilargo.

Milo levantó la vista. La cara de Cuellilargo era joven, pero sus ojos parecían mucho más viejos y se movían de un lado a otro como si estuvieran leyendo y evaluando a Milo. Milo intentó mantener la mirada fija, a pesar de la abrumadora ansiedad.

Finalmente, Cuellilargo centró su atención en Pete.

—He aquí un soldado que no es ajeno a estos encargos. Bueno, Obi-Wan, ¿todo bien, espero?

Pete asintió.

Cuellilargo chasqueó los dedos.

—¿El producto?

Pete se agachó para recoger la bolsa de deporte que había soltado antes y se la entregó.

Milo recorrió con la mirada el interior de la nave, preguntándose cómo se las había apañado para meterse en una situación tan peligrosa. También se preguntó si habría alguna posibilidad de

escapar si la situación empeoraba. El lugar estaba sembrado de carcasas de coches viejos. Uno estaba subido en un elevador. A la izquierda de la nave había una oficina. Parecía más bien una diminuta caseta de obra que habían metido dentro.

—Esperen aquí —dijo Cuellilargo, dándose la vuelta.

Milo lo siguió con la vista mientras se dirigía a la oficina y se encerraba dentro. Miró por encima del hombro hacia la persiana metálica. Crujidedos parecía un portero alto protegiendo su portería. Tirarle un penalti ya daría bastante miedo, no digamos intentar zafarse de él.

Miró a Pete, que le dedicó una sonrisa y un rápido asentimiento.

—Tranquilo, chaval. No te preocupes. Es pura rutina.

—¿Podríamos al menos esperar fuera? —preguntó Milo.

—No —dijo Crujidedos—. Y cierra el pico, que me duele la cabeza.

Milo, sintiendo una oleada de ansiedad, intentó calmar su respiración. Miró a Pete, cuya expresión le ofreció algo de consuelo. Vocalizó sin sonido: «Tranquilo. Confía en mí, chaval».

Permanecieron todos en silencio durante varios minutos, hasta que la puerta de la oficina se abrió de nuevo.

Cuellilargo salió, sonriendo. Se abrió paso entre la multitud de piezas de coche con más energía que antes. Mientras lo hacía, silbaba. Cuando estuvo lo bastante cerca, se detuvo frente a los dos chicos y puso una mano en el hombro izquierdo de Pete y luego otra en el derecho de Milo.

—Han hecho la entrega.

Milo quiso soltar un suspiro de alivio. ¿Eso era todo? ¿Habían terminado? ¿Podían irse?

Pete frunció el ceño. Parecía confundido. A Milo no le gustó. Era como tener miedo a volar y ver la cara de preocupación de un auxiliar de vuelo al entrar en una zona de turbulencias.

—Sí… —dijo Pete—. ¿Como siempre, no?

Cuellilargo se rio y luego miró por encima de las cabezas de los chicos hacia Crujidedos.

—Los chavales de hoy, ¿eh? —bajó la vista de nuevo hacia Pete —. Obi-Wan… me cae bien…

Apartó las manos de los hombros de los chicos, apretó los puños y los juntó a lo largo.

—Tiene cojones.

—Entonces, ¿podemos irnos? —preguntó Pete.

Se rio de nuevo.

—¿No preferiría el dinero primero?

—Sí —dijo Pete, frunciendo el ceño de nuevo—. Por supuesto.

—Entonces que uno de ustedes venga conmigo a la oficina.

Pete negó con la cabeza.

—La última vez no fue así.

—¡Esta vez no es como la última! —rio Cuellilargo—. Me cae bien, Obi-el-de-los-cojonazos-Wan, pero no me haga repetírselo —señaló la cara de Pete con el dedo, luego movió el dedo hacia la de Milo—. Uno de ustedes —movió el dedo de un lado a otro.

—Iré yo —dijo Pete.

Cuellilargo detuvo su dedo índice apuntando a Pete.

—Como esperaba. Cuidando de su padawan, Obi.

—Entonces, ¿puede él esperar fuera? —preguntó Pete.

—¿Por qué? —preguntó el hombre—. Tiene muy buena compañía y fuera hace viento. ¿Qué clase de anfitrión se cree que soy?

A Milo le dio un vuelco el corazón al oír al hombre que vigilaba las persianas metálicas crujirse los nudillos de nuevo. Si lo que decía su madre de que causaba artritis era cierto, entonces a este hombre le esperaba un mundo de dolor.

—Sígame —dijo Cuello de Jirafa, dirigiéndose de nuevo hacia el despacho—. Tenga cuidado de no tropezar con nada. No querría que me mandara a sus abogados.

—Por supuesto que no —dijo Pete.

Cuello de Jirafa puso la mano en el pomo del despacho, se rio a carcajadas y miró a Pete. —Me parto con usted.

Pete le devolvió la mirada a Milo y asintió hacia él con expresión severa. Intentaba tranquilizarlo, pero Milo notaba que estaba inquieto.

Se giró y desapareció por la puerta, y Cuello de Jirafa lo siguió. La puerta se cerró con un clic tras ellos.

Los siguientes diez minutos fueron lentos e incómodos.

Milo no tenía ninguna intención de girarse para mirar a Crujenudillos, y mucho menos de hablar con él. Temía perder el control de la respiración y sufrir un ataque de pánico si lo hacía; en vez de eso, mantuvo la vista fija en el despacho. Sus voces llegaban amortiguadas. De vez en cuando, la intensa luz de la ventana se atenuaba cuando alguien pasaba por delante, bloqueándola parcialmente.

En algún momento de aquellos diez incómodos minutos, Crujenudillos intentó darle conversación. —Haría usted bien en alejarse de ese canalla.

Milo no respondió, no porque no estuviera de acuerdo, que lo estaba, sino porque estaba aterrorizado.

Crujenudillos lo intentó una vez más en ese lapso de diez minutos. —He visto a muchos críos acabar mal por culpa de tipos como ese. He visto a muchos de ellos *quedar secos*.

Milo asintió esta vez para demostrar que estaba escuchando. No quería arriesgarse a ofender a aquel hombretón desequilibrado.

Vamos, Pete, *date prisa, por favor*, pensó al cabo de aquellos diez minutos. *¿Por qué tardas tanto?*

Pensó en Cuello de Jirafa juntando los puños en un burdo intento de simular un par de cojones. Por supuesto, Milo no tenía esos mismos cojones. Si los hubiera tenido, le habría preguntado a Crujenudillos a qué se debía el retraso.

El tiempo pasaba con una lentitud implacable.

Milo luchaba por mantener la calma en su respiración.

Todo saldría bien.

Le daría a su madre lo que necesitaba en sus últimos meses.

Lo que necesitaba y *más*.

De repente, se sintió más tranquilo de lo que había estado desde que se cerró la persiana.

Las voces amortiguadas en el despacho subieron de volumen. Sonaba como si hubiera estallado una discusión.

Se giró para mirar a Crujenudillos, que estaba de brazos cruzados.

—¿Qué está pasando? —dijo Milo.

Crujenudillos descruzó los brazos.

Pete empezó a gritar desde el despacho.
Crujenudillos avanzó un paso hacia Milo.

17

Gardner paseaba por el área de limpieza de fuera del depósito de cadáveres.

Miró el reloj y luego levantó la vista hacia Rice, que estaba apoyado en una serie de fregaderos de acero inoxidable. —¿Cuánto tiempo más nos va a hacer esperar Sands?

Rice se encogió de hombros. —Lo conoces mejor que la mayoría.

—¿Y eso qué se supone que significa?

¿Cómo demonios se había enterado de la «casi cita» con Sands?

Rice enarcó las cejas. —Nada, jefa. Solo quería decir que trataste mucho con él en las investigaciones anteriores. Por aquel entonces no me habrías dejado acercarme a la Científica, si te acuerdas...

—Anda ya —dijo ella, sintiéndose aliviada.

El doctor Hugo Sands salió por la puerta, masticando. Tenía una bolsa de papel marrón de McDonald's arrugada en la mano izquierda, que llevaba enguantada.

¡Hay que joderse! ¿Mientras examina un cadáver?

Negó con la cabeza. Era un toque más suave del que le habría dado Riddick. Él le habría preguntado sin rodeos: *«¿Qué coño te pasa, tío?».*

Sands tragó la comida, le dedicó un rápido gesto de asentimiento a Gardner y luego saludó a Rice con un «buenas tardes, colega».

Capullo inmaduro, prácticamente ignorándola.

—Buenas, colega —dijo Rice.

Gardner fulminó a Rice con la mirada. Él se encogió. El colegueo no iba a echar raíces mientras ella estuviera de guardia.

Hugo pisó una palanca de la papelera y tiró el envoltorio vacío dentro. Luego, se quitó los guantes de un tirón y los tiró también. Estaba haciendo tiempo deliberadamente.

—Bueno, ¿qué sabemos? —dijo Gardner.

Sands fue a lavarse las manos.

De repente, echó de menos la impaciencia de Riddick y, en su lugar, fue ella misma a la yugular. —Siento interrumpir su almuerzo de trabajo, doctor Sands, pero no tenemos mucho tiempo.

Se aclaró la garganta deliberadamente mientras se secaba las manos. —Causa de la muerte: infarto —dijo, volviéndose hacia Gardner—. Lo he dejado abierto en la mesa por si quiere echar un vistazo.

Normalmente, habría aceptado, prefiriendo verlo todo de primera mano, pero la idea de Sands masticando un Big Mac mientras se asomaba a la cavidad torácica de Stephen Best todavía le revolvía el estómago. Y quería pasar el menor tiempo posible con aquel gilipollas integral. —¿Un infarto? ¿No un traumatismo por objeto contundente?

—La herida de la cabeza era grave —dijo Sands—. Había *algo* de inflamación.

—¿Pero eso no lo mató?

—No. Lo mató el infarto. Y fue masivo. Pero la herida de la cabeza *podría* haberlo provocado.

—¿Podría explicarlo con más detalle, por favor?

—Como desee —dijo él, hurgándose entre los dientes para sacarse un trozo de carne. No podía creer que alguna vez hubiera siquiera considerado tener una cita con ese hombre—. Los órganos internos están controlados por nuestro sistema nervioso autónomo. —Se señaló la cabeza con el dedo con el que acababa de hurgarse los dientes—. Está en el cerebro. La respiración, la digestión y los latidos del corazón. La evidencia muestra que una conmoción cerebral hace que el SNA controle más estrictamente la variabilidad de las contracciones del corazón por minuto para asegurar que el cerebro reciba la cantidad correcta de sangre y presión para curarse.

Ni demasiada, ni demasiado poca. Es un mecanismo de protección, pero somete al corazón a un esfuerzo. Puede que Stephen ya tuviera alguna debilidad ahí, que podría ser lo que causó el paro cardíaco.

—¿Qué probabilidad cree que hay de eso?

Sands se encogió de hombros. —Haremos pruebas en el corazón. Puede que encontremos una debilidad, puede que no. Como todo en la vida, a veces estas cosas simplemente pasan.

Sands intentaba sonar vago y desinteresado deliberadamente; no se había comportado así en las dos investigaciones anteriores.

—Entonces, ¿cómo se hizo la herida en la cabeza? ¿Lo golpearon o se cayó? —preguntó Rice.

Sands negó con la cabeza. —Difícil de decir.

Gardner sentía cómo la frustración bullía en su interior. —¿La herida de la cabeza lo habría matado si no hubiera sido por el infarto?

—Potencialmente no —dijo Sands—. El cráneo estaba fracturado, pero no había hueso en el cerebro, ni roturas o hemorragias. Una leve inflamación, pero la gente ha sobrevivido a cosas mucho peores. —Apartó la vista como si eso fuera todo, y Gardner sintió que le hervía la sangre. Estaba a punto de abrir la boca para exigir más cuando el irritante levantó la cabeza y dijo—: Hay otras dos cosas de interés.

Gardner asintió. *Soy toda oídos.*

—Hemos encontrado semen en el ano de Stephen.

Gardner sintió que se le tensaba la espalda. Respiró hondo. *¡De interés! Vaya eufemismo.* —¿Fue violado?

—Pudo haber sido consentido —dijo Rice.

Gardner lo miró. —Tenía quince años, Phil. Fue violado.

—Había lubricación —dijo Sands—. No hay muchos hematomas. No sugiero que no fuera forzado, pero parece poco probable. Ocurrió antes de la muerte.

Gardner bajó la cabeza, que le daba vueltas. Collette había mencionado que las visitas de Stephen a Kyle se habían vuelto menos frecuentes en los últimos dos meses debido a un nuevo y misterioso amigo que era mayor y no iba al instituto.

—El semen se ha enviado para su análisis de ADN —dijo Sands.

—¿Y la segunda cosa *de interés*? —dijo Gardner, preguntándose si había conseguido evitar que el sarcasmo se notara en su voz.

—Restos de algo en el estómago que habían inflamado la mucosa. Quizás un medicamento. Con suerte, el informe de toxicología les dirá más en las próximas veinticuatro horas.

Gardner recordó el caso de Graham Lock de hacía veinte años, y los somníferos con los que lo habían drogado. Los somníferos de *su* padre. Se sacudió la idea de la cabeza. Habían pasado veinte años.

Aun así... —¿Lo drogaron?

—Es mejor que esperen a toxicología.

Al salir del hospital, Rice se volvió hacia Gardner. —¿Así que crees que Stephen fue víctima de *grooming*?

Gardner lo miró. —Ya hemos rastreado sus redes sociales. No hay nada. Nada aparte de blogs, foros y conversaciones sobre Warhammer. Su móvil tampoco ha revelado nada de interés.

—Entonces, ¿cuál es el próximo paso?

—¿Qué tal se te da Warhammer, Phil?

Él frunció el ceño. —¿Acaso tengo pinta de ser alguien que pinta muñequitos?

—¿Y qué pinta tiene alguien que pinta muñequitos? —dijo Gardner, mientras se giraba y alargaba la mano hacia la manilla del coche.

Él no respondió.

—Nos vemos en la puerta de la tienda de Warhammer de Harrogate y, por favor, Phil, hagas lo que hagas, no entres ahí y ofendas a nadie con ideas preconcebidas sobre la pinta que tienen los que pintan muñequitos.

De nuevo, no respondió y, cuando ella ya estaba al volante, lo vio marchar hacia su propio coche, cabizbajo.

18

En estos momentos, a Riddick lo recibían en el Cuartel General con menos agrado que a un dermatólogo en un solárium, pero aún conservaba algo de peso. Así que hizo las llamadas necesarias para conseguir la dirección de George Jacoby y otra información pertinente.

Riddick aparcó y alzó la vista hacia la enorme casa de George en el Waterside. Hoy en día, el coste de comprar una propiedad en este lugar era de infarto. Sin embargo, este era el hogar de la familia Jacoby. George había nacido aquí y sus padres habían liquidado la hipoteca en vida.

Riddick miró a lo lejos, hacia el Waterside, donde la gente *aún* alquilaba barcas para navegar por el Nidd, entre los acantilados de arenisca de un lado y la cueva de Mother Shipton del otro.

Vivía usted muy cerca del trabajo en 2003, George, ¿verdad?

Riddick evocó una imagen de aquel hombre bajo y fornido, de pie junto a sus barcas cuidadosamente alineadas.

Riddick nunca había alquilado una barca en el Waterside, así que cerró los ojos e intentó recordar algún momento en el que pudiera haberse comunicado con George en el pasado.

Nada.

Solo tenía el recuerdo de Anders sobre su personalidad. El vendedor. El actor. El pavo real.

Riddick se imaginó a George dirigiéndose a las multitudes con voz estentórea: «¡Hace un sol espléndido y el Pozo Petrificante de la cueva de Mother Shipton está llorando a lágrima viva! ¿Por qué no se acercan a echar un vistazo? A mitad de precio durante una hora… vayan a ver la cueva que llora».

Riddick abrió los ojos y miró el pozo de los deseos, frente a las barcas. Varios testigos habían visto a Graham lanzar monedas al pozo en distintas ocasiones *antes* de acercarse a charlar con George.

—Decía que no paraba de decirle al chaval que lo dejara en paz, pero que hacía oídos sordos —le había dicho Anders a Riddick antes.

Riddick recordaba bien a la difunta maestra Donna Morfett; había sido una leyenda local y había dado clase a varias generaciones de habitantes de Knaresborough. Sin embargo, el testimonio que había aportado como testigo ocular, según el cual había visto a dos personas en una barca en el Nidd sobre la hora en que Graham fue asesinado, se había desestimado. Ridículo.

Tras el derrame cerebral de George, el negocio de las barcas se vendió. Sobre el papel, los nuevos propietarios no tenían relación alguna con la familia Jacoby, pero Riddick ya había tomado nota mental de hablar con ellos de todos modos, para ver si recordaban algo de aquella época.

Aquellos a los que había llamado en el Cuartel General también le habían conseguido la confirmación médica de que George Jacoby padecía, en efecto, el síndrome de enclaustramiento y se había visto reducido a simples movimientos oculares durante los últimos veinte años. Era posible experimentar una recuperación parcial o total, pero no existían informes de que él hubiera tenido tanta suerte.

El vendedor. El actor. El pavo real.

¿De cuántas cosas podría uno salirse con la suya si el mundo creyera que no podía moverse?

Riddick salió de su vehículo, se dirigió a la puerta principal y llamó al timbre.

Una joven con uniforme de sanitario azul abrió la puerta. Riddick le enseñó su placa y se presentó. —¿Supongo que es usted la cuidadora de George Jacoby?

Ella asintió, y sus ojos se desviaron inmediatamente hacia el vendaje de la cabeza de él.

—Tuve un accidente. ¿Puedo ver su identificación?

Ella tiró del cordón que llevaba al cuello y sacó la tarjeta de debajo de la bata.

—Gracias, señora Hartley. Siento molestarla, pero me vendría bien tener una conversación con George.

Ella frunció el ceño. —¿Sabe qué le pasa, verdad?

—Lo sé, señora Hartley, sí.

—¿Entonces sabe que no puede hablar?

—Puede comunicarse con los ojos, ¿es correcto?

—No según mi experiencia, inspector.

—¿Y lleva usted aquí…?

—Cinco años.

Riddick sintió el pesado lastre de la decepción, pero no estaba dispuesto a rendirse todavía. —De acuerdo, ya veo… ¿Está usted sola, señora Hartley?

—Somos tres, trabajamos por turnos.

—Atención permanente. Debe de costar una fortuna —dijo Riddick.

—Es una empresa privada y sí, es caro. Por desgracia, no parece que eso se traduzca en un salario decente.

—Aquí fuera hace frío —dijo Riddick—. ¿Podemos hablar dentro?

Ella asintió y lo dejó pasar.

Riddick entró en un salón que parecía anticuado. El papel pintado estaba cubierto con una imagen de las mismas cinco rosas. Suponía que pretendía crear tranquilidad, pero la dramática presencia de espinas, debido a la repetición de la imagen, resultaba agresiva.

—¿Con qué frecuencia sale de su habitación?

—Le damos un paseo por el Waterside cada mañana. Por la noche, se le da un baño, lo que requiere a dos de nosotros. Y eso es todo.

El vendedor. El actor. El pavo real.

—¿Hay momentos en los que está solo?

—Sí… cuando está durmiendo, que es la mayor parte del tiempo. Aunque lo vigilamos con regularidad. Y si está despierto, nos

aseguramos de que tenga la televisión puesta.

—¿Y nunca le ha visto moverse?

Ella enarcó una ceja. —No puede. Se lo puedo *asegurar*. Perdone, inspector, ¿a qué se debe todo esto?

Riddick respiró hondo y la miró, de pie junto a la pared, enmarcada por flores rosas y espinas mortales. —Me gustaría intentar hablar con George.

—Estuve ahí dentro hace un momento, estaba dormido. Sin algún tipo de aprobación médica, no puedo dejar que lo despierte. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Se trata de una muerte sospechosa.

Abrió la boca para hablar, pero luego la cerró.

—¿Podría decirme quién estaba con George Jacoby ayer por la noche sobre las once?

Ella negó con la cabeza. Riddick dedujo por su expresión que le parecía ridículo.

—Solo yo… ¿Quién ha muerto?

—No puedo confirmárselo por ahora. ¿Lo vio usted a esa hora?

Se lo pensó. —No podría asegurárselo sin comprobar el registro. Sí que lo veo con regularidad, pero últimamente se pasa durmiendo la mayor parte del tiempo.

—¿Podría comprobarlo, por favor?

—Por supuesto.

Salió de la habitación y regresó menos de un minuto después, consultando un libro encuadernado en piel.

—Le administré la medicación a las 21:30 y entré en la habitación a las 22:15 para comprobar la temperatura; en ambas ocasiones estaba dormido. Después, una visita a las 00:30.

—Entonces, ¿no lo vio durante más de dos horas, entre las diez y cuarto y las doce y media?

Ella se sonrojó. —Sí, pero es un intervalo aceptable.

—No estoy cuestionando su conducta, señorita Hartley; solo intento averiguar qué estaba haciendo él en ese momento.

Lo observó durante un segundo. —¡No puede moverse, inspector! Apenas está despierto. ¿Hay algo que no me está contando?

Él desvió la mirada, se mordió el labio y pensó. Recordó el coche que había visto justo antes de perseguir al chico hasta la Cueva de san Roberto. El que había olvidado. Volvió a mirarla. —¿Tiene coche?

Ella negó con la cabeza, con un aire repentinamente preocupado. —¿Sería posible que llamara a alguien de la oficina? Creo que quizá sería mejor si…

—¿Tiene coche?

—Por favor, inspector, no puede moverse.

—¿Pero aun así podría tener un coche?

—Que yo sepa, no.

Riddick fue consciente de que se estaba volviendo intimidante. —Lo siento. Es parte de mi trabajo. Rutina. Entiendo todo lo que me está diciendo.

Ella lo observó un instante y luego empezó a asentir. —Rutina, sí. La pesadilla de mi vida también. Pero ¿por qué ha pensado en George?

Riddick suspiró. —Alguien nos ha dado una descripción que coincide con la de George… Tengo que descartarlo. Así son las cosas.

—Una descripción —dijo ella—. ¿Qué clase de descripción? A él lo llevan en silla de ruedas por el paseo del río.

Riddick se quedó mirándola. —Lo sé. Ridículo, ¿verdad? ¿Puedo echarle solo un vistazo? ¿Para quedarme tranquilo? No lo molestaré, se lo prometo. No haré ni el más mínimo ruido.

—Primero tendré que hacer una llamada.

La dejó hacer la llamada, sabiendo ya cuál sería la respuesta.

Efectivamente. —Lo siento, inspector, no sin algún tipo de cita… hay consideraciones médicas… protocolos que seguir.

Frustrado, se disculpó, sopesando cuál sería la mejor manera de conseguir el permiso que necesitaba cuando se suponía que debía pasar desapercibido…

Fuera de la casa, frustrado, Riddick recorrió con la mirada las ventanas de la segunda y tercera planta.

¿Cuál es tu habitación, George?

Mientras caminaba hacia su coche, pensó en Gardner. ¿Podría compartir con ella lo que había descubierto? ¿Hacer que colaborara y consiguiera los permisos necesarios para confrontar a este comediante?

Tendría más posibilidades de que los cerdos lo llevaran volando hasta el dormitorio de ese pavo real.

—Vete a la mierda, Anders —dijo mientras se metía en el coche. Cerró la puerta—. *¿En qué lío me has metido? ¡Has visto cómo me miraba! Cree que estoy loco. Y lo estoy. ¿Como si el cabrón se hubiera puesto a matar otra vez después de veinte años inactivo? Literalmente inactivo. ¿Por qué no trincaste al cabrón cuando tuviste la oportunidad, Anders? En lugar de dejarlo ahí, pendiente. Un cabo suelto. Meciéndose al viento. Esperando este momento. Este momento de duda.*

El impulso de beber, siempre presente, se abrió camino desde el fondo de su mente hasta el primer plano. Golpeó el volante. —¡Mierda!

Un anciano lo observaba a través de la ventanilla de su coche. Riddick levantó la mano a modo de disculpa.

Arrancó el coche.

Iría a casa a leer esa carta de la que hablaba Anders. Quizá, solo quizá, entrara en más detalle sobre esta maldita historia que había empezado.

Y sabía a ciencia cierta que en su casa no había alcohol.

Veo lo perdido que estás.

No entienden cómo arreglarte, ¿verdad? Nunca lo entienden. Una verdadera lástima.

Dicen que nos conocen… que son capaces de identificarnos… de ver nuestros problemas.

¿Pero arreglarnos?

Ja.

Ni la más remota idea.

Pero no te preocupes, mi oso, yo puedo arreglarte. Del mismo modo que siempre arreglo. No serás mi primer oso, ni serás el último.

Sí, me dan caza. ¡Como depredadores feroces con la saliva goteando de sus dientes!

Pero con toda su furia, con toda su implacabilidad, no me ven.

Me oculto a plena vista, mi oso. A plena vista. Tú me conoces.

Ellos me conocen.

Y, sin embargo, no me ven.

Y esta noche, mi oso, mi oso roto, pero tan sumamente reparable, vendrás a mí.

Y no solo te lo enseñaré. Sino que te lo daré. Todo lo que mereces.

Estar roto es ser fluido… cambiante…

Todos necesitamos una forma, querido oso.

Así que, esta noche, serás congelado.

Esta noche, serás solidificado.

19

Knuckle-cracker guio a Milo a la fuerza hasta la puerta del despacho. —Ábrala.

Milo tragó saliva y alargó la mano hacia la llave que sobresalía de la cerradura, pero le costó cerrar los dedos temblorosos en torno a ella.

—No está cerrada con llave —dijo el hombretón que tenía detrás.

Otro grito de angustia provino del interior del despacho. Más fuerte que el anterior.

Milo hizo una mueca de dolor.

—Ábrala ya —ordenó Knuckle-cracker de nuevo.

Milo, que había dejado de concentrarse en su respiración desde el primer grito y se sentía mareado y débil, consiguió bajar el picaporte.

Se apoyó en él y la puerta se abrió con suavidad. Una ráfaga de aire caliente lo golpeó.

Milo entró tambaleándose en el despacho, recorriendo la estancia con la mirada. Unos archivadores cubiertos de tazas de café flanqueaban el estrecho habitáculo; un radiador halógeno encendido estaba siniestramente colocado junto a un microondas sobre una nevera. La bolsa de viaje yacía abierta en el suelo junto a Pete, que estaba sentado en una silla de oficina de espaldas a Milo. Había un montoncito de polvo blanco en el escritorio, al lado de la pantalla de

un ordenador. Giraffe-neck estaba de pie sobre su amigo, agarrándole con fuerza del pelo.

—Otra vez no… —dijo Pete, haciendo una pausa para toser—. No puedo… *más no*.

Giraffe-neck hundió la cara de Pete en el montoncito blanco.

—Aspírelo —dijo Giraffe-neck—. Todo.

Milo se estremeció al oír los diferentes sonidos que emitía su amigo. Arcadas. Ahogos. Farfulleos.

—¡Parad! —gritó Milo—. Dejad*lo* en paz.

Sintió la mano de Knuckle-cracker apretándole con fuerza el hombro. Luego, oyó al hombretón sisearle en la oreja y olió su aliento rancio. —Cállese. ¿Quiere ser el siguiente o qué?

Giraffe-neck levantó la voz. —¡Lo está poniendo todo perdido, mierdecilla! —Tiró del pelo a Pete para apartarlo de la droga.

El muchacho torturado volvía a toser, intentando recuperar el aliento mientras trataba de suplicar. —Los… los… ojos… me arden…

—Se me parte el corazón —dijo una voz familiar desde la pantalla del ordenador.

A Milo se le cortó la respiración.

KG.

¿Qué estaba pasando? De repente, aquello parecía una trampa.

Milo dio un paso atrás, pero Knuckle-cracker le bloqueaba el paso; hubiera sido como chocar contra un muro de ladrillo.

Pete chilló: —No veo nada. La cabeza me va a estallar…

—Si tanto le gusta —continuó KG—, no desperdiciará ni un solo grano.

Giraffe-neck volvió a hundir la cabeza de Pete.

—¡Ni un solo grano! —gritó KG, y el sonido se distorsionó a través de los altavoces.

Milo reprimió el impulso de gritar, pues todavía sentía el firme agarre de Knuckle-cracker en su hombro, y su advertencia —*¿Quiere ser el siguiente?*— aún resonaba en su cabeza.

Los ruidos que hacía Pete le estaban revolviendo el estómago.

—¿Quiere que le parta los huesos, soldadito? —gritó Giraffe-neck —. ¿Dónde están esos cojones ahora? Aguante como un hombre…

Quiero oír cada inspiración mientras lo aspira… buen soldadito… *ahora*… más fuerte… ¡*aspírelo*!

Los ojos de Milo se llenaron de lágrimas. No pudo evitarlo. —Pete…

La mano de Knuckle-cracker le tapó la boca, interrumpiéndolo. —Piense en usted, gilipollas. Para esta sanguijuela ya es demasiado tarde.

Milo se preguntó si Knuckle-cracker notaría sus lágrimas correr por sus enormes manos tatuadas.

Giraffe-neck volvió a tirar de Pete hacia atrás y esta vez le soltó el pelo. Su cabeza se inclinó hacia delante. La tos, los gemidos y los farfulleos ocasionales confirmaban que seguía consciente.

—¿De quién es la culpa de esto, Pete? —dijo KG—. ¿Tiene la osadía de mentirme? ¿De afirmar que la dosis personal que lleva en el bolsillo no es producto mío que ha sisado? ¿Creía que no lo analizaríamos? ¿Que no veríamos que coincidía con el nuestro? ¿Se puede saber lo *rematadamente* imbécil que es?

—Lo siento, KG… Lo siento… fue solo un poquito… —Era difícil saber si Pete hablaba entre lágrimas o si, sencillamente, le costaba hablar.

—¡Una mierda! Ha querido abarcar mucho más de lo que podía.

Pete resbaló de la silla y aterrizó de rodillas con un golpe sordo.

—¿Cuánto queda? —preguntó KG.

Giraffe-neck se inclinó sobre la mesa. —Una barbaridad.

—Bueno, ya no podemos venderlo, ¿verdad?

—No —dijo Giraffe-neck—. Está cubierto de porquería. Sangre y mocos…

KG chasqueó la lengua. —¿De verdad que sí, eh, Pete? ¿Verdad que ha querido abarcar más de lo que podía?

Giraffe-neck volvió a tirar de la cabeza de Pete hacia atrás por el pelo. —Responda.

—Sí…, sí… —dijo Pete. Su voz sonaba más débil a cada momento que pasaba.

Milo se mordió el labio. Era horrible ver cómo torturaban a su amigo, pero si no aguantaban el chaparrón, ¿entonces qué? La

advertencia de Knuckle-cracker resonaba con fuerza. Él sería el siguiente en recibir un castigo.

—No quiero que se desperdicie nada —dijo KG—. Nada. Usted ha mordido, *ahora* se lo traga todo.

—Hay mucho aquí —dijo Giraffe-neck—. Y está empezando a tener una pinta de mierda.

—*Nada* de desperdicio. —La voz de KG se elevó. Los altavoces volvieron a distorsionarse.

—De acuerdo —dijo Giraffe-neck.

Giraffe-neck se acercó al archivador más cercano y le lanzó una mirada a Milo. Sacó una cucharilla de una taza, la secó en su manga y regresó.

Recogió una cucharada de la droga manchada. Luego, apartó la silla de oficina para poder arrodillarse detrás de Pete y rodearlo para agarrarle la barbilla.

—No..., no... —dijo Pete, recuperando la voz de repente—. La cabeza..., me va a explotar.

—Se lo *traga* todo —dijo KG—. Demuestre que no es un gusano llorón y todo olvidado. Si no lo demuestra..., bueno, entonces, ¿para qué sirve?

—Hágalo, soldado —dijo Cuello de Jirafa, sosteniendo la cucharilla bajo la nariz de Pete.

Pete esnifó. Jadeó y sacudió la cabeza.

—Buen chico. Otra vez —dijo KG.

Cuello de Jirafa alargó la mano hacia la mesa desde donde estaba arrodillado para volver a llenar la cucharilla. Luego, le echó la cabeza hacia atrás a Pete de un tirón, sujetándolo por la barbilla, para administrarle otra dosis.

Pete esnifó.

—Ahora gírese —dijo KG—. Su aprendiz está aquí.

A Pete le volvía a colgar la cabeza y no parecía capaz de girarse, así que Cuello de Jirafa se agachó para ayudarlo.

Milo ahogó un grito al ver la cara de su amigo, manchada de polvo blanco y sangre. Tenía los ojos vidriosos y los labios, junto con otros músculos de la cara, le sufrían espasmos violentos.

—¿Milo? —dijo Pete—. Chaval... —arrastraba las palabras—. Lo siento...

—No —dijo Milo—, no es tu culpa...

Petardos le apretó con más fuerza el hombro, interrumpiéndolo.

—Dígaselo, Pete —dijo KG.

—Es culpa mía... —dijo Pete—. Le he robado.

KG dijo: —Entonces, seguimos. Hasta el último grano.

Cuello de Jirafa lo obligó a esnifar de la cucharilla otra vez. A Pete le colgaba la cabeza, y la sangre, los mocos y las lágrimas formaban hilos que llegaban hasta el suelo.

—¿Cómo está su madre, Milo? —preguntó KG.

Milo sintió que se le helaba el cuerpo entero.

—Está muy mal. No puede ser fácil —continuó el monstruo.

Milo asintió. Fue lo único que se le ocurrió hacer. No tenía ni idea de lo que KG quería oír.

—Usted no ha hecho nada malo aquí, Milo, ¿verdad? —preguntó KG.

—No ha hecho... —murmuró Pete. Apenas se le oía.

—Esto todavía podría acabar bien para usted y para su madre, Milo —continuó KG.

—Él no ha hecho nada malo... —murmuró Pete.

Milo miró a su amigo, conteniendo las lágrimas.

Pete tuvo una arcada.

Milo sintió que se le aceleraba el corazón. Sintió el impulso de abalanzarse y ayudar a Pete antes de que empezara a vomitar. La mano de Petardos en su hombro, sumada a las amenazas veladas de KG sobre su madre enferma, lo contuvieron.

—Necesita más medicina —dijo KG.

—No —dijo Milo—. Ya ha tenido bastante..., por favor..., lo siente. —Esta vez ignoró el apretón cada vez más fuerte de Petardos.

—Bueno, si no se lo acaba él, se lo acaba *usted*, Milo. Nadie va a desperdiciar ni un grano.

—Vale —dijo Milo—. *Vale*. Está bien. Déjenlo en paz.

—No —dijo Pete—. No..., Milo..., no.

KG se rio. —Cree que va a sacarlo del apuro, Pete... Si yo fuera usted, le tomaría la...

—Que te jodan —soltó Pete a duras penas. Boqueó en busca de aire.

—¿De verdad acaba de decir eso? —preguntó KG.

Pete tragó más aire. —Sí, gilipollas. Que... te... jodan...

—No —dijo Milo, dándose cuenta de lo que Pete estaba haciendo —. No sabe lo que dice. ¡Ha tomado demasiado! Está bien. Lo haré yo.

Pete miró a Milo. —Estoy bien, chaval...

—Vale, pues —dijo KG—. Ahí lo tenemos. Pete confía en que puede con todo él solo. Sigamos.

Milo se abalanzó hacia delante. —No...

Petardos tiró de él hacia atrás, alejándolo más de la escena.

Cuello de Jirafa se arrodilló con otra cucharada de polvo blanco, miró la cara demacrada de Pete, se giró hacia la pantalla y luego dijo: —Señor..., no estoy seguro...

—Dele su medicina... *ahora*.

Cuello de Jirafa se giró, le echó la cabeza a Pete hacia atrás de nuevo y le metió el polvo bajo la nariz.

—Milo —dijo KG—, ¿le ha contado Pete lo de su *propia* madre?

—No —dijo Pete—. Eres un...

—Tómeselo —interrumpió Cuello de Jirafa—. O pongo a su amigo a su lado y le doy el resto a él.

Pete esnifó.

KG dijo: —En fin, ¿le contó Pete que su madre era prostituta?

Pete estaba boqueando. —Que... te... jodan...

—*Necesita* más —dijo KG.

Cuello de Jirafa lo obligó a tomar más.

—Apuñaló a uno de sus clientes —continuó KG—. ¿Se lo puede creer?

Pete tuvo una arcada, agarrándose la frente. —La violaron..., a ella... la violaron.

—Puta asesina —dijo KG y se rio—. Toda historia tiene dos caras. ¡Dele más!

Cuello de Jirafa volvió a llenar la cuchara. —No queda mucho...

—¡Más!

Pete mascullaba y se retorcía. Arrastraba tanto las palabras que eran incomprensibles.

—Su mami, la puta, en la cárcel, y yo estaba ahí para él, ¿y así es como el pequeño Pete me lo paga? —dijo KG.

La respuesta de Pete fue un sinsentido.

Cuello de Jirafa le levantó la barbilla de nuevo y le encajó la cuchara bajo la nariz.

—Respire hondo, muchacho. Hasta el último grano —dijo KG—. En cierto modo, Milo, tiene suerte de recibir esta lección. Si tan solo Pete hubiese recibido esta misma lección, entonces quizá, solo quizá, él...

Pete volvió a tener arcadas, pero Cuello de Jirafa le sujetó la barbilla con firmeza. Fue un error. Vomitó. —Joder... qué asco.

Pete cayó a cuatro patas, vomitando de nuevo, esta vez sobre la bolsa de deporte Slazenger.

Cuello de Jirafa se sacudía la pota de la mano. —Se me está calando en la manga.

—La puta mercancía —dijo Petardos, apartando a Milo de un empujón. Milo se dio un golpe contra un archivador.

Petardos apartó la bolsa de deporte del charco de vómito de una patada. Salió dando vueltas por debajo de la mesa de la oficina. Pete siguió vomitando y le cubrió el pie a Petardos.

—Cerdo. —Petardos le dio una patada en la cara a Pete.

La fuerza del golpe levantó la cabeza de Pete, que se partió contra el borde de la mesa de la oficina. Luego, Pete volvió a caer hacia delante, aterrizando en un charco de su propio vómito.

Muy consciente de que ahora había una vía de escape despejada detrás de él, Milo no pudo evitar mirar de la puerta abierta de la oficina a su mejor amigo, tendido boca abajo en su propio vómito. ¿Podría escapar de algún modo? ¿Conseguir ayuda?

Entonces pensó en el cierre metálico bajado y su valor se desvaneció.

Knuckle-cracker se sacudía el pie y Giraffe-neck se sacudía la mano. Al fondo, KG intentaba hablar, pero sus palabras resultaban ininteligibles entre tantos tacos y blasfemias.

Milo se acercó con cautela a Pete, deseando arrodillarse y tomar a su amigo en brazos, con pota y todo, y acariciarle la cabeza hasta que se recuperara de aquella sobredosis forzada.

Pero entonces a su amigo le dieron convulsiones.

Los dos matones se apartaron de un salto de su víctima, que convulsionaba.

—¿Pero qué coño está pasando? —gritó KG.

—Le está dando un puto ataque, está boca abajo en su propia pota —dijo Giraffe-neck.

—¿Cómo? ¡Soluciónenlo! —siseó KG.

Los dos hombres se miraron. Sabiendo que no tenían otra opción, se arrodillaron en medio del estropicio y, juntos, le dieron la vuelta a Pete. Siguió convulsionando boca arriba, emitiendo un sonido de gargarismos y con espuma saliéndole por la boca.

Milo, aterrorizado por su amigo, pero al mismo tiempo inútil en aquella situación, tuvo una idea. No era la más ambiciosa, pero era todo lo que tenía. Empezó a retroceder hacia la puerta abierta.

El gorgoteo cesó.

Milo sintió una punzada de alivio al pensar que el ataque había terminado. Llegó a la puerta de la oficina.

—Joder —dijo Knuckle-cracker—. Ha dejado de respirar.

Milo se llevó una mano a la boca, temeroso de que pudiera delatar su retirada.

—¡Hágale el boca a boca! —dijo KG.

Milo ya había cruzado la puerta. *Aguanta, Pete. Por favor. Iré a por ayuda, volveré.*

—No tiene pulso. No tiene pulso —dijo Knuckle-cracker.

—¿Cómo? —dijo KG.

—Está muerto.

—¡Apague el ordenador ahora! —gritaba KG—. ¡Desconéctelo!

—Pero ¿qué hacemos *nosotros*? ¿Qué hacemos? —preguntó Giraffe-neck.

—Desenchúfelo. Desenchúfelo o yo le...

El ordenador se apagó. Uno de ellos debió de obedecer.

—La RCP... ¿le estás haciendo la RCP? —preguntó Giraffe-neck.

—¿Como si supiera hacerla? —dijo Knuckle-cracker—. Le hemos parado el puto corazón.

Milo se había quedado paralizado en el umbral.

No tiene pulso.

Le hemos parado el puto corazón.

¿De verdad estaba pasando aquello?

Era como si la escena que tenía ante él fuera una pesadilla incomprensible. Del tipo que te deja tan desorientado al despertar que tu cerebro se ve obligado a organizar una defensa y a desterrar todo rastro de ella de la memoria.

Por desgracia, no era una pesadilla. Aquello *estaba* pasando. No había ningún mecanismo de defensa en su cerebro para eliminar la experiencia. Y, si vivía para contarlo, el daño podría ser irreparable.

Había llegado demasiado tarde. No podía salvar a Pete.

En ese momento, deseaba derrumbarse en el suelo y llorar, pero ¿de qué serviría?

Estaría tan muerto como su mejor amigo...

—Mierda... ¡el otro chaval! —dijo Giraffe-neck.

Sobresaltado, Milo cerró de un portazo la puerta de la oficina y giró la llave. La arrancó de la cerradura y la lanzó con todas sus fuerzas entre el amasijo de piezas de coche esparcidas por el lugar.

Se dio la vuelta y echó a correr por el suelo de la nave, sorteando los escombros.

Cuando llegó al cierre metálico, oyó cómo sacudían violentamente la puerta de la oficina. —¡Chaval... vuelve aquí ahora mismo!

Milo se arrodilló y empezó a levantar el cierre.

Detrás de él, oía a uno de los corpulentos hombres embestir la puerta. No aguantaría. Ya la oía astillarse.

Cuando el hueco fue lo bastante grande como para permitirle salir, Milo rodó por debajo y se encontró de nuevo en el exterior, bajo el viento helado y la luz natural.

Se puso en pie de un salto y corrió tan rápido como pudo. Solo cuando llegó a la entrada del polígono industrial oyó cómo subían del todo el cierre metálico a sus espaldas.

Se metió por una calle lateral que daba a una carretera principal. Luego, giró al azar hacia una calle residencial.

Corrió durante treinta minutos, metiéndose por calles diferentes siempre que podía.

Finalmente, se detuvo a descansar. Se acuclilló, intentando recuperar el aliento.

No tiene pulso.

Pete estaba muerto.

Le hemos parado el puto corazón.

En ese momento, Milo fue incapaz de contener las lágrimas.

20

Gardner esperó a Rice delante de la tienda de Games Workshop en Harrogate.

—Ya es de noche —dijo Rice, sacudiéndose la nieve de la chaqueta—. Odio el invierno.

—La vitamina D es la solución —dijo Gardner, volviéndose hacia la puerta.

—¿La hay en la cerveza?

Gardner puso una mano en la puerta y se volvió. —Si no ofendes a nadie en esta tienda, te invitaré a unas.

—¿Ofender? ¿Por qué me la tienes tomada, jefa?

—Estereotipas demasiado.

—¡Ni hablar! Simplemente entiendo a los grupos de gente. Es útil. Necesito saber reconocer a una exmujer pesetera y a un banquero avaricioso sin escrúpulos si quiero tener alguna oportunidad en este trabajo.

No podía negar que agrupar a la gente según sus rasgos e intereses podía ayudar con el móvil, pero eso no era lo que le preocupaba. Lo que le preocupaba de Rice era su actitud condescendiente y agresiva hacia los grupos que no le gustaban; que eran muchos.

Rice continuó: —Estos tíos son unos frikis; podría haber algo ahí...

Ahí lo tienes. —Llamar friki a alguien es ofensivo, Phil.

—No lo es. Los frikis tienen su lugar. Los avances informáticos y científicos y esas cosas.

Ella negó con la cabeza. —¿De verdad eres de este siglo? ¿A qué grupo perteneces tú?

Él se encogió de hombros y sonrió. —¿Al grupo de los policías eficientes?

Ella soltó una carcajada. —¿En serio?

Él enarcó una ceja en un gesto suplicante. —¡Gracias! ¿Por qué? ¿De qué grupo crees que soy?

Oh, no sé... ¿del grupo de los capullos intolerantes? —Centrémonos en tus cualidades.

—¿Que son?

Empujó la puerta para abrirla sin responder.

La tienda no era grande. Había un mostrador a la derecha, donde una caja registradora permanecía vacía. Junto a ella, una estantería llena de pinturas caras en botes diminutos. En el centro de la sala, entre los estantes repletos de cajas de colores, había una gran mesa cubierta con un intrincado terreno y miniaturas pintadas. Gardner se adelantó, admirando las colinas que se alzaban y los castillos en ruinas que albergaban figuras con armaduras doradas y multitudes de criaturas verdes que enseñaban los dientes. Era impresionante no solo por su extensión, sino también por la cantidad de jóvenes entusiastas que había atraído. Gardner contó diez chicos en total, de edades comprendidas entre los trece y los dieciséis años, apiñados alrededor de aquella batalla monolítica, lanzando dados, gritando de desesperación y de alegría a partes iguales. La mayoría eran chicos, pero a Gardner le agradó ver que también había un contingente femenino razonable que se defendía bien.

Imaginó a Stephen Best sentado allí, entre esa pequeña multitud de jóvenes entusiastas, vitoreando y gimiendo mientras lanzaba los dados sobre el sangriento campo de batalla.

El encargado de la tienda, que llevaba una camiseta con un duende rojo en el pecho y unos pantalones militares anchos, daba vueltas alrededor de la mesa y de los chicos. Se inclinaba con regularidad para señalar una miniatura con el dedo y hacer una sugerencia. A Gardner le costaba entender sus indicaciones. Parecía

que el mundo de Warhammer venía con su propio vocabulario especializado.

El encargado estaba tan absorto en el juego que aún no se había percatado de sus visitantes.

Rice se acercó a Gardner y habló en voz baja. —¿Ves cuántos niños hay aquí? *Una oportunidad*. Fíjate... los tiene comiendo de la palma de la mano.

Gardner no asintió. Sin duda le habrían comprobado los antecedentes, pero eso no significaba que el riesgo no existiera. El riesgo *siempre* existía.

El amigo especial. Alguien que también había tenido un gran interés en Warhammer...

Miró a Rice. Por sus ojos, supo que él estaba pensando lo mismo. ¿Estaba aquí la persona que había golpeado a Stephen con una roca en la cueva y lo había dejado morir?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

En ese momento, el encargado, que estaba al otro lado de la mesa, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Gardner.

Se puso tieso como un palo.

Podría haber sonreído, haberlo tranquilizado, pero los pensamientos vertiginosos de una vida joven trágicamente truncada le tenían la cabeza hecha un lío.

El encargado se inclinó y le dijo algo a uno de los chicos, luego se levantó y rodeó la mesa. Se dirigió hacia ellos solemnemente, claramente consciente de que Gardner y Rice no eran clientes.

—¡Impacto! —gritó uno de los chicos.

Cuando el encargado estuvo justo delante de ellos, le mostraron sus placas y se presentaron. Él cerró los ojos con fuerza y suspiró.

Gardner y Rice intercambiaron una mirada.

—¡Herida! —gritó otro niño.

Abrió los ojos. Gardner se fijó en que los tenía inyectados en sangre, como si hubiera estado llorando antes.

—Soy Eugene Scarrow, el encargado. —Sus ojos iban de un detective al otro—. ¿Vienen por lo de Stephen?

El corazón de Gardner dio un vuelco. El nombre aún no se había hecho público. —¿Por qué menciona a Stephen, señor Scarrow?

Eugene se volvió para mirar a los animados niños y luego de nuevo a Gardner. —Por favor... hablen más bajo. Ellos no lo saben.

—Bien. No deberían saberlo. —La voz de Rice estaba cargada de agresividad.

Eugene se estremeció.

—Señor Scarrow... ¿cómo lo sabe *usted*? —insistió Gardner.

—Ron Best me ha llamado antes de la sesión de hoy. Hacia las tres y media. Me ha dicho que su hijo no vendría hoy. Por favor... vayamos para allá. No quiero que oigan.

—¡Salvación! —gritó uno de los jugadores, con un tono de euforia.

Eugene los condujo hasta el mostrador. Sobre el mostrador había una selección de pinceles excesivamente caros y algunos cromos de coleccionista, todos con maníacos armados hasta los dientes.

—Nuestras sesiones extraescolares empiezan a las cuatro y terminan a las cinco y media. En este grupito hay unos trece, pero no todos vienen todas las semanas. Aun así, nunca recibo una llamada de los padres cuando no aparecen. Por eso, cuando Ron llamó, me pilló por sorpresa. —Se pasó la mano por la mejilla sin afeitar y se quedó con la mirada perdida.

—¿Señor Scarrow?

—Sí... bueno, no supe qué decir, así que le di las gracias por avisarme y luego le pregunté si a Stephen le pasaba algo. Lo típico, ya sabe... Hay mucha gripe últimamente, ¿no? ¡Y va y me lo suelta! Me dijo que su hijo se había ido, que no volvería nunca más... que... —Se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. ¡Que lo habían matado! ¡Oh, Dios, no debería haberle preguntado, verdad?

—No creo que hiciera nada malo al hacer esa pregunta, señor Scarrow.

Gardner anotó que debía comprobar los registros telefónicos de la tienda para verificar la declaración.

Se oyó un fuerte vitoreo desde la mesa y otro chaval gritó: «¡Vaya tirada de mierda! ¡Hacía años que no perdía tres por "battleshock"!».

Eugene miró hacia allí y asintió.

—Brad por fin ha caído.

Gardner observó cómo el chico que acababa de gritar se apartaba bruscamente de la mesa con expresión enfadada. Se giró, dio una patada al aire y luego se fue hecho una furia hacia el fondo de la tienda a mirar unas cajas en las estanterías.

—Se le pasará —dijo Eugene.

—¿Conoce bien a estos chicos? —preguntó Gardner.

Eugene asintió.

—Sí. Como le decía, dirijo este club para ellos tres veces por semana. Después de clase.

—Es muy amable por su parte —dijo Rice—. ¿Forma parte del servicio?

—Bueno, parte de nuestra función es ofrecer un club de fin de semana, pero los de entre semana dependen de la participación. Yo solía ir a uno cuando era más joven, ¿sabe? Quiero devolver el favor. Me encantaba. —Suspiró—. Y me sigue encantando.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí, señor Scarrow?

Hizo un rápido cálculo mental.

—Más de cuatro años.

Gardner lo apuntó.

—¿Y cuánto tiempo lleva de encargado?

—Más o menos la mitad de ese tiempo.

—¿Qué días trabaja? —preguntó Gardner.

—De lunes a jueves y el sábado. Tenemos un encargado itinerante que cubre los días libres en la región, que en mi caso son el domingo y el viernes.

—¿Puede darme su nombre?

—Sí. Alexia Reynolds.

Gardner anotó el nombre.

—¿Dirige *ella* este club en su ausencia?

—Es *elle*.

—¿Perdón? —dijo Gardner.

—Alexia prefiere el pronombre *elle*.

—Ah, ya veo —dijo Gardner—. Es bueno saberlo.

Miró a Rice, temerosa de que fuera a dar su opinión sobre el asunto. Por su expresión, notó que se moría de ganas, pero, por fortuna, se contuvo. ¿Quizá se le estaba pegando algo de ella?

—Pero no. Solo yo dirijo este club.

Notó que Rice a su lado se estaba impacientando y no paraba de moverse, cambiando el peso de un pie a otro. Ella valoraba los detalles que construían los cimientos de su entendimiento completo; él solo quería ir directo al grano.

—Miren... No estoy bajo sospecha, ¿verdad?

—Estamos esclareciendo los hechos —dijo Gardner—. Es todo lo que hacemos, señor Scarrow. Se interroga a todo el mundo.

Miró a los niños. *Excepto a ellos por ahora.* Para eso se necesitaría la presencia de sus tutores. Tomó nota de encargar a su equipo que lo organizara. Cualquiera de esos jóvenes podría saber algo sobre Stephen y su relación con... bueno... su relación con quienquiera que fuese el responsable.

—¿Cómo describiría su relación con Stephen?

Abrió los ojos como platos y pareció genuinamente ofendido.

—¡Igual que con todos los demás niños!

—¿Que es...? —preguntó Rice.

—Detecto cierto tono...

—Le pido disculpas, señor Scarrow. Tenemos que considerarlo todo. No hay ningún tono —dijo Gardner.

—Aún —dijo Rice.

Eugene frunció el ceño.

Gardner gimió para sus adentros y fulminó a Rice con la mirada. Luego volvió a mirar a Eugene.

—Perdone, señor Scarrow. Por favor, dígame cómo era su relación.

Eugene cogió una moneda de recuerdo de su mostrador. Gardner pudo ver en ella la impronta de un soldado de aspecto futurista. Eugene jugueteó con la moneda.

—Sinceramente, hay muy poco que decir. Vienen después de clase. Hablan de Warhammer. *Nosotros* hablamos de Warhammer, es todo lo que hacemos. *De verdad.* Nadie quiere hablar del colegio ni de ninguna otra cosa, la verdad.

Gardner volvió a mirar a los niños. *Tiene sentido. Por lo que parece, están aquí para desconectar por completo de la realidad.*

—No tengo relaciones personales con estos críos —dijo Eugene —. Sinceramente. De hecho, la única vez que pasa algo personal es cuando es un cumpleaños y les regalo una figura. Pero eso es todo.

Gardner tomó más notas.

—¿Cómo era Stephen?

Eugene se pasó la moneda de una mano a otra, claramente nervioso.

—Callado cuando no estábamos jugando y, cuando lo estábamos, centrado únicamente en la partida. Stephen solía venir con su mejor amigo, Kyle, y la verdad es que no lo veía socializar con ninguno de los otros niños. Buenos chicos los dos. Y desde luego sabían jugar...

La puerta de la tienda se abrió. Un hombre con un mono de trabajo azul inclinó una carretilla de reparto apilada con varias cajas y entró de espaldas en la tienda, superando un escalón.

Eugene se volvió hacia Gardner y Rice.

—Disculpen. ¿Me dan un momento, por favor?

—No se preocupe, podemos esperar —dijo Gardner.

—Gracias —dijo Eugene, rodeando el mostrador y dirigiéndose con determinación hacia el repartidor.

El repartidor posó la carretilla y se sacudió la nieve de su gorro de lana azul, que le cubría una larga melena negra. Miró alrededor de la tienda, fijándose en los niños.

—¿Día ajetreado, Eugene?

—Como siempre —dijo Eugene.

El repartidor miró a Gardner y a Rice, saludó con la cabeza, le entregó un portapapeles a Eugene y luego flexionó las rodillas para descargar las cajas.

Eugene leyó los detalles de la entrega y firmó.

El repartidor levantó la vista.

—Al crío le encantaban los Hedonitas de Slaanesh. Lo bordaste con esa.

Eugene asintió.

—Sin problema. ¿Necesitas alguna otra recomendación?

El repartidor se rio mientras terminaba de descargar.

—¿Con mi sueldo? Por este mes ya es suficiente.

Cuando el repartidor se volvió a poner de pie, Eugene le devolvió el portapapeles con la moneda de recuerdo encima.

El repartidor la examinó. —Bonita.

Eugene se arrodilló para inspeccionar las cajas. No se molestó en abrir cuatro de ellas, pero tiró de la cinta adhesiva de la quinta.

El repartidor hizo rodar la moneda por el dorso de los dedos de una mano; un truco muy ingenioso que Gardner ya había visto antes, pero que muy poca gente sabía hacer.

Mientras tanto, Eugene sacó unos vistosos paquetes de figuras y se puso a contarlas. —Solo cuatro paquetes de Lumineth Realm-lords… —Levantó la vista hacia el repartidor—. ¿No había pedido cinco?

¡Lumineth Realm-lords! Gardner sonrió. *¿A quién se le ocurren estos puñeteros nombres? Y no solo eso, ¿quién sería capaz de recordar todos estos nombres tan raros?*

El repartidor negó con la cabeza y tomó una nota en el portapapeles. —No es la primera vez que pasa hoy. ¡Tienen que ponerse las pilas! No soy yo quien prepara los paquetes. Me aseguraré de que te lo envíen mañana. ¿Quieres comprobar las otras cajas?

—Ya lo haré… más tarde. Gracias.

El repartidor volvió a disculparse y Eugene le sujetó la puerta para que saliera. La nieve caía con más fuerza ahora, y Gardner vio cómo el gorro de lana azul del hombre se volvía blanco rápidamente mientras empujaba su carretilla de reparto, pasando por delante del escaparate hasta perderse de vista.

Eugene regresó al mostrador, suspirando. —Si aciertan con un pedido antes de que cumpla los sesenta, me jubilaré feliz.

Gardner sonrió. —Imagino que tratar con el género tiene sus dificultades.

—Sí. Aunque no debería.

Gardner continuó interrogando a Eugene, sintiendo en todo momento cómo se cernía sobre ella un callejón sin salida cada vez más grande y oscuro, hasta que bloqueó toda luz y esperanza.

Dejó que Rice se encargara de los detalles de su coartada para la noche anterior. Resultó que había tenido una cita con Alexia

Reynolds antes de pasar la noche con esa persona. Gardner tomó nota para que Lucy O'Brien lo confirmara; era lo suficientemente joven y considerada como para acertar con la elección de sus pronombres; desde luego, no se fiaría de ninguno de los hombres de mediana edad de su equipo, ya que a algunos les había oído expresar su opinión sobre este cambio cultural.

De vuelta a sus vehículos, protegiéndose los ojos de la nieve, Rice le dijo a Gardner: —¿Qué te ha parecido?

—Un callejón sin salida, pero sin duda hablaremos con Alexia y con los chicos de ese club —dijo Gardner.

—No… ¿me refería al juego? —Sonrió—. ¿Te apetece probarlo?

—No tengo paciencia ni para montar una partida de Monopoly.

Rice se rio. —Le voy a contar un secreto, jefa.

Ella lo miró.

—Intenté pintar una de esas figuras cuando era joven. Solo una. Por aquel entonces eran de plomo. Todavía la tengo en el trastero, en alguna parte.

Ella sonrió. —¡Eres una caja de sorpresas! ¡Phil Rice, el aficionado a Warhammer!

—Qué va. Algún día la sacaré. Te aseguro que no se parecía en nada a ninguna de las figuras de ahí dentro. ¡Parecía que la hubieran dejado junto al fuego y se hubiera derretido!

Gardner se rio.

21

Cuando llegó a casa, Milo corrió al baño y vomitó.

Era sorprendente, la verdad, habiendo vomitado ya tres veces en el viaje de vuelta desde York: una en el andén de la estación, otra en el baño del tren y otra en la entrada de una barbería de la calle principal.

Cuando fue a la cocina a por agua, vio que la puerta de atrás estaba entreabierta.

¿Mamá?

No era la primera vez que su madre la dejaba abierta cuando salía al jardín trasero. Miró por la ventana de la cocina. Ni rastro de ella.

Debía de haber dejado la puerta abierta al volver a la cama; tampoco sería la primera vez.

Con las manos todavía temblorosas, cerró la puerta trasera y le echó el cerrojo.

Fue al fregadero y abrió el grifo. El repentino chorro de agua le hizo dar un respingo.

No tiene pulso.

Le hemos parado el puto corazón.

Cerrando los ojos, se apoyó en el fregadero y volvió a ver a su mejor amigo muerto sobre su propio vómito.

El estómago se le revolvió de nuevo, pero no le subió más porquería por la garganta. Se giró, intentando calmar la respiración.

A su espalda, el chorro de agua del grifo pareció intensificarse.

Pete...

Milo se dejó caer al suelo, se abrazó las rodillas contra el pecho y se meció.

¿Por qué lo hiciste, Pete?

¿Por qué tuviste que robarles?

¿Y yo qué? ¿Qué me va a pasar a mí?

Se agarró la cabeza con ambas manos. *Piensa..., Milo..., piensa. ¿Y ahora qué?*

Has sido testigo de un asesinato.

Negó con la cabeza.

No..., no..., no...

Has sido testigo de un asesinato, y te matarán.

Esa era la realidad.

De todos modos, el dolor de su gran pérdida iba a durar poco. Vendrían a por él, y entonces ya nada importaría. Al menos, no en esta vida.

Sus ojos volaron hacia la puerta de la cocina a la que acababa de echar el cerrojo.

¿Había sido su madre... o había sido otra persona?

Con los ojos llenos de lágrimas, superado por las náuseas, Milo se sorprendió a sí mismo al ponerse en pie.

Piensa..., piensa... Tienes que pedir ayuda...

No tenía móvil. Como no tenía amigos, nunca le había interesado mucho. Y prefería gastarse la paga en cómics antes que en saldo para el teléfono.

Pero su madre tenía uno junto a su cama.

Cerró el grifo y escuchó. No oía nada en el silencio de la casa.

Por si acaso, cogió un cuchillo de cocina del soporte y recorrió la casa hasta el dormitorio de su madre. El cuchillo le temblaba en la mano y se preguntó si tendría la coordinación necesaria para usarlo si hiciera falta.

Cerca de la habitación de su madre, oyó su respiración fatigosa y se relajó un poco. No quería despertarla. La puerta estaba abierta y, al acercarse, pudo verla tumbada, incorporada sobre las almohadas.

Tenía la cara demacrada y gris, y su cabeza calva, que solía mantener cubierta incluso en la cama, estaba al descubierto.

Suspiró aliviado al ver que estaba allí. A salvo y viva. Al menos por ahora.

Al entrar en la habitación, sujetó el cuchillo a su espalda, por si ella se despertaba.

A pesar del estertor de su aliento, se sintió solo. De hecho, nunca se había sentido tan solo.

Pete se había ido.

Pronto su madre también.

Vio el teléfono en la mesita de noche y siguió avanzando.

Los brazos de su madre estaban por encima de las sábanas y parecían finísimos. Las venas le resaltaban en el dorso de las manos.

Al pasar a su lado, le puso su propia mano suavemente sobre la de ella y susurró: «Lo siento, mamá».

Ella no se despertó, pero tardó una eternidad en tomar aire, lo que hizo que Milo se preguntara si le habría oído.

Miró su teléfono en la mesita de noche, junto a un vaso de agua. Dejó el cuchillo a su lado y volvió a mirar a su madre, con los ojos llenos de lágrimas.

He cometido un error, mamá.

Solo quería darte unas últimas vacaciones.

Al verla ahora, en ese estado, la idea parecía ridícula.

Una sensación fría se extendió por su cuerpo.

¿Lo he sabido todo este tiempo? ¿He hecho todo esto por mis propias razones egoístas? ¿Solo para darle algo de emoción a mi triste y patética vida?

Se secó los ojos con el dorso de la mano y luego cogió el teléfono.

Lo levantó y marcó el 112. *Que nos salven, y luego que me castiguen.*

Pulsó el botón de llamada.

La puerta se cerró a su espalda.

Con la respiración atrapada en la garganta, se giró bruscamente y vio a KG de pie frente a la puerta cerrada. Se llevó el teléfono a la oreja y, con la otra mano, buscó el cuchillo a sus espaldas.

—No lo hagas —dijo KG, avanzando con un dedo en el aire—. Tu madre es preciosa.

Incapaz de notar el cuchillo, Milo pasó la mano vigorosamente sobre la mesita. Se oyó un golpe seco y un chapoteo. El vaso de agua. Retiró la mano de un tirón. Ni rastro del cuchillo.

—No se merece esto —dijo KG, llegando a los pies de la cama de su madre.

La llamada se conectó. «Emergencias, ¿qué servicio desea?».

KG estaba de repente a menos de un metro de él con la mano extendida. Articuló sin sonido: «Dame el teléfono».

«Emergencias, ¿qué servicio desea, por favor?».

Milo abrió la boca, pero la cerró rápidamente al darse cuenta de que tanto él como su madre estarían muertos antes de que alguien llegara.

«Disculpe, ¿hay alguien ahí?».

Milo le puso el teléfono en la mano a KG y lo vio terminar la llamada.

22

Sintiendo que los analgésicos empezaban a hacer efecto, Riddick dejó el móvil sobre la mesa de la cocina y suspiró aliviado. No solo por el alivio temporal de su dolor de cabeza, sino por el hecho de que una buena colega del Cuartel General había obrado su magia.

Riddick tenía permiso para visitar a George Jacoby en su casa a las once de la mañana siguiente bajo supervisión médica.

Mientras se preparaba un Pot Noodle, Riddick miró el montón de cartas que se había ido acumulando durante meses. En su mayoría, extractos bancarios y facturas trimestrales de la energía, pero en el montón había al menos cinco cartas de Anders que no se había molestado en leer. Las anteriores las había tirado en un cajón del salón.

Riddick recordó la petición de Anders. *Lee la última cuando llegues a casa.*

La verdad es que no le apetecía nada enfrentarse a ello ahora. Ya había tenido suficientes emociones por un día. Leer una carta que seguramente consistiría en Anders suplicando perdón, otra vez, podría llevarlo al límite y empujarlo a la tienda de licores de la esquina que siempre parecía atraerlo como un imán cada vez que pasaba por delante…

El móvil le vibró. Sospechando que era Gardner, sintió una punzada de emoción. Sin embargo, se decepcionó al ver que solo era una oferta especial de pizzas picantes para esa noche en Papa

John's. Volvió a su Pot Noodle humeante. *Dos minutos tarde, signor John.*

Sopló un tenedor lleno de fideos y se lo metió en la boca. Ni una sola noticia de Gardner.

Decir que lo habían dejado al margen era quedarse corto.

Aun así, seguro que le correspondía otro interrogatorio. Al fin y al cabo, se había despertado junto al cadáver de un joven y todavía no sabía ni su nombre. ¿No deberían preguntarle más cosas?

A menos que…

Tienes a alguien más, ¿verdad, Emma?

Daría cualquier cosa por saber qué derroteros estaba siguiendo. Desde luego, no apuntaban a George Jacoby.

A nadie, incluida Gardner, le había interesado lo más mínimo la posible conexión con el asesinato de Graham Lock.

¿Y si tienen razón, después de todo?

¿Estoy persiguiendo fantasmas?

Tiró el Pot Noodle; se le había quitado el apetito.

No.

Hubo un tiempo en que Anders era bueno en su trabajo.

Habían visto a George y a Graham hablando…

Donna Morfett había informado de un sospechoso viaje en barco a altas horas de la noche…

¿Alguien había neutralizado a George Jacoby para que no pudiera volver a matar? ¿El derrame cerebral era una artimaña? ¿Le habían provocado de algún modo el daño cerebral? Pero ¿para qué hacer eso? ¿Para qué proteger la inocencia de George Jacoby solo para convertirlo en un muerto viviente? A no ser que…

Estuvieran protegiendo a otra persona… alguien relacionado con George Jacoby…

Se dirigió a su portátil e investigó los antecedentes de George. Sus padres ya habían muerto, pero ambos habían trabajado en el Gobierno. Interesante. La profesión de la madre de George fue lo que hizo saltar la mayor de las alarmas. Había sido diputada por el Partido Conservador en Harrogate entre 1997 y 2010. Y entre 2002 y 2010, fue ministra de Delincuencia y Policía.

SU EXCELENCIA CASSANDRA JACOBY

—Su madre tenía un trabajo importante, George… —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. No habría sido conveniente que su hijo fuera el asesino más infame de la historia de su circunscripción, ¿verdad?

Respiró hondo, recordando las palabras de Anders. *Un testigo ocular era un político conservador de cuarenta años del sur que estaba de vacaciones.*

¿Acaso uno de sus colegas salió de la nada para ayudarla?

Se recostó en la silla y suspiró. ¿Sería posible? Nadie podía tener tanta influencia, ¿o sí? ¿Para dejar libre a un asesino de niños e incriminar a un hombre inocente?

Escribió Cassandra Jacoby en la barra de búsqueda.

Wikipedia le dio lo que necesitaba y le heló la sangre en las venas.

Se reclinó en la silla y se llevó una mano a la boca.

El apellido de soltera de Cassandra.

Buscó su árbol genealógico. Lo confirmó.

—Maldita sea.

Quizá sí que estaba delirando. De hecho, rectifico. Quizá estaba en coma, y este era un sueño de lo más peculiar conjurado por su cerebro moribundo.

Miró su reloj. Gardner probablemente estaría dirigiendo su reunión informativa en ese mismo momento.

¿Sobreviviría su carrera si se colaba?

Oyó a Gardner en su cabeza. *Eres más bien como un gato, Paul. ¿Cuántas malditas vidas tienes?*

23

Durante los dos casos anteriores de Gardner en la salvaje campiña de Yorkshire, los resultados habían llegado a raudales. Apenas había tenido tiempo de respirar.

Miró a su alrededor, a la concurrencia predominantemente masculina, esperando que se alzaran manos a diestro y siniestro. Que llegaran revelaciones que asestaran un golpe al corazón de la Operación Lost Light para poder volver a imponer orden en el caos.

Pero las contribuciones escaseaban hoy.

Las cabezas estaban gachas. La decepción y la fatiga eran animales feroces en el mejor de los casos, pero si se le añadía la muerte de un niño, se convertían en uno verdaderamente peligroso, que hacía más mella que en otras investigaciones de asesinato.

Ya se había percatado de la ausencia de O'Brien desde el principio.

Extraño. Siempre estaba allí.

A pesar del ambiente apagado, se aseguró de que todos expusieran sus conclusiones. Había muchos hallazgos que analizar minuciosamente y, aunque ninguno le aceleró el pulso a Gardner, la información requería un repaso meticuloso.

Los registros telefónicos y las redes sociales eran particularmente decepcionantes. Si Stephen había estado en contacto con un amigo misterioso, no estaba utilizando ninguno de estos medios, lo que significaba que toda la comunicación debió de ser en persona, o que

el amigo misterioso le había proporcionado a Stephen un teléfono aún no recuperado. Repasaron de nuevo el marco temporal, algunos hallazgos de las cámaras de videovigilancia y los informes del puerta a puerta, pero no ampliaron los horizontes.

Para su conclusión de la reunión, Gardner volvió al informe de la doctora Sands que había revisado antes, porque ofrecía un atisbo de esperanza. —Y tenemos el informe de toxicología a primera hora. Para averiguar qué inflamó el estómago. Y el de ADN también, con suerte.

De la nada, una pregunta sobre el estado mental actual de Ron Best llegó desde el fondo de la sala.

Rice contestó. —No dejo de consultarlo con el agente de enlace familiar. Apenas se ha movido o ha hablado.

—Volveremos a la carga con él a primera hora —dijo Gardner.

—Cuando se le pase el shock, puede que nos dé más información —dijo Rice.

¿Cuando se le pase el shock? Yo no contaría con que eso suceda en mucho tiempo… Pero Gardner se guardó sus pensamientos para sí.

Gardner volvió a la pizarra y señaló *amigo misterioso*. Allí comenzaba una lista de puntos. Fanático de Warhammer. Mayor. Kyle no lo conocía personalmente. —Alguien sabe quién es. —Se giró de nuevo—. Y para mañana a estas horas, también lo sabremos nosotros, ¿de acuerdo?

Todos murmuraron en señal de acuerdo.

Estaba a punto de dar las buenas noches cuando Rice dijo: —Tenemos que intentarlo otra vez con Paul.

Rice no lo decía porque le cayera mal, aunque así era, y mucho. Por una vez, Rice estaba dando en el clavo.

—¿Puedo encargarme yo? —se ofreció Rice.

¡Por encima de su cadáver!

Gardner levantó la vista. —Tiene razón, Phil. Hablaré *yo* con él a primera hora. *A solas*. ¿Alguien tiene algo más qu-

La puerta de la sala de incidentes se abrió. O'Brien estaba allí de pie con una carpeta marrón en las manos. Le faltaba el aliento, pero era joven y estaba lo bastante en forma como para recuperarlo

rápidamente. —Lo siento…, pero he encontrado algo y…, bueno, me he quedado enganchada. Lo siento, de nuevo.

Gardner se enderezó. De repente, había cierta electricidad en la sala. —¿Qué tiene, Lucy?

O'Brien abrió la carpeta y, empezando por Gardner, repartió fotografías granuladas.

Gardner vio a dos chicos que no reconoció, de pie bajo un árbol, sobre otro joven que estaba de culo en el suelo. Anorak. Mochila de Fortnite sobre el estómago.

La adrenalina de Gardner se disparó.

—Captados a las 22:15 en la videovigilancia de fuera del Co-op en Boroughbridge Road —dijo O'Brien—. Esta es una imagen que he sacado de la grabación. El chico del suelo es Stephen Best.

Las cabezas gachas por toda la sala empezaron a levantarse.

—He visto la grabación repetidamente —dijo O'Brien—. Stephen llega aquí solo. Se detiene junto al árbol, mientras los otros dos chicos están en el banco. No creo que hayan quedado. Al final, empiezan a comunicarse. Stephen parece errático. Se mueve con torpeza y parece que está en una especie de pánico. Los chicos del banco acaban por levantarse. Cabría esperar que fueran a ayudar, pero no sucede así. Hay una discusión entre el chico de la derecha y Stephen. Al final, le agarra la mochila a Stephen.

¿Intentaba robarle la mochila? ¿Sabía lo que había dentro?

—Stephen consigue aferrarse a la mochila, pero tropieza. Y esa es la imagen de él de culo. Empieza a escabullirse. Nuestro agresor *podría* haberlo alcanzado, recuperado la mochila, potencialmente agredirlo, pero no lo hace. Porque el otro chico se lo impide. Se interpone entre los dos. Le da a Stephen tiempo suficiente para levantarse y echar a correr por Boroughbridge Road en dirección a Bond End. —Hizo una pausa para que sus hallazgos calaran.

—Hacia Waterside —dijo Rice—. Una ruta directa a la cueva de St Robert. Encajaría con la cronología si fue asesinado sobre las once de la noche.

Gardner asintió. —¿Le siguen esos chicos, Lucy?

—No. Se dirigen en dirección opuesta por Boroughbridge Road un minuto más tarde, aproximadamente.

—Tenemos que averiguar quiénes son estos dos chicos. *Desesperadamente.*

—Ya lo he hecho —dijo O'Brien y sonrió.

Esa es mi chica, pensó Gardner. *Puedes llegar tarde cuando quieras.*

Miró sus notas. —Nuestro camorrista es Pete Wilson, quince años. El que evita la agresión es Milo Hardy, que también tiene quince años. Tengo sus direcciones y he preparado algunas notas con los antecedentes de ambos. Pete es problemático. Falta a clase con frecuencia. Su padre también tiene antecedentes y ha estado en la cárcel por agresión. Milo es todo lo contrario. Intachable. Centrado en los estudios. Un solitario, por lo que parece. Vive solo con su madre, que es una enferma terminal.

Gardner asintió. —Un trabajo excepcional, Lucy. Bien, pues tenemos que saber a qué vino esa pelea. Phil y yo nos encargaremos de esto inmediatamente. Todos los que no estén ya haciendo horas extra, váyanse a casa ahora, por favor, y descansen para mañana. Los que tengan tareas de horas extra..., están colgadas en el tablón de la entrada.

O'Brien se acercó a Gardner mientras todos se marchaban. —¿Jefa?

—¿Sí, Lucy?

—Me preguntaba si podría ayudar con las entrevistas... Siento que ya me he involucrado en el caso.

Gardner miró a Rice, que rondaba por allí cerca, y luego de nuevo a Lucy. —Creo que se lo ha ganado. —Volvió a mirar a Rice—. ¿Qué opina?

Rice asintió. —Conozco a Sam Wilson, el padre de Pete. Es un elemento, pero yo podría lidiar con él. Usted y Lucy podrían hablar con Milo y su madre.

Gardner se quedó pensativa un momento. Rice lo estaba haciendo mucho mejor de lo que ella temía, pero algo todavía la reconcomía. —Lucy y Phil, vayan ustedes a hablar con Pete y yo iré a casa de Milo.

Barnett se había quedado rezagado junto a la puerta, mirándolos.

—¿Ray? —dijo Gardner, enarcando una ceja.
—Jefa, ¿le importaría que la acompañase?
Gardner sonrió. —No hay nada como un equipo con ganas.

24

La nieve caía con fuerza sobre el parabrisas de Riddick y los limpiaparabrisas las pasaban canutas para apartarla. Así que, a pesar de la oleada de adrenalina que sentía, Riddick condujo despacio de camino al Cuartel General. No pensaba volver a acabar en el hospital.

Sobre todo después de su descubrimiento. Estaba cerca de algo. Estaba seguro.

La Muy Honorable Cassandra Jacoby, diputada, antes era conocida como Cassandra Rice. El Inspector Jefe Derek Rice era su hermano mayor.

Así que, Cassandra, usted era la ministra del Interior y su hermano, el inspector jefe Derek Rice, un director de investigación que indagaba sobre el asesinato de un niño. ¿Qué pasó cuando descubrió usted que Anders husmeaba alrededor de su hijo, Cassandra?

¿Fue usted quien hizo que los altos mandos desestimaran las sospechas de Anders?

¿O fue Derek? ¿Desesperado por proteger a su propio sobrino?

Riddick suspiró, con la esperanza de que la verdad no estuviera muerta y enterrada con Cassandra y Derek.

Pensó en las dos personas que quedaban del clan Rice.

Una de ellas, según los médicos, estaba inmóvil e incapacitada para comunicarse.

El otro, bueno, el otro era un inspector y también el ayudante del director de investigación en este dichoso caso.

Entrecerró los ojos. ¿Sabría Phil Rice algo de esto?

No le extrañaría de ese capullo santurrón.

Le sonó el teléfono. Número desconocido. Riddick respondió con el manos libres.

Silencio. Un breve sonido de estática. Después, más silencio.

—¿Diga? —repitió Riddick, preparando el dedo para colgar.

—¿Paul Riddick? —Era una voz de hombre, y no una que reconociera.

—¿Quién es? —preguntó Riddick.

—El pasado, me temo…

—Creo que te has equivocado de número, colega —dijo Riddick y colgó.

El mundo estaba lleno de pirados. Había recibido un buen número de llamadas de bromistas a lo largo de los años, sobre todo cuando investigó a la madre de una víctima de suicidio. Le habían agotado la paciencia entonces; colgarles a los zumbados era la mejor opción.

El número desconocido volvió a llamar.

—Será idiota —dijo Riddick.

En contra de su buen juicio, respondió, necesitando una válvula de escape para la adrenalina que se le había acumulado. —*Escucha*, soy policía, así que…

—Lo sé, inspector, lo sé.

—Bueno, si lo sabes, ¿a qué viene esta maldita llamada absurda?

—Intento *ayudarlo*, inspector…, mantenerlo con vida.

—¿Quién es?

Silencio.

Riddick se detuvo. No es que le preocupara demasiado el bromista, pero no quería que la intensa nevada lo distrajera. —¿Es una amenaza?

Silencio.

—Bueno, colega, si lo es, lo mejor será que quedemos y lo *aclaramos*. ¿Qué te parece?

—Buena idea.

—¿Te apetece que te detengan?

—Usted no me detendría.

Sonaba diferente a la mayoría de los bromistas que se había encontrado en el pasado. Menos emocional. Frío y directo.

Riddick resopló. —¿Estás seguro de eso?

—Sí.

—¿Sabes qué? Esto es una pérdida de tiempo. —Riddick fue a pulsar el botón del salpicadero para colgar…

—Lo sé todo sobre Ronnie Haller, Paul.

El dedo de Riddick se quedó paralizado en el aire.

El hombre continuó: —Tardaron horas en limpiar aquel bloque de duchas de la prisión. Lo dejaste bien limpito, ¿eh?

Riddick pudo notar el sabor de la bilis. —¿Quién es?

El hombre rio. —¿Quién *eres tú*? ¿No se supone que eres policía?

Riddick entrecerró los ojos. —No sé de qué coño hablas, gilipollas…

—Pero, claro, ¿desde cuándo todos los policías son almas caritativas?

—¿Quién coño eres?

—¿Sigues queriendo que quedemos y lo *aclaramos*?

—¿Tengo elección?

—No si quieres seguir *libre*. No si quieres seguir *vivo*. Te enviaré una ubicación. Un rinconcito tranquilo. Sin cámaras. Te doy cuarenta y cinco minutos. Ni uno más.

—¿Cómo sé que no acabaré boca abajo en el río?

—No lo sabes. Pero si no te veo en cuarenta y cinco minutos, puedes estar seguro de una cosa. Tus superiores sabrán lo de Ronnie Haller.

La llamada se cortó.

Riddick respiró hondo, apagó los limpiaparabrisas y luego el motor.

Se quedó mirando la ventanilla mientras la nieve la cubría, intentando pensar, pero demasiado aturdido para hacerlo. Se recostó en el asiento y se frotó la cara.

La adrenalina por su reciente descubrimiento había sido sustituida por un pavor helado.

El móvil le avisó de un mensaje. Hizo clic en el pin de Google Maps que le habían enviado y luego introdujo las coordenadas en el navegador.

Arrancó el motor y volvió a salir a la carretera.

No era la primera vez que sentía que los muros de su frágil mundo se derrumbaban a su alrededor, pero no recordaba ninguna ocasión en la que se hubiera sentido tan paralizado y desorientado.

25

Cherie Hardy tenía treinta y seis años y una de las sonrisas más amables que Gardner había visto en su vida, unos preciosos hoyuelos en las mejillas y la mirada más dulce. También se estaba muriendo. Una desgracia demasiado común en este mundo.

—Entren. Fuera hace un frío que pela —dijo Cherie.

—No me diga nada —dijo Barnett, tiritando. Se agachó al entrar. El marco de la puerta era más que suficiente para él, pero aquel hombre negro y alto sin duda se había dado más de un coscorrón en la frente con entradas menos generosas y, como resultado, había desarrollado esa costumbre.

—Una vez más —dijo Gardner, cuando ya estaban en el salón—, lamentamos mucho molestarla.

Ella les restó importancia con un gesto y una sonrisa. —¿De verdad? Si es por Milo, no es molestia alguna. ¿Y han dicho que no está metido en ningún lío? —Cherie se ajustó el pañuelo que llevaba en la cabeza—. ¿Quieren tomar algo?

Gardner se había pasado la mayor parte de su vida luchando por la justicia, pero allí, delante de ella, tenía una de las mayores injusticias que había visto jamás. Y, sin embargo, Cherie se enfrentaba a ello con una entereza absoluta.

—No, gracias, Cherie. Solo necesitamos hacerle unas preguntas sobre otro chico con el que se le vio hablando y otro amigo con el que estaba.

Ella sonrió. —¿Están seguros? Un amigo ya sería mucho, ¿pero dos? A Milo le gusta estar solo. Nunca ha sido de tener amigos.

Gardner asintió, aunque le costaba hacerse a la idea de que un niño no tuviera ni un solo amigo. —¿Le suena el nombre de Pete Wilson, Cherie?

Cherie negó con la cabeza. —No, ¿es uno de los chicos con los que estaba?

Gardner asintió.

—¿Y Stephen Best?

—No, lo siento… Ya ven, Milo está siempre con la cabeza metida en un cómic. Nunca socializa… que yo sepa, pero pueden hablar con él sin problema.

—Gracias, Cherie.

—Ahora lo traigo —dijo Cherie, levantándose despacio y saliendo de la habitación.

—Pobre mujer —dijo Barnett.

Gardner se acercó a la repisa de la chimenea y miró una foto escolar de Milo Hardy. Iba elegantemente vestido y sonreía. —Pobre crío. Ya ha perdido a su padre y está a punto de perder a su madre.

—Mira esto.

Gardner se giró. Barnett estaba de pie junto a la mesa de centro, sosteniendo un cómic de Batman. —¡Me encantaban! —Empezó a hojearlo—. Y me encantaría volver a engancharme a ellos.

Gardner sonrió. Primero, la figurita secreta de Warhammer de Rice y ahora la adicción de Barnett a los cómics. Cada día que pasaba aprendía más cosas sobre su equipo y, para su agrado, nada de ello era predecible…

Cherie soltó un fuerte grito.

—¡Arriba! —dijo Gardner, y ambos echaron a correr.

26

Rice llamó a la puerta por segunda vez y se sopló en las manos frías y desnudas. La temperatura estaba cayendo en picado.

Miró a su izquierda, a O'Brien, que saltaba sobre un pie y otro, con las manos hundidas en los bolsillos. Llevaba un abrigo enorme que le quedaba ridículo, pero que él envidiaba.

—Es un capullo integral, ¿sabe? —dijo Rice—. Si quiere esperar en el coche calentito, yo puedo encargarme…

—Puedo soportar el frío, inspector —dijo O'Brien sin mirarlo—. Y también a los capullos.

—Aunque este es un capullo de *primera* categoría —dijo Rice en voz baja.

La puerta se abrió. El aire que salió de dentro era cálido y apestaba a marihuana.

El capullo de Sam Wilson tenía una lata de Strongbow en una mano y sus ojos eran como dos meadas en la nieve.

Sam miró a O'Brien con lascivia mientras bebía.

Ya se lo advertí, pensó Rice, mirando a O'Brien. Aunque, para ser justos, no parecía inmutada. Las chicas con las que trabajaba estaban hechas de otra pasta últimamente. Rice volvió a centrar su atención en aquella odiosa mancha para la humanidad.

—¿Qué quieres? —preguntó Sam, midiendo a Rice con la mirada.

—Pues no he venido a darle un tiro a tu bong.

Sintió los ojos de O'Brien clavados en él; probablemente estaba escandalizada por su sarcasmo y su actitud hostil. Mejor sería que se contuviera; estaba claro que ella se lo contaría al jefe. Lo último que quería era acabar otra vez detrás de un escritorio.

—¿Un graciosillo, eh? —preguntó Sam.

—¿No me reconoces? —preguntó Rice.

—¿Debería?

Te detuve hace unos años… —Supongo que has conocido a muchos de los nuestros.

O'Brien sacó su placa y los presentó a ambos.

No está mal, pensó Rice, *hazlo según el reglamento, chica. Aunque no te servirá de mucho con este capullo.*

Sam gruñó. —Eso lo explica… vuestra calaña me parecéis todos iguales.

Rice hizo ademán de olisquear el aire. —¿Así que… el bong… es para fines medicinales?

—No sé de qué me hablas. Aquí no hay ningún puto bong. ¿Qué queréis?

—A su hijo, señor Wilson. A Pete. ¿Sabe dónde está? —dijo O'Brien.

—Meando en un río, lo más seguro. Se pasa el día por ahí, deambulando. ¿Por qué me lo preguntas a mí? Ya es mayorcito para cuidarse solo.

—En realidad, tiene quince años —dijo Rice—. Así que sigue siendo tu responsabilidad.

Sam le dio un trago al Strongbow y sonrió con suficiencia. —Pues entonces tendrás que despedirme.

Rice miró a aquel hombre desaliñado. *No puedo despedirte de un trabajo que nunca has hecho.*

—¿Está en casa? —preguntó O'Brien.

—Qué va. Nunca está. Salvo quizá esta mañana.

Volvió a beber de la lata y Rice se fijó en los nudillos amoratados de Sam. —¿Qué le ha pasado en la mano?

—¿Eh? —Sam se la miró—. ¡Ah, eso! Me la pillé con la puerta.

—¿Su hijo está a salvo? —preguntó Rice.

Sam agitó la lata delante de Rice. —¡Vaya, vaya! Ya asoma la patita. El madero corrupto. ¡Ya sé por dónde vas! ¿Vais a entrar por la fuerza, maderos? *Escuchad*. *No* está aquí. —Miró su reloj—. No son ni las ocho. ¿Por qué no lo intentáis de madrugada?

—¿Puede comprobar su habitación, por favor? —dijo O'Brien.

Volvió a mirar a O'Brien con lascivia y le sonrió mientras le ofrecía la lata. —Vale… voy a mirar. ¿Puedes sujetarme esto, cariño?

—No.

Sam le guiñó un ojo. —Ya no hacen a las mujeres policía como antes, ¿verdad? Solían ser más agradables.

—Se dice agente de policía, y me cuesta creer que alguien haya sido agradable con usted alguna vez, señor Wilson…, no con esa actitud.

Rice reprimió una sonrisa.

Sam gruñó, dejó la lata en el suelo y se dio la vuelta para entrar en su casa a echar un vistazo, aunque «echar un vistazo» pareció consistir en moverse lo mínimo y gritar a pleno pulmón. —¡Eh, gilipollas, estás aquí?

—El padre del año —dijo O'Brien en voz baja.

—¡Los maderos están aquí por ti! —gritó Sam.

—Qué descaro tiene, ¿verdad? —dijo O'Brien.

—Desde luego —dijo Rice, asintiendo—. A ese, desde luego, todo se la suda.

—El sitio huele a fumadero, inspector. ¿No deberíamos detenerlo?

—Podríamos, pero probablemente deberíamos centrarnos en lo que nos ocupa. De todas formas, pondré a alguien sobre aviso.

—Detenerlo me daría un subidón de endorfinas.

—¿Un subidón de qué?

O'Brien lo miró. —De las sustancias químicas del bienestar.

—¿Drogas? Nunca las he probado, y usted tampoco debería… —Volvió a mirar hacia el interior de la casa—. Ningún juez va a malgastar espacio en una celda por este tonto del culo.

—¿Aunque le pegue a su hijo?

—Imagino que no tardará mucho en ser su hijo el que le pegue a él.

Sam volvió a la puerta. —No está. —Recogió la lata del suelo.

Rice dijo: —¿Podemos entrar a comprobarlo por nosotros mismos?

—Preferiría que no.

—¿Por las drogas? —dijo Rice—. Solo nos preocupa la seguridad de Pete.

—Si os preocupa su seguridad, tenéis que buscar en otra parte.

Rice y O'Brien intercambiaron una mirada. No parecía que mereciera la pena forzar la entrada. Lo habían oído recorrer la casa a grandes zancadas, gritando el nombre de Pete. No había habido respuesta.

—¿Pete tiene teléfono móvil? —preguntó O'Brien.

Sam se encogió de hombros. —Le he visto con uno… sí. Pero no tengo su número ni nada.

—Has dicho que le gusta deambular… mear en un río —dijo Rice —. ¿Alguna pista de por dónde?

—¡Elegid cualquier camino rural!

—Esto es Knaresborough, hay muchos donde elegir —dijo Rice.

Sam se encogió de hombros.

—¿Con quién suele juntarse? —preguntó O'Brien.

Soltó una carcajada. —¿Con otros gilipollas?

Rice suspiró para sus adentros. No iban a ninguna parte. El hombre era un capullo y, aunque supiera algo de su hijo, no pensaba compartirlo.

O'Brien intentó hacerle algunas preguntas más, pero Rice decidió darlo por zanjado y le entregó una tarjeta. —Por favor, llámeme cuando vuelva a casa.

Sam cogió la tarjeta. —¿Pero qué ha hecho?

—Ya hablaremos más cuando regrese.

—Será en mitad de la noche... No le prometo que esté despierto.

—Haga lo que pueda —dijo Rice.

La puerta principal se cerró de un portazo.

O'Brien parecía dispuesta a tirarla abajo de una patada.

—Ya se lo advertí —dijo Rice.

—Sí, ya, pero, por el amor de Dios, es su hijo. No parece que le importe si vive o muere.

—Está demasiado colocado como para que le importe algo —dijo Rice.

—Esperemos que no viva para arrepentirse.

—Lo único que ese hombre va a lamentar es la factura de la calefacción —dijo Rice, señalando las ventanas abiertas del último piso.

De vuelta en el coche, Rice respondió a una llamada de Gardner.

—No tengo buenas noticias, Phil. Milo no está en casa y Cherie, su madre, está fatal. La ambulancia ha tenido que llevársela al hospital.

—Aún no es muy tarde. ¿Por qué está tan conmocionada?

—Al parecer, es un chico que nunca sale más allá de las ocho, a no ser que vaya a la tienda a por algo para ella.

—¡Pues no es lo que parece en esa grabación de la videovigilancia! ¿Qué hora era? ¿Las diez?

—Ya lo sé... pero Cherie estaba *sinceramente* atónita, así que sospecho que ha debido de empezar a escaparse mientras ella descansaba. El cáncer y el tratamiento para intentar alargarle la vida la están dejando agotada. Además, ha recibido un mensaje del buzón de voz del instituto de Milo diciéndole que hoy no ha ido a clase. En ese momento, se ha venido abajo. ¿Qué has averiguado de Pete?

—Tampoco está aquí. Y a su padre, al contrario que a ella, no le sorprende, pero ha sido igual de inútil.

—Al menos, es probable que estén juntos. He contactado con Marsh. Está hablando con la gente pertinente y va a destinar algunos recursos a su búsqueda. Vete a casa, Phil, descansa un poco. Si aparecen, serás el primero en saberlo.

27

Quienquiera que hubiera decidido convertir ese pequeño terreno detrás de un edificio en ruinas en un aparcamiento se la había jugado, y el hecho de que ahora estuviera abandonado no era ninguna sorpresa. La mayoría de las vallas de chapa ondulada que lo bordeaban se habían caído, y el suelo estaba plagado de baches que se habían llenado de agua y se habían helado. Irónicamente, los carteles que prometían aparcamiento vigilado todo el día por solo cinco libras seguían en su sitio, pero las cámaras que proporcionaban la seguridad estaban hechas pedazos.

El lugar estaba completamente aislado. Un sitio adecuado para matar a alguien, pensó Riddick. ¿Corría peligro su vida? Probablemente. Aunque el gilipollas con el que se iba a reunir le había dado pocas opciones.

Un hombre con un traje beis y un abrigo gris de tres cuartos estaba de pie junto a la vieja cabina de pago cubierta de nieve.

También tiene pinta de gilipollas, pensó Riddick mientras pasaba junto a él, buscaba un sitio lo más alejado posible del hombre, aparcaba y apagaba las luces. Observó, con cierta satisfacción, cómo el hombre del traje sorteaba el terreno traicionero, evitando con cuidado los charcos helados, pero a punto de caerse una o dos veces.

No te vayas a partir el cuello...

El hombre se quitó el abrigo gris y se subió al asiento del copiloto. Se puso el abrigo sobre el regazo. Riddick lo examinó de arriba abajo con su traje beis. No era de extrañar que casi se hubiera resbalado; llevaba unos relucientes brogues negros, que no eran precisamente el calzado más adecuado para el crudo invierno. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado en un tupé y no había ni rastro de vello facial. Llevaba los dos botones superiores de la camisa desabrochados, lo que dejaba al descubierto una cadena de oro.

—Buen sitio —asintió Riddick—. Sin cámaras. Sin testigos. Un buen lugar para hacer desaparecer a alguien.

—Ya te lo he dicho. No estoy aquí para eso. Estoy aquí para *salvarte*.

Riddick lo miró. —¿Y cómo sabes que me refería a la razón por la que estabas *tú* aquí?

—Creo que debes saber que he tomado medidas por si acaso me pasara algo, pero ya llegaremos a eso a su debido tiempo, Paul —dijo asintiendo y alisándose el abrigo sobre la rodilla.

—Sabes mi nombre. Creo que es justo que me digas el tuyo.

—Por supuesto —El hombre lo miró—. KG.

—¿Qué puñetero nombre es ese?

—El único que tengo. O, al menos, el único que tengo en lo que a ti respecta.

—Bueno, KG, ¿te importa ir al grano?

—Ronnie Haller.

Riddick suspiró. —Sí..., ya hemos hablado de eso.

—Quiero decir que Ronnie se lo tenía merecido.

—Mucha gente se lo tiene merecido —dijo Riddick, sin apartar la vista del hombre bien vestido—. Por desgracia, la gente como Ronnie no es una rareza.

—No estoy de acuerdo, Paul —dijo KG—. La gente como Ronnie es más rara de lo que crees. La mayoría de la gente en el mundo de Ronnie solo hace lo que tiene que hacer; hay muy pocos que realmente disfruten con ello.

Riddick resopló. —¿Y supongo, KG, que tú eres uno de esos pobrecitos desgraciados obligados a llevar una vida de maldad?

¿Qué quieres? ¿Un aplauso por no excitarte con tu comportamiento de mierda?

KG lo observó. —Pareces enfadado, Paul.

—¿Hablas en serio? —preguntó Riddick, negando con la cabeza —. Me acabas de sacar de una investigación para sentarme en un aparcamiento desierto en el culo del mundo, ¿para qué? Para chantajearme, supongo. Perdona que no esté todo sonrisas.

—Lamento esto...

—No, no lo lamentas. Te conozco. Te conozco muy bien. Mi carrera se ha construido a base de pringados como tú. Eres un depredador, KG. Igual que Ronnie. Igual que todos los demás. Y, antes de continuar con esta conversación, quizá quieras pensártelo dos veces antes de elegir a tu presa de esta noche.

—Mi presa es un hombre que no tiene las manos precisamente limpias. Tal vez deberías preguntarte si tú también eres un depredador por lo que le hiciste a Ronnie.

—Ese cabrón mató a mi familia —Riddick apretó los dientes.

—¿Te exime entonces la justificación?

—No te estoy dando una justificación. Solo estoy exponiendo un hecho.

KG se metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de traje beis y sacó el móvil. Deslizó el dedo por la pantalla durante unos instantes antes de que una grabación crepitara por los altavoces.

Riddick cerró los ojos mientras se escuchaba a sí mismo negociando el asesinato de Haller. Sonaba diferente, de alguna manera. Sí, había estado cabreado. Muy cabreado. Pero había algo más.

Desesperación.

—Quítalo —gruñó Riddick—. Lo pillo.

KG la detuvo.

—¿Eres tú con quien estoy hablando? —dijo Riddick—. ¿Qué opinan tus superiores de que hagas grabaciones y chantajees a sus clientes? ¿Lo saben?

—He ido ascendiendo. Estas decisiones me corresponden a mí.

Riddick se inclinó y agarró el volante, concentrando su frustración en los nudillos. Cerró los ojos y negó con la cabeza.

¿Por qué ahora?

Su vida no era perfecta ni mucho menos, pero últimamente había visto algunos brotes verdes.

—Estás aquí para hundirme.

—No. No tiene por qué salir mal. Todavía tienes elección.

Riddick abrió los ojos y se concentró de nuevo en sus nudillos blancos.

Volvió lentamente la mirada hacia el idiota grasiento que tenía al lado. —Oh, claro que tengo elección —Riddick apartó las manos del volante y las lanzó a la garganta de su chantajista.

Los ojos de KG se abrieron de par en par, y sus manos volaron para agarrar las muñecas de Riddick.

—No te esperabas esto, ¿verdad?

Riddick se irguió un poco en la silla y se inclinó hacia delante para apretar con más fuerza. Observó cómo la cara de KG empezaba a enrojecer. —Y, sin embargo..., aquí estamos... y lo has puesto tan jodidamente fácil.

Riddick sentía las uñas del hombre clavándosele en la muñeca, pero el dolor era irrelevante. —Tú también *tuviste* la oportunidad de elegir.

¿Lo creía KG capaz? El miedo en los ojos de aquel cabrón sugería que sí.

Riddick se echó hacia atrás. KG se frotó el cuello, boqueando en busca de aire.

Riddick miró al frente, respiró hondo y luego señaló una valla de chapa ondulada que el viento mecía de un lado a otro como un diente sujeto por el último hilo de un ligamento. —Como eso me raye el capó, pagas.

El hombre a su lado había recuperado el aliento. —¿Ha sido una estupidez. ¿De *verdad* crees que trabajo solo?

Riddick observó la valla oscilante. —Pareces lo bastante egocéntrico. Los gilipollas como tú se creen que pueden conquistar el mundo ellos solos.

—Si me pasa algo, la grabación está programada para ser enviada por correo electrónico a tus superiores.

—Gilipolleces.

—Deberías fiarte de mí.

—¿Fiarme? Joder, deliras. No voy a matarte, KG, pero ¿qué crees que pasará cuando al final me quemes? ¿De verdad crees que no te arrastraré conmigo?

—En ese momento, KG dejará de existir.

—Te crees que un nombre falso te va a proteger. Tu voz está en esa grabación. —Sonrió—. Tu ADN probablemente esté en mi coche. —Se miró los arañazos de las muñecas—. Y probablemente ahora esté hasta en mi puta piel.

KG no respondió.

—Así que caeremos juntos —dijo Riddick, mirándolo por primera vez en un rato.

—¿Por qué? —replicó KG, devolviéndole la mirada, enarcando una ceja mientras se frotaba el cuello—. Ni siquiera sabes lo que quiero. La alternativa que te ofrezco es más sencilla.

Riddick gruñó. —Puede que el dinero sea sencillo para ti, pero yo no tengo mucho que ofrecer.

—No es dinero —dijo KG—. No necesito tu dinero.

—Qué raro. Venga, entonces, ¿qué?

—El más pequeño de los favores y estamos en paz, Paul. Es una nimiedad en comparación con lo que ya has hecho. —KG metió la mano en el bolsillo de su traje—. Sabes, Paul, no hay mucha gente en la faz de la tierra que hubiera hecho lo que acabas de hacerme y hubiera vivido para contarlo, pero si haces esto en las próximas veinticuatro horas... —Sacó un trozo de papel doblado—. Me olvidaré de tus manos en mi cuello y me olvidaré de Ronnie Haller.

Riddick señaló el papel con la cabeza. —¿Qué es eso?

—Una lista con cinco de mis empleados. Todos hombres hechos y derechos, no te preocupes. Te estoy pidiendo que cruces otra línea, pero creo que es una con la que podrás vivir.

—Ve al grano.

—Uno de ellos es un chivato, estoy convencido.

—¿Un confidente?

—O eso o es un policía infiltrado.

Riddick negó con la cabeza. —*No.*

—Piénsalo. —KG le ofreció la nota—. Necesito saber cuál de ellos es. Las cosas que sabe vuestra gente, la información que tenéis, solo puede haber salido de uno de los de esa lista.

—Deliras si crees que voy a enviar a un hombre a la muerte.

—Perdona —dijo el cabrón con una ceja enarcada—, ¿no has hecho ya eso?

—Ronnie no era inocente.

—Nadie es inocente.

—¿Y si se trata de un agente infiltrado con familia?

—Poco probable. ¿Se habría apuntado si la tuviera?

—¿Así que si no tiene familia hay barra libre? Joder. No voy a entregarte a uno de los nuestros. No me puedo creer que pienses que eso pueda pasar.

—Podría ser un confidente... podría ser un mal bicho de mucho cuidado... podría ser catártico entregarlo. ¿Por qué no lo compruebas *primero* al menos? —Se lo volvió a ofrecer.

¡Mierda! —¿A qué coño estás jugando, KG?

—Lo sabrás en cuanto compruebes esos nombres, pero es lo habitual por aquí.

—¿*County lines*?

KG asintió de forma casi imperceptible.

—Así que identifico a tu confidente y, como resultado, ¿puedes destruir la vida de más críos? ¿En qué momento se supone que mi conciencia no se viene abajo, pedazo de mierda?

—Escucha con atención, Paul, y te lo pondré aún más fácil. Si no haces esto y yo te entrego a tus superiores, entonces me desharé de los cinco empleados de todos modos. Además, si, como has dicho, caigo contigo, quien ocupe mi lugar también hará limpieza. Lo único que estoy haciendo es reducir las bajas. Si sé qué empleado es el problema, los otros cuatro pueden seguir sin saber nada. Así que, para ti, Paul, el resultado es el mismo. En todo caso, estás haciendo algo bueno, perdonando la vida a los que son verdaderamente inocentes de traición.

Riddick negó con la cabeza. —Bueno, visto así...

Al darse cuenta de que Riddick no iba a coger el papel doblado, el hombre abrió la guantera y lo metió dentro.

—¿Qué te hace pensar que pueda *siquiera* averiguarlo?

El hombre se encogió de hombros. —Has demostrado tener muchos recursos en tu vida hasta la fecha. Te he investigado bien, Paul. Sí, has cabreado a mucha gente, pero sigues en el cuerpo. ¿Por qué crees que es?

Ni idea. ¿Siete vidas?

—Porque consigues resultados. Descubre quién me está causando problemas, o los cinco hombres morirán, y tú y yo nos pudriremos juntos en la cárcel. ¿Sabes lo que le hacen a los polis en el talego?

—Yo sé lo que le pasa a la gente que explota a niños —dijo Riddick entrecerrando los ojos—. ¿Podemos intercambiar notas?

—¿Un hombre... o cinco? ¿Otra oportunidad en la vida... o años de tormento? —Abrió la puerta y salió. Se puso el abrigo y volvió a asomarse—. Sé que tomarás la decisión correcta, Paul. Si lo dudara, no estaría aquí.

—Incluso si lo hiciera —siseó Riddick—. ¿Cómo sabría que esto se acaba aquí? ¿Que no seguirías volviendo?

—No lo sabes, pero imagino que si volviera, entonces sí que me matarías.

—Esa sí que es una buena idea.

KG cerró la puerta de un portazo.

Con el corazón desbocado en el pecho, Riddick observó al idiota del traje beis sortear los charcos helados con más destreza que antes.

¿Acaso tenía un brío especial en su jodido andar?

¿Acaso le he dado algún indicio de que accedería?

A Riddick se le revolvió el estómago. Miró la guantera.

¿Es esto lo que soy ahora? ¿En esto me he convertido? El poli corrupto de cabecera de un gánster local.

Sintió las manos de Anders sobre sus hombros de joven.

Quizá de verdad te viste reflejado en mí, Anders. Quizá, después de todo este tiempo, en realidad somos exactamente iguales.

Volvió a mirar por el retrovisor y vio que KG había desaparecido.

Riddick abrió la puerta y salió del coche. El viento y la nieve lo azotaban. Se acercó al panel de la valla de chapa ondulada que colgaba suelto del otro. Lo agarró y lo arrancó de cuajo, maldiciendo a grito pelado mientras lo hacía.

28

Después de un día duro, a Gardner le sentó fatal que nadie, salvo Barry, estuviera despierto cuando llegó a casa. Un abrazo de Rose y Anabelle le habría venido de perlas en ese momento.

Gardner estaba alargando la mano hacia el botellero cuando oyó a Barry entrar en la cocina detrás de ella.

—Antes no bebías tanto.

—Sí, y mi marido antes no me ponía los cuernos —dijo ella. Abrió el cajón de los utensilios y rebuscó el sacacorchos—. Al menos, que yo sepa.

—Solo ha estado Sandra, y fue después de que te marcharas.

—¿Después de que *me marchara*? —Metió el sacacorchos—. Me destinaron temporalmente, Barry. No es que tuviera muchas opciones.

—Eras más feliz entonces, en Salisbury.

—¿Ah, sí? —Sacó el corcho—. Pues no lo era cuando me apuñalaron en el pecho ni cuando maté a alguien en acto de servicio. ¿Cuando dejé el trabajo una temporada? Sí, puede. Aunque volví y perdí a dos de mis compañeros más cercanos en los dos años siguientes… ¿Acaso sabes algo de mí, Barry? ¿Sabes algo de lo que he pasado?

—Sé que tu trabajo ha arruinado este matrimonio.

Se sirvió una copa generosa de vino tinto y se giró para mirarlo. Se apoyó en la encimera.

—¿En serio? ¿Y que te tiraras a otra no tiene nada que ver? —Gardner bebió un buen trago.

—Como te he dicho, eso fue después, cuando te fuiste, cuando dejaste de prestarme atención.

Menos mal que se había tragado el vino antes de que él terminara la frase.

—¿Prestarte atención, Barry? ¿Siquiera sabes lo que significa eso?

—Sí…, pero ¿cómo puede nadie prestarle atención a alguien que nunca está?

—Yo estaba, Barry, solo que tú nunca te dabas cuenta. Tuviste oportunidades de hacerme sentir especial.

—¡Eso son gilipolleces, Emma! ¡Justo antes de que te fueras, me pasé la vida organizando ese viaje a Nueva York!

—Sí…, el viaje a Nueva York…, me encantó…, ah, no, espera, que nunca ocurrió.

—Te *fuiste*.

—Me encanta cómo lo planteas como si hubiera sido una elección.

—Siempre se puede elegir. ¿Y qué se suponía que debía hacer con el dichoso viaje? Tuve que cancelarlo; estábamos cada uno en una punta del país…

—¿Fue esa la verdadera razón?

—¿Qué quieres decir?

—Odiabas irte de viaje conmigo. No te interesa explorar, ver cosas nuevas… Tú solo quieres tirarte a la bartola al lado de una piscina. Seguro que te sentó de maravilla cancelarlo. ¿Te pusiste a buscar otra escapada?

—¿Cómo iba a hacerlo? Siempre estabas ocupada.

—¿Así que te rendiste? ¿Y te tiraste a otra?

—Deja de hacer que suene tan grosero.

—¡Como si no lo fuera! Estás casado, idiota.

Bebió otro gran sorbo de vino y luego cogió la botella.

—Y tú eres una intransigente —dijo Barry cuando ella pasó a su lado.

—Nos vamos a divorciar. Dejemos de darle vueltas a lo mismo.

—Vas a recordar todo esto y te darás cuenta de que podrías haber hecho más para salvar este matrimonio.

—¡Ja! Estarás demasiado ocupado con Sandra y tu nueva familia como para acordarte de la anterior. —Se giró hacia las escaleras.

—Oye… —La siguió, con la cara roja.

No solía ver a Barry perder los estribos y se enorgulleció un poco de haberlo conseguido.

—Se supone que eres una madre. Hay dos niñas ahí arriba que te necesitan y —se miró el reloj— llegas a estas horas.

Se detuvo en el cuarto escalón y lo fulminó con la mirada.

—Tengo a un chico de quince años muerto y a otros dos en paradero desconocido. ¿Puedes si quiera comprender esa responsabilidad?

—¿Y qué hay de tu responsabilidad con Ana y Rose?

—Siempre están seguras y cuidadas.

—¡Porque estoy yo aquí! —dijo Barry, golpeándose el pecho con el pulgar.

Tenía razón, pero eso solo consiguió ponerla más nerviosa.

—No por mucho tiempo —dijo Gardner.

—Vale…, Emma…, ¿y entonces qué?

—Haré los arreglos necesarios.

—¿Arreglos?

Continuó subiendo las escaleras.

—Sí.

—¿Que la vecina cuide de las niñas? O, peor aún, ¿uno de tus compañeros? ¿Qué tal salió eso la última vez? ¡Ah, sí, que a tu compañero casi lo mata tu hermano psicópata!

Gardner se encogió. Eso había sido brutal. Sabía lo mucho que la atormentaba la culpa por aquel incidente.

—Que te den. Nos las apañaremos. Ni que fueras tan útil.

—Me llevaré a Ana.

—No, no lo harás. ¡No después de que un buen abogado saque tus trapos sucios! Acostándote con una compañera mientras se suponía que cuidabas de tu hija y apoyabas a tu sufrida esposa.

—Créeme, cuando vean tu horario de trabajo, me la darán a mí. Ya he hablado con un abogado.

Gardner sintió una oleada de náuseas. Era un escenario inconcebible.

—Bueno, si ese es el caso, lo dejo —dijo Gardner, tomando un gran trago de vino y dirigiéndose a lo alto de la escalera—. Ya lo he hecho antes.

—Es imposible hablar contigo. ¿Sabes si quiera lo que le pasa a Rose? ¿Sabes si quiera cómo se siente?

Gardner se detuvo en el último escalón. Eso dolió. Se agarró a la barandilla.

—Echa de menos a su padre —dijo Barry—. Pregunta por él todo el tiempo. Por tu maldito hermano. *Quiere* verlo, ¿sabes?

No puede.

—Tienes que hablar con ella. No voy a ser yo el malo que le impida ver a su padre. ¿Por qué debería serlo?

Serías cualquier cosa menos el malo por impedirle ver a ese sociópata, Barry.

Se giró hacia el rellano.

—Tienes responsabilidades —le gritó Barry desde abajo.

—Baja la voz, Barry, las niñas están en la cama.

—Sí, ya lo sé, las he acostado yo.

Entró en el dormitorio, cerró la puerta, echó la llave, se sentó en el borde de la cama, bebió más vino y luego rompió a llorar.

El vino la ayudó a relajarse, pero, por desgracia, no la dejó KO. Habría bastado con otra botella, pero entonces el día de mañana sería un infierno y no tendría tiempo por la mañana para quitarse la resaca corriendo.

Tenía muchísimas cosas dándole vueltas en la cabeza; sin embargo, extrañamente, cada vez que cerraba los ojos, solo veía a Ron Best de pie junto a la ventana del salón, mirándola fijamente mientras ella llamaba a la puerta.

Los ojos muy abiertos…, la boca abierta de par en par…, sabiendo que su ya frágil vida iba a derrumbarse por completo.

Lo único que siempre quise para Stephen fue que evitara los errores que yo cometí.

Pero Lynda me salvó. Si no la hubiera conocido, nunca habría sentado la cabeza.

Y cada vez que pienso en la suerte que tengo de haber conseguido que mi hijo tenga una vida segura, soy muy duro con él.

En ese momento, la culpa debía de estar destrozando a Ron.

Lo había visto muchas veces.

Esos chicos malos que se reforman y empujan a sus hijos, sin descanso, hacia una vida que no se parecería en nada a la suya.

Se incorporó, tratando con todas sus fuerzas de centrarse en los otros acontecimientos del día, pero en su estado relativamente ebrio, muchas de las experiencias se fusionaban en un collage bastante irritante de imágenes y sonidos exasperantes: la tos de Kyle Alexander; Hugo Sands sacándose un Big Mac de entre los dientes; el repartidor de Warhammer haciendo rodar una moneda sobre sus nudillos; los incesantes golpes de Rice mientras Ron estaba de pie en la ventana…

Ahí estaba otra vez, de vuelta con Ron.

—¿Y quién es el amigo misterioso? —preguntó en voz alta—. ¿Quién usó Warhammer como anzuelo y te pescó, Stephen?

¿Eugene Scarrow?

Poco probable. Su pareja de género no binario, Alexia, ya se había prestado como coartada.

Miró el móvil y pensó en Riddick. Cerró los ojos y, de repente, se perdió en aquel momento en que él se había quedado dormido en el sofá a su lado.

Luego sintió la mano de él en su hombro, la noche anterior, cuando había ido a verle para reprenderle por la metedura de pata de Morgan Lark…

La piel se le sonrojó de nuevo, igual que en aquel instante.

Siempre me cubres las espaldas.

Abrió los ojos y se quedó mirando el móvil, sopesando si llamarle o no; solo para poneros al día. Decidió no hacerlo. Se había irritado esa mañana por haber sido apartado y, hasta que ella no tuviera un

mayor control sobre el caso, dudaba que estuviera demasiado receptivo.

Miró su reloj y vio que ya pasaban de las diez.

Y seguía sin recibir una llamada de Marsh ni de nadie de su gente, lo que significaba que Milo Hardy y Pete Wilson, otros dos *niños vulnerables*, seguían ahí fuera.

Ansiaba que sonara el teléfono. Ansiaba oír las palabras: Los hemos encontrado juntos.

Pasando el rato juntos junto al río.

Sentados cerca del campo de rugby.

Vapeando en el banco de un parque.

Cualquier cosa.

Pensó en el pálido rostro de Stephen Best.

Cualquier cosa menos eso.

Pensó en su hermano, el cabrón que no solo le había dejado una cicatriz en la cabeza, sino que le había marcado toda la vida con su forma de ser de sociópata.

Y recordó, en detalle, las últimas palabras que intercambiaron.

—Me has dejado con la misma responsabilidad por esa niña que tienes tú.

—He hecho lo correcto. A su madre no le queda mucho tiempo en este mundo de todos modos, e incluso si sobrevive, Rose acabará en un centro de acogida. No podía pedirte sin más hace tantos meses que fueras una madre para mi hija, Emma. Pero ahora, sí puedo. Y ahora, dirás que sí.

No preguntaba.

Ordenaba.

Y ahora te echa de menos, cabrón.

Su teléfono sonó. Era Marsh. —¿Sí?

—Emma. —Hubo una breve pausa—. Tengo malas noticias…

29

—¡Mierda! —Riddick miró la guantera.

Dentro, cinco nombres. KG, el gilipollas del traje beis, le había presentado unas opciones muy claras.

¿Un hombre o cinco?

¿Otra oportunidad para recuperar su vida o una vida en la cárcel?

Sin embargo, incluso esas decisiones, algunas de las más difíciles que había tenido que tomar en su vida, no parecían más que una distracción.

Sacudió la cabeza y pensó en el chico muerto que yacía a su lado en la cueva de St Robert, y en George Jacoby, un posible asesino de niños escondido tras un muro de enfermeras.

KG quería a su rata en veinticuatro horas.

Que te jodan, KG. Soy un hombre ocupado. Ya me ocuparé de ti cuando haya resuelto esto.

Aparcó el coche, saltó de él y se movió con rapidez, con la cabeza gacha, a través de la nieve que caía. Había olvidado coger la chaqueta del asiento trasero, pero el fuego de la adrenalina en su estómago lo mantenía caliente.

Golpeó con fuerza la puerta principal de un chalet de obra nueva de tamaño moderado, y luego retrocedió, andando de un lado a otro bajo la nevada.

Para un observador casual, podría haber parecido un hombre poseído. Un hombre que necesitaba bajar el ritmo, respirar hondo,

quizá dormir y luego retomar cualquier asunto pendiente con las ideas frescas.

Pero ese observador casual se equivocaría.

Si Riddick bajaba el ritmo, se pondría a merced de sus demonios. Dejar que salieran a jugar era impensable.

Rice abrió la puerta vestido con un pequeño batín de seda adornado con símbolos japoneses. La visión fue tan chocante que Riddick se quedó sin palabras, a pesar de saber exactamente lo que quería decir.

—¿Eh? —dijo Rice—. ¿Lo dices en serio?

—Déjame entrar.

—Paso de ti. No estoy solo.

—Cuida el tono.

—¿Por qué iba a hacerlo? Eres intimidante e imprudente, y *no* vas a entrar en mi casa. Lárgate antes de que presente una queja.

Volvió a mirar a Rice de arriba abajo en el batín y sintió una oleada de repulsión. —¿Quién está ahí contigo? ¿Y a qué viene ese kimono?

—Eso no es asunto tuyo. Ninguna de las dos cosas.

Riddick entornó los ojos y sosegó la respiración. Sentirse como un animal salvaje era una cosa, pero comportarse como tal era la receta para el desastre.

Rice sonrió con suficiencia. —¿Crees que es el jefe? ¿Es por eso que estás aquí? Entonces los rumores eran ciertos...

—Cierra el pico. Sal y cierra la puerta, Phil.

—Que te den. Me estoy helando. No.

—No querrás que anuncie esto a quienquiera que tengas de visita...

Rice fue a cerrarle la puerta a Riddick en las narices. —Eres un hombre ridículo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a George Jacoby, Phil?

Rice salió y cerró la puerta tras de sí. —¿Lo dices en serio? ¿Ahora me investigas a mí? De verdad que no puedes evitarlo, ¿eh? La vas cagando por donde pasas...

—No tengo tiempo para tus patéticos intentos de fanfarronear, Phil. Háblame de tu primo.

—Mantener un perfil bajo... ¿No eran esas tus instrucciones? —Se cruzó de brazos. No funcionó. Le castañeteaban los dientes.

—Mis instrucciones no tienen nada que ver contigo. ¿Tu primo?

—No hasta que me digas por qué me estás investigando. Decir que estás desquiciado es quedarse corto; esto ya es otro nivel. —Abrió los ojos como platos—. Joder..., ¡no pensarás que tuve algo que ver con Stephen Best!

—Gracias... No sabía su nombre.

—Mierda —dijo Rice, negando con la cabeza—. Bah, da igual, se lo van a filtrar a la prensa mañana por la mañana de todos modos. Y que lo sepas, ¡estás ladrando al árbol equivocado como un puto demente! ¿Crees que yo era el que iba en ese coche que no recuerdas? —Se rio. Señaló su Volvo rojo—. ¿Te suena de algo? ¿Te ayuda con la amnesia? —Se cruzó de brazos de nuevo—. Me parece que no.

—Estoy aquí por George...

—¡Ese hombre es un cadáver, despierta!

—Háblame de él —repitió Riddick, decidido a no perder los estribos. A mantenerse centrado. A avanzar hacia la verdad.

Era lo único que importaba.

—George es mi primo —dijo Rice—. Tiene el síndrome de enclaustramiento. Pero supongo que todo esto ya lo sabes, ¿no? ¿Crees que tengo algo que ver con él? Porque si investigaras en condiciones, sabrías que no. De hecho, no tengo nada que ver con nadie de mi familia. ¿Por qué iba a molestarme con alguien que está postrado en una cama? Y si eso suena cruel, me da igual. Verás, no me conoces, y aunque me conocieras, me importaría una mierda lo que pensaras.

—Creo que George Jacoby, *tu primo*, pudo haber matado a Graham Lock en 2003 —dijo Riddick. Se contuvo justo a tiempo de añadir: «Y quizá incluso a Stephen Best anoche», porque entonces la conversación probablemente habría terminado, y Rice estaría dentro llamando al Cuartel General para sugerir un hospital psiquiátrico.

Rice negó con la cabeza. —Me reiría si esto no fuera *más que* ridículo. No pareces borracho, Paul, pero seguro que... ¿has vuelto a

beber? Sabes qué, no respondas a eso. Me da igual. Presentaré un informe sobre cómo un compañero desquiciado me ha sacado a rastras al frío y me ha lanzado acusaciones, y dejaré que los de arriba decidan si estás en condiciones para el servicio.

—Tu padre era el Inspector Jefe en el caso Lock, Phil. Es imposible que no sepas más de lo que aparentas.

Rice descruzó los brazos y adoptó una pose agresiva. —Para el carro. Creo que la amnesia que te has agenciado es peor de lo que pensabas. Cuando ambos éramos unos novatos, ¿quién fue el que recibió el empujoncito decisivo? ¿Fui yo? —dijo Rice, tocándose el pecho—. ¿Hijo de un exitoso Inspector Jefe, o fuiste... —señaló a Riddick— tú, hijo de... bueno... hijo de nadie?

—Ah, ya veo —dijo Riddick—. Esto explica muchas cosas. Siempre me pregunté por qué eras un gilipollas conmigo. Es resentimiento. Todo este tiempo.

—El hecho de que tu carrera despegara por un puto oso de peluche, mientras mi propio padre seguía pasándome por alto... sí, me dejó un sabor amargo, pero no era la única razón por la que era un gilipollas. Era un gilipollas porque, adivina qué, esto no sorprende a nadie, ¡tú eres el mayor gilipollas de todos!

—Bueno, ahórrate la envidia. De todas formas, ahora eres inspector. No es que te haya adelantado.

—Lo habrías hecho si no te hubieras pasado los dos últimos años tirando tu carrera por la borda.

Riddick contuvo a duras penas un arrebato de ira. —¿Después de lo que me pasó, tienes los cojones de decir eso?

—Me refería a tu conducta profesional, no a tus problemas personales, así que no me vengas con esas. ¿Sabes cómo te llaman los demás a tus espaldas, Paul? Capitán Caos. Yo habría sacado mejor partido a esos ascensos prematuros si me los hubieran dado a mí.

—Vale —dijo Riddick, negando con la cabeza—. Volvamos al tema. Tu padre era el inspector jefe en el caso Lock, así que sabes cosas…

—¡Joder, es que no escuchas! Lee mis labios. Mi padre no me dejó acercarme al caso ni de lejos. ¡Anders te dio más acceso a ese

lamentable asunto del que tuve yo jamás! De verdad que no sé a qué te refieres con lo de George.

—Incluso en los años posteriores, ¿nunca te habló del caso Lock?

—Mi padre era un gilipollas. *Debes* saberlo, ya que lo conociste en persona. Apenas hablaba con él. Y no tengo ni idea de qué tiene que ver George en todo esto. —Hizo una pausa, tiritando, mientras observaba a Riddick con aire pensativo—. De todas formas, ¿de dónde coño sale todo esto?

Riddick se encogió de hombros. —De las notas del caso. He releído las notas del caso.

—Y bien, ¿qué has visto en esas notas del caso que de repente te ha convencido de que Russell Lock —que en paz descanse su alma de maltratador de niños— era el hombre equivocado? ¿Y que mi primo, que se ha pasado la mayor parte de su penosa vida incapacitado, es el verdadero monstruo?

Riddick le habló de los testigos presenciales que vieron a George hablando con Graham. Le habló del avistamiento de Donna Morfett de dos personas en una barca. Y, lo más importante, le contó cómo, a pesar de las sospechas de Anders, aquello se dejó de lado y nunca se investigó.

Rice se estremeció mientras lo sopesaba. —Espera… si nunca se investigó… entonces, ¿cómo has leído sobre ello?

Riddick se mordió el labio.

—¡Hostia puta! ¿Fuiste a ver a Anders?

Riddick desvió la mirada.

—Y te calentó la cabeza… Típico. —Rice negó con la cabeza y bufó—. Yo me mantengo al margen de este puto marrón. ¡Anders! Por el amor de Dios, tío. ¿Qué te pasa?

Riddick entrecerró los ojos. —Lo relevante aquí es que Anders me dijo que se pasó por alto a Jacoby. Siempre le ha atormentado.

—¡Le atormentó lo suficiente como para no hacer nada al respecto! ¿De verdad crees que Anders tiene un ápice de moralidad? ¡Manda cojones! Y encima eres el *gran* detective que lo desenmascaró.

Riddick se inmutó. —Phil, escúchame. Hay algo de verdad en esto, y…

—No, escúchame tú a mí. Anders te está llevando al huerto. Mi padre era un completo y absoluto cabrón. Lo odiaba, y él me odiaba a mí. Con creces. Todo lo que he conseguido ha sido por mí mismo. Y no gracias a algún padrino, como tú. Aun así, dicho todo esto, diré una cosa a favor del cabrón. Era un hombre entregado a su trabajo. Más moral que todos nosotros juntos, joder. Te puedo asegurar, desde el fondo de mi corazón, aunque no creas que tengo uno, que el inspector jefe Derek Rice atrapó al hombre correcto.

Riddick suspiró para sus adentros. *No sabes nada, ¿verdad?* —Vale… solo escúchame una cosa más.

Rice tiritó y desvió la mirada.

—¿Por favor? —dijo Riddick, y la palabra le causó una gran incomodidad al salir de su boca.

—Estoy harto de congelarme las pelotas. Te queda un minuto más, Paul, antes de que te dé con la puerta en las narices.

—Tu tía, Cassandra Jacoby, era diputada. Nada menos que la ministra de Delincuencia y Policía. Tu padre, su hermano, era inspector jefe. George podría haberles destrozado la vida.

Los ojos de Rice se movían de un lado a otro, indicando que al menos lo estaba considerando. Finalmente, negó con la cabeza. —Pero no me los imagino encubriendo esto. ¿Vas a sugerir también que le provocaron el ictus a George?

Riddick se encogió de hombros.

—Quiero decir, ¿es eso posible siquiera?

—No lo sé. Pero hay algo más que me preocupa. La gente puede recuperarse del síndrome de enclaustramiento. No es algo inaudito.

Rice negó con la cabeza. —Conozco gente que lo ha visto. Junto al río. En silla de ruedas. Está muy débil.

—¿Cuándo fue la última vez que *tú* lo viste?

Rice puso los ojos en blanco. Riddick estaba perdiéndolo otra vez. —Esto son gilipolleces… Dios, no lo sé. Obviamente, lo vi trabajando junto al Waterside, pero ¿cuándo fue la última vez que interactué con él? Déjame pensar. Bueno, supongo que cuando era niño, y eso era por mi madre. Mi padre nunca se llevó bien con nadie, y eso incluía a la tía Cassandra. Cuando mi madre murió, yo

tenía diez años, y la verdad es que no mantuvimos el contacto con nadie de mi familia política.

—¿Qué impresión te dio George cuando lo veías?

—¿Cuando tenía diez años? ¿Lo dices en serio?

Asintió. *Mejor que nada.*

Rice negó con la cabeza. —Joder. Recuerdo ir a pescar con él. Por lo que recuerdo, parecía que le gustaba mucho. Quizá eso explique su elección de profesión, las barcas en el río. —Hizo una pausa y puso los ojos en blanco—. Esto es ridículo. Hemos terminado.

—¿Sabes algo de sus últimos años?

Rice negó con la cabeza. —Nada. Ahora, si me dejas volver al calor y… ya sabes… —Se ajustó el cinturón de su kimono—. A otras cosas más interesantes.

Riddick se dio la vuelta, y un pensamiento horrible le asaltó, llenándolo de náuseas. ¿Lo estaban utilizando? ¿Había percibido Anders su vulnerabilidad? ¿Había buscado una forma de gastarle alguna broma macabra?

¿Se estaría Anders descojonando de risa en ese momento por su venganza?

—Vete a casa, Paul, descansa un poco. ¡Por el amor de Dios…!

Preocupado por si vomitaba de repente, y no queriendo parecer patético delante de Rice, se alejó a trompicones por el sendero.

Riddick oyó el portazo de Rice.

Cuando Riddick llegó a su coche, apoyó las manos en el techo y respiró hondo.

Quizás Rice tenía razón. Quizás estaba ladrando al árbol equivocado a las puertas de un manicomio.

Levantó la vista y dejó que la nieve le salpicara la cara.

Quizás era hora de que cerrara el chiringuito.

Ir a la cárcel y morir en una celda. Ahorrarle a todo el mundo el drama de Paul Riddick que parecía no tener fin…

Se subió al coche y miró la guantera.

Dentro, cinco nombres.

Cerró los ojos y visualizó a Anders, sonriendo con suficiencia detrás de la mesa en la sala de visitas de antes.

Ojalá no te hubiera conocido nunca aquella noche en la cueva.

Ojalá no hubiera aceptado nunca aquel ascenso que finalmente me llevó a la investigación de Ronnie Haller.

Y ojalá, más que nada, mi familia siguiera viva.

30

Milo estaba sentado en el borde de la cama, jugueteando con el cinturón del albornoz grueso y azul que le había dado con un guiño la simpática señora que llevaba mucho maquillaje. —De felpa. Acurrúcate aquí, corazón; pero ni se te ocurra decírselo a Tommy.

Aparte del papel de pared azul que se estaba pelando, la habitación no era demasiado incómoda; estaba limpia, ordenada y, lo más importante, era cálida. Al lado de la cama había un pequeño escritorio cubierto de libros. Reconoció los títulos de un par de clásicos. Los libros nunca le habían interesado de verdad; le parecía que tardaban demasiado en ir al grano. Los cómics eran rápidos.

Además, ¿cómo podía leer si estaba aterrorizado? Con una sola cosa en la cabeza. Su madre.

Ansiaba cogerle la mano, comprobar que estaba bien y quizá llorar un rato con la cabeza apoyada en su pecho. Esos anhelos lo llevaron por otros derroteros más inquietantes. Ella querría saber qué le pasaba. ¿Por dónde empezar a contarle la horrible muerte de Pete y las terribles decisiones que su niño de oro había tomado en los últimos días?

Recordó las palabras de KG para convencerlo de que viniera sin rechistar: —O eso, o perderá usted a su madre antes de lo previsto.

Fue en ese momento cuando se meó encima.

Después de que lo trajeran a esta casa de Starbeck, la mujer se había llevado su ropa para lavársela.

—¿Espero no haberte preocupado, corazón? Tommy no volverá hasta tarde, ni se enterará. La habré lavado antes de que asome el hocico —dijo, y le guiñó un ojo otra vez, después de que él saliera del aseo de abajo con el albornoz azul oscuro.

KG le había ordenado a la mujer que subiera a Milo a la planta de arriba. Ella le había cogido la mano con cuidado, debido a sus largas uñas multicolor. Fue un agarre suave. Mucho mejor que el de KG, que le había dejado el hombro dolorido después de que lo sacara a marchas forzadas de su casa.

—Después de que KG me eche la bronca, te subiré algo de zampar —le había dicho, sonriendo. Él se fijó en que tenía pintalabios rojo en los dientes—. Por cierto, soy Brenda. Llámame Bren, sin más.

Reunió algo de valor durante el considerable tiempo que pasó antes de que ella regresara, decidido a hablar con ella. Se dio cuenta de que tenía el pintalabios rojo corrido, pero al menos ya no le manchaba los dientes. Su vestido también parecía desaliñado.

—Galletas y leche —dijo, entregándole un plato y un vaso a Milo.

Abrió la boca para exigir respuestas, pero, como de costumbre, su filtro interno se activó y la volvió a cerrar.

Ella entrecerró los ojos, posiblemente al ver la frustración en su cara. —No te preocupes, corazón. A ver, no es tan malo. De verdad que no. En cierto modo, se preocupa. No tardará, y entonces lo arreglará todo.

Le acarició la mano con aquellas uñas multicolor, sonrió y salió de la habitación, cerrando con llave.

Lo arreglará todo.

¿Cómo era eso posible?

Pete estaba muerto, su madre se estaba muriendo y ahora tenía a un criminal amenazando con acortarle aún más la vida... ¡si es que Milo lograba salir vivo de esa casa!

Miró el vaso de leche que tenía en la mano. *¿Un arma?*

Potencialmente. Si su propia vida corría peligro. No podía ni imaginar lo que su propia muerte le haría a su madre en sus últimos meses.

Necesitaba una forma de salir de aquello.

Poco después, oyó que la puerta se abría de nuevo y allí estaba KG, con su traje beis. Le hizo un rápido gesto con la cabeza. —Milo, necesitamos hablar.

Tras entrar, cerró la puerta a su espalda. —Échese a un lado, por favor.

Milo obedeció y KG se sentó a su lado.

—Ahora que está tranquilo, podemos tener una charla como es debido. —Miró a Milo, jugueteando con la cadena de oro que llevaba al cuello.

De repente, KG parecía más amable que nunca. Milo recordó la afirmación de la mujer de que no era tan malo.

Puro teatro.

Lo había visto en la pantalla de aquel ordenador en la nave industrial de York, ladrando órdenes para torturar a Pete hasta la muerte. También había amenazado la vida de su madre y lo había encerrado en esta habitación.

KG se estiró y cogió un viejo libro polvoriento que había visto días mejores. Ni siquiera tenía una imagen en la cubierta. Solo era de tapa dura, rojo y con *Robinson Crusoe* grabado en dorado.

—Nunca es demasiado tarde para ser sabio —dijo KG.

Milo no respondió.

KG dejó el libro. —¿Lo ha leído?

Él negó con la cabeza.

—Debería leerlo. Tommy lee. Tommy fue como usted en su día. Ahora es feliz. Aquí, con Bren.

Me pregunto qué tan feliz estará si se entera de que un chico que se ha meado encima está sudando de miedo en su albornoz de felpa.

KG suspiró y jugueteó un poco más con su cadena. —Podría meterle el miedo en el cuerpo, pero seré sincero con usted, amigo. La muerte de Pete fue una cagada. Una desgracia. Que no salga de aquí, pero nadie se siente peor que yo por ello.

Mentiroso.

—En cierto modo, era como un hijo para mí.

Eso parecía cuando ponías a parir a su madre y le metías esa porquería a la fuerza.

—Los errores que cometió... —Se frotó la cara con las manos—. Fueron graves. Cuando empiezan a morder la mano que les da de comer, es solo cuestión de tiempo que vayan a por el resto de ti. Tenía que dar un escarmiento. No esperaba que... De verdad que no.

Torturaste a mi amigo.

Negó con la cabeza, con una expresión sombría, antes de suspirar. Entonces, una sonrisa se dibujó en su rostro, miró a Milo y le amonestó con el dedo. —Vi algo en usted, Milo, aquella noche en el parque. Ya sabía lo de Pete, pero le di otra oportunidad por usted; por el potencial que vi en usted.

¡Si apenas hablé! Deje de fingir. Deje de actuar. No puede manipularme como ha manipulado a todos los demás. Mi madre me enseñó algo mejor que eso.

KG señaló el *Robinson Crusoe* que había sobre la mesa. —Ahora es el momento de que sea sensato. Como Robinson. Nunca es demasiado tarde. Por favor, piense en la situación en la que se encuentra, Milo. Piense en lo que es mejor para usted. Pete ya no está. Me duele decirlo, pero… —Se frotó la cara como si fuera a romper a llorar de un momento a otro. *Mentiroso.* —Y tampoco piense en su padre, porque es una deshonra y la verdadera razón de las lamentables decisiones de Pete. Y por favor, Milo, no se lo tome a mal…, pero también tiene que sacar a su madre de la ecuación. Ya estará ahí para ella, sin duda, ¿qué buen hijo no lo haría? Pero, por favor, Milo…, ahora todo esto va de usted.

Aquella muestra de amabilidad, de *compasión*, hizo que Milo ardiera por dentro. No estaba seguro de si quería gritar y chillar o simplemente romper a llorar, pero sabía que ninguna de las dos era la mejor opción.

Tenía que dar un paso al frente ahora. *Tomar el control.*

—¿Quiere oír lo que pienso? —preguntó KG.

Dígamelo entonces. Déjeme consentir… por ahora. Déjeme llegar a casa para poder pensar un plan. Asintió.

—¿Cuándo cumple los dieciséis?

—En marzo.

—Vale. —KG asintió y se quedó pensativo—. Cuando ella finalmente fallezca, Milo —y sé que es horrible pensar en ello, pero lo hará y usted debe pensarlo—, entonces tendrá dieciséis años. ¿Qué tendrá? Sé que su casa es de alquiler y que su madre, que en paz descanse, tiene pocos ahorros, pero no tiene por qué ser una situación desesperada. Sabe, Tommy tiene diecisiete. Tengo otro chico aquí, Joseph, que tiene dieciocho. Estaría en buena compañía aquí. Chicos buenos y formales. Buenos modelos a seguir. Lo que Pete debería haber sido para usted. Y Bren, bueno, ya la ha conocido… sabe cómo cuidar de mis chicos.

Sabe cómo cuidar de mis chicos.

Hablaba como si fueran de su propiedad.

—Tendrá una familia, Milo. ¿Entiende lo que le estoy ofreciendo? Nunca es demasiado tarde para ser sensato, ¿recuerda?

Asintió. *Pero no quiero ser propiedad de nadie.*

—Le has caído muy bien a Bren —dijo KG, y le guiñó un ojo—. No es una mala posición en la que estar. Siempre pide pizza los viernes y es genial consiguiendo cualquier cosa que necesites. Vi esas pilas de cómics en tu casa. Te conseguirá todos los que quieras. —Se rio—. Déjele el *Robinson Crusoe* a los ratones de biblioteca como yo y Tommy. —Le agarró el hombro a Milo. Por suerte, no con tanta fuerza como antes—. Entonces, ¿qué me dice, muchacho?

Miró a KG a los ojos. En cierto modo, quería creerle. Creer que las nubes infernales que lo habían anegado hoy tenían algún resquicio de esperanza. Pero sabía, en el fondo, que no era así. KG lo utilizaría. Pagaría su alojamiento transportando droga. No había ningún rayo de luz que brillara en aquella habitación.

Se preguntó cuántos jóvenes habrían caído en la trampa de este hombre. No todos tendrían esta aguda percepción de quién era realmente. Supuso que sus tácticas de manipulación serían mucho más poderosas si uno ignoraba el hecho de que era un asesino.

Sin embargo, sabía que no había nada que pensar. En realidad no. Si se negaba, liquidarían a su madre, y él iría poco después.

Asintió.

—Mientras tanto… —Se metió la mano en el bolsillo interior. Le ofreció un fajo de billetes.

Milo se lo quedó mirando, atónito. Jamás había visto tanto dinero en su vida.

—Cójalo —dijo KG, agitándolo hacia Milo, con insistencia—. Le servirá para ir tirando los próximos meses, mientras las cosas se ponen difíciles. Luego, después de eso, estaremos listos para usted.

Milo cogió el dinero.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo KG.

Brenda entró con la ropa de Milo. —Limpia y planchada.

Milo se sintió algo avergonzado por haber manchado la ropa y bajó la mirada.

Ella la dejó en la cama, detrás de KG. —Te la dejo ahí. —Mientras salía, le devolvió la sonrisa—. Espero que vengas a quedarte aquí, Milo. Te prepararé una habitación.

—Pósteres de Batman por todas partes, Bren —dijo KG con una sonrisa.

Ella les dedicó a ambos un saludo con su mano de dedos multicolores desde la puerta.

—Vístase ahora y lo llevaré a casa —dijo KG, apretándole el hombro a Milo y levantándose de nuevo—. Use ese dinero para que los últimos meses de su madre sean cómodos. Lo que sea que necesite. Se lo merece. Si necesita más, solo tiene que decírmelo. Le ha dado al mundo una verdadera joya con usted.

Cuando llegó a la puerta, se giró. —Ah, solo una cosa más. Antes de que se me olvide. Necesita saberlo. Estaría mal no decírselo. Es desagradable, lo sé, pero usted es cómplice de lo que le pasó a Pete. Sé que no es culpa suya, Milo, es joven, pero aun así lo usarán de escarmiento, de alguna manera. No podría soportarlo. Su madre no podría soportarlo. —Ladeó la cabeza—. Sé que no hará nada que ponga en peligro estas oportunidades, pero he pensado en dejarle claro lo importante que es guardar silencio sobre todo. ¿De acuerdo?

Milo asintió.

Él sonrió, se giró, hizo una pausa y luego se volvió de nuevo. —Pondré a alguien para que lo vigile. Solo para asegurarme de que está a salvo. Ahora es importante para mí, Milo, y está pasando por

una mala racha. Dormiré más tranquilo sabiendo que está bien. Vístase y lo veré abajo.

Después de que se fuera, no cerró la puerta con llave.

Debía de estar seguro de que ya lo tenía atrapado.

Milo se secó las lágrimas.

El monstruo tenía todo el derecho a estar seguro.

31

La llamada de Marsh la espoleó a la acción, pero Gardner había bebido demasiado vino para ponerse al volante.

Por frustrante que aquello resultara, probablemente era algo bueno. Echarse a las calles le habría parecido más útil que dar vueltas por su dormitorio, pero, a las diez y cuarto de la noche, lo más seguro es que hubiera sido una completa pérdida de tiempo y un camino más rápido hacia el agotamiento.

Al final, sin aliento de tanto dar vueltas, se sentó al borde de la cama y se frotó las sienes.

Dormir era la mejor opción en ese momento; un intento de recargar las pilas para el largo día que le esperaba. Sin embargo, ¿era eso siquiera posible con la conversación con Marsh retumbando en su cabeza?

—Emma, ¿sigue ahí?

—Sí, disculpe, inspectora. Es que estoy conmocionada. Simplemente no me puedo creer que esto esté pasando. ¿Kyle Alexander también? No puedo... Es que no me entra en la cabeza.

—Es extraño, lo sé...

—¿Extraño, inspectora? ¡Un chico de quince años muerto y tres críos por ahí haciendo Dios sabe qué! *Tres* chicos desaparecidos. ¿Y si..., y si...?

—Aún no, Emma. Tiene que respirar hondo. No ha pasado tanto tiempo. No sabemos si de verdad han desaparecido. Las diez de la

noche no es *exactamente* una cuestión de vida o muerte para muchos adolescentes.

—Salvo Pete Wilson, son adolescentes sin antecedentes de trasnochar, y desde luego no son de los que no mantienen a sus padres informados de dónde están.

—Lo sé, y no estoy ignorando esto, Emma. Los departamentos pertinentes están al corriente.

—¡Collette Alexander debe de estar desesperada! Quizá debería ir a...

—Espere, Emma. Su marido está allí y tenemos buenos agentes con ellos. Que todo el mundo se les eche encima es lo último que necesitan en este momento. Está controlado.

Ahora, sentada al borde de la cama, miró las notas que había tomado durante la llamada de Marsh.

El teléfono móvil se quedó en casa..., sin actividad sospechosa en los registros..., Collette revisó su habitación a las nueve y media y no estaba..., debió de salir de casa mientras los padres veían la televisión.

Gardner se dio cuenta de algo que la dejó helada.

No recordaba haberse sentido tan perdida en su vida.

Se recostó en la cama, con la mente hecha un lío. ¿En qué debía centrar sus pensamientos? ¿En los niños desaparecidos, en Rose y su sociópata padre, en su mejor amigo, Riddick, en su matrimonio fallido?

No solo estaba perdida, sino que estaba completamente abrumada...

Su teléfono volvió a sonar.

—¿Sí?

—Uno menos —gruñó Marsh—. Milo está en casa.

Gardner suspiró aliviada. —Gracias a Dios. ¿Dónde ha estado?

—Le ha dicho a su madre que había salido a caminar.

—¿Hasta casi las once? ¿Estaba con Pete Wilson?

—Al parecer, no.

—Entonces, ¿por qué estaba fuera? Antes de lo de Pete Wilson, nunca salía más allá de las siete.

—No lo sé, Emma.

—Tenemos que hablar con Milo de inmediato. Es importante...

—Se le ha sugerido a la madre, pero lo ha rechazado de forma tajante.

—Mierda..., entonces, ¿forzamos la situación?

—Es menor y la madre está muy enferma. ¿Sospecha de él, Emma?

—No..., no lo sé..., hay mucho que procesar...

—En ese caso, andaremos con cuidado. Dejémosles pasar la noche.

Gardner se levantó, suspiró y empezó a dar vueltas por la habitación de nuevo. —Entendido. A primera hora intentaré un acercamiento sutil.

—Gracias, Emma.

—¿Alguna otra noticia?

—No. Como he dicho, uno menos, quedan dos. Lo conseguiremos. Ahora, intente dormir. Le prometo llamarla cuando aparezca el segundo.

Gardner se metió en la cama, completamente vestida, aferrándose desesperadamente a la única buena noticia que había recibido en un tiempo. Milo Hardy estaba a salvo. Dejó que aquello la calmara. No le garantizaría necesariamente el sueño, pero era todo lo que tenía.

32

Riddick estaba sentado ante el ordenador, con la cabeza entre las manos; la sensación de fatalidad que le había provocado el chantaje de KG avivaba sus ganas de beber.

Luchaba con cada fibra de su ser. Si de verdad aquel era su canto del cisne, *tenía* que afrontarlo con dignidad y control. Se lo debía a todas.

Rachel..., Molly..., Lucy..., Emma.

Riddick bajó las manos, miró el sobre cerrado que había en su escritorio y recorrió con los dedos su nombre y dirección, escritos con la letra descuidada de su mentor.

¿Qué te podía quedar por decir, Anders?

Junto al sobre estaba la lista de cinco hombres que le había dado KG.

Miró la pantalla del ordenador. La base de datos de su trabajo le pedía la contraseña.

¿Tendría la autorización necesaria para averiguar cuál de aquellos hombres era un informante o, Dios no lo quisiera, un agente encubierto? Probablemente no. Pero era un punto de partida. Y, como había dicho aquel depredador de traje beis, él era un hombre de recursos. Si esto fallaba, había otras maneras.

Tecleó su contraseña —una combinación de los nombres de sus hijas— y pulsó Intro.

Tras navegar por varios menús, abrió una barra de búsqueda. Miró el primer nombre de la lista y lo escribió: Stewart Waller.

Sus dedos temblorosos se quedaron suspendidos sobre la tecla Intro.

¿Y ahora qué?

Si descubría, como por milagro, que Stewart era el hombre, ¿qué venía después?

¿La muerte de Stewart?

¿El hijo de alguien? ¿El hermano? ¿El padre?

¿Qué le daba derecho a infligir ese daño a nadie?

Además, cuando Stewart desapareciera, ¿entonces qué? Esta búsqueda estaría directamente vinculada con el inicio de sesión de Riddick. Era prácticamente una confesión.

Apartó los dedos de la tecla y bajó la vista hacia el sobre, recorriendo de nuevo la caligrafía de Anders.

¿Tú qué habrías hecho, Anders?

Parece que crees que tú me creaste. A lo mejor lo hiciste.

Entonces, ¿qué habrías hecho tú?

Pensó en la licorería que había al final de la calle.

Qué fácil sería perder la cabeza… solo una vez más.

Solo esta noche…

Levantó la vista hacia el nombre. Stewart Waller.

Pulsó Intro.

La pantalla se quedó en blanco mientras la base de datos buscaba.

Ningún resultado.

—Los dos podremos seguir luchando, Stewart… por ahora… — Miró el siguiente nombre: Nathan Parkinson.

Lo tecleó. Su dedo se detuvo sobre la tecla Intro.

¿Pero qué demonios estás haciendo?

Pensó en el armario vacío de su cocina.

¿No sería mejor opción morir borracho que esto?

Se pasó las manos por el pelo. Necesitaba una distracción… cualquier cosa. Para evitar seguir cayendo en espiral por aquel oscuro camino. Miró ansiosamente a su alrededor, y sus ojos se posaron de nuevo en la carta de Anders.

Qué demonios.

Abrió el sobre de un tirón y sacó tres folios.

Leyó por encima los dos primeros.

Ya he oído todo esto antes.

Me quieres… soy el hijo que nunca tuviste… no podías controlar la bebida…

Pasó a la tercera página.

Arrepentimiento…, anhelo… Lo de siempre, Anders, lo de siempre.

Se detuvo en seco.

Releyó la frase… una vez… dos… no podía seguir.

Fue como si una garra le hubiera entrado en el pecho y le estrujara con fuerza el corazón.

Necesitaba una copa.

La *necesitaba*.

Lo estaba consumiendo.

—¡No! —Golpeó la mesa con el puño y luego pulsó Intro.

La base de datos se puso a funcionar.

Riddick tiró la carta de Anders al suelo.

Ningún resultado.

—¿Es esto lo que quieres, Anders? ¿Arrasar con todos? ¿Un último golpe de gracia?

Tercer nombre. Intro. Ningún resultado.

—Estamos jugando a la ruleta rusa —dijo Riddick, introduciendo el cuarto nombre.

Ningún resultado.

Tecleó el último nombre y pulsó Intro, esperando que le tocara la bala.

Con mano temblorosa, Riddick se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, Claire…, perdona…, soy Paul Riddick, de la terapia de duelo.

—Ya lo sé. ¿Estás bien, Paul?

—Sí, más o menos… ¿Te apetece tomar ese café?

—¿A las once de la noche?

—Mierda, no te habré despertado, ¿verdad?

—La verdad es que no duermo mucho.

—Ah —dijo Riddick, sintiéndose de repente culpable y egocéntrico. Claire también se había quedado viuda—. No debería haber llamado tan tarde; tendría que haber esperado a mañana.

Ella se rio entre dientes.

—Déjate de tonterías. Me alegro de que hayas llamado. Y lo del café suena bien…, pero había una condición, ¿recuerdas?

Riddick sonrió.

—¿Seguir asistiendo a tus sesiones?

—Ajá.

—Allí estaré —dijo, sabiendo que era mentira. Estaría entre rejas antes de la próxima sesión. Era casi una certeza.

—¿Y tienes que prometer que te mantendrás despierto esta vez?

—Por supuesto.

—Vale. Pues café será.

Riddick suspiró y se frotó la frente; sentía que se le avecinaba un buen dolor de cabeza.

—Lo siento, Claire, no estoy siendo del todo sincero. Hay otra razón por la que te llamo —hizo una pausa.

—Venga, suéltalo.

—Sí. Mira, sé que eres terapeuta de duelo y que esto no es lo tuyo, pero… siento la necesidad de beber… —Notó que se le enrojecía la cara y se alegró de que ella no pudiera verle.

—Tonterías… ¡cómo que no es lo mío! Yo he pasado por eso. Por donde estás tú. Habla conmigo, Paul.

Su tono de voz comprensivo ayudó a que se le calmara la tensión.

—¿Aún te puede? —preguntó Riddick.

—Lo intenta. Sigo sintiendo el impulso, como cualquiera, pero no dejo que me venza, porque he aprendido que es una elección. Pero creo que tú también lo has aprendido, ¿no?

—Sí. Aunque eso no parece hacerlo más fácil. Algunas noches es una agonía. Como esta noche. Prácticamente me quema. ¿Te sientes

así alguna vez?

—A veces, sí. ¿Sabes lo que hago?

—Adelante —dijo Riddick, desesperado por que le recetara algo. Como una dosis masiva de vitamina C o salir a correr dieciséis kilómetros.

—Cojo el teléfono y hablo con alguien; justo como has hecho tú.

Riddick asintió y sonrió. Ya empezaba a sentirse menos abrumado por sus ansias.

—Porque entonces te das cuenta de que no pasa nada por ser vulnerable, Paul, como lo eres ahora mismo. Si tienes a los tuyos cerca, siempre puedes tomar la decisión correcta. Me hablaste antes de una de las tuyas, ¿verdad?

Respiró hondo. —Sí… Emma. Me ha sacado de apuros un número increíble de veces.

—Supongo que esta noche no está, ¿no?

—No exactamente. —Volvió a sentir un nudo en el estómago. *Se ha visto obligada a dejarme de lado.* —Tiene sus propios problemas…

—Ya veo. Imagino que, aun así, le gustaría que la llamaras.

—Sí, le gustaría, pero necesita un respiro de mí. Dios sabe que tiene la paciencia de una santa, pero soy condenadamente difícil de sobrellevar.

—Deja de ser tan duro contigo mismo. No lo haría si no quisiera de verdad. No es solo compasión, Paul, es amistad. Y estoy segura de que tú estarías ahí para ella si te llamara.

Por supuesto. Porque yo… porque… porque es especial. Sacudió la cabeza. No quería entrar en ese terreno. Enfrentarse a sus posibles sentimientos por ella. Podrían no ser reales. Podrían ser un efecto secundario de su vulnerabilidad. Se merecía algo mejor que acabar en una montaña rusa con él. —Aun así, prefiero darle un respiro. Ya sé cómo suena; ¡como si te estuviera utilizando! No es el caso. De verdad que no.

—No lo he pensado ni por un segundo. ¿Quieres hablarme de lo que te ha preocupado?

¿Por dónde empezar?

¿Por haberme despertado junto a un chico muerto?

¿Por darme cuenta de que Russell Lock era probablemente inocente y que un asesino de niños andaba suelto?

¿Por el hecho de que había mandado matar a alguien y ahora lo estaban chantajeando por ello?

¿La carta de Anders?

—No puedo hablar de ello. Está relacionado con el trabajo. Siento llevarte a un callejón sin salida.

—Hay otras direcciones —dijo Claire—. Háblame de ti, Paul. ¿Quién eres y qué te gusta hacer?

Salió de la cocina y subió las escaleras, contándole cosas sobre sí mismo. Al llegar a su dormitorio se dio cuenta de que había muy poco que decir. —Lo siento… soy bastante soso.

—Yo diría que eres cualquier cosa menos soso. Se me ocurre algo de lo que podríamos hablar.

Cualquier cosa. Cualquier cosa para distraerme de todo. Fue a sentarse en la cama. —Dime.

—Puede que esto suene extraño, pero ¿te gustaría hablar de tu familia, Paul?

La pregunta debería haberlo pillado por sorpresa y haber provocado un momento bastante incómodo. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Miró hacia el lado de la cama de Rachel y se la imaginó allí, leyendo una de sus novelas románticas baratas. Bajó la vista al suelo, donde solían poner un colchón por si alguna de sus hijas entraba a deshoras por la noche tras haber tenido una pesadilla.

De repente, sintió una gran calidez en su interior. —Sí. Me gustaría. Me gustaría mucho.

33

Ron Best había pasado la mayor parte del día en la habitación de Stephen.

La agente de enlace familiar, Lyndsey, le había traído bebidas calientes y comida y le había sugerido, en numerosas ocasiones, que sería bueno para él cambiar de aires y quizá, incluso, echar una siesta.

Él se había mostrado educado y siempre había sido receptivo a sus palabras, pero era incapaz de responder con coherencia; su mente estaba demasiado abrumada.

Incluso ahora, cerca de la medianoche, era incapaz de marcharse.

Sentado en el borde de la cama de Stephen, observó la habitación de su hijo. Quería comprender.

Lo único que hice, Stephen, fue intentarlo. Intentar ahorrarte la vida que yo tuve antes de tu madre. Ella lo era todo para mí. Sin ella, estaría muerto en una celda. Juré ahorrarte eso. Juré protegerte.

Ron se levantó, caminó de un lado a otro, se giró y se quedó mirando la cama, recordando, no por primera vez ese día, y ciertamente no por última, lo que había sucedido la semana pasada.

Todo el suceso, toda aquella *pesadilla*, era ahora mismo como una lanza atravesándole el corazón.

Había estado cambiando las sábanas de su hijo cuando sus manos tocaron las revistas bajo el colchón. Al principio, Ron había sonreído. Un chico de quince años con un par de revistas picantes. Nada del otro mundo. En todo caso, le gustaba que su hijo optara por lo retro. La mayoría de la gente lo buscaba ahora en el móvil. Estaba harto de ver a los chavales mirando las pantallas como zombis.

Sin embargo, cuando sacó aquellas revistas, el mundo entero de Ron se vino abajo.

No porque le asquearan las imágenes. Hombres desnudos. Erecciones. Él mismo siempre había sentido una discreta curiosidad por esas cosas.

Pero la curiosidad era una cosa, y actuar en consecuencia era otra muy distinta.

Los gais llevaban vidas caóticas. Acostándose por ahí, luchando contra el sistema, convirtiéndose en víctimas de aquellos que eran *verdaderamente* homófobos y maliciosos.

No una vida tranquila como la que Ron había encontrado con la madre de Stephen.

Vidas peligrosas, como la que solía llevar Ron cuando estaba al margen de la ley.

Tranquilidad y seguridad. Esa fue mi promesa para ti, Stephen. Esto podía cambiarlo todo...

Ron no era ajeno a las discusiones con su hijo, pero esta había sido a otro nivel. Se habían lanzado y roto objetos. Pero no solo se habían roto cosas materiales. Algo se había dividido entre ellos. Lo había visto en los ojos de Stephen. Ese acto de ruptura.

Soy un hombre y a partir de ahora tomaré mis propias decisiones.

Y entonces, se fue.

No físicamente, sino emocionalmente.

Durante los siguientes siete días, no se hablaron.

No hubo un octavo.

Ron siguió el consejo de Lyndsey y salió de la habitación de Stephen.

Sin pensar realmente qué hacer a continuación, cogió una chaqueta y se marchó. Lyndsey intentó detenerlo recordándole que eran casi las doce.

Si no hubiera estado tan triste, podría haberse reído. *¿Qué significado tenía ya el tiempo en realidad?*

La nieve volvía a caer con fuerza y se dio cuenta de que la fina chaqueta que había elegido no era la adecuada.

No es que importara. Caminando a paso ligero con la cabeza gacha, aceleró el paso lo suficiente como para empezar a sudar en lugar de tiritar.

No prestó mucha atención al mundo que lo rodeaba, pero todo estaba en silencio y no vio a nadie por la calle.

Durante todo el tiempo, su mente no dejaba de rememorar la discusión con su hijo.

Y entonces Ron comprendió por qué la sexualidad de su hijo lo había inquietado tanto.

Eran iguales, ¿no? Él y su hijo. Los mismos anhelos y deseos.

La propia vida caótica de Ron. Su lucha juvenil contra el sistema. Su caída en la delincuencia. Todo ello había nacido de la rabia y la amargura por quién era. Por *reprimir* quién era.

Habría muerto de no ser por Lynda. Ella lo había encontrado. Lo había aceptado a pesar de sus verdaderos deseos.

Pero él había nacido en otra época. Reprimir su naturaleza le había parecido lo sensato.

—¿Qué he hecho? —dijo en voz alta.

Qué gran error había cometido: esperar que su hijo hiciera lo mismo, solo porque él lo había hecho.

—Stephen, lo siento.

Stephen *podría* haber tenido una buena vida haciendo exactamente lo que quisiera. El acalorado argumento de Ron sobre lo peligroso que era ser homosexual ahora... no era más que eso. Palabras acaloradas. Y un montón de sandeces.

Salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que caminaba por Waterside, en Abbey Road. Se detuvo cerca de la cueva de St

Robert, donde su único hijo, su *todo*, había dejado este mundo.

Estaba acalorado, sudoroso y agotado, pero no se detuvo. Siguió adelante, desesperado por llegar al lugar donde su chico había...

¡No puede ser!

Sacudió la cabeza.

Simplemente no puede ser.

Entrecerró los ojos, pero aún no estaba seguro, así que se los protegió también de la nieve que caía.

Una figura con un plumas rojo permanecía apoyada en la verja que conducía a los escalones que bajaban a la cueva.

—¿Stephen?

Ron echó a correr.

—¿Stephen?

Estaba oscuro y todavía había cierta distancia, pero podía ser su chico. Cuanto más se acercaba, más seguro se sentía. —¿Stephen?

El joven se puso rígido, sacudió la cabeza y Ron lo reconoció. —¿Kyle? —La decepción lo desgarró al instante. Se detuvo.

—¿Ron? —dijo Kyle.

Aquellos segundos, aquel breve destello de esperanza, lo habían transportado a otro lugar, y ahora, había vuelto. Al infierno. Abrió la boca para hablar, pero no se le ocurrió nada que decir.

—¿Estás bien, Ron?

¿Qué clase de pregunta era esa? Nunca había estado peor, pero ahí tenía a un chico que necesitaba a un adulto en ese preciso momento. Y, le gustara o no, él era el adulto. Se armó de valor. —Estoy bien. ¿Qué haces aquí, Kyle?

Kyle negó con la cabeza. —No lo sé.

Ron le puso las manos en los hombros y suspiró. —Ya somos dos. —Se inclinó ligeramente para poder mirar al joven a la cara—. Somos un par.

Kyle evitó la mirada de Ron, pero eso era lo habitual en Kyle, que rehuía el contacto visual en el mejor de los casos. Lo que no era habitual era lo pálido que estaba el chico.

—Lo siento, Kyle, de verdad que lo siento —dijo Ron.

Kyle se encogió. Bajó la vista al suelo. —Era tu hijo. Tú…

—Pero te quería, Kyle. De verdad que te quería.

Kyle empezó a toser.

—No tienes buen aspecto… Tienes que irte a casa a descansar —dijo Ron, apretándole con más fuerza los hombros—. Por cierto, ¿qué haces fuera? Tu madre y tu padre. No puedo ni imaginar…

—He venido a encontrarme con alguien.

—¿Con quién?

Kyle no respondió.

—¿Una chica? —preguntó Ron.

—No.

—¿Un chico?

—Quisiera irme ya.

Ron asintió. *Buena idea. Pero ¿con quién habías quedado, Kyle? ¿Quién es el chico misterioso?*

¿Acaso Kyle también era gay?

—¿Sabías que mi hijo era gay, Kyle?

Kyle miró a un lado, intentando desviar la vista lo más posible de la de Ron.

—Kyle… habla conmigo. ¿Lo sabías?

Kyle asintió.

—Acabo de enterarme —continuó Ron.

Kyle no tuvo respuesta para eso.

Ron inspiró hondo y exhaló el aire, que se elevó en una gigantesca estela helada por encima de la cabeza de Kyle. —¿Eres gay, Kyle?

Kyle se puso inquieto. Apartó más la cabeza, pero permaneció sujeto por Ron. —Quiero irme…

—Lo siento, Kyle, no quiero disgustarte. De todos modos, nada de esto importa mucho ya, ¿verdad?

Kyle no respondió, pero seguía inquieto.

—Dime solo una cosa, por favor. ¿Estabais él y tú… ya sabes?

Kyle empezó a negar enérgicamente con la cabeza.

—Ah, está bien, hijo. —Ron intentó calmarlo, tranquilizarlo—. Está bien.

Pareció funcionar. Kyle dejó de negar con la cabeza. Ron alargó la mano y le tocó la mejilla. Tenía la piel suave. —Eres un chico muy guapo.

Ron respiró hondo. *¿De verdad acababa de decir eso?*

Aunque era la verdad, ¿no?

Era guapo. Mucho.

Ron no supo interpretar la reacción de Kyle al cumplido. De todas formas, siempre parecía sentirse incómodo. Pero no se había apartado. ¿Se habría apartado si se hubiera ofendido?

Ron podía sentir cómo algo se removía en su interior.

Cerró los ojos, buscando a Lynda. *Ayúdame, Lynda. Por favor, solo ayúdame.*

Pero, hoy, tras la pérdida de su hijo, ella ya no estaba allí, y lo peor era que no tenía ni idea de adónde había ido ni de si volvería.

Solo cuando abrió los ojos se dio cuenta de que se estaba inclinando más y de que sus manos se deslizaban de los hombros de Kyle a su espalda. —Saldremos de esta, Kyle… Te lo prometo… saldremos.

Ron lo abrazó. Esperaba que las manos de Kyle se movieran hacia su espalda para completar el abrazo. Cuando no lo hicieron, no se sorprendió, porque Kyle seguía sin apartarse, lo que hacía que pareciera correcto, *natural* de algún modo.

Sin pretender realmente que sucediera, Ron sintió que su mejilla se apretaba contra la de Kyle.

Pensó en la ira de su hijo la semana pasada y en el fuego de sus ojos cuando había amonestado a su padre por ser homófobo.

Te odiaba, Ron. Al final, te odiaba.

—Me he equivocado, Kyle. Me he equivocado desde que tengo uso de razón. —Cerró los ojos y giró la cara hacia dentro para besar a Kyle.

¿Por qué tuviste que pelearte conmigo, osito?

Éramos iguales, tú y yo… dos gotas de agua y todo eso.

Te lo dije, pero no me escuchaste, mi bello fenómeno de la naturaleza. Los que nos rodean. Mienten. No pueden arreglarnos. Desde luego, no podían arreglarte a ti.

Deberías haberme dejado hacerlo bien.

Arreglarte, quiero decir.

Solidificarte… congelarte…

Eras el ser más fluido que había visto nunca. Como un gas que se escapa en una habitación y llena cada grieta de la pared, o el agua torrencial que inunda cada hendidura del suelo.

Lo necesitabas más que nadie que hubiera conocido.

Tus ojos me suplicaban que detuviera el cambio. Que parara el movimiento.

Ser congelado… ser solidificado…

Oh, mi querido oso.

Nadie llora de verdad como lloro yo esta noche.

Estuve tan cerca de arreglarte, tan cerca.

Podría maldecir ahora, pero no es digno de tu recuerdo. La pureza que buscabas, que sé que necesitabas, no puede ser mancillada.

Estábamos casi en el cálido abrazo de la Madre Shipton. El Pozo Petrificante derramando su magia…

¡Podíamos verlo!

Solo tenías que aguantar un momento más.

¿Qué te hizo entrar en pánico? ¿Qué te preocupó?

Parecías tan tranquilo, tan sereno en mi presencia… podías ser tú mismo… no tenías que ser como gas que se escapa, o agua torrencial… Yo te di claridad.

¿Fui yo? ¿Te traicioné de algún modo? A medida que nos acercábamos a la cueva, ¿viste lo que iba a pasar después?

¿Un final maravilloso para el dolor y la fluidez?

Me golpeaste muy fuerte con esa roca. ¿De dónde la sacaste? ¿Cómo te las arreglaste para ocultármela?

Mi herida sigue sangrando, y la cicatriz de mi frente será un recordatorio tortuoso del alma que no salvé.

Tuve que arrancarte la vida a estrujones, querido oso.

Me dolió hacerlo. Me destruyó hacerlo. Pero si no lo hacía, ¿entonces qué? Nadie más podría ser arreglado. Era por el bien común.

Nunca olvidaré el momento en que desapareciste bajo la superficie del agua.

Mi pobre osito roto y hundido.

Nunca te di lo que querías, pero yo quería un recuerdo, de todas formas.

Así que cogí otro oso. Más pequeño, esta vez, pero también desfigurado. Ambos ojos se habían perdido bajo la piedra. Curiosamente, se ha partido por el estómago. Y parece una larga cicatriz.

Parecía inacabado.

Como tú.

Así que, para adentro. A mi refugio ignífugo. No te preocupes, tendrás compañía.

Jamás volverán a rozarte unos dedos, ni siquiera los míos.

Está oscuro. Hace frío. Pero recuerda, mi precioso oso.

Al fin y al cabo, cuando tu vida fue tan torturada, no puede haber nada de malo en que te encierren para siempre.

34

En cuanto Gardner abrió los ojos, se puso a palpar la cama hasta encontrar el móvil.

Ni una llamada perdida, ni un mensaje.

Mierda.

Eso significaba que Pete Wilson y Kyle Alexander todavía no habían vuelto a casa.

Las cinco y cuarenta y cinco. Quince minutos para que sonara el despertador. Se levantó, vistió y comió antes de que saltara.

Se arriesgó a llamar a Marsh a pesar de que era excepcionalmente temprano.

La voz de Marsh sonaba entrecortada. —Emma..., buenos días.

—¿Se encuentra bien, señora?

—La máquina de remo... me ayuda con la menopausia. Déme un segundo... Vale, así mejor. ¿Tiene alguna noticia, Emma?

—No... Esperaba que usted tuviera alguna novedad sobre los chicos...

—¿A pesar de mis promesas de hacerlo en cuanto ocurriera algo?

—Lo siento, señora.

—Cualquiera diría que no soy lo bastante sincera.

—Solo estoy nerviosa, señora. Bueno, voy a ver a Milo Hardy y a su madre antes de la reunión.

—¿A las seis?

—¿Mejor a las siete?

—Ligeramente. —Marsh suspiró—. Mire..., esto es importante. Háganos un favor..., si puede, deje a Phil. Mantenga esto con delicadeza y discreción. La madre se está muriendo y ha pasado por un infierno; no acabemos en uno de los artículos basura de Marianne Perse.

Marianne Perse. Periodista *freelance*. En el pasado, había hecho todo lo posible por hacer pedazos a Riddick, y casi lo había conseguido. No se lo pensaría dos veces antes de dirigir su malévola atención hacia Gardner.

Gardner fue a la habitación de Anabelle y se quedó allí cinco minutos. De pie, junto a su hija, se preguntó cómo un mundo con cosas tan hermosas podía ser, tan a menudo, un infierno turbulento.

Luego cambió de habitación y pasó cinco minutos mirando el rostro dormido de Rose, y recordó las palabras de Barry la noche anterior: «*Quiere verlo*».

Lo siento, Rose, pero no puede ser. Simplemente, no puede ser.

Aliviada de que Barry aún no hubiera salido para la segunda parte de la monumental bronca de la noche anterior, Gardner se sentó en la cocina con un café, contemplando a Ron Best; a Eugene, el encargado de Warhammer; a Riddick, que por desgracia, pero por necesidad, fue el primero en llegar; y a Kyle, el mejor amigo ahora desaparecido.

Con la esperanza de que Milo Hardy arrojara algo de luz sobre la Operación Luz Perdida, la mente de Gardner regresó a la petición de Marsh de tratar a Milo con delicadeza. Esto le recordó a Collette Willows, su antigua colega y amiga, que había muerto hacía menos de doce meses durante una investigación. A Willows siempre se le había dado bien eso. *La delicadeza.*

Reprimió las lágrimas, como solía hacer a menudo cuando pensaba en Willows. Echaba de menos a su amiga. También luchó contra el sentimiento de culpa, porque, aunque nadie la había considerado responsable, Gardner se negaba a creer que no lo fuera.

Se terminó el café y se levantó.

Dejarse llevar así por las emociones era un billete de ida al descalabro, y totalmente perjudicial para resolver este

rompecabezas.

GARDNER LLAMÓ ANTES para no darles una sorpresa tan temprano a Cherie y a Milo Hardy.

Cherie dijo que ya estaba levantada, desayunando con Milo, que se estaba preparando para ir al colegio. Le pareció bien que Gardner fuera a hacerle unas preguntas.

Cherie abrió la puerta. La noche anterior, tras descubrir la ausencia de su hijo, había estado fuera de sí. Para Gardner, había sido una visión desgarradora. Su enfermedad terminal se había manifestado en su rostro pálido y desesperado, y había parecido más marchita y cercana al final de lo que podría haber estado en otras circunstancias.

Por suerte, el alivio por el regreso de Milo había tenido el efecto contrario. Y era extraordinario. Había un repentino brillo en su piel y una fuerza con la que sostenía su delgado cuerpo. En ese momento, parecía que podía con todo.

Milo estaba comiendo en la mesa de la cocina. Llevaba una chaqueta de uniforme, camisa y corbata.

—¿Cuántos Weetabix? —preguntó Gardner, señalando el cuenco con la cabeza.

El niño levantó la vista hacia ella y luego la bajó de nuevo al cuenco.

Al principio no respondió, así que Gardner se preparó para cambiar de tema, sin querer que la incómoda situación se prolongara, pero entonces dijo: —Cuatro.

—Yo te gano.

Él levantó la vista y enarcó una ceja. —¿Ah, sí?

—Cinco.

—¿De verdad?

Ella asintió, aunque hacía un poco de trampa. Cuando comía cinco, solía ser para cenar, y la verdad es que no quería contarlo. Revelaba demasiado sobre su estilo de vida, y no para bien. —Tengo

un trabajo bastante ajetreado, el consumo de calorías se dispara. ¿Te importa que hablemos unos minutos, Milo?

Milo asintió.

—Pero sigue comiendo, por favor.

Gardner se sentó a un lado de la mesa y Cherie se sentó al otro.

—¿Te gusta el colegio? —preguntó Gardner.

Milo meneó la cabeza.

—Le gustan los cómics —dijo Cherie y sonrió—. Está obsesionado con ellos.

Milo miró a su madre, asintió y acabó sonriendo.

—Al agente de policía que estuvo ayer aquí conmigo le gustan los cómics —dijo Gardner.

Milo la miró con expresión interesada. —¿Cuáles?

—Los de Batman, creo.

Volvió a asentir, pero no dijo nada.

Ya se notaba que era un niño de muy pocas palabras.

—Te pediré algunas recomendaciones para él... —Gardner respiró hondo—. Bueno..., ¿adónde desapareciste anoche, Milo?

Milo masticó la comida. Gardner miró a Cherie, que parecía un poco preocupada, pero un rápido asentimiento indicó que no le importaba.

Esperaron. Milo se estaba tomando su tiempo.

—¿Cariño? —preguntó Cherie.

Él tragó saliva. —He salido a dar un paseo. He estado un rato en el castillo.

—Nos gustan las vistas del viaducto —dijo Cherie, guiñándole un ojo a su hijo y luego mirando a Gardner.

—¿Le preocupaba algo cuando salió a dar ese paseo? —preguntó Gardner.

Milo pareció un poco frustrado. Removió sus Weetabix hasta convertirlos en una papilla.

—Cariño, no pasa nada… Cuéntale lo de Pete. Exactamente lo que me contaste.

—Eso sería de gran ayuda —dijo Gardner, mirando a Milo. Intentó leerle la expresión, pero su cara era de piedra. Pensó que no se movería jamás. Cuando lo hizo, casi la hizo dar un brinco.

—Tenía un amigo que se llamaba Pete. *Tenía.* Me equivoqué. —Volvió a mirar a su madre—. Cometí un error. Se acabó.

—¿Cuál fue el error, Milo? —le preguntó Gardner.

Milo se encogió de hombros. —Ser su amigo. —Bajó la mirada hacia su papilla—. Es que estoy mejor solo. Anoche necesitaba pensar, junto al castillo. Le prometo que ahora todo está bien.

—De acuerdo —dijo Gardner, sonriendo—. Me gustaría preguntarle por la noche anterior, si le parece bien.

Milo alzó la vista hacia Cherie. El color pareció desaparecer de su rostro.

Cherie miró a Gardner. —No sabe que tiene esa grabación de la cámara de la que me habló usted ayer.

Los ojos de Milo se movieron de una a otra. —¿Qué grabación?

Gardner le explicó la grabación de videovigilancia tomada en el exterior del Co-op de Boroughbridge Road. Durante todo el relato, Milo mantuvo la vista fija en sus cereales a medio comer.

Al percibir su angustia por tener que escuchar el relato de aquellos sucesos, Gardner se alegró cuando Cherie se inclinó y le cogió el dorso de la mano. *Pobre crío.*

—No te preocupes, cariño —le tranquilizó Cherie—. *Intentaste* evitar que Pete hiciera daño a ese chico. Otra razón por la que has cambiado de opinión sobre vuestra amistad.

—¿Cuáles son las otras razones? —le preguntó Gardner a Milo.

Fue Cherie quien respondió. —¿Se lo puede creer? Pete estaba intentando que fumara y que robara en tiendas. Convenciéndolo para que hiciera pellas. Milo me lo contó todo. Gracias a Dios. Se ha dado cuenta a tiempo de que ese no es el camino correcto para él. Nunca vale la pena tratar con alguien que intenta convertirte en algo que no eres. —Volvió a mirar a su hijo—. ¿Verdad, cariño?

Milo la miró, fijamente por un momento, y asintió.

Entonces, ¿por qué parece tan culpable?

Gardner sopesó la posibilidad de mencionar que Pete seguía en paradero desconocido, pero le pareció que sería echar leña al fuego, así que lo descartó. En su lugar, optó por un enfoque más suave. —¿Cuándo fue la última vez que vio a Pete?

Milo se lo pensó. —A primera hora de la tarde. Discutimos y le dije que no quería saber nada más de él.

—¿Qué provocó la discusión?

Milo se encogió de hombros. —Simplemente, entré en razón. Me sentí fatal por hacer pellas. Sabía cómo se sentiría mamá.

Gardner miró a Cherie, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Bajó la vista hacia la mano de Cherie, que ahora apretaba con más fuerza la de su hijo; sus nudillos se habían puesto blancos.

—Voy a tomar algunas notas —dijo Gardner, sacando su libreta del bolsillo y preparando el bolígrafo—. ¿Qué pasó mientras hacían pellas?

Cherie resopló. —Que lo atosigó para que hiciera sabe Dios qué.

Gardner le sonrió a Cherie. —¿Le importa si a esta responde Milo? Podría ser de ayuda.

Milo hizo referencia a algunas fechorías a las que se vio inducido a cometer, antes de concluir con un: —Cuando me retó a robar algo de una tienda benéfica…, vamos, que se me acabó la paciencia. —Era un chico torpe y nervioso, de eso no cabía duda, así que podía estar equivocada, pero Gardner no pudo evitar sentir que estaba intentando convencerse a sí mismo de que eso era cierto al asentir mientras hablaba.

También se dio cuenta de que Cherie asentía con él y se preguntó si ella también estaba desesperada por creerse esa historia.

Marsh había acertado. Situaciones como esta eran muy delicadas.

—Parece que tomó usted una buena decisión —dijo Gardner. Le sonrió a Milo y luego a Cherie. Cherie pareció brillar un poco más.

—Y hoy mismo ha vuelto directamente al instituto —dijo Cherie —. Sin lamentaciones. Directo al grano. —Miró a su hijo, con los ojos rebosantes de orgullo.

—¿Les importa si vuelvo un momento a la grabación de la cámara? —preguntó Gardner. No esperó a que nadie expresara ninguna objeción—. Bien hecho por defender a ese chico de Pete. ¿Conocía al chaval?

Milo asintió.

—¿Sí…, lo conocía? —insistió Gardner.

—Está en mi curso en el instituto. Nunca habíamos hablado, pero sé quién es. Stephen Best.

Gardner asintió y miró a Cherie. —¿Ese es el chico que encontraron? ¿Junto a la cueva? —Se llevó la mano a la boca.

—Me temo que sí —dijo Gardner.

—¿Qué? —preguntó Milo, bruscamente, ante el repentino cambio en el ambiente.

Los ojos de Milo iban y venían entre su madre y Gardner. Era la reacción más emotiva que había mostrado desde que ella entró en la habitación. —¿Qué le pasó al chico de la cueva? ¿Qué le pasó a Stephen?

—¿Quiere decir que no se ha enterado? —preguntó Gardner.

—Cómics —dijo Cherie—. Solo lee eso. No ve las noticias. Y ayer no fue al instituto, donde probablemente se habría enterado.

Gardner le dedicó a Milo una expresión compasiva. —Stephen Best falleció junto a la cueva de St. Robert anteanoche…, no mucho después de que usted lo viera. Después de que lo *ayudara* junto al Co-op.

Milo negaba con la cabeza.

—Lo siento, Milo.

—¿Cómo murió?

—Todavía se está investigando.

—¿Lo *mataron*?

—No puedo responder a eso.

Milo miró a su madre y luego de nuevo a Gardner. —Algo no cuadra aquí… esto no está bien…

¡Y que lo digas! —¿Qué quiere decir con eso, Milo?

—Quiero decir… quiero decir… No sé. No pensará que fue Pete, ¿verdad? Se quedó conmigo. Esa noche. No fue hasta el día siguiente, por la tarde, que nosotros, ya sabe, lo dejamos.

—Ninguno de los dos es sospechoso. —*De momento*—. Sin embargo, la hora de esta grabación es muy cercana a la hora en que pudo haber muerto —dijo Gardner—. Usted y Pete podrían haber sido dos de las últimas personas en ver a Stephen con vida. Eso los convierte en piezas muy importantes en todo esto.

Los ojos de Milo estaban ahora entornados, en lugar de abiertos de par en par, y negaba con la cabeza. Parecía que estaba sufriendo una especie de colapso interno. Gardner intentó no darle demasiada importancia. Que un niño se enterara de la muerte de un compañero siempre era impactante y desorientador. Su reacción no implicaba culpabilidad, aunque no pudo evitar sentir que había algo significativo ahí. Algo extraño en ese triángulo formado por Milo, Pete y Stephen.

—Yo… yo… yo… —empezó Milo, pero se detuvo. Simplemente, no conseguía decirlo.

Esto encendió a su madre. —¿Necesitas un descanso, cariño?

Gardner suspiró para sus adentros. *Preferiría ir al grano.*

—Quiero explicarlo —se decidió Milo por fin.

Gardner asintió. —Adelante.

Milo dio su versión de los hechos. Empezó con la aparición de Stephen. —Parecía… no sé… ¿ido?

—¿En qué sentido?

—No paraba de mirar a todos lados, como si estuviera colocado. Parecía… alterado por algo. No decía nada con sentido… En un momento dado, parecía aterrorizado.

Describió el intento de Pete de hacerle abrir la mochila y luego la caída. Hizo referencia al momento en que intervino para evitar que la cosa se fuera de las manos. —Y entonces él… como que… ¡simplemente desapareció! Salió pitando. Por Boroughbridge Road.

Gardner observó a Milo. Sabía por la grabación que no lo persiguieron, pero preguntó de todos modos, curiosa por ver su reacción. —¿Fue usted tras él?

—¡No! ¡Se lo juro… de verdad!

—Está bien, Milo… ¿Y volvió a ver a Stephen esa noche?

—No.

—¿Recuerda qué hora era?

—¿Sobre las diez o así?

Gardner asintió. —Más o menos. Eran las diez y cuarto. ¿Qué dijo Pete de todo el asunto? ¿Estaba enfadado con Stephen?

—No, la verdad es que no. Se calmó *del todo*. Quiero decir, del todo. Él era así. ¡Tenía esos altibajos en un santiamén! No quiso ir

tras él ni nada.

—¿«*Era* así»? —preguntó Gardner.

—Perdone, no…

—Ha dicho «era así». Es extraño usar el pasado para hablar de alguien que sigue entre nosotros. —*Al menos, espero que siga entre nosotros.*

—No sé —dijo Milo, palideciendo. Bajó la mirada—. Es cosa del pasado. Ya no somos amigos.

Podría explicarlo. Quizá.

—Entonces, reconoció a Stephen del instituto. ¿Y Pete?

—No lo sé. Si lo hizo, nunca dijo nada.

Cherie saltó. —Mi hijo solo fue amigo de este tal Pete durante un corto periodo de tiempo. Y Milo suele ser muy reservado. Sabía muy poco sobre Pete. ¿A que sí, Milo?

Él miró a su madre un momento antes de asentir con la cabeza.

—¿Pete también era reservado? —le preguntó Gardner a Milo.

—Rara vez iba al instituto —dijo Milo—. Pero cuando iba, tenía confianza en sí mismo, aunque no tenía amigos que se sepa. Creo que la mayoría de la gente le tenía miedo.

No es de extrañar, a juzgar por el incidente de Stephen Best. Este Pete Wilson parece impredecible.

Gardner hizo algunas preguntas más para desgranar el encuentro entre los tres chicos, manteniéndose dentro de los límites marcados por las reacciones de Cherie. Desde luego, no quería que la madre pusiera fin al interrogatorio.

—¿Qué hizo después de ver a Stephen? ¿Adónde fueron usted y Pete?

—Anduvimos… *solo* anduvimos…

—Eran las diez y cuarto. Era tarde y todo estaba tranquilo. Tiene que recordar algún detalle —dijo Gardner. Sonrió—. Es mejor tener una imagen completa. Tenemos que hacerlo con todo el mundo.

—Fuimos por Stockwell Road.

No, no fuisteis. Gardner asintió. *¿Qué esconde?*

—Un momento… perdone —dijo Gardner, revisando sus notas. Fingió leer algunas—. La grabación de la cámara muestra que

siguieron por Boroughbridge Road. No se metieron por Stockwell Road.

Milo palideció.

—¿Qué está pasando, inspectora jefa Gardner? —preguntó Cherie, abriendo los ojos como platos.

—Nada. Solo necesito establecer exactamente lo que ocurrió para ayudarnos a decidir…

—¿Sospecha de Milo? Sabe lo ridículo que sería eso, ¿verdad?

—Solo intento refrescarle la memoria —dijo Gardner—. También tenemos que pensar en la familia de Stephen; esclarecer todas las verdades que podamos.

Cherie lo meditó y asintió.

—Ya me acuerdo —dijo Milo—. Continuamos por Boroughbridge Road, en dirección *opuesta* a la que corrió Stephen. En dirección contraria a las cuevas.

Gardner dio un golpecito en su cuaderno. —Sí, eso es lo que tengo aquí.

—¿Lo ve? —dijo Cherie, exhalando un suspiro de alivio—. No fueron tras Stephen.

No, no lo hicieron, pero él ha mentido. ¿Por qué, Milo?

—Ahora que le ha vuelto la memoria, Milo, ¿puede decirme qué pasó después?

—Poca cosa. Seguimos por Boroughbridge Road y luego nos desviamos por Halfpenny Lane, pasando mi antiguo colegio. Pasamos el rato en Stockwell Park un poco antes de atajar de nuevo hacia Stockwell Road… sí, perdone, ahí es donde me he equivocado… estuvimos allí la otra noche, solo que andando en la otra dirección.

—¿Volvieron a subir hasta el Co-op? —preguntó Gardner, dándose cuenta de que podía comprobar la grabación de esa cámara.

Él negó con la cabeza. —No, nos desviamos antes por el sendero que ataja hacia el pueblo, junto a la consulta del médico.

Gardner asintió y tomó una nota.

—Creo que ya es suficiente, inspectora jefa Gardner —dijo Cherie —. De verdad que queremos ayudar, pero mi hijo ha pasado por

mucho. Este chico, Pete, le ha hecho mucho daño.

—De acuerdo, lo entiendo. Ya casi estamos. Unas cuantas preguntas más, ¿por favor?

Cherie asintió, pero el buen humor se le estaba borrando de la cara a toda prisa.

—¿Qué hizo entonces?

—Poca cosa. Me fui a casa. Eso fue todo… se lo prometo.

—¿Y no volvió a ver ni a saber nada de Stephen esa noche?

—No —dijo Milo.

—De acuerdo… gracias, Milo —dijo Gardner, sin querer poner más a prueba la paciencia de Cherie por ahora—. Le dejo que se vaya al instituto.

Él levantó la vista y asintió. Ella aprovechó la oportunidad para mirarle a los ojos. Captó su mirada y la sostuvo. Al principio, a él le costó apartarla, y en ese breve instante, antes de que consiguiera romperla por fin, ella se percató de algo.

Milo Hardy estaba aterrorizado.

Lo había visto infinidad de veces.

El chico necesitaba ayuda.

—Perdone… casi se me olvida. Milo, ¿sabe dónde podría encontrar a Pete?

Milo negó con la cabeza. Fue un movimiento rápido y brusco. Miró a su alrededor como si de repente le preocupara que alguien pudiera oírle.

¿Qué ha pasado, Milo? ¿Corres peligro por culpa de Pete? ¿Estás en peligro por su causa? Abrió la boca para hacer otra pregunta.

—Basta… por favor —dijo Cherie.

Gardner cerró la boca. *Mantén la situación tan calmada como puedas.* —De acuerdo, muchas gracias por su ayuda. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta. La dejó sobre la mesa del comedor, sin retirar los dedos—. Pero ¿puedo decirle lo que pienso, Milo? Creo que le tranquilizará. —Milo la miró. Vio el miedo de nuevo. Asintió. Gardner miró a Cherie en busca de su aprobación, y esta se la concedió.

Todavía tenía los dedos sobre la tarjeta. —No sospecho que haya hecho nada malo, Milo. Al menos no en lo que respecta a Stephen.

Así que, si están pensando esas cosas, por favor, no lo hagan. Por favor, por favor, no lo hagan.

Como era de esperar, el miedo no desapareció de sus ojos.

—Pero estoy preocupada por usted, Milo…, preocupada por cómo se siente ahora mismo. ¿Hay algo más que quiera contarme? ¿Algo en lo que pueda ayudarle? Sabe que mi trabajo es ayudar… y en alguna ocasión, hay quien ha dicho que se me da bastante bien…

—No lo entiendo —dijo Cherie.

Gardner giró la cabeza lentamente para mirar a Cherie, que la miraba fijamente. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Solo quiero asegurarme de que todo el mundo está bien.

Cherie asintió.

Gardner volvió a mirar a Milo, que todavía mantenía la cabeza erguida y los ojos fijos en ella. Vio cómo asomaban las lágrimas en el rabillo de sus ojos. —Sí, yo… yo…

Bien… vamos…

—Estoy…

Un coche petardeó.

Gardner casi dio un brinco del susto. *¡Joder!*

Miró a Cherie, que se había llevado una mano al pecho y negaba con la cabeza. —Lo siento. Pasa todo el tiempo. Es el gilipollas de enfrente.

Volvió a mirar a Milo, que había bajado la cabeza.

Mierda. No te eches atrás. Ahora no. —¿Milo? —insistió—. ¿Iba a decir algo?

Finalmente, él levantó la vista. Ella respiró hondo. *Vamos.*

—Quiero ir al colegio —dijo él.

—Claro, cariño —dijo Cherie.

Frustrada, Gardner retiró los dedos de la tarjeta y luego la empujó ligeramente. —Si necesitan cualquier cosa, cualquiera de los dos, llámenme. No solo sobre Stephen Best. Lo que sea que necesiten. ¿Entendido? ¿Tiene móvil, Milo?

Milo negó con la cabeza.

Miró a Cherie. —Le sugiero que hoy, cuando vaya al colegio, le preste el suyo con mi número. Quizás solo por ahora.

—¿Por qué? —dijo Cherie, con la mano aún en el pecho. Parecía a punto de vomitar—. ¿Corre peligro?

No lo sé… pero algo está pasando aquí…

La ansiedad… el terror… Esto no es simplemente un niño que se ha peleado con otro y por eso va al colegio de mal humor…

—Es solo por precaución.

—¿Lo promete? —preguntó Cherie.

—Déjele su móvil, Cherie, por favor.

Al menos hasta que me haga una idea más clara de lo que está pasando.

Cherie asintió.

35

Desde su coche, Andy Marshall vigilaba la casa de Milo Hardy.

Vigilar no era la tarea favorita de Andy. Él prefería la interacción. Le gustaba comunicarse de forma persuasiva y, cuando todo lo demás fallaba, disfrutaba de dejar clara su postura de una forma más física.

Pero Andy tenía una memoria prodigiosa. Eso, sumado al hecho de que había nacido y se había criado en Knaresborough, lo convertía en la persona a la que acudir para identificar a gente. Si Andy necesitaba *encontrarte*, lo haría sin la menor duda.

Pero, cosa extraña, el objetivo de hoy le tenía la cabeza hecha un lío.

Porque aunque reconoció a la mujer del traje negro que entró en casa de los Hardy, no conseguía recordar su nombre; y en ese preciso momento tenía la mente en blanco sobre dónde la había visto antes.

No era propio de él, en absoluto.

Sin embargo, a pesar de su inquietud, estaba seguro de que en cuanto la viera de nuevo al salir de la casa de los Hardy, su memoria respondería como siempre.

Se miró la cara en el espejo. Aún tenía los ojos rojos de la noche en vela. Una de las maldiciones de una mente que almacenaba tanta información. Trabajaba horas extra, y el insomnio era un efecto secundario. Se frotó los ojos para espabilarse. Cuando volvió a mirar

por la ventanilla, Cherie Hardy acompañaba a la salida a la mujer que le resultaba familiar.

Vamos allá. ¿Dónde te he visto?

Recorrió el sendero con la cabeza gacha y el pelo largo ocultándole las facciones. ¿Absorta en sus pensamientos o pendiente del hielo? Ninguna de las dos opciones le servía de ayuda.

Levanta la cabeza, chica. Refréscame la memoria…

Llegó al final del sendero y se acercó a su coche, todavía con la cabeza baja. Se apoyó en el techo y miró el móvil, tecleando un mensaje.

Levántala de una puta vez. Respiró hondo, intentando no frustrarse demasiado. Si lo forzaba, no saldría. Era raro, pero ya le había pasado antes.

En cualquier caso, tenía la matrícula. Siempre podía seguirla. No todo estaría perdido.

Aun así…

Levanta la puta cabeza, tía.

Lo hizo.

Andy le miró el rostro, absorbió sus facciones. No tardó mucho en filtrarse en sus bancos de memoria.

Ya te veo.

Trabajas con Paul Riddick.

Cuando la policía del traje negro se marchó, llamó a KG para informarle, pensando: *Ay, Milo. Qué poco sensato, pillo. Nada sensato. ¿Rechazar su oferta y traicionarlo? ¿Crees que puede soportar eso?*

Pero ese no sería el trabajo de Andy. Los de arriba, los que estaban en la sombra, sabían lo que opinaba sobre los niños. Le habían dado el trabajo basándose en ello.

Así que, si quieres que se haga, KG…, vas a tener que hacerlo tú mismo.

36

Había dejado de nevar durante la noche, pero la temperatura seguía siendo baja y el viento helado, intenso.

Riddick se inclinaría a culpar al clima del dolor punzante en las sienes; al fin y al cabo, sus senos paranasales nunca habían sido los mejores. ¡Pero cualquier médico que se preciara miraría el vendaje que llevaba en la cabeza, se reiría de él y de su preocupación por los senos paranasales y lo echaría de la consulta!

Con suerte, los dos paracetamoles que se había tomado hacía treinta minutos estarían a punto de hacer efecto. Tenía otros dos a mano por si fuera necesario. Se encontró con la doctora Yasmin Dharni delante de la casa de George Jacoby. Al igual que Gardner, vestía elegantemente con un traje de chaqueta negro hecho a medida. Al estrecharle la mano con firmeza y presentarse, desprendía un aire de confianza y astucia, propio de alguien bien entrado en la mediana edad, a pesar de poseer un aspecto juvenil que se vería en alguien de veintipocos años. Tenía la piel oscura e impoluta, y el pelo negro, brillante y lleno de vitalidad.

Pronto se hizo evidente que su apariencia no era un indicador de su humor.

Se dirigió hacia la casa por delante de él, explicando que andaba escasa de tiempo y que aquello era un añadido inesperado a su agenda.

Riddick sabía que no debía subestimar el éxito de Sylvia, su contacto en el Cuartel General, al conseguirle una cita con el postrado George Jacoby, pero ya empezaba a lamentar que Sylvia hubiera cedido a la condición de supervisión médica. Yasmin parecía dispuesta a ser más un estorbo que una ayuda.

En la puerta, Yasmin siguió poniendo a prueba su paciencia.

—¿Sabe que no puede moverse, inspector Riddick? —preguntó Yasmin, y llamó.

—Sí, me he informado.

—¿Entonces qué hacemos aquí?

La actitud de ella le estaba intensificando el dolor de cabeza. Prefería que le llamaran tonto del bote a la cara; no había nada peor que se lo insinuaran con tanta suficiencia. —Lo siento, pensaba que se lo habrían explicado.

—¿Cree que a mí me explican las cosas? ¿Cree que la gente tiene tiempo para esas conveniencias? Y aunque lo tuvieran, ¿cree que yo tengo tiempo para escuchar?

Se mostraba hostil, pero él se contuvo. Estaba demasiado cerca. Así que dejó que su dolor de cabeza arreciara sin desahogar parte de la presión emocional. —Pensé que podría arrojar algo de luz sobre un caso de 2003, relacionado con el asesinato de un niño. Ocurrió antes de que sufriera el derrame cerebral. También hubo testigos. Se le *vio* con el niño más de una vez.

Ahí le dejaba eso.

—¿Sabe que no puede comunicarse? —dijo ella, todavía con aire de suficiencia.

¡Dios santo, acabo de hablarle de un niño muerto! —Tengo entendido que puede comunicarse con los ojos.

—Podía hacerlo, inspector Riddick. Hace muchos, *muchos* años que no lo hace. —Miró la puerta con enfado, pues seguía sin abrirse. Volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

Con semejantes niveles de estrés, se preguntó cómo mantenía un cutis tan juvenil.

Abrió la boca para responderle de nuevo, pero la cerró. Era inútil. La había tomado con él.

Esquiva las balas, Paul, y consigue lo que necesitas.

Aunque no supiera muy bien qué era eso…

La puerta se abrió. La enfermera del día anterior estaba allí. Saludó a la doctora con una sonrisa, pero esta empezó a desvanecerse a ojos vistas en cuanto miró a Riddick.

—¿Cómo está, señora Hartley? —preguntó Riddick, correspondiendo a su sonrisa menguante con una amplia sonrisa propia.

—Bien. Siento haber tardado en abrir... Estaba arriba con George.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Yasmin.

—Por el momento, sí.

—Siempre y cuando esté segura, señora Hartley —dijo Yasmin—. Si el paciente ha estado angustiado o muestra signos de malestar, es importante cambiar la cita.

—No —dijo ella—. Todo está como debe. Y, por favor, llámeme Julie. Seguidme.

Dentro, se quitaron los zapatos y los condujo escaleras arriba, a la habitación de George.

Yasmin le puso una mano en el hombro a Julie. Su comportamiento con la enfermera era cortés y más acorde con aquella cálida apariencia.

¡Era un trato que Paul no esperaba recibir de ella en un futuro próximo!

—¿Puede entrar con nosotros, por favor, Julie? Si ve algún cambio —signos de incomodidad o angustia, quizá— del que yo no me dé cuenta, ¿puede avisarme, por favor?

—Por supuesto —dijo Julie, y abrió la puerta de George.

Riddick sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba y que las sienes le palpitaban más que nunca.

El hedor a desinfectante casi le hacía llorar los ojos, pero era lo normal, razonó Riddick, si llevabas postrado en cama casi veinte años. Mejor que la alternativa: el olor a podredumbre.

Julie entró primero, mirando en la dirección donde probablemente estaría tumbado George. Se detuvo un instante.

Riddick sintió que un sudor frío le recorría la espalda.

¿Se daría la vuelta? ¿Les diría que no era un buen momento? ¿Los acompañaría de vuelta a la planta baja?

—Doctora Dharni —dijo Julie, haciéndole señas para que entrara.

—Espere aquí —le dijo Yasmin a Riddick, y luego entró ella.

Riddick luchó contra el dolor de cabeza. Debería haberle preocupado que empeorara hasta convertirse en una migraña, pero en ese momento, le inquietaba más que le cerraran esa vía de investigación.

Yasmin y Julie desaparecieron de su vista.

¡Vamos!

Se frotó la cabeza y buscó el paracetamol extra en el bolsillo de su chaqueta, deseando tener agua a mano.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Hubo otra larga pausa. *Dios…*

—Sí, entre —dijo Yasmin.

A Riddick se le revolvió el estómago mientras se disponía a entrar, y tuvo que apoyarse en la puerta abierta para mantener el equilibrio. ¿Se había equivocado de plano con todo esto?

Todo el mundo parecía pensarlo.

Todo el mundo.

¿Había permitido que la ridícula sugerencia de Anders echara raíces en su interior y creciera hasta alcanzar un tamaño inmanejable?

Más allá del creciente dolor de cabeza, buscó aquella imagen de George Jacoby, el feriante, haciendo señas a la gente para que se acercara a sus barcas y saludando con la mano a Graham Lock junto al pozo de los deseos.

Entonces, vio los ojos abiertos y sin vida de Stephen Best, antes de mirar el oso que llevaba en la bolsa…

Aquello lo espoleó.

Aférrate a estas imágenes, Paul. No es la primera vez que te dan por acabado. No sería la primera vez que les demuestras a todos que se equivocan…

Aférrate a ellas.

Y acaba con esto de una vez por todas.

Cruzó el umbral y se giró para mirar al feriante, a George Jacoby.

37

Después de que Gardner llamara por teléfono a Rice y lo dejara de piedra con la orden de que dirigiera la reunión informativa de esa mañana, se dirigió a casa de Kyle Alexander.

El chico llevaba desaparecido toda la noche, y ella se armó de valor para un encuentro cargado de emociones.

Luke Alexander, que se ganaba la vida vendiendo chutneys, no tardó en manifestar su convencimiento —una creencia que demasiada gente compartía hoy en día— de que los funcionarios del sector público rara vez se dejaban la piel cuando se les necesitaba.

Gardner le aseguró que sí lo hacían, y con creces, con toda la educación posible cuando te atacan y, cuando él se calmó un poco, la llevó arriba para ver a Collette.

Collette estaba sentada en la cama de Kyle, con la mirada perdida en el vacío.

Gardner observó la desordenada habitación y las figuras de Warhammer esparcidas por todas partes.

Collette movía la rodilla izquierda arriba y abajo sin parar mientras apoyaba sobre ella un puño cerrado que sujetaba un pañuelo de papel.

—Quería verla, Collette —dijo Gardner, sentándose a su lado, pero se contuvo de alargar la mano para cogerle la suya. No por el pañuelo empapado, sino porque quería mantener la profesionalidad

—. Solo para que sepa que estamos haciendo todo lo posible, pero todavía no tenemos ninguna noticia.

Collette no respondió. En lugar de eso, se dio unos toquecitos en los ojos con el pañuelo que apretaba.

Gardner asintió. —¿Sé que ambos ya han respondido a muchas preguntas, pero me preguntaba si podría hacerles una o dos más, solo para asegurarme al cien por cien de que a ninguno de mis compañeros se le ha pasado nada por alto?

Collette volvió a secarse las lágrimas y luego asintió.

—¿Cree que el trauma por el fallecimiento del mejor amigo de Kyle ha provocado esto?

—Él no se escaparía. No es propio de él.

—Ayer mencionó su diagnóstico de TDAH. ¿Está tomando la medicación actualmente?

—No —intervino Luke—. ¡Encontré un blíster en la basura el otro día!

Collette fulminó a Luke con la mirada. —No me lo habías dicho.

Luke desvió la vista. —Me hizo prometer que no lo haría, dijo que no volvería a pasar.

—Teniendo eso en cuenta —continuó Gardner—, ¿es probable que se comporte de forma errática? ¿Impulsiva?

—Es posible —dijo Collette, girando la cabeza por primera vez; tenía los ojos rojos e hinchados—. Pero fugarse es un gran paso.

—En el fondo, es un chico listo —dijo Luke—. Incluso si hiciera algo de forma impulsiva, emocional, es capaz de reflexionar después. Ya *habría* vuelto a casa.

—¡Y tiene la gripe! —exclamó Collette—. Usted lo vio. No estaba en condiciones de andar deambulando por ahí —hizo un gesto con la mano hacia la ventana— con este tiempo.

—Dijo que se dejó el móvil —comentó Gardner—. Suena a que tenía prisa. ¿Quizás ocurrió algo en particular que le hizo comportarse de forma irracional? ¿Tienen un localizador en su móvil para saber dónde está?

Collette asintió.

—¿Puede que se dejara el móvil aquí porque no quiere que sepan adónde ha ido?

Collette negaba con la cabeza. No quería creer en el engaño de su hijo.

Gardner pensó en el teléfono. Ya lo habían examinado en busca de mensajes. No había nada de interés.

—¿No hay ninguna posibilidad de que tuviera otro móvil? —preguntó Gardner—. ¿Uno que les ocultara?

—Mi hijo no es así. Impulsivo, sí. Inadaptado, sí. —Collette se levantó y se acercó a las figuras de Warhammer que había sobre la cómoda. Cogió una y la hizo girar como si la admirara—. Desordenado, sí. Pero no es falso. No lleva una doble vida… Yo lo sabría. Conozco a mi hijo.

—¿Y qué hay del misterioso amigo de Stephen? Kyle sabía de su existencia. ¿Podría él…?

—No —dijo Collette—. No tiene tanta confianza en sí mismo. Algo así, quedar con alguien a quien no conocía, me lo *habría* contado.

Gardner asintió, entristecida por su ingenuidad. Había oído comentarios similares de muchos padres a lo largo de los años y había sido testigo de primera mano de cómo confiar ciegamente en los hijos a menudo acarreaba consecuencias.

Collette cogió algo y volvió a sentarse. —¿Cree que está muerto?

Gardner se estremeció. —Es…

—Demasiado pronto —dijo Luke, y el color abandonó su rostro—. Por favor…, ni lo mencione.

—Estoy de acuerdo —dijo Gardner, asintiendo—. Es demasiado pronto para sugerir algo así. —Volvió a mirar a Collette—. ¿Se le ocurre algo más que destaque de las últimas dos semanas? Sé que no pasaba tanto tiempo con Stephen…, pero ¿hubo algo más fuera de lo normal, aparte de este amigo misterioso? ¿Mencionó a otros amigos, del club de Warhammer, quizás, o fue a algún sitio diferente?

Luke negó con la cabeza. —Siempre que tiene tiempo libre, está aquí metido, pintando. Nada más.

—Vale, gracias. —Suspiró para sus adentros—. Yo…

Se interrumpió al girar la cabeza y ver lo que Collette estaba haciendo a su lado. Entonces, meneó la cabeza, con los ojos fijos en la mano de Collette, incapaz de terminar la frase.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Luke.

No, no lo estoy.

—¿Inspectora Jefa Gardner? —Luke sonaba insistente—. Parece que ha visto un fantasma.

Gardner se obligó a salir de su estupor. —Disculpe, la falta de sueño me está pasando factura.

Le hizo a Collette un par de preguntas más sobre lo que acababa de presenciar antes de consultar su reloj. —De verdad, tengo que volver al trabajo. —Se levantó y sonrió.

No quería alterar a los Alexander todavía.

Así que, mientras la acompañaban a la salida, luchó por mantener la compostura lo más tranquila posible.

Una auténtica batalla, ahora que sabía quién era el amigo misterioso.

38

El maldito dolor de cabeza que sentía Riddick tras los ojos era implacable.

No era de extrañar.

Había sido un gilipollas de campeonato.

Alzó la vista y se encontró con los ojos de Yasmin y Julie; ambas, de espaldas a la cama, lo miraban fijamente. Esperaba que negaran con la cabeza. Esperaba que una de ellas dijera:

—¿Lo ve, idiota…? No hay nada para usted aquí. ¿No se lo dijimos?

¿Por qué, Anders? ¿Por qué empezaste esto?

Se acercó a la cama.

Había leído en alguna parte que era muy poco probable sobrevivir veinte años o más con el síndrome de enclaustramiento. Al contemplar a un hombre tan consumido, hasta el punto de haberse encogido al tamaño de un niño, comprendía por qué.

Un actor. Un pavo real.

¿En serio?

Madura, Paul.

Aquí no hay ningún actor.

Ningún pavo real.

Rodeó la cama hasta el otro lado para alejarse de Yasmin y Julie, y bajó la mirada. Que George siguiera vivo era un milagro en sí mismo. De hecho, si no fuera por el silbido que emitía al respirar, lo

habría puesto en duda. El hombre había avanzado un buen trecho en su proceso de descomposición.

Alzó la vista y vio que Yasmin y Julie se habían vuelto a girar para poder verlo por encima de la cama.

—¿Y bien? —Yasmin se cruzó de brazos—. ¿Tiene lo que necesita?

No sea petulante…, por favor, no… No podré soportarlo.

—Necesito despertarlo. —Su voz sonaba desesperada. Y lo estaba.

—No puedo permitirlo —dijo Yasmin—. Además, *no se le puede* despertar, inspector Riddick. Incluso si de alguna manera lo consiguiera, volvería a perder el conocimiento casi de inmediato.

Basta, Paul. Ahórrate este sufrimiento.

—¿Se despierta alguna vez?

—Antes abría los ojos durante un minuto o así —dijo Julie—, pero ahora es raro.

Riddick examinó la habitación con la mirada.

Estaba poco amueblada, y los muebles que tenía eran antiguos. Eran de roble pulido, eso sí, y probablemente tuvieran cierto valor. Miró el armario y luego la cómoda.

Deseó poder hacer pedazos la habitación —y luego la casa— en busca de pruebas de que George había asesinado a Graham Lock.

Pero para eso haría falta una orden judicial.

Y podía afirmar con seguridad que no se emitiría ninguna, no con la inminente destrucción total de la reputación de Riddick.

—Entonces, ¿había algo más? —Yasmin miró su reloj.

No. Todo ha sido para nada.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Se encuentra bien, inspector Riddick? —preguntó Yasmin.

No respondió. Su mente daba vueltas, al igual que su estómago. Las sienes le palpitaban de una forma increíble.

Luchó contra el impulso de agacharse y zarandear a George. ¿Tenía algo que perder? Aquel era, casi con toda certeza, su último día de libertad.

Pero si lo zarandeaba y le causaba daño a un moribundo —un moribundo *inocente* a ojos de la ley—, ¿entonces qué?

Desaparecería del mundo como un verdadero monstruo, en lugar de como un simple borracho idiota que se había vengado de esa rata de Ronnie Haller.

¿Así que marcharse y ya está?

¿Podía hacer eso? ¿Era ese su estilo?

Se inclinó más cerca del rostro encogido y ceniciento de George.

—*Graham Lock*.

Buscó un atisbo de reacción en la cara consumida. *Nada.*

—Ya es suficiente —dijo Yasmin—. Inspector…

—Graham Lock. —Esta vez más alto.

Seguía sin haber nada.

—Inspector Riddick, ¡*debe parar*…!

—¿*Mató* a Graham Lock?

—¡Basta! —dijo Yasmin, alzando la voz.

Y entonces, los ojos de George se abrieron.

39

Con el corazón desbocado, Gardner contactó con Rice y le dijo que terminara la reunión informativa.

—¡Si acabamos de empezar! —siseó él.

—Haré como si no hubiese oído eso, Phil. Ahora *mismo*.

Rice suspiró.

—¿Por qué? —preguntó.

Ella se lo contó.

—Hostia puta.

—Exacto. Termina y nos vemos aquí. —Le dio la dirección que había conseguido del Cuartel General antes de llamarlo.

Durante todo el trayecto, no pudo quitarse de la cabeza la imagen de Collette Alexander pasando aquella moneda de Warhammer de un lado a otro por el dorso de la mano, entre los huecos de los dedos…

—Buen truco. ¿Dónde lo aprendiste? —le había preguntado a Collette, desesperada por no revelar lo conmocionada que estaba.

—Me lo enseñó Kyle.

—Parece difícil. ¿Y a *él* quién le enseñó?

—Stephen, por supuesto. Todo venía de Stephen… Todo giraba siempre en torno a Stephen.

Recordó a Eugene examinando las cajas en busca de figuras de Warhammer que faltaran, mientras el repartidor hacía rodar la moneda sobre sus dedos.

El repartidor que ahora sabía que era Eric Oakes. Treinta y tres años.

Aparcó a varias casas de la suya y esperó a Rice.

Con los ojos cerrados, recordó a Eric sacudiéndose la nieve del gorro de lana azul que le cubría el pelo largo y negro, mientras daba las gracias a Eugene. *Al chaval le encantaban los Hedonites of Slaanesh.*

Solo que no hay ningún chaval, ¿verdad, Eric?

Estás soltero y no tienes hijos.

Entonces, recordó la queja de Eugene. La caja de Lumineth Realm-lords que faltaba…

Has estado robando de esos envíos, ¿verdad, Eric? ¿Para camelarte a Stephen con ellos?

Pero los Lumineth Realm-lords fueron robados *después* de la muerte de Stephen…

Se le heló la sangre.

¿Los usaste para atraer a Kyle?

¡Vamos, Rice!

Alzó la vista hacia la casa adosada, tres más allá.

Los turnos de Eric eran de mediodía a ocho de la noche. Lo más probable era que estuviera en casa.

¿Estaba Kyle con él?

Eso fue suficiente para impulsarla a salir del vehículo.

Rice justo estaba aparcando.

Ella le hizo un gesto con la cabeza, pero continuó su marcha hacia la vivienda.

—Joder —le oyó decir a su espalda.

Giró hacia el camino de entrada de Eric, pasó de largo un Kia rojo y se dirigió a la puerta.

Rice la alcanzó, resoplando.

—Jefa, mis rodillas…

A la mierda con tus rodillas. Golpeó la puerta con fuerza y sacó su placa.

La puerta se abrió lo que permitía una cadena de seguridad. Reconoció los ojos del repartidor que se asomaban y que luego se abrieron como platos.

—Inspectora Jefa Emma Gardner y…

La puerta se cerró de un portazo.

—Culpable, vamos —dijo Rice, corriendo hacia la cancela lateral —. Iré por detrás.

—Eric Oakes…, abra la puerta ahora mismo… —Se agachó y abrió la trampilla del buzón—. Los refuerzos están de camino. No deje que esto se le vaya de las manos. No puedo garantizar su seguridad si hay que echar la puerta abajo…

¡Jefa!

Mierda. ¡Rice!

Echó a correr y giró bruscamente. Por suerte, Rice había dejado la cancela lateral entreabierta para ella, o se habría estampado contra ella sin remedio.

¡Ayuda!

Sintió cómo el corazón se le desbocaba mientras corría por el sendero lateral de la casa, esforzándose por reprimir el recuerdo de cuando perseguía a aquel chaval con un cuchillo en un bloque de pisos de doce plantas, mientras a su compañera y amiga, la sargento detective Willows, la tiraban al vacío desde un octavo piso.

Otra vez no.

¡Jefa!

Otra vez no.

El móvil le vibró en el bolsillo. *Ahora no.*

Cuando llegó al final del sendero, se encontró con un jardín desastrado. Rice estaba tirado en el suelo junto a una carretilla volcada, agarrándose un ojo. Eric, con el batín abierto y ondeando tras él como una capa, corría hacia una gran valla de madera que separaba el jardín de la propiedad de detrás.

Al llegar a la altura de Rice, redujo ligeramente la velocidad.

—Rice. ¿Estás…?

—¡Estoy bien! ¡Tú atrápalo, joder!

Sin dejar de moverse a toda velocidad, sorteó a Rice y observó a Eric lanzarse contra la valla. El cabrón consiguió agarrarse al borde superior.

—¡Policía! ¡Alto, Eric!

Estaba trepando, tratando de pasar el pie izquierdo por encima, con el batín colgando a su espalda.

Desesperada, metió toda la caña que pudo en los últimos metros, con la mano ya extendida para agarrar el batín que de repente estaba a centímetros de ella…

Consiguió pasar el pie izquierdo y el batín se alejó de su alcance.

¡Mierda! No.

—Eric…

Él soltó un alarido.

Intuyó que iba a caer y se hizo a un lado antes de que lo hiciera.

El idiota aterrizó de espaldas en la tierra helada, con el batín abierto a su alrededor, dejando al descubierto su desnudez. A continuación, se llevó la rodilla izquierda al pecho, agarrándose el tobillo, que sangraba considerablemente.

Gemía y se mecía de un lado a otro.

—Un puto clavo. Estoy sangrando a chorros.

Gardner bajó la vista, asegurándose de mantener los ojos en su tobillo ensangrentado en lugar de en sus genitales.

—Solo un poco.

Rice se acercó a su lado.

—Me has atizado, gilipollas. —Miró al hombre desnudo e hizo una mueca—. Ya se me han quitado las ganas de comer.

Gardner se arrodilló detrás del hombre que se retorcía.

—¿Hay alguien en la casa, Eric?

—¿No ve que necesito ir al hospital?

—¿Está tu hijo dentro? —dijo Rice con sorna.

Eric entrecerró los ojos.

—Al que le encanta el Warhammer, ¿recuerdas?

Gardner levantó la vista hacia Rice. No es de extrañar que estuviera cabreado: su ojo morado ya empezaba a tomar color. —Avisa por radio. Necesitamos un equipo para la casa.

Gardner volvió a bajar la vista hacia Eric. —¿Dónde está Kyle Alexander?

Eric gimió. —No sé de qué me habla.

—¿Por qué huyó entonces?

Hizo una mueca de dolor. —Necesito ir al hospital... yo...

—¿Por qué huyó?

—Voy a morir desangrado.

Ella le miró la herida. No tenía buen aspecto, pero estaba claro que su vida no corría peligro. Aun así, le dejaría pensar lo que quisiera. —Usted decide. Háble me de Stephen Best y de Kyle Alexander y conseguiré que reciba atención médica.

—¿Va a detenerme?

—Depende de lo que me cuente.

Se miró la herida y apretó los dientes. Se le llenaron los ojos de lágrimas. —Lo ha entendido todo mal. —Los cerró con fuerza—. Yo no maté a Stephen. Yo lo *amaba*. Y él me *amaba* a mí.

—Sin embargo, está muerto —siseó Rice. Había vuelto tras su llamada.

Gardner le lanzó una mirada fulminante, pero él, por una vez, no le hizo caso.

Parecía *furioso*. —Quince. Me das asco. Te acostaste con un crío y luego lo mataste...

—¡Inspector! —lo interrumpió Gardner.

Rice siguió fulminando a Eric con la mirada. Le enseñó los dientes.

—Vete a esperar a los refuerzos. Es una orden.

Rice entornó los ojos, giró la cabeza, escupió en el suelo y se marchó pisando fuerte.

—¡Yo no maté a Stephen! —le gritó Eric a Rice—. Han sido los peores días de mi vida.

—Míreme a mí —dijo Gardner—. Soy yo quien gestiona la atención médica.

Eric la miró.

—¿Qué pasó con Stephen?

—Rompió conmigo el mismo día que murió junto a esa cueva... *rompió* conmigo. Estuvimos juntos, *aquí*, a última hora de la tarde. —Señaló su casa con la cabeza—. Y, de la nada, simplemente le puso punto final a todo.

El semen.

Gardner no podía estar más segura de que ahora pertenecía a Eric. De aquella última tarde.

—¿Por qué?

—Ya no soportaba a su puñetero padre. Ese hombre es un trozo de mierda. ¡Un matón! Vigilaba cada uno de los movimientos de Stephen.

—¿Descubrió lo vuestro?

—No... solo que Stephen era gay, ¡pero con eso le bastó! Ese viejo cabrón torturaba a mi Stephen. Él me *amaba* y, aun así, el muy capullo rompió conmigo por culpa de ese viejo gilipollas. Pero ¿matarlo? ¿Por qué iba a hacer yo eso? —Tenía lágrimas en los ojos —. Nunca he amado a nadie así... y nunca volveré a hacerlo.

A Gardner le decepcionó su repentina duda. Antes, se había sentido muy segura de que esto era el final. El desenlace.

Desde luego, cualquiera podía sonar convincente cuando era necesario.

Pero hacía falta cierta habilidad para hacerlo desnudo, en el frío, creyendo que te estabas desangrando.

—¿Sabe quién podría haberlo matado?

—Si lo supiera, iría a por él. —Una frialdad se apoderó de sus ojos—. De eso puede estar segura.

—Kyle. Usted sabe dónde está, ¿verdad? Le robó esos Hedonites of Slaanesh para hacerlo salir.

—Le juro que no sé dónde está... pero sí, me reuní con él. Pero me hace usted parecer horrible. ¡Le di esos Hedonites para que se sintiera mejor, no para sobornarlo! Nos vimos cerca del campo de críquet.

—O sea, que simplemente se reunieron para que se sintiera mejor, ¿sin ninguna otra intención? ¿Sin sobornarlo para comprar su silencio? *—¿Sin intentar engatusar a un segundo chico?* Se guardó esta pregunta por el momento; no quería alterarlo demasiado.

—No, yo le di un móvil a Stephen para que pudiéramos mantener el contacto. Me dijo que iba a destruir el teléfono después de terminar conmigo. Cuando me enteré de... —Negó con la cabeza—. *Después* de ese momento horrible, llamé al teléfono, desesperado por oír su voz, a pesar de saber que no pasaría, y entonces respondió Kyle. Stephen no lo había destruido después de todo, se lo había dejado a Kyle para que se lo guardara. Así que le pedí a Kyle

que me trajera el teléfono a cambio de los Hedonites... —Arrugó los ojos y gimió.

—Su silencio parece bastante barato.

—Kyle no diría nada por lo que Stephen sentía por mí. Esos dos se guardan lealtad.

—Lástima que usted no tenga ninguna lealtad, Eric.

Los ojos de Eric se abrieron de golpe.

—Usted abusó de Stephen.

—No... no... ¿No me está escuchando?

—Sí que estoy escuchando. Proteste amor eterno todo lo que quiera, Eric. —Gardner enarcó una ceja—. Stephen tenía quince años.

—Tenía edad suficiente para saber lo que hacía... lo que quería.

—Si es tan inocente, ¿por qué huyó?

—Por esto mismo, porque no entendería que estábamos enamorados.

—¿Quizá deberíamos ver qué opina un jurado de esta historia de amor?

Hizo una mueca de dolor y apartó la mirada. Ahora le caían lágrimas por la cara. —Lo supe desde el momento en que lo vi. Por cómo me miró. No se puede cuestionar algo que se siente tan correcto.

—Se puede y se debe. —Gardner negó con la cabeza—. Era un crío. Nosotros somos adultos. Tenemos una responsabilidad.

—¿No deberíamos tener ninguna responsabilidad con nosotros mismos? ¿Con nuestras propias necesidades?

—No funciona así.

—Estuve a punto de... ya sabe... de acabar con todo antes de que apareciera Stephen —continuó Eric—. Él me salvó.

¿De verdad? ¿O eso es solo una justificación más? Sintió la rabia crecer en su interior. Cómo se atrevía a anteponer sus necesidades a las de un crío.

—¿Hubo otros?

Eric arrugó los ojos y gimió.

—¿Hubo otros? —repitió ella.

No respondió. Se le revolvió el estómago.

Sintió una mano en su hombro. Era Rice. —Todo arreglado.

Gardner se levantó y se apartó un metro con él. —Abusó de Stephen, y de otros también, sospecho.

—¿Ha admitido haberlo matado?

—Dice que no —dijo Gardner—. Si lo hizo, es un mentiroso de cojones.

—Ya nos hemos topado con mentirosos antes.

—Ya. Vamos a ficharlo y a intentarlo de nuevo con él.

Le sonó el móvil. Era Marsh. Se distanció un poco de Rice.

—¿Señora?

—Emma, tienes que venir al Cuartel General... para dejar todo esto zanjado antes de la rueda de prensa.

—Lo haría, pero no estoy cien por cien segura con Eric. De hecho...

—¿En serio? ¿Quieres decir que no te has enterado? ¿Creía que Ray te iba a llamar?

Recordó que el móvil le había vibrado en el bolsillo mientras corría. —No... ¿Enterarme de qué?

—Ron Best ha confesado haber asesinado a su hijo.

—Graham Lock.

¿Quién ha dicho eso?

—Basta ya..., inspector…

—Graham Lock.

Otra vez..., ese nombre..., ese dulce, dulce nombre.

—Inspector Riddick. Debe parar…

—¿Mató usted a Graham Lock?

¿Quién pregunta?

¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

¡Dios santo...! ¡La luz es demasiado intensa! Bájala. Quienquiera que seas, bájala. Me quema. ¿Quieres dejarme ciego?

Oh, Dios... Ya recuerdo. Son lo único que me queda. Mis ojos.

¡Por favor, no me dejes ciego!

¡Te lo suplico..., son lo único que me queda!

Tengo tantos momentos en los que vivo..., tantos hermosos, hermosos momentos, ¿y me traes de vuelta a este infierno?

Podría gritar.

Pero no puedo.

Vale..., vale..., ya está. Bien. El dolor se está calmando, pero, aun así, sigo aquí. ¿Quién me ha traído de vuelta?

¿Quién se ha atrevido a hacerlo?

Ahí está la ventana. A la que no puedo acercarme para caminar. Por la que no puedo mirar...

Por la que no puedo saltar...

Porque lo haría.

¡Santo cielo, claro que lo haría!

—Usted mató a Graham Lock, ¿verdad?

¡Qué pregunta más ridícula!

Tu cara está ajada, tus ojos pesan. Una cara que no conozco. Una cara que he visto mil veces.

Rota.

—¿Puede hablar, George?

Pobre iluso... ¡mírame! Si pudiera reírme en tu cara, lo haría.

Ojo, mi extraño invitado, hay lugares donde sí puedo hablar. Lejos de aquí, eso sí. Pero, ay, hay momentos a los que no puedes llegar.

Momentos en los que bailé.

Aun así, aquí estás. ¿Qué puedo hacer por ti? Si hablar no es una opción, llévate lejos de aquí tu persona y ese hermoso nombre que tienes en los labios...

—Si puede oírme... Si puede oírme, George. Hágamelo saber.

Joder, qué pesado eres, ¿eh?

¿Qué te parece esto?

Parpadeo. Parpadeo. Parpadeo.

—Me oye, George, ¿a que sí? Sé que sí. Parpadee tres veces más.

Ja, ja. Lo que te sirva, hombre extraño. Parpadeo. Parpadeo.

Aguanta la respiración...

Puedo sentir tu tensión...

Espera...
Parpadeo.

40

—Puede oírme —dijo Riddick, con el corazón acelerado—. Lo entiende. ¿Ha visto eso?

—Julie, dijo usted que esto ya no pasaba —dijo Yasmin, volviendo sus ojos desorbitados hacia la enfermera.

—Nunca lo he visto suceder —dijo Julie, negando con la cabeza.

Yasmin volvió a mirar a Riddick y entrecerró los ojos de nuevo. —Tenga cuidado, inspector Riddick. Está muy débil y no sabemos si de verdad se está comunicando.

¿Qué demonios cree que está haciendo? —George, parpadee tres veces si puede oírme.

George obedeció.

Riddick miró a Yasmin enarcando una ceja. Su expresión era pétrea. *Pero no niegue que no está fascinada, Yasmin..., ni se le ocurra negarlo.*

No quería perder ni un segundo; no tendría una segunda oportunidad. Tenía que ir directo a por la verdad. —Parpadee una vez para decir «no» y dos para decir «sí». ¿Entendido?

Parpadeo. Parpadeo.

Riddick pensó que el corazón podría estallarle en el pecho. —¿Mató usted a Graham Lock en 2003?

Parpadeo.

Esperó. No hubo un segundo parpadeo. *Mierda.*

—¿Conocía a Graham Lock?

Parpadeo. Parpadeo.

Riddick sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Hay algo que pueda decirme sobre lo que le pasó a Graham Lock?

Parpadeo. Parpadeo.

Las respuestas a todo...

La adrenalina hizo que se sintiera ligero.

La verdad en un hombre paralizado...

Buscó a tientas su libreta en el bolsillo del traje. Rara vez la usaba, y normalmente era a instancias de Gardner, pero, ¡joder, cómo la necesitaba ahora!

—¿Puede parpadear cuando llegue a letras concretas?

Parpadeo. Parpadeo.

Vale..., vale... Se llevó la mano a la frente para secarse el sudor y rozó el vendaje de su herida. El dolor de cabeza le recordó que seguía ahí.

—A... B... C... D... E... F...

Parpadeo.

Escribió una *F* con mano temblorosa.

—A... B... C... D... E... F... G... H... I...

Parpadeo.

F. I.

Siguió una y otra vez, hasta que deletreó la palabra ARREGLADO.

—¿Arreglado? ¿Arreglado el qué?

Levantó la vista hacia Yasmin, que se encogió de hombros.

—¿Arreglado el qué? —preguntó Riddick mirando a George.

Empezó a recitar las letras de nuevo.

George parpadeó en la F y luego en la I.

¡Está deletreando la misma puñetera palabra!

La completó de todos modos y se quedó mirando el papel, descorazonado. *ARREGLADO.*

Cuando levantó la vista, Yasmin estaba mirando su reloj. *Ni se le ocurra. No se atreva, maldita sea.*

Riddick se inclinó, de modo que sus ojos quedaron a menos de un metro de los de George. Sintió el aliento débil y entrecortado del hombre en su mejilla.

—¡Dígame qué hizo! ¿Qué arregló? ¿Arregló a Graham Lock, es eso? ¡Por la salvación de su alma, George, dígamelo! ¿Arregló a Graham Lock?

Ningún parpadeo.

—¡Maldita sea!

George cerró los ojos.

A Riddick se le cortó la respiración.

Sus ojos permanecieron cerrados.

—No..., no... George, lo siento, abra los ojos.

Nada.

Riddick alargó la mano y la posó en la mejilla marchita del hombre paralizado. —¡Despierte, George!

—Ya es más que suficiente, inspector Riddick —dijo Yasmin—. Creo que debería darse por satisfecho. Ha llegado mucho más lejos de lo que nadie esperaba.

Riddick miró a Yasmin. —¿Satisfecho? Este hombre mató a un chico de quince años. ¿Satisfecho? —La señaló con un dedo—. Si fuera su hijo, ¿estaría satisfecha?

La oyó contener el aliento. Sus ojos se entrecerraron. Iba en serio, esa mujer. Ya lo había puesto muy por debajo de ella y nada de lo que dijera lo elevaría ahora.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a George.

Sus ojos seguían cerrados.

—Lo siento, doctora. —Asintió—. Tiene razón. Hemos terminado.

—Bien —dijo Yasmin.

Riddick levantó la vista y vio a Julie darse la vuelta y salir primero de la habitación. Riddick rodeó la cama, negando con la cabeza.

Arreglado.

¿Arreglado el qué?

¿A Graham?

Mientras seguía a Yasmin hacia la puerta de la habitación, dijo: —Comprende por qué tenía que intentarlo, ¿verdad, doctora Dharni? Si no llegamos a la verdad, ¿qué sentido tiene todo esto? Ese chico era inocente.

Yasmin salió al pasillo y se giró, de modo que miraba a Riddick desde el umbral de la puerta. —Leí sobre el caso. La verdad estaba

ahí. Fue el padre. ¿Por qué armar tanto revuelo por este moribundo? ¿Es que su propia tragedia no cuenta?

—Ya le contestaré a eso —dijo Riddick, dando un paso atrás y cerrando la puerta de un portazo. Giró la llave en la cerradura y luego echó los cerrojos de arriba y abajo por si acaso.

Escuchó los golpes ahogados de los puños de Yasmin y su voz amortiguada. —Abra la puerta. Esto es inaceptable...

Una puerta maciza y antigua debería mantener fuera a la odiosa doctora. Por supuesto, no mantendría fuera a aquellos con los que contactara.

Mejor darse prisa entonces, ¿eh, Paul?

Regresó junto a George y lo miró. —*¿Arregló* a Graham? Necesito oírselo decir. *Ahora.* ¡Si no es por otra cosa, hágalo por la salvación de su alma!

Esperó.

Nada.

Solo los golpes en la puerta.

Se inclinó y le siseó al oído. —Un depredador... reducido a la nada. *Patético.* ¿Qué se siente al tener las alas cortadas? Bien por la naturaleza. Interviniendo. Anulándolo.

Nada.

Frustrado, Riddick cerró sus propios ojos mientras se inclinaba sobre George. Los golpes en la puerta habían cesado. Yasmin estaría al teléfono.

—Debería haber dejado también a Ronnie Haller en manos de la naturaleza —susurró—. Debería haberlo dejado a merced de lo inevitable. —Sacudió la cabeza—. Pero no lo hice, ¿verdad? Lo maté. No tengo nada que perder. ¿Me entiende, George? Absolutamente nada.

Abrió los ojos.

George Jacoby lo estaba mirando.

41

Gardner recordó a Ron Best en la ventana. Con los ojos como platos..., la boca abierta..., demacrado y pálido..., paralizado al ver a Gardner y a Rice en el umbral de su puerta, *sabiendo* la funesta razón por la que estaban allí.

En ese momento, Gardner lo había achacado al miedo que anida en la mente de cualquier padre ante una visita a esas horas de la noche.

¿Pero se habría equivocado? ¿Sabía Ron el motivo de la visita porque, en realidad, había matado a su propio hijo?

Gardner negó con la cabeza. Había sido una tonta por fiarse de su instinto. Después de todo, Ron nunca había proporcionado una coartada sólida.

¿Cuál sería el coste de su error?

¿Kyle? ¿Otro chico de quince años?

Mientras la revelación de la supuesta confesión de Ron le daba vueltas en la cabeza, Gardner se alegró al menos de tener un respiro de Rice. Él estaba acompañando a Eric Oakes al hospital. Confiaba en que la rabia de Rice por el ojo morado se hubiese calmado y que fuera a abordar la situación con profesionalidad; había que presentarle este caso a la Fiscalía bien atado. El semen recuperado sería el de Eric, pero quería dejarlo todo zanjado. Cualquiera que se aprovechara de un chico de quince años no se iba a ir de rositas.

Gardner repasó los detalles de la revelación en su cabeza otra vez mientras se acercaba a la casa de Ron. La agente de enlace familiar Lyndsey le había llevado el desayuno a su habitación esa mañana y se había dado cuenta de que tenía una herida en la cabeza. Al principio, él le había restado importancia diciendo que había sido por un resbalón en el hielo durante su paseo nocturno, pero cuando Lyndsey insistió, Ron perdió la compostura. Por lo visto, confesó haber matado a su hijo varias veces, antes de desplomarse en el suelo y acurrucarse.

Habían llamado a Ray Barnett como refuerzo, pero Ron todavía no había salido de su estupor. Gardner había insistido en que no habría detención, ni mano dura por parte de nadie, hasta que ella lo viera y hablara con él.

Gardner aparcó frente a la casa de Ron Best.

—¡Mierda! —Parecía que sus órdenes habían caído en saco roto.

Dos agentes llevaban a Ron Best por el camino de acceso a la casa, sujetándolo de los brazos.

Saltó del coche y les lanzó una mirada furiosa a ambos agentes.

La cabeza de Ron parecía necesitar atención médica urgente. ¿Hacía falta tratarlo con esa brusquedad? ¡Ron no parecía tener fuerzas ni para tenérselas en pie! —¿Pueden tener más cuidado, agentes?

—Solo lo estamos ayudando a mantenerse erguido, señora —dijo uno de los agentes.

Gardner volvió a mirar a Ron. Tenían razón. Estaba claro que Ron no miraba por dónde iba, y parecía que las piernas le iban a flaquear en cualquier momento.

Barnett salió por la puerta principal de Ron. Sus ojos se abrieron como platos al ver a Gardner y corrió por el camino de la entrada hacia ella. Rodeó rápidamente al sospechoso y a los dos agentes. No necesitó muchas zancadas. Barnett era grande como un jugador de baloncesto.

—Jefa..., lo siento..., no me ha quedado más remedio. Ha empezado a golpearse la cabeza contra la pared. He pensado que lo mejor era sacarlo de ahí.

—Quédense aquí, por favor —les dijo Gardner a los agentes. Apartó a Barnett a un lado—. Tranquilo, Ray, seguro que ha hecho lo correcto. ¿Le ha preguntado por Kyle?

—Le he preguntado por muchas cosas, jefa. No se comunica.

—Mierda —suspiró Gardner—. Vale..., déjeme intentarlo a mí.

Gardner intentó establecer contacto visual con Ron, pero él solo parecía estar mirando fijamente a algo en la distancia, detrás de ella.

Riddick, Eric y, pronto, Ron... Esta investigación le estaba dando mucho trabajo al Sistema Nacional de Salud.

—Ron, si le soltamos de los brazos, ¿puede mantenerse erguido, por favor? —preguntó Gardner.

Esperó. Finalmente, Ron asintió brevemente.

—¿Es buena idea, jefa? —dijo Barnett en voz baja detrás de ella.

—Ahora, por favor —dijo ella, quitándose de encima la irritación que sintió por la pregunta de Barnett; solo intentaba hacer lo que creía que era mejor. Sin duda, ella habría reaccionado de forma similar.

Los dos agentes lo soltaron y observaron con el ceño fruncido; parecían esperar que el padre afligido simplemente se desplomara. No lo hizo.

—Ron —dijo ella, todavía tratando de captar su mirada—. Soy yo. La inspectora jefa Emma Gardner.

Nada.

—La noche antes de anoche, usted me enseñó fotografías. Unas fotografías preciosas de Lynda y Stephen.

Creyó ver que algo se removía en sus ojos, pero como no dijo nada, concluyó que era una vana esperanza.

Barnett se inclinó. —Así es exactamente como lo encontramos... hasta que ha empezado a perder el control. De verdad, lo he intentado todo.

Todo lo que tenías a tu disposición, Ray. Pero yo tengo más recursos.

Respiró hondo. Su siguiente movimiento parecía desalmado, casi brutal, pero podría ser la chispa que lo sacara de su

ensimismamiento. —Ron, tenemos a un hombre detenido. Tenemos razones para creer que ese hombre abusó de Stephen.

La agitación en los ojos de Ron era ahora mucho más evidente.

Sintió la mano de Barnett en su hombro. Estaba entrando en pánico. —Jefa, creo que debería apartarse…

—¿Quién? —dijo Ron.

Gardner se quitó la mano de Barnett de un manotazo. —Ya llegaremos a eso, Ron, pero primero, necesito saber si está bien, y necesito que me explique mejor a qué se refería antes cuando dijo que había matado a Stephen.

—Yo solo quería lo mejor para él. Se lo dije, ¿verdad? ¿La otra noche?

—Sí, Ron —dijo Gardner, mirándolo con compasión—. Y pude ver entonces, como puedo ver ahora, que lo dice en serio.

—Pero yo lo maté. ¿Qué más se puede decir? No importan mis intenciones, maté a mi propio hijo.

—¿Cómo, Ron? ¿Cómo mató a Stephen?

Ron suspiró. Se secó las lágrimas. —Era como su madre, ¿sabe? Callado, pero terriblemente sincero..., honrado a carta cabal. Es..., *era*..., uno de los mejores. Habría hecho cualquier cosa por cualquiera. No como yo. Soy un viejo cabrón que sigue sin tener ni idea de dónde está de un día para otro...

Aquello era demasiado ambiguo. Demasiado frustrante. Si de verdad había matado a Stephen, cosa que ella dudaba cada vez más, necesitaba oírlo de su boca. Que se lo confirmara. Valorar si era verdad o una invención. En ese momento, aquello solo sonaba a lamento. Un sentimiento de culpa, no una admisión de asesinato. —¿Qué pasó en la cueva, Ron?

—¿La cueva?

—Sí. ¿La cueva de san Roberto? ¿Qué pasó allí?

—No pasó nada. —Parecía nervioso—. ¿Por qué? ¿Quién le ha dicho que pasó algo? En la cueva *no* pasó nada.

—Su hijo, Ron. Su hijo, Stephen, murió en la cueva. —Le examinó la herida de la cabeza con la mirada. Quizá se había hecho bastante daño.

—Perdón, sí, pensaba que se refería a anoche. —Apartó la mirada. Estaba claro que le frustraba habérsele escapado esa información.

—¿Es ahí donde se dio el golpe en la cabeza? ¿En la cueva anoche?

Él negó con la cabeza, despacio. —No me encuentro muy bien.

—¿Volvió usted a la cueva? ¿Por qué?

Él dio un respingo.

—¿Por qué? —alzó la voz ella.

—Porque... porque... ahí es donde pasó. No quería asustarle. No es culpa suya... Él me empujó, pero estaba asustado...

Kyle.

Gardner miró a Ron. —¿Vio a Kyle en la cueva?

Ron bajó la mirada. Gardner vio cómo las lágrimas le corrían por la cara.

Se volvió hacia Barnett. —¡Que los agentes vayan a la cueva ahora mismo!

Luego se dio la vuelta y corrió hacia el coche.

—Si no es por otra cosa, ¡hágalo por la salvación de su alma!

¡Mi alma!

¿Está usted ciego? ¿No ve a lo que he quedado reducido?

Ya vivo en el infierno. Aunque mi alma sea despedazada y arrojada a los demonios, al menos quizá pueda volver a sentir algo...

Además, mi alma está a salvo. ¿La suya lo está? Habla de matar, pero lo que yo hice fue diferente.

Yo reparaba.

Y no hay nada más admirable que eso.

A Graham Lock lo torturaron. No sabe ni la mitad de lo que le hizo su padre. No podría ni empezar a comprender el caos en la mente de ese querido oso. Estaba atormentado por los demonios. Me enseñó las cicatrices de donde se cortaba. Me habló de sus pesadillas y su dolor... Me mostró su vulnerabilidad.

Toda ella.

Ya no podía soportar por más tiempo la inestabilidad. Necesitaba lo que yo le ofrecía. Necesitaba ser sólido.

Igual que yo también lo necesitaba. De niño, rezaba por ello cada noche, y dos veces después de que él viniera a mi habitación. Mi tío, mi falso tío, Archie... un pilar de la comunidad... una rata...

¿Cómo le ha llamado ella?

Inspector Riddick. Sí. Eso es.

Bueno, inspector Riddick, habla usted de salvar mi alma, pero ¿dónde cree que está esa alma?

En el infierno, inspector Riddick. Ya sea como un niño tembloroso en mi dormitorio, o como esta carcasa en una cama...

Pero al menos hice algo bueno en mi lastimosa vida.

Al menos les di a otros la solidez que anhelaban.

Esos golpes en la puerta... de verdad ha dejado a los demás fuera.

Ahora me interesa, inspector Riddick. Es usted un hombre tenaz, desde luego. ¿Qué hay encerrado dentro de usted? ¿Qué causa su inestabilidad? ¿Su volatilidad?

—Un depredador reducido a nada. Patético. ¿Qué se siente al tener las alas cortadas? Bien por la naturaleza. Interviniendo. Anulándole.

No, yo no soy un depredador, inspector Riddick. No me conoce. Nunca podrá conocerme.

Le di a Graham lo que nadie más estaba dispuesto a darle. Y le ofrecí lo mismo a Julian Greaves. Él también estaba roto. Maltratado hasta que se quedó sin hogar. Era como agua desparramada por el suelo, esperando que el calor lo evaporara. Pero le entró el pánico. Y esta es mi cruz. Cambió de opinión, y perdí a mi oso de la peor manera posible. Verle hundirse bajo la superficie del Nidd en lugar de encontrar la solidez bajo las aguas de la Madre Shipton fue mi mayor tragedia. ¡No la naturaleza cortándome las alas como afirma usted con tanta elocuencia!

—Debería haber dejado a Ronnie Haller también en manos de la naturaleza. Debería haberle dejado a merced de lo inevitable. Pero

no lo hice, ¿verdad? Lo maté. No me queda nada que perder. ¿Entiende, George? Absolutamente nada.

¿Quién es usted, inspector Riddick? ¿Quién es usted en realidad?

¡Debo admitir que ahora sí que ha despertado mi interés!

Déjeme mirarle.

Rostro ajado, ojos cerrados como en una plegaria silenciosa y desesperada. ¿Un asesino, dice?

Roto.

Como Graham, como Julian, como yo antes de encontrar mi vocación...

¡Eso es! ¡Abra los ojos, inspector Riddick!

Hablemos.

42

Apretando los dientes por la agonía en las sienes, Riddick clavó la mirada en los ojos pequeños y amarillentos de George. Respiró hondo. —¿Por qué lo arregló? *A*... *B*...

Parpadeo. Parpadeo.

El subidón de adrenalina le intensificó el ardor en las sienes, pero consiguió garabatear una B en su libreta.

Continuó hasta que George hubo deletreado *Roto* con los ojos.

—¿Lo arregló porque estaba roto?

Parpadeo. Parpadeo.

Riddick se irguió, con la mente a mil por hora, el corazón desbocado y la frente palpitándole...

Los repentinos golpes en la puerta tras una breve pausa lo hicieron dar un respingo. —He llamado a la policía —gritó Yasmin.

Riddick se llevó las manos a la cabeza. *¡Cállate! ¡Déjame pensar!*

Tenía tantas preguntas... *tantas*. ¿Por dónde narices empezar?

—¿Qué le está haciendo? —preguntó Yasmin—. ¿Le está haciendo daño?

¡Cállate!

Quería saber por qué ese cadáver viviente que tenía delante había matado a Graham, pero sonsacarle el móvil a paso de tortuga iba a ser un suplicio. La prioridad eran las pruebas. Necesitaba demostrar que era un asesino. Que Riddick no se había vuelto loco de paranoia.

La verdad innegable.

¿Le daría eso un propósito a la vida que había llevado desde el momento en que se detuvo ante la cueva de la Madre Shipton, contemplando el Nidd en Knaresborough veinte años atrás?

Riddick sacudió la cabeza, frustrado porque su cerebro agotado lo estaba retrasando. —¿Cómo arregló a Graham?

George parpadeó dos veces en la S. Luego, en la O. Finalmente:

Solidificado.

Roto, arreglado, solidificado.

Acertijos.

Riddick odiaba los acertijos. Siempre los había odiado. Él quería hechos. *Un momento...* Algo se agitó en su cabeza martilleante.

2003. Graham Lock, sentado erguido bajo el goteo constante del Pozo Petrificante.

Petrificación.

Calcificación.

—Quería solidificarlo en la cueva, ¿verdad? Lo llevó de buen grado al Pozo Petrificante, ¿prometiéndole un final para la inestabilidad de su vida?

Parpadeo. Parpadeo.

—¿Y usted le dio los somníferos?

Parpadeo. Parpadeo.

—No tiene sentido. Debía de saber que retirarían el cuerpo, que se lo llevarían. ¿Lo sabría, no? La calcificación tarda años.

Parpadeo. Parpadeo.

—Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? Con una mente como la suya, George, usted vio el Pozo Petrificante simplemente como una actuación, una exhibición, una recreación del verdadero proceso de solidificar a Graham: quitarle la vida.

Ninguna respuesta.

Riddick esperaba sentir alivio al ver por fin la verdad confirmada. En su lugar, lo que sintió fue furia. —Es usted un monstruo.

Parpadeo.

—Le quitó la vida a un niño.

Ninguna respuesta.

Riddick se golpeó el pecho. —Yo perdí a mis dos hijos. —No recordaba que el corazón le hubiera latido nunca tan deprisa—. Sin sentido. —Se inclinó, pensando en la almohada bajo la cabeza del anciano. Pensó en presionarla con firmeza sobre su cara.

Sería tan fácil.

La idea parecía tan correcta... tan tentadora.

Pero ¿y luego qué?

¿Una confesión de un moribundo mediante parpadeos? ¿Entregada por un detective que se estaba saltando las normas a diestro y siniestro?

La verdad se perdería una vez más.

—Si lo que hizo está tan bien, George; si arreglar a Graham era de verdad lo correcto, ¿por qué ocultarlo? Sobre todo ahora. Mírese. Deme algo. —Le repugnaba decir lo que venía a continuación, pero ¿cómo meterse en la mente de un asesino en serie? ¿Quizás apelando a su ego?—. Cimente su legado.

Esperó... Los ojos de George no se movieron.

Mierda.

—Deje que el mundo vea lo que hizo. Por Graham. Por otros como Graham que necesitan este... arreglo. Muestre lo que hizo por George. Muéstreles la solidez que se ofrece. —Se dio cuenta de que estaba sonando como un loco, pero ¿qué opciones había? ¿De verdad? Ya no quedaba ninguna.

Los ojos de George se movieron. Una reacción.

Pero ni un maldito parpadeo.

Riddick se giró, con los puños apretados, escuchando los continuos golpes en la puerta y atenazado por el dolor constante en la cabeza.

Quería gritar a pleno pulmón. Sentía que la desesperación le subía desde las entrañas. La reprimió. Tan cerca... había estado tan cerca... y ahora todo estaba a punto de terminar.

Riddick se giró. —¿Quiere arreglar, George? ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso *todo* lo que siempre ha querido?

Parpadeo. Parpadeo.

—Entonces arrégleme a mí, George. Míreme, mire mi desesperación, mi dolor. *Arrégleme.*

Nada.

Yasmin volvió a gritar. —Están a menos de cinco minutos; hágase un favor, inspector Riddick. Salga ya.

—Precisamente, George —continuó Riddick, ignorando a Yasmin —. Es usted un farsante. Un impostor. Si no lo fuera, haría esto.

Parpadeo. Parpadeo.

Sintiendo que el corazón iba a salírsele del pecho, Riddick preparó el bolígrafo. —Vamos, George. Arrégleme. Tenemos minutos. A... B... —Recorrió las letras.

Parpadeo. Parpadeo.

N.

Finalmente deletreó *número*.

—¿Quiere darme un número?

Parpadeo. Parpadeo.

—Cero... Uno... Dos...

Parpadeo. Parpadeo.

—Dos. ¿Hay más?

Parpadeo. Parpadeo.

—Cero...

Parpadeo. Parpadeo.

—Cero...

Parpadeo. Parpadeo.

—Cero... Uno... Dos... Tres...

Parpadeo. Parpadeo.

2003.

No necesitó preguntar si había algo más. Era el año en que Graham murió.

Pero ¿y ahora qué?

—¡Ya están aquí! —exclamó Yasmin.

Fin de la partida.

—Tiene que haber más —gritó Riddick—. Deme más. A... B... C...

George empezó a parpadear de forma errática. Ya no estaba jugando.

Riddick giró en redondo, con los puños apretados. ¿2003? El año en que Graham fue asesinado. —Ya lo sé, George. ¡Maldita sea, yo estuve allí!

Volvió a mirar a George. Sus ojos miraban a la izquierda. Riddick siguió la trayectoria de su mirada hasta la puerta de un armario.

Se abalanzó y abrió de golpe la puerta del armario, metió la mano y arrancó la ropa de las perchas. La tiró al suelo. Camisas y pantalones planchados; jerséis; chaquetas con olor a rancio. Vació el perchero entero, y entonces se le cortó la respiración, cayó de rodillas y se inclinó hacia delante.

Apoyó las palmas de las manos sobre la parte superior de una caja fuerte electrónica.

Respiraba rápida y superficialmente, y el corazón amenazaba con salírsele del pecho. ¿Qué era aquello? ¿Qué había *dentro*?

¿Y cómo iba a abrirla?

¡Claro!

Acercó un dedo tembloroso al teclado numérico.

Dos.

Sintió la mano de Anders en su hombro.

Cero.

Necesita a gente como yo. Gente como usted. Gente que ve cosas.

Cero.

¿Algo sobre un oso?

Tres.

En la pantalla led se iluminó el número 2003.

Pulsó el botón. *Clanc.*

Llamaron a la puerta. —¿Inspector Riddick? Soy el sargento detective Steve Hamill. ¿Qué está pasando en esta habitación?

Riddick miró a la puerta cerrada. Apenas podía respirar, preguntándose qué habría en la caja fuerte. —Asuntos policiales —gritó Riddick—. Salgo en un momento.

—La doctora Yasmin Dharni tiene motivos para creer que su paciente está en peligro.

—Se equivoca —dijo él, volviendo a centrar su atención en la caja fuerte. Giró la manilla.

El pomo de la puerta de la habitación traqueteó. —¿Por qué está esta puerta cerrada con llave, entonces?

Riddick pudo ver una forma familiar en la oscuridad del interior de la caja fuerte. Respiró hondo, sintiendo un hormigueo en cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Es su última oportunidad, inspector Riddick.

Riddick metió la mano en la caja fuerte y la cerró en torno al objeto de piedra. Lo sacó y contuvo un grito ahogado.

Riddick se quedó mirando la cara deforme. Recorrió con el dedo las cuencas donde deberían haber estado los ojos y luego dejó el oso suavemente en el suelo.

Riddick vislumbró algo más en la caja fuerte. *Jesús... no...* Volvió a meter la mano y esta se cerró sobre un segundo objeto de piedra.

Sacó otro oso de piedra; más pequeño, pero, extrañamente, más pesado.

Se levantó y se giró, apuntando con el oso en dirección a George. —¿Lo ha vuelto a hacer? ¿Quién?

—¿Perdón? —dijo Hamill desde el otro lado de la puerta—. ¿Nos está hablando a nosotros?

—No —siseó Riddick—. Y está interfiriendo en una investigación de asesinato, sargento detective. Tenga eso en cuenta antes de echar la puerta abajo. Estoy en la habitación con el asesino de Graham Lock.

—Entonces, ábrala.

Riddick corrió hacia la cama para volver a estar en el campo de visión de George y sostuvo el segundo oso de piedra frente a él. —Dos recuerdos. ¿Hubo alguien más?

Parpadeo. Parpadeo.

Se percató de que se había hecho un silencio momentáneo fuera de la habitación. Hamill probablemente estaba entrando en pánico por su comentario sobre la interferencia y posiblemente estuviera buscando el consejo de un superior antes de echar la puerta abajo con quienquiera que estuviera con él.

—A... B... —Llegó a la N antes de que George parpadeara dos veces.

—Inspector Riddick —gritó Hamill, ahora más fuerte—. Lo he comprobado. No tiene permiso para hablar con el paciente sin

asistencia médica disponible. Además, no hay ninguna investigación de asesinato activa que involucre a Graham Lock.

—A... B... C... —Esta vez, George parpadeó dos veces en la I.

NI.

—Asegúrese de no estar delante de la puerta, inspector Riddick —dijo Hamill.

Ignorando a Hamill, Riddick repitió el proceso con George.

NID.

Riddick sintió una opresión en el pecho. Sabía hacia dónde podía llevarle aquello.

Pum.

La puerta se sacudió sobre sus goznes. No aguantaría muchos golpes más.

—¿Está deletreando el río Nidd? —preguntó Riddick.

Parpadeo. Parpadeo.

Pum.

—¡Espere, Hamill, pare! ¡Estoy delante de la puerta, me hará daño!

—Entonces, ábrala o apártese de una maldita vez.

Riddick corrió y giró la llave. No se movió; la cerradura había empezado a romperse a través del marco de la puerta, por lo que estaba atascada.

—Mierda... espere... —Empujó la puerta con todo su peso y giró la llave. Esta vez se abrió. Los cerrojos superior e inferior ya se habían soltado.

Abrió la puerta y retrocedió.

Un agente más joven lo miró por encima de su ariete y luego se hizo a un lado, con aire avergonzado, revelando al sargento detective de aspecto adusto que estaba detrás de él.

Riddick retrocedió y Hamill lo observó con recelo.

—Examine a su paciente —dijo Hamill y señaló con la cabeza hacia el interior.

Yasmin fulminó a Riddick con la mirada y se acercó a George. Le tomó el pulso y lo observó por un momento. —Parece estar bien.

—¿Por qué no iba a estarlo? Lo estaba interrogando —dijo Riddick.

—¿Cómo? No se comunica —dijo Hamill, entrando en la habitación y mirando a Yasmin para que confirmara que tenía razón.

Ella asintió.

—¿Ah, sí? —dijo Riddick, enarcando una ceja—. Entonces, ¿cómo he conseguido el código de su caja fuerte? —Señaló el armario abierto—. ¿Y cómo he conseguido la ubicación de la segunda víctima? —miró fijamente a Hamill, desesperado por intimidarlo. Y evitar ser arrestado.

Hamill seguía buscando la aprobación de Yasmin. Pero incluso ella empezaba a dudar.

Riddick señaló el oso en el suelo junto al armario y luego levantó el que tenía en la mano. —Ambos son de la cueva de Mother Shipton.

—¿Osos de piedra? —Hamill frunció el ceño—. ¿Qué tienen que ver?

—Bueno, el que está en el suelo siempre ha sido relevante. Este, sin embargo, ha sido una sorpresa. Necesito que apunte esto, sargento detective.

Hamill parecía confundido.

Riddick no quería darle tiempo a pensar si un superior rebelde se la estaba jugando. —¡Ahora!

Hamill buscó a tientas un bolígrafo y sacó una libreta.

—Hay otro niño en el Nidd. Sospecho que está cerca del Pozo Petrificante. Necesito que avise y que registren el río.

—¿Yo? —dijo Hamill, llevándose la mano al pecho.

—Sí. ¿Tiene usted algún problema con eso?

—Bueno..., yo..., no..., pero ¿qué hace *usted*, señor?

—Necesito avisar al resto del equipo. —Riddick se acercó a Hamill, que le bloqueaba el paso en la puerta.

Riddick lo miró fijamente.

La expresión en el rostro de Hamill sugería que se lo estaba pensando seriamente. Pero Riddick estaba seguro de sí mismo. Arrestar a alguien que había resuelto un caso extremadamente antiguo en circunstancias increíbles podría no granjearle el favor de la prensa ni de sus superiores.

—¿Podría apartarse de mi camino, sargento detective?

Hamill se apartó.

Riddick le echó un último vistazo a George, que había vuelto a cerrar los ojos.

—Gracias, doctora Dharni.

Fue a la cocina a tomarse las otras dos pastillas de paracetamol.

Mientras salía de la casa, un único pensamiento le rondaba la cabeza una y otra vez.

Ya está. He terminado.

43

Maldiciendo, Gardner redujo la velocidad al acercarse a la cueva de san Roberto. Abbey Road no era lugar para acelerar en verano. Si a eso se le añadían el hielo y la nieve, era una trampa mortal.

Sin embargo, Ron había estado con Kyle la noche anterior. En el lugar donde Stephen había muerto. Puede que no lo hubiera admitido, pero se le leía en los ojos con la claridad del agua.

En cuanto vio la entrada de la cueva de san Roberto, pisó el freno en seco. El coche derrapó ligeramente y giró hacia la verja, pero, por suerte, se detuvo por completo antes de causar ningún daño.

Fuera del coche, el viento soplaba con fuerza desde el Nidd. Este invierno era implacable. Sabía cómo calarte hasta los huesos y echar raíces heladas. Hizo lo más sensato y cogió la parca del maletero.

Mientras descorría el cerrojo de la verja, una imagen le cruzó la mente.

Stephen Best, tumbado junto a la cueva. Helado y pálido. Su joven vida, arrancada de cuajo.

Intentando ignorar la pregunta más obvia que le daba vueltas por la cabeza —¿*le esperaba más de lo mismo*?—, cruzó y empezó a bajar.

Los escalones estaban helados y no podía ir tan rápido como le habría gustado, pero aun así optó por un ritmo arriesgado.

Pensó en Riddick, dos días antes. ¿Iba a acabar esto igual? Tragó saliva ante la posibilidad de encontrar a Kyle sin vida al final del descenso.

Casi abajo del todo, miró por encima de los árboles y el Nidd.

Respiró hondo y bajó los últimos escalones, ahuyentando las imágenes de niños muertos.

Oyó una tos seca y ronca.

Nunca habría esperado alegrarse tanto de oír un sonido tan poco saludable.

—¿Kyle?

—Sí —dijo él en voz baja.

Gracias a Dios.

Y entonces lo vio. Sentado contra la pared de la cueva, junto a la entrada, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándole las piernas.

Le lanzó una mirada rápida para confirmar quién era y luego devolvió la vista al Nidd.

Mientras se acercaba, tosió un poco más. Llevaba una chaqueta, pero la idea de que hubiera estado sentado allí toda la noche y la mayor parte de la mañana —cosa que sospechaba que había hecho — le dio ganas de llorar y de abrazarlo. Ninguna de las dos opciones era apropiada, así que se quitó la parca.

—Inclínate, Kyle.

Lo hizo, sin mirarla, tosiendo de nuevo al moverse.

Ella se arrodilló y le puso la parca por encima, conteniendo las palabras inapropiadas, *vas a coger una pulmonía aquí fuera*, antes de que lograra soltarlas. —Envuélvete bien.

Gardner aún conservaba algo de calor corporal por haber bajado los escalones, así que de momento no sentía demasiado frío. Pero llegaría. Y pronto. Se sentó a su lado. —¿Has estado aquí desde anoche?

Él asintió.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Es tranquilo. Es el único lugar que lo es. Últimamente todo es muy ruidoso.

Gardner asintió. —A todo el mundo le gusta la tranquilidad de vez en cuando.

—Sobre todo a Stephen… A ninguno de los dos nos ha gustado nunca el ruido.

Gardner se inclinó y le apretó el brazo. Dejó la mano allí.

—¿Mamá y papá? —preguntó él, mirándola fijamente. Parecía culpable.

—Están preocupados, obviamente. Pero se van a poner la mar de contentos cuando sepan que estás a salvo.

Él se giró, asintió y tosió. —No puedo dejar de pensar… ¿podría haber hecho algo? Y si lo hubiera hecho, ¿estaría él todavía vivo?

—No puedes sentirte responsable, Kyle. —Le apretó el brazo de nuevo.

—Cuando jugábamos a Warhammer juntos, nunca nos cansábamos. Era como si el resto del mundo ya no importara. Nunca voy a volver a tener eso, ¿verdad? —Miró a Gardner.

Gardner suspiró para sus adentros. *No con Stephen, no.* —Te curarás. A tu manera. Todo el mundo lo hace, al final… —Hizo una pausa—. ¿Por qué no me dijiste quién era el nuevo amigo?

Kyle negó con la cabeza y tosió. Se soltó de la mano de Gardner y se ajustó bien el abrigo. —Porque se lo prometí. Me pidió que nunca le dijera a nadie quién era, aunque me lo suplicaran. Sabía que debería haber dicho algo *después*… pero no dejaba de pensar que Stephen nunca me habría roto una promesa, *nunca*, así que no pude hacerlo.

—¿Viste a Eric Oakes anoche, Kyle?

Kyle señaló con la cabeza una mochila que tenía a sus pies. —Me dio eso.

—¿Puedo? —preguntó Gardner.

Kyle asintió.

Gardner abrió la mochila y miró la caja que había dentro. Hedonitas de Slaanesh.

—No me ha sobornado ni nada. Le devolví el teléfono porque es lo que Stephen habría querido.

—Ya veo —dijo Gardner—. ¿Pero no te preocupa que fuera Eric quien le hizo daño a Stephen?

Kyle negó con la cabeza. —Stephen no paraba de hablar de él. Lo quería. A mí me entristecía, pero ahora me alegro de que fuera feliz durante un tiempo. Stephen nunca se enamoraría de alguien que le hiciera daño.

Gardner no compartía el sentir de Kyle. Aunque Eric fuera inocente del asesinato, *seguía* habiendo obrado mal. Y se le castigaría por ello.

Gardner se estremeció y se cruzó de brazos. —Kyle, perdona si esto es personal, pero ¿eres gay?

Kyle negó con la cabeza. —Hay una chica de mi curso que me gusta bastante. De hecho, me gusta desde hace años. Tiene una sonrisa muy bonita.

Gardner asintió y sonrió. —¿Cómo se llama?

—Emma.

—Un nombre genial.

—En realidad, nunca he hablado con ella.

Gardner volvió a asentir. —Ya llegará… Siempre llega.

Gardner oyó a gente bajando rápidamente los escalones.

—Mis compañeros vienen a ayudar. También habrá una ambulancia ahí arriba, Kyle. Nada de lo que preocuparse, pero sería bueno que te hicieran un chequeo rápido.

—Vale. ¿Qué le pasará a Eric? —preguntó Kyle.

—No tienes que preocuparte por eso, Kyle… de verdad que no. Pero dime, ¿quién crees que le hizo daño a Stephen?

Kyle se encogió de hombros. —Por eso he venido *aquí*. Pensé que si me quedaba, de alguna manera, en algún momento, él me lo diría. Me daría una señal. Todavía no ha pasado. Estoy empezando a pensar que no pasará.

No, por desgracia, no lo hará, pensó Gardner. *Las cosas no funcionan así.*

—¿Viste a Ron, el padre de Stephen, aquí anoche?

Kyle asintió.

—¿Qué pasó?

—Lo siento. —Suspiró—. No quise hacerle daño. Pero... él... ya sabes...

—No pasa nada, Kyle, tómate tu tiempo.

Dos agentes a los que reconoció estaban ya a pocos metros; levantó la mano para indicarles que se detuvieran. Ellos asintieron y obedecieron.

Al final, Kyle miró a Gardner. —Intentó besarme.

Contener la conmoción fue difícil, pero lo consiguió, y le dedicó un gesto de comprensión. —¿Y qué pasó?

—No me pareció bien..., así que... entré en pánico... —Se interrumpió y desvió la mirada.

—Comprensible —lo tranquilizó Gardner.

Suspiró. —Lo aparté de un empujón y resbaló en el hielo. Se cayó y se dio un golpe en la cabeza. —Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Le sujetaba de nuevo el brazo. —¿Y?

—Nada. Se levantó sin más y echó a correr. No se ha hecho mucho daño, ¿verdad?

Gardner negó con la cabeza. —Que yo sepa, no. —No quería revelarle a Kyle la confesión de Ron, pero sí tenía una pregunta—. ¿Cómo era la relación de Ron con Stephen?

—A veces Ron nos llevaba al club de Warhammer. Siempre fue amable. Dejó de venir cuando ya éramos mayores, pero siempre pareció llevarse bien con Stephen. Aunque hace poco Stephen me dijo que su padre no aceptaba que fuera gay. Se enfadó mucho mientras hablaba de ello y también se echó a llorar. Pero, ya sabes, cada vez lo veía menos por culpa de Eric, así que no tuve oportunidad de ayudarlo.

Gardner le sonrió a Kyle. —Ahora vamos a llevarte a un sitio caliente, y voy a llamar a tu madre y a tu padre. ¿De acuerdo?

Kyle la miró con los ojos llorosos. —Siento mucho todo esto.

—No tienes por qué sentirlo, Kyle.

Mientras observaba cómo se llevaban a Kyle, sacó el móvil y se puso en contacto con los Alexander.

El silencio atónito..., las lágrimas de alivio..., las sentidas disculpas por no confiar en la policía...

Tras colgar, Gardner se dio cuenta de que su día a día estaba constantemente lleno de gente en sus momentos más vulnerables.

Un torbellino emocional.

Volvió a centrarse en el padre destrozado. Ron.
Yo lo maté.
¿De verdad, Ron? ¿De verdad lo hiciste?
Me cuesta un huevo creérmelo.

44

Riddick esperaba que su segunda dosis de paracetamol acabaría con la jaqueca que todavía le martilleaba tras los ojos.

Mientras caminaba por la zona de Waterside hacia donde había aparcado el coche, divisó la cueva de Mother Shipton al otro lado del Nidd, donde un joven agente de policía, un auténtico pez fuera del agua en aquella ajetreada escena del crimen, había anhelado la verdad una oscura noche de 2003.

Ahora, veinte años después, aquel pez fuera del agua había encontrado la verdad.

Y, sin embargo, eso no le proporcionaba consuelo alguno.

Solo era la confirmación de que los últimos veinte años de su vida habían sido una mentira.

Se detuvo junto al pozo de los deseos y sacó una moneda de una libra del bolsillo. La deslizó por la ranura de la parte superior del pozo y la vio rodar por la placa de metal, plana y cóncava, instalada en su interior.

Después de que la moneda desapareciera por el agujero con un golpe seco, levantó la vista hacia el embarcadero, que en ese momento estaba cerrado debido a la nieve y el hielo.

Se imaginó a George Jacoby allí de pie, saludando con la mano en esa dirección a Graham Lock.

La cabeza le palpitaba y se le revolvió el estómago.

El asesino de niños que vivía en la casa de la zona de Waterside.

Que *todavía* vivía en esa misma casa.

Pronto, la policía estaría rastreando el Nidd en busca de la segunda víctima de George. Riddick ya había llamado a la cueva de Mother Shipton desde la misma puerta de la casa de Jacoby. Habían comprobado sus registros y descubierto que otro oso había desaparecido del Pozo Petrificante dos meses después del primero. Un mes antes del derrame cerebral que incapacitaría a George.

La policía nunca había sido informada de lo del oso. En ese momento, Russell Lock estaba entre rejas. Los dueños de la cueva no habían querido someterse a más atención innecesaria.

Sus contactos en el Cuartel General estaban ahora intentando relacionar esta fecha con cualquier denuncia de niños desaparecidos en North Yorkshire.

Niños desaparecidos que nunca volvieron a ser encontrados.

Riddick pensó con una sonrisa irónica que, paradójicamente, Morgan Lark podría haber echado una mano en esto. Su dosier sobre niños desaparecidos había sido bastante extenso.

Por un momento, se atrevió a creer que su dolor de cabeza podría estar mejorando.

Continuó su camino hacia el coche, con la mente puesta en Claire y en la conversación que habían tenido la noche anterior.

Se habían quedado hasta tarde hablando de su familia. Era una experiencia nueva para él, ya que en el pasado había evitado ese tipo de conversaciones como si de la peste se tratase. De hecho, se había reído con Claire recordando algunas cosas. Muchos de aquellos momentos con sus hijas y su mujer no habían perdido su humor. Su emotividad. Como las fotos antiguas, exigían atención y reflexión.

También le había hecho darse cuenta de algo importante, más vale tarde que nunca. Ya no necesitaba verlas. A Rachel, a Lucy y a Molly. No necesitaba imaginárselas en la mesa a la hora de cenar, charlar con ellas, vivir su patética vida rodeado de hologramas.

Estaban ahí… en sus recuerdos, en sus experiencias, en sus conversaciones con los demás.

Claire le había hecho ver que su tragedia no solo tenía dos opciones extremas. Fantasmas deambulando por tu casa o un

bloqueo total.

Había una tercera opción, menos extrema. La reminiscencia. Mantenerlas vivas dentro de ti.

Le estaba muy agradecido por esto, porque lo necesitaría para lo que le esperaba.

Para su encarcelamiento.

Sí, KG. Tú pierdes.

La noche anterior, en su estado de agitación, ninguno de esos cinco nombres había aparecido en la base de datos.

Bien. Había sido un error. Ese no era *él*.

Porque, independientemente de su decisión en estado de embriaguez de solicitar la muerte de Ronnie Haller, seguía siendo aquel joven de 2003, que miraba Knaresborough exigiendo la verdad.

La noche anterior tenía la mente hecha un lío, pero su conversación con Claire y el descubrimiento de la verdad hoy le habían hecho recordar quién era.

Él no era el hombre que enviaba a un confidente, o a un agente encubierto, a la muerte. Nunca lo había sido. Nunca lo sería.

Justo antes de llegar al paso de peatones de Bond's End que lo llevaba al aparcamiento, se puso en contacto con Gardner.

—Paul… Hola…

—Jefa, ¿es un buen momento?

—Sí. ¿Está usted bien?

—Graham Lock y Stephen Best nunca estuvieron relacionados —dijo Riddick, pulsando el botón del semáforo—. Tenía usted razón. Todos ustedes.

—¿Y? No es algo de lo que nadie deba enorgullecerse. Me alegro de que se haya quedado más tranquilo.

¡Nunca estoy tranquilo!

—¿Qué ha estado haciendo, Paul?

El hombre verde apareció. Mientras cruzaba, empezó a contárselo todo. Terminó su historia junto a su coche en el aparcamiento detrás de la cafetería The Ugly Duckling. —Es una pena que nunca vaya a pisar un tribunal.

—Pero la verdad saldrá a la luz. Y la gente recordará. La gente nunca olvida. Paul… No me puedo creer que haya descubierto todo esto.

—He tenido tiempo libre. Ahora, por favor, háble me de Stephen, jefa.

—Ya casi hemos llegado.

Sabía que eso era todo lo que iba a conseguir. Era frustrante, pero confiaba en ella.

—En cuanto terminemos, será el primero en saberlo, Paul.

Suspiró. —Hay otra razón para mi llamada, Emma… —Su dolor de cabeza, que estaba remitiendo, volvió a estallar de repente. Se apoyó en el vehículo, preocupado por si se caía.

—Suena grave.

Hubo otra punzada de dolor. Tuvo una arcada, apartando el teléfono de sí.

—¿Paul?

Volvió a acercarse el teléfono a la cara a la fuerza. —Sí… lo siento… Yo… ¡mierda! —Apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza.

—¡No parece que esté nada bien!

—Un dolor de cabeza —gimió.

—Un dolor de cabeza no lo pone a uno de rodillas… ¿Dónde está?

—Estoy bien..., dame un segundo.

—¡No! ¿Dónde estás?

—Por favor. *Tengo que* decirte algo... —Se interrumpió de nuevo y golpeó el techo con la palma de la mano.

—No estás diciendo nada coherente. Voy a llamar a una ambulancia.

—Emma, yo... —gimió; el dolor era insoportable.

—¡Dime dónde estás!

—Junto al... agua.

—Sé más específico.

—Junto al... —Y entonces ocurrió algo curioso. El dolor de cabeza empezó a remitir de nuevo. Se enderezó. Aún estaba desorientado y con náuseas, pero el dolor, literalmente, se le esfumaba a

borbotones—. Espera..., se me está pasando... Y yo..., joder, Emma..., no me lo puedo creer.

—¿Qué?

—Lo recuerdo todo. Recuerdo el coche y recuerdo la matrícula.

45

La puerta del depósito se abrió y el doctor Hugo Sands salió a la zona de limpieza, quitándose los guantes de un tirón antes de llevarse las manos a la cara, desengancharse la mascarilla y suspirar.

—¿Ocurre algo, doctor? —preguntó Riddick.

Hugo alzó la vista hacia Riddick. Se quedó pálido y se llevó una mano al pecho, como si le hubiera dado un vuelco el corazón.

Riddick apenas estaba recuperando el aliento tras su frenético viaje hasta allí, por lo que se encontraba apoyado contra la pared del fondo. Se apartó de ella de un paso y se irguió, queriendo mostrarse imperturbable, aunque era evidente que no lo estaba.

—¿Inspector Riddick? —dijo Sands, acercándose con cautela al cubo de basura.

Tarde, capullo. Le he visto la cara. He visto cómo se quedaba blanco como la pared.

Sands pisó el pedal del cubo y se deshizo de los guantes y la mascarilla.

—¿Todo en orden, doctor? Parece tenso.

Sands se encogió de hombros y sonrió. —Perfectamente, es solo que no lo esperaba. Usted no lleva el caso, ¿verdad?

—No, no lo llevo —dijo Riddick, dando un paso hacia él.

Sands frunció el ceño, haciendo todo lo posible por parecer confuso, pero el pánico se le notaba a la legua. Sacudió la cabeza. —¿Y qué hace aquí, entonces?

Riddick dio otro paso adelante, quedando a menos de tres metros del médico legista. —¿Curiosidad profesional? ¿Cómo murió Stephen?

—Tendrá que preguntárselo al Inspectora Jefa Gardner. —Sands miró hacia la puerta que conducía a la escalera para volver a la planta baja del hospital; estaba a varios metros a su derecha. Riddick aprovechó esa mirada para acortar la distancia un metro más.

Cuando Sands volvió a mirar y vio lo cerca que estaba Riddick, palideció aún más. —Kate, mi ayudante, está bajando… Trae el informe toxicológico sobre la muerte de Stephen. En interés del caso, sería mejor que se marchara. Estoy seguro de que el Inspectora Jefa Gardner tratará esto con usted.

—Ya está de camino. La he llamado.

Sands parecía a punto de vomitar.

—Por cierto, doctor, esta mañana he tenido un dolor de cabeza de mil demonios. ¿Cree que será por la herida de la cabeza?

—Probablemente debería subir y pedir que se lo miren, inspector Riddick. ¿Quiere que haga una llamada rápida?

—Quizá. Aunque ha pasado algo muy extraño, doctor. El dolor de cabeza ha desaparecido de repente.

—Eso es bueno.

—Sí… y se ha llevado algunas telarañas consigo.

—Telarañas… No le sigo.

—Que lo he recordado, doctor. Lo he recordado todo.

Sands tragó saliva.

La puerta de la izquierda se abrió. Una joven con pijama de quirófano se quedó parada, mirando a ambos hombres. Sostenía una carpeta marrón. —Lo siento, doctor, no me di cuenta de que estaba…

—No pasa nada, Kate, el inspector Riddick ya se iba.

Riddick le sonrió a Kate. Ella le devolvió la sonrisa, nerviosa.

—¿Sabe qué coche conduce el doctor Sands, Kate? —preguntó Riddick.

Kate frunció el ceño. Miró a Sands y luego otra vez a Riddick. —Yo… yo…

—Está bien, Kate —dijo Sands, adelantándose y alargando la mano para coger la carpeta—. Terminaré aquí con el inspector Riddick y luego leeré esto. Lo comentamos en un momento.

Ella asintió, mirando de nuevo a Riddick.

—Gracias, Kate —dijo Riddick, abriéndole la puerta.

Kate alzó la vista hacia Sands, pero no pudo evitar lanzar otra mirada a Riddick.

—No pasa nada, Kate —insistió Sands.

Kate salió de la sala.

Sands cerró la puerta, negó con la cabeza, caminó hasta la parte delantera de la sala y se apoyó en los fregaderos de acero inoxidable.

—Está usted confundido —dijo Sands—. Supongo que aún sufre una conmoción cerebral.

Riddick dio un paso. —¿Quizá? ¿A no ser que yo haya recordado algo que usted ha olvidado? —Entonces se acercó aún más. Sands retrocedió, pegándose con fuerza al fregadero—. Me pregunto si necesita algo que le refresque la memoria. —Riddick se hizo crujir los nudillos—. Un dolor de cabeza puede hacer maravillas.

Sands, al darse cuenta de que se le había acabado el tiempo, frunció el ceño. —¿Y si salgo de aquí cubierto de moratones, en qué lugar deja eso su carrera?

—¡Prácticamente donde ya está! —resopló—. ¿Qué pasó esa noche en la cueva de St Robert? Ya he confirmado que la matrícula era la suya.

—Puede que recuerde haberme visto. Pero no es lo que usted cree. No tuve nada que ver con lo que pasó.

Riddick entrecerró los ojos. —Si estuvo allí, gilipollas, tiene usted *todo* que ver. Inténtelo de nuevo.

—No hay nada que contarle.

—Voy a hacerle unas preguntas. Sé que le gusta dudar antes de responder. Cada vez que dude, voy a empujarlo un poco más contra ese fregadero. ¿Me entiende?

—Sí. —Sands escupió la palabra—. Parece que es usted tal y como dicen los rumores.

—Hay muchos rumores. Solo los peores son ciertos. —Riddick respiró hondo—. ¿Mató usted a Stephen Best?

—¡No diga ridiculeces!

—Últimamente encuentro muchas respuestas en la caja de las ridiculeces. ¿Fue usted?

Sands negó con la cabeza, con expresión horrorizada.

—¡Responda!

—No… ¡No, por el amor de Dios, si ni siquiera conocía a Stephen Best! ¿En serio cree que tengo algo que ver con *eso*? ¡Su ira está fuera de lugar, como suele ocurrir!

—Haré caso omiso de eso —dijo Riddick—. Tenía quince años, Sands. Un niño. —Acercó su cara a la de Sands—. Un niño.

—¡Esto es un disparate!

Riddick agarró al doctor por el pijama de quirófano y echó el puño hacia atrás. —Y luego intentó matarme, cabronazo…

—¿Qué? Yo no fui. Le juro que no fui. —Agachó la cabeza y se encogió. Dejó caer la carpeta marrón al suelo y los papeles blancos se desparramaron. Luego levantó las palmas de las manos como si se rindiera, manteniendo los ojos cerrados, preparándose para recibir un golpe—. Intenté salvarlo, por el amor de Dios… Lo intenté con todas mis malditas fuerzas…, pero fue imposible.

—No está diciendo nada coherente —dijo Riddick, zarandeándolo por el uniforme—. ¿De qué está hablando? ¿Que intentó salvarlo? ¿Cómo? Le partió la cabeza con una puñetera roca. Luego me golpeó a mí y me desperté al lado de ese pobre chico.

—No, lo ha entendido todo mal. Todo fue tan fortuito. Fue todo fruto del azar. Estuve en el lugar equivocado en el momento equivocado. Fui tan estúpido… Ojalá… Ojalá… —No terminó la frase.

Frustrado, Riddick abrió la mano y abofeteó a Sands en la cara. —Hable. ¿Ojalá qué?

Sands tenía ahora los ojos llenos de lágrimas. —Arruinará mi carrera… Me arruinará a mí.

Riddick empujó a Sands con fuerza contra el fregadero de acero inoxidable. Este se deslizó en parte sobre él, con la espalda encajada contra los grifos. —Sé una o dos cosas sobre estar arruinado…, pero le daré una opción sencilla: ¿su espalda o su carrera?

—Ojalá… —Se interrumpió de nuevo.

Riddick volvió a empujarlo. Sands aulló de dolor cuando los grifos se le clavaron en la espalda.

—¿Ojalá qué?

—Ojalá no hubiera sido tan estúpido. ¡Ojalá jamás la hubiera conocido!

La puerta de la sala se abrió de nuevo de golpe; Riddick no miró, la adrenalina mantenía sus ojos firmemente clavados en Sands. —¿Conocido a quién?

—¡A ella! —dijo Sands.

Riddick miró entonces. Vio a Gardner en la puerta, con los ojos como platos.

—Paul, ¿qué demonios está haciendo?

—Luchando por averiguar lo que ha provocado su fascinación por usted —dijo Riddick.

—Suéltelo —dijo Gardner.

Riddick lo sujetó un momento más, pero luego suspiró y lo soltó.

Gardner se acercó a Riddick y se dirigió a Sands. —¿Por qué estaba en la cueva de St Robert la noche en que mataron a Stephen?

—Lo estaba siguiendo a él. —Sands señaló a Riddick con la cabeza mientras se frotaba la espalda.

¿Qué?

Riddick negó con la cabeza.

¿Siguiéndome a mí?

—¿Por qué? —preguntó Riddick.

Sands suspiró. —¿Usted por qué cree?

Riddick negó con la cabeza. —No tengo ni *puñetera* idea.

Sands miró alternativamente los rostros de Riddick y Gardner. —Porque… ustedes dos…

—¿Porque nosotros dos qué? —dijo Gardner, sonando tan frustrada como Riddick se sentía ahora—. ¡Suéltelo de una vez o seguiré por donde lo dejó Paul!

Sands se secó los ojos. —Porque me he enamorado de usted… y usted solo tiene ojos para él. —Arrugó la cara e hizo un gesto hacia Riddick con otra inclinación de cabeza.

Riddick miró a Gardner. Su cara enrojeció.

Sands miró fijamente a Gardner, con más lágrimas en los ojos. —Es peligroso… ¿No lo ve? ¿No ha visto lo que estaba haciendo cuando ha entrado? Quería protegerla.

—¿Protegerme? —Gardner negó con la cabeza—. ¿De él? —Señaló a Riddick con la cabeza.

Riddick se encogió de hombros, sin saber muy bien cómo interpretar ese comentario.

—No sé qué cree que sabe de mí o de Paul, pero se equivoca de cabo a rabo. Somos *solo* compañeros de trabajo. Por favor, dígame, y sea meridianamente claro, Hugo, ¿qué creía que conseguiría siguiendo a Riddick?

Frunció el ceño a Riddick. —Este hombre es un criminal, un matón. Sabía que tarde o temprano lo pillaría haciendo algo.

—Por Dios, ¿qué le he hecho? —dijo Riddick—. ¿Le he atropellado al perro?

Sands lo fulminó con la mirada.

—¿Cuánto tiempo estuvo siguiéndome?

—Un tiempo.

—¿También en casa de Morgan Lark?

Sands asintió. —Pero eso lo estropeó usted solito. Mis fotos habrían sido superfluas. También lo vi en la reunión de duelo en la iglesia metodista. Todo pura fachada.

—Realmente ha llegado a conocerme bastante bien, ¿no es así? —preguntó Riddick—. No va a quedar muy bonito en su investigación. En fin, ¿qué pensaba que pasaría después de que me hubiera arruinado y metido entre rejas? —Riddick movió el dedo entre Gardner y él—. ¿Que Emma caería en sus brazos? ¿Que sería usted su caballero de brillante armadura?

—Por favor, Paul —dijo Gardner—. Me estoy mareando.

Sands enrojeció. —Me malinterpreta. Mi intención era protegerla de usted, eso es todo.

Gardner negó con la cabeza. —Cualquier otra referencia a mí como una damisela en apuros va a acabar con un arrebato de violencia que arruinará carreras… así que mejor aparquemos el tema, ¿de acuerdo?

—Esto va a arruinarme —dijo Sands.

Como si a alguien le importara ahora mismo, pensó Riddick.

—Entonces, ¿qué pasó, Hugo? —dijo Gardner—. ¿Qué pasó después de que viera a Paul esa noche?

—Lo vi perseguir a un chico escaleras abajo, así que…

—Un momento —dijo Riddick—. Nada de que lo perseguía. Intentaba ayudarlo. No lo vi a usted echando una mano. A menos que… ¿nos siguió hasta abajo, Hugo?

—Déjelo hablar, Paul —dijo Gardner—. Continúe, Hugo… *ahora*.

Parecía nervioso. —Bueno, obviamente, me pregunté qué estaba pasando. Quiero decir, sé que el inspector Riddick es muchas cosas, pero… ¿niños? No, nunca pensé eso. Pero podía ser relevante, podía ser lo que estaba buscando. Además, puede que el chico estuviera en apuros y, créanlo o no, soy una buena persona.

Riddick no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Y cuando bajé…

—¡Bajó! —dijo Riddick—. Estuvo allí. ¡Me dijo que no tenía nada que ver con eso!

—Por favor, Paul —dijo Gardner.

—No lo estuve. Al menos no de la forma en que está pensando. Dios, lo siento… De verdad que lo siento. Debería haberlo contado, pero ¿cómo podía? La verdad de por qué estaba allí me habría destruido. Pero estoy acabado de todos modos. Iré a la cárcel por esto, por obstrucción…

—¿Qué pasó? —dijo Riddick—. Por el amor de Dios, vaya al maldito grano.

—Stephen estaba agitado. Salió de donde se había estado escondiendo de usted. Me detuve cerca del final de la escalera y observé. Daba vueltas mientras usted iluminaba la cueva con una linterna. Se frotaba la cara, la cabeza… algo no iba bien con él. Nada bien. Entonces, cogió una roca del suelo.

Riddick respiró hondo. *No. No fue así como pasó. No suena bien.*

—No pensé ni por un segundo que estuviera usted en peligro hasta que lo tuvo justo detrás. Luego, cuando me di cuenta, usted ya se estaba girando. Grité para advertirle, de verdad que lo hice, pero ya era demasiado tarde. Ya le había golpeado.

—No. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba a golpearme?

Riddick sintió que el corazón se le aceleraba. Apretó los dientes y negó con la cabeza. No...

¿Pero no era obvia la razón?

Un niño escondido en una cueva mientras un hombre de mediana edad al que no había visto en su vida lo buscaba en la oscuridad.

Sí, le había dicho que era policía, pero no le había enseñado ninguna placa. ¿Por qué iba a creerle Stephen?

¿Cómo no iba a tener miedo?

¿Cómo no iba a defenderse?

—Está encubriendo algo —dijo Riddick—. Incluso si me golpeó, ¿y qué? Eso no explica lo que le pasó a él. Bajó usted y... usted...

—¡No! —gritó Sands, y le salpicaron gotas de saliva—. No, no lo hice.

Abrió los ojos como platos y se irguió. Por un momento, pareció que podría abalanzarse sobre Riddick.

Riddick apretó los puños.

—Le vi morir, ¿de acuerdo? Le *vi* morir. Puede que piense que no me afectaría, que estoy acostumbrado a ver cadáveres en mi mesa, pero sí me afectó. Nunca había visto morir a nadie, y era un niño. ¡Solo un niño!

Riddick vio la angustia en el rostro de Sands. Tan creíble. Dio un paso atrás, pero mantuvo los puños en guardia.

—Me oyó cuando le grité a usted. Se giró para mirarme. No *estaba* bien. Yo estaba a cierta distancia, pero me pareció que tenía la cara desencajada y los ojos le daban vueltas en las órbitas. Empezó a caminar de un lado a otro, farfullando de forma incomprensible y entonces..., y entonces... —Sands bajó la mirada—. Cayó al suelo y empezó a convulsionar.

Sands se secó los ojos. —Cuando llegué hasta él, ya había dejado de respirar. Vi que se había golpeado la cabeza y había sangre. No tenía pulso. Lo *intenté*. Lo intenté durante mucho tiempo, reanimarlo. Pero no pude. —Sands estaba llorando ya—. Le vi morir...

Sands se echó hacia atrás, tapándose los ojos.

Riddick y Gardner intercambiaron una mirada.

¿En serio? ¿Así de simple? ¿Una muerte natural? ¿Después de todo esto?

—Ha obstruido la acción de la justicia. Ha habido una investigación de gran envergadura. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho, Hugo? —preguntó Gardner enfadada.

Él negó con la cabeza, llorando ya sin reparos. —¡Estaba en estado de shock! ¡Todavía estoy en un puñetero estado de shock!

—Sabía que no lo habían asesinado, Hugo. Lo sabía. Y el mundo también necesitaba saberlo.

—¿Pero no ve por qué no dije nada? ¿Lo que me habría supuesto?

Riddick se giró y lo señaló con el dedo. —¿Pensó que yo cargaría con el muerto? ¿Es por eso que lo hizo?

—No —dijo Sands, tartamudeando—. No... en absoluto. La causa de su muerte estará en esta carpeta a mis pies. Jamás haría eso. Usted no se merece su carrera y no se merece a Emma, pero jamás le incriminaría por la muerte de un niño. Sufrió un infarto. Dejé eso claro desde el principio.

—Sí, pero sugirió que podría haber sido causado por el golpe en la cabeza —dijo Gardner.

Sands asintió, sin dejar de secarse las lágrimas. —Y sí, podría haber sido, pero no creo que lo fuera. Creo que se suicidó.

—¿Cómo? —dijo Riddick, avanzando de nuevo—. Lo que dice no tiene ningún sentido.

—Le hablé a Emma de la inflamación en su estómago. —Señaló la carpeta—. ¿Me permite?

Gardner asintió. Sands la cogió y rebuscó entre los papeles, temblando y asintiendo.

Levantó la vista. —Dextroanfetamina. Un estimulante utilizado para tratar el TDAH. La dosis en su sangre sería suficiente para provocar un infarto. Sufrió una sobredosis.

—Dios mío —dijo Gardner.

—La única cuestión es que no estaba diagnosticado de TDAH. Entonces, ¿de dónde sacó la sustancia controlada? —preguntó Sands.

—De su mejor amigo, Kyle. Él tiene TDAH. —Gardner negaba con la cabeza.

—¿Por qué demonios iba a darle a su...?

—No lo hizo —dijo Gardner—. Kyle no quería tomárselas y las estaba tirando. Stephen debió de ver a Kyle tirándolas y las sacó de la papelera.

Sands bajó la vista a sus notas. —Fue una dosis elevada. No creo que fuera un accidente, y son demasiadas pastillas para obligar a alguien a tragárselas. Sospecharía que fue un suicidio.

Riddick agachó la cabeza con tristeza.

—Lo que significa que ambos llegamos demasiado tarde —dijo Sands, asintiendo hacia Riddick—. Nadie tiene la culpa.

Riddick volvió a levantar la vista y esbozó una sonrisa irónica. —¿Así que, después de intentar destrozarme la vida, ahora quiere hacerme sentir mejor?

Sands suspiró. —Como he dicho, no soy una mala persona. Ninguno de los dos debería sentirse culpable por lo que le pasó a Stephen Best.

—Yo no me siento culpable. —Señaló a Sands—. Me siento culpable por no haberle visto venir a la legua antes de que lo pusiera todo patas arriba.

Sands miró a Gardner. —Lo siento. Lo hice porque yo... yo...

—Por favor —dijo Gardner—. Ni se le ocurra decirlo.

—¿Cree que podría compensársela de alguna manera?

—¿Puedo responderle yo a esa pregunta, jefa? —dijo Riddick.

—No —dijo Gardner—. No merece una respuesta.

46

Después de que Gardner organizara que unos agentes se llevaran a Sands para un interrogatorio más exhaustivo, se sentó con Riddick en su coche. —Pobre chaval... Entre su padre sobreprotector y ese cabronazo de Eric Oakes, Stephen Best no tenía ninguna oportunidad. Un chico de quince años, lidiando con todos estos enormes cambios en su identidad, presionado por todas partes, ¿y mira lo que pasa? Es una tragedia. ¿Y ahora quién se encarga de arreglar este espantoso desastre?

Riddick suspiró. —Al menos hay algún tipo de cierre, supongo.

Gardner lo fulminó con la mirada. —¿Cierre?

Riddick se encogió de hombros. —He dicho «algún tipo».

—¡Creo que incluso eso es ser generoso! Lo único que hacemos es ir de un lío a otro. Siempre. ¿Sands? ¿Rastrear el Nidd en busca de otro niño desaparecido? ¿Una investigación sobre una pesquisa corrupta dirigida por el padre de Rice y Anders? No olvidemos que tengo que decirle a Ron que su hijo se quitó la vida, y que él fue probablemente la razón de la terrible decisión de Stephen...

—Lo sé. Esto no acaba nunca.

—Bueno, al menos te recuperaré para que me eches una mano.

Riddick desvió la mirada.

—¿Qué?

—Lo siento, jefa.

—¿Sentir qué?

—He quedado con Marsh a las cinco.

—¿Sobre qué?

Riddick bajó la vista y suspiró.

—¿Sobre qué?

—Sobre ponerle fin a lo mío.

—¿Ponerle fin a lo tuyo? Joder. ¿Tú destacabas en teatro en el colegio, Paul? No, tacha eso. Seguro que eras un paquete. Eres demasiado melodramático. Probablemente hacías que el profesor pusiera los ojos en blanco, como estoy haciendo yo ahora. ¿Dimitir? Corta el rollo. No estoy de humor...

—Vaya —dijo Riddick—. Ya veo que no.

—Así que coge el teléfono y cancela esa reunión.

Riddick levantó la vista, sonrió y respiró hondo. —No.

—¿No?

—Por primera vez en la vida, no voy a hacer lo que me dices. Además, ya sabes cómo se pondrá Marsh si la mareas.

—No se cabreará tanto como yo... Y tú nunca haces ni una sola cosa de las que te digo.

—Cierto, pero lo siento, Emma, sé que esto te va a volver loca. Y odio decepcionarte después de todo lo que has hecho por mí. Ya no te considero una papanatas del sur. Aunque todavía me cuesta quitarme de la cabeza esa imagen tuya con el chubasquero amarillo chillón aquella noche junto a la torre del homenaje cuando ni siquiera llovía. Eres la mejor con la que he trabajado. ¡Lo sé desde hace tiempo, lo creas o no! Por una vez, sé que tengo razón en algo.

—¿No hemos tenido ya suficiente autocompasión del doctor Gilipollas allá abajo en su tumba?

—¡No me estoy autocompadeciendo! ¡Pero vamos! ¿Cada cuánto acierto? El otro día me preguntaste cuántas vidas tenía.

—No te equivocaste con George Jacoby.

—Bueno, hasta un tonto puede acertar a veces.

—Un tonto no llega a ese tipo de verdad. ¿Imaginas a los padres de ese segundo niño desaparecido si encuentran el cuerpo? ¿No comprendes lo que has hecho?

—Supongo...

—Bien. Entonces, ¿llamo a Marsh o la llamas tú?

—Esto no va solo de pesimismo y desolación, Emma. Es algo más grande. Es la consecuencia natural de otra cosa...

—Lo único que estás haciendo es alimentar mi curiosidad y frustrarme mucho en el proceso.

—Lo siento, Emma. Pero no soportaría contártelo. No ahora. No después de haberte echado tanto de menos estos últimos días. Simplemente no me quedan fuerzas para destrozarte con la verdad. Te mereces algo mejor. Y estoy agotado.

—¿Destrozarme? No te flipes. Si has estado haciendo de las tuyas, te expones a lo mismo que los demás.

Riddick negó con la cabeza. —Sé que te importo.

Su cara enrojeció ligeramente, igual que lo había hecho en el depósito.

—Como tú me importas a mí —dijo Riddick.

Gardner abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Pensó en él, dormido a su lado en el sofá, con la mano en su hombro. Mentiría si dijera que ella no lo había echado de menos también en los últimos días.

—Porque me has ayudado, Emma... más de lo que nunca sabrás.

Gratitud. ¿Era solo eso? Quizá las sospechas de Sands, y ahora las suyas propias, habían sido infundadas.

Gardner lo miró fijamente. —Tienes que hablar conmigo, Paul. No hay nada que no podamos resolver juntos. De todas formas, no podrás dejarlo... Yo lo intenté una vez..., esto te atrapa de nuevo.

—Esto no se puede resolver.

Entrecerró los ojos y alzó la voz. —Escucha, capullo. Me lo *debes*. He aguantado tus gilipolleces demasiado tiempo. Suéltalo ya, antes de... antes de... —Sintió el impulso de darle una bofetada.

—Adelante, Emma. Es lo menos que merezco —dijo Riddick.

Ella respiró hondo y se arriesgó a mirarlo de nuevo. Se le encogió el corazón.

—Sabrás la verdad muy pronto —dijo él, abriendo la puerta del copiloto.

Ella extendió la mano y le agarró el brazo. —Por favor.

Él negó con la cabeza. —No puedo soportar la mirada de tus ojos cuando te enteres. Podría contárselo a cualquiera menos a ti. Eres la

mejor de todos, Emma. Tú no perdonarás esto... y en realidad me alegro. Porque dice mucho de quién eres.

—¡Gilipolleces! —*Te perdonaría cualquier cosa... cualquier cosa... ¿no te das cuenta?*

Se volvió hacia ella, se inclinó y le cogió la cara entre las manos. Ella cerró los ojos mientras él se acercaba y sintió sus labios en la frente.

—Por favor... Paul. Por favor.

Él le soltó la cara y bajó del coche.

—¡Paul!

Él se asomó de nuevo. —Antes tengo que despedirme de alguien más y voy corta de tiempo. —Dio un portazo y empezó a correr hacia su propio coche.

Ella salió de su vehículo. —¡Paul!

Él no miró atrás.

Se planteó perseguirlo, pero se habría marchado antes de que pudiera darle alcance.

De camino a la comisaría, se puso en contacto con Rice y le puso al día de todos los detalles sobre la tragedia de Stephen Best.

—Ese cabrón de Oakes —dijo Rice—. Sus abusos han matado a Stephen. Ayudará a que lo condenen, pero nunca cumplirá la pena que se merece.

A continuación, Gardner le informó sobre George Jacoby, su primo. Trató de ser delicada, porque la inevitable investigación sin duda pondría el legado de su padre en el punto de mira. Era extraño oírlo tan callado. Nunca antes lo había visto quedarse sin palabras.

Su instinto le pedía sondearlo. Tenía las preguntas en la punta de la lengua. *¿Sabía usted algo de esto? ¿Sospechaba algo de su padre?*

Se contuvo. Rice se había comportado bien en esta investigación; no merecía que lo hicieran pedazos.

Estaba a punto de dar por terminada la conversación, cuando él se desahogó. —Mi padre era un cabrón, jefa… de verdad que lo era. Me trataba como a la escoria de la tierra.

—Lo siento, Phil.

—No lo sienta. Esos días quedaron muy atrás. Pero estoy decepcionado, jefa. Siempre pensé que tenía integridad. Que creía en lo que hacía. Siempre pensé que si podía quedarme con una sola cosa de él… una sola cosa… sería esa. La integridad.

—Recientemente, Phil, lo he visto a usted comportarse con integridad.

Hubo un largo silencio. Se preguntó si lo habría emocionado. —¿Quiere decir que todavía hay esperanza para mí?

—Un día a la vez, Phil. —Ella rio.

Él también rio.

Después de Rice, contactó con Marsh, quien la elogió, como siempre hacía, por haber cerrado el caso. Que la elogiaran por lo de George Jacoby resultaba peculiar. —Eso fue gracias a Paul. Su empeño, su pasión por no rendirse. E incluso el resultado de la Operación Luz Perdida se debió a un dolor de cabeza que le refrescó la memoria.

—Es un cabrón tenaz, Emma. Ya te lo dije el primer día. Pero, aun así, llévate tú también el mérito, está en tu equipo.

Bueno, técnicamente no lo estaba. ¡Llevaba días sin verlo!

—De todos modos, se reúne conmigo a las cinco. Me aseguraré de darle el reconocimiento que se merece. Después de echarle la bronca por no haberse ido a casa como se le pidió.

Se reúne a las cinco.

A Gardner se le heló la sangre al pensar de nuevo en esa reunión.

No era solo una dimisión, ¿verdad? Su voz había estado cargada de fatalidad.

No soportaré ver tu cara cuando te enteres. Podría contárselo a cualquiera menos a ti.

¿Qué era?

Llamó a Barnett para ponerlo al corriente. —No entres a hablar con Ron. Lo haré yo.

—¿Está segura?

—Sí… estoy segura —dijo Gardner.

Ron estaba desplomado en una silla detrás de una mesa en la Sala de Interrogatorios 2 de la comisaría de Knaresborough. Había rechazado tener un abogado, así que estaba sentado solo, con el mismo aspecto desolado que desde el principio. Tenía un apósito en la frente por la caída de la noche anterior, cuando se encontró con Kyle.

Gardner se sentó frente a él. —Ron. Sé que usted no mató a su hijo.

Él frunció el ceño. —He confesado con todo detalle.

—Aun así, sé que no lo hizo.

—No. Yo…

Ron bajó la vista hacia la mesa; sus ojos se movían de un lado a otro y su rostro enrojecía. Pudo ver cómo le temblaba el labio inferior. Parecía a punto de derrumbarse y volver a la incoherencia.

Gardner se inclinó hacia delante. Intentaba sonar compasiva, pero estaba perdiendo la paciencia y no quería desenmascararlo anunciando sin más el suicidio de Stephen. Sería cruel y devastador. —*Sé* que se culpa, Ron, pero también *sé* que usted no mató a Stephen.

Ron levantó la vista. Abrió mucho los ojos y sus fosas nasales se dilataron. —No me queda nadie. —Se echó hacia atrás y la fulminó con la mirada—. Nadie. ¿No lo entiende? Acabe con mi sufrimiento, se lo ruego. No quiero seguir aquí. Enciérreme y déjeme morir.

—Esto no es Texas, Ron, aquí no hay pena de muerte. ¿Qué espera conseguir con la cadena perpetua?

—Me la merezco. Hasta el último segundo. Yo lo maté. Se lo estoy diciendo ahora. Y se lo diré también al juez y al jurado. Es mi decisión.

Gardner suspiró. Se estaba quedando sin opciones. —De acuerdo… Ron, si de verdad fue usted, entonces sabrá que había

alguien más allí abajo con ustedes dos.

Parecía confuso. Negó con la cabeza.

Ella respiró hondo y se armó de valor. —Lo siento, Ron. Siento muchísimo lo que voy a decirle. Ahora sabemos que su hijo no fue asesinado. Sufrió una sobredosis.

—¿Qué? Miente. ¿Sobredosis de qué?

—De dexanfetamina. Un medicamento para el TDAH.

—Él no tenía TDAH. Es absurdo. ¿De dónde lo iba a sacar?

Gardner le contó que Kyle lo había tirado a la basura y que Stephen lo había recogido a escondidas.

—No… se equivoca. Se lo *di* yo. Fui yo —dijo Ron, con lágrimas en los ojos—. Se lo metí a la fuerza.

Gardner contuvo sus emociones. Era desolador presenciar aquello.

—Fue un suicidio. Ron, no sabe cuánto lo siento. Sé que esto no le dará mucha paz. De ahora en adelante, me aseguraré de que reciba todo el apoyo que podamos darle. Pero, en última instancia, tiene que saber que es libre de irse.

—¿Libre? —Miró la mesa en silencio. El tiempo pasaba lentamente. De forma agónica. Finalmente, repitió «libre», antes de que el ciclo de silencio agónico se repitiera.

Gardner se levantó. —Haré que entre alguien a hablar con usted. Le pueden explicar los siguientes pasos. Hay ayuda psicológica disponible y…

—¿Cree que alguna vez seré libre? ¿De verdad? —preguntó Ron, alzando la vista hacia ella.

—Lo siento, Ron —dijo Gardner.

Entonces, como si un globo se desinflara, toda su cara pareció hundirse. No dejaba de mirar a ambos lados, como si de repente estuviera desorientado y ajeno a su entorno. A continuación, se desplomó de la silla y se acurrucó en el suelo.

Gardner rodeó la mesa, se arrodilló y le apoyó la cabeza en el regazo.

Le acarició el pelo, escuchándolo llorar con más fuerza de lo que jamás había oído llorar a nadie, mientras se preguntaba si Riddick

también se habría derrumbado de la misma manera cuando Ronnie Haller le dio aquella horrenda noticia.

Tras recomponerse en el baño, Gardner se encontró con Barnett fuera. Él estaba vapeando. Ella optó por echarse unos Tic Tacs a la boca.

—Nunca dejará de culparse —dijo Gardner.

—Con suerte, algún día encontrará un poco de paz.

—Me temo que solo irá a peor —dijo Gardner con un suspiro—. Al final saldrá a la luz que Stephen sentía algo profundo por Eric. Que la reacción de Ron a su homosexualidad habría hecho que su hijo se sintiera atrapado y asustado. Esto se consolidará como el motivo de su suicidio. Y la prensa no ayudará.

—Ron solo intentaba proteger a su hijo. Otros le ayudarán a darse cuenta de esto, a aferrarse a ello.

—¿Y el hecho de que Ron también es homosexual? —dijo Gardner arqueando una ceja.

—No lo sabía.

—Me lo acaba de confesar ahí dentro, en el suelo. Creo que eso empeora su situación. Fue muy duro con la sexualidad de su hijo porque estaba reprimiendo la suya propia. Ay, Cristo —se frotó las sienes—. Menudo lío.

—Sí —dijo Barnett y miró a Gardner—. Pero nos encontramos con muchos de estos. Y tiene que haber un momento para dejarlo ir y pasar al siguiente.

Gardner suspiró y pensó: *«Vale, a otra cosa»*.

¿Quién querría este maldito trabajo?

47

Riddick se lo contó todo a Anders y luego se le quedó mirando fijamente. —Como no lo detuviste cuando tuviste la oportunidad, mató a un segundo niño.

Anders suspiró. —¿Qué oportunidad, Paul? ¿No te lo dejé claro la última vez que estuviste aquí? ¡No hubo ninguna oportunidad!

—Típico. En aquel momento no quisiste mancharte las manos…, arruinar tu preciada carrera. Ahora, años después, culpable, pensaste que tendrías una última oportunidad de jugar a ser el titiritero. Por el amor de Dios, siento que me has estado llevando de la nariz toda mi maldita vida.

Esta vez, Anders negó con la cabeza. —¿Te equivocas. ¿Quién fue el segundo niño?

—El cuerpo aún no se ha recuperado, pero se sospecha que podría ser Julian Greaves, de quince años. Un chaval que se escapó de casa, de York. Se informó de un avistamiento suyo en Knaresborough por aquella época. Dormía en la calle. Supongo que habría sido un blanco adecuado para George. Roto…, necesitado de arreglo…, signifique lo que signifique todo eso.

—Me alegro de que hayas descubierto la verdad, Paul. *De verdad.* Espero que encuentren a Julian.

Riddick miró su reloj. —Tengo una reunión importante ahora, así que…

—Leíste mi carta, ¿verdad?

Riddick se estremeció. Bajó la mirada, negando con la cabeza. ¿Tenía razón Anders? ¿Lo había arrastrado de vuelta hasta aquí el contenido de aquella carta?

—He venido para darte un cierre, eso es todo.

—Exacto. Un cierre es lo que todo moribundo necesita.

Riddick se levantó y se apartó de la mesa. La emoción era abrumadora, y no sabía muy bien qué era exactamente lo que sentía.

—Sabes, Paul, hay mucha culpa, en eso tienes razón. Pero también hay cosas de las que no me arrepiento. Si hubiera ido a por George Jacoby, habría acabado con mi carrera, y entonces nunca te habría ayudado a construir la tuya. E, irónicamente, el hecho de que nunca lo atrapara te ha traído de vuelta a mí.

Riddick se giró. —¿Ayudarme a construir mi carrera? Por eso siento que está asentada sobre arenas movedizas. Todas esas mentiras…, toda esa manipulación. El oso esto…, el oso lo otro… Manipulas a todo el que te rodea.

—Nunca perderás tu vena dramática, ¿verdad? ¿Arenas movedizas? ¿Mentiras? Tu carrera fue, y sigue siendo, buena. Tienes un don natural. Como acabas de demostrar una vez más.

—¡Qué hipocresía! Nadie podría montar un numerito como tú, Anders. ¡Llevas toda una carrera haciéndolo!

—Puede que sí, y siempre sabrás, Paul, que aprendiste del mejor.

—Gilipolleces, Anders. No me parezco en nada a ti. Manipulas a la gente. Te has pasado toda la vida haciéndolo, y de eso no sale nada bueno. ¿Recuerdas cuando me pusiste la mano en el hombro aquel primer día en la cueva? ¿Defendiéndome de Rice? ¿Cantando mis alabanzas? Me manipulaste desde el principio.

—Y, sin embargo, aquí estás, otra vez, al final de todo, saliendo de rositas. Me has desenmascarado a mí, has desenmascarado a Jacoby…, ¡has desenmascarado al doctor Hugo Sands! Estás en racha. Dicen que eres un inconformista, un lastre, que tienes los días contados. Son mentiras. *Todo mentiras.* Nos necesitan para hacer cosas que nadie más puede. Eres el mejor que tiene Yorkshire; eres jodidamente invencible.

Riddick volvió a mirar su reloj y sonrió. —Esa reunión importante es pronto. Con Marsh. ¿Quieres saber de qué va? —A pesar de lo nefasto del tema, sintió un cosquilleo de emoción al darle a Anders este baño de realidad.

—¿Un ascenso?

—La deshonra, Anders… *la deshonra*. Estoy acabado. ¿Qué tal es la comida aquí?

Anders negó con la cabeza. —No te sigo.

Riddick apoyó las manos en la mesa y se inclinó. —Sigue esto: Ronnie Haller… muerto en el espec-

—Baja la voz, hijo. Baja la voz.

—¿Que baje la voz? Después de mi reunión con Marsh, habrá fuegos artificiales. Esos no podrán silenciarse.

—Paul… *escúchame*…

—¡No! Nunca más —dijo Riddick—. Fui yo, señoría. No con mi navaja, claro, pero sí con mi dinero. Puede darme la celda del viejo Anders Smith, porque ya no la va a necesitar…

La expresión de Anders se derrumbó ante este último comentario, y Riddick se arrepintió de inmediato de haberlo dicho.

—En cualquier caso, de esta no me libro, Anders. Conseguiste lo que querías; en la práctica, me has convertido en ti.

Anders se quedó mirando la mesa un rato, negando con la cabeza. Finalmente, levantó la vista y se puso de pie. Luego, empezó a rodear la mesa, cojeando y agarrándose la zona lumbar. Se detuvo a medio camino para recuperar el aliento.

En su última visita, había disimulado bien su estado de salud, pero en esta ocasión, el deterioro era más evidente.

—Siéntate, Anders. Ahorra energías. No hay nada que se pueda hacer.

Anders seguía intentando recuperar el aliento.

Riddick rodeó la mesa y lo ayudó a volver a su asiento mientras las palabras de la carta destellaban una y otra vez en su mente.

Tumor cerebral.

Después de que Riddick lo hubiera sentado, se quedó de pie a su lado para poder vigilarlo.

Por un instante horrible, se preguntó si Anders solo lo había manipulado para atraerlo. Pero luego lo descartó. El hombre tenía un aspecto desastroso.

Anders miró a Riddick, con el rostro marcado por la tristeza.

Riddick tragó saliva. —¿Esto es solo otra mentira?

El labio superior de Anders tembló. —Ojalá lo fuera. —Bajó la mirada—. Pensar que mentiría sobre mi propia muerte. ¿Tan bajo he caído a tus ojos?

Más bajo, pensó Riddick, pero la abrumadora compasión que sentía ahora —algo por lo que se maldijo por dentro— le impidió hablar.

—No he visto a mis hijas desde que pasó, ¿sabes? —dijo Anders —. Desde que me detuviste.

Riddick negó con la cabeza. ¿Lo estaba culpando? De nuevo, la compasión le hizo morderse la lengua.

—Pero al menos te he visto. Ya dos veces. Soy un viejo con suerte.

Yo no estoy tan seguro, pensó Riddick. *Casi has hecho que vuelva a darle a la botella.*

—Siempre has sido como un hijo para mí, ¿sabes?

Riddick suspiró.

—Hicimos cosas buenas juntos, Paul. Tuvimos verdaderos éxitos. Eso no nos lo pueden quitar. Con suerte, esta cosa que tengo en la cabeza me matará *antes* de que destruya esos recuerdos.

Riddick negó con la cabeza. *Tengo que largarme de aquí.*

—Calculan que otro mes como mucho.

Riddick se estremeció.

—¿Qué pasa a las cinco, Paul? ¿Qué problema no tiene solución?

—Tienes que descansar, Anders. Y yo tengo que irme...

—¡No! Maldita sea, hijo. Y te llamaré hijo te guste o no, joder. Dime qué está pasando, aunque sea lo último que me digas en tu puta vida. No me debes nada, Paul, pero, ¡joder!, escucha la última voluntad de un moribundo.

—Otra vez con el melodrama, ¿eh? *Da igual.* Riddick le habló de KG. Del chantaje. A petición de Anders, describió a KG con más detalle.

—Kieran Greene —dijo Anders, y suspiró—. Un mierdecilla con ambición. Sabía de él, lo tenía en mi radar... —Negó con la cabeza—. No ha tardado mucho, ¿verdad? Menos de un año fuera del circuito y mira cómo el cabrón llega a la cima. Pero ese no es la flor y nata, precisamente... ni de lejos. *Mierda*. —Anders volvió a negar con la cabeza—. Nunca habría llegado tan alto si...

—Ni se te ocurra —dijo Riddick—. Ni se te ocurra hacer que esto vaya de que te saqué de la calle.

—Pero es ese equilibrio del que te hablé, Paul; el día que me detuviste. Alguien tiene que mantenerlo, gestionarlo, antes de que se descontrole.

—Eras un corrupto, Anders. *Mataste* a alguien.

Anders se encogió de hombros, suspiró. —Déjame pensar, hijo, déjame pensar.

Riddick ya había visto suficiente. Rodeó la mesa y le echó un último vistazo a Anders, que parecía medio dormido. —Ahórrate las energías, Anders. Sabes que solo hay una opción, y si siquiera sugieres que deje a alguien vendido por ese cabrón, te juro que la pagarás conmigo, sin importar tu estado.

—Calma —dijo Anders, levantando la mano. Cerró los ojos y se frotó las sienes—. Calma. Déjame pensar. Déjame pensar...

¿Pensar en qué? Riddick miró hacia la puerta. *Ahora es el momento, Paul. Esta es tu oportunidad. Lárgate sin más...*

—Simplemente no confieses. Dame tiempo.

—¿Por qué iba a hacer eso? Me siento bien al respecto. De hecho, hasta me hace ilusión. Toda esa paz y tranquilidad... —Riddick se acercó a la puerta, decidido a marcharse—. Adiós, Anders. —Levantó el puño para llamar y le dedicó una última mirada a su antiguo colega.

Anders estaba ahora recostado en su silla, con los ojos cerrados y las manos a los lados.

—¿Anders?

Corrió rápidamente al otro lado de la mesa y le puso los dedos en el cuello a Anders.

El propio corazón de Riddick empezó a latir con furia, lo que le dificultó encontrarle el pulso.

Pero, con alivio, al final lo encontró.

Volvió al otro lado de la mesa y llamó a la puerta. El guardia respondió.

—Se ha quedado dormido.

—Sí. Ya le pasa. Es parte de su enfermedad y de los analgésicos también.

Riddick miró hacia atrás. *¿Será esta la última vez que te vea, viejo?*

Probablemente no sería algo tan malo.

Adiós, Anders.

Consultó su reloj. Casi era la hora.

Mientras salía de la sala, no pudo evitar echar un último vistazo al hombre al que había admirado durante la mayor parte de su carrera.

48

Anders sintió que alguien lo sacudía y abrió los ojos.

Levantó la vista y vio la cara preocupada de Ethan Towers. Un funcionario de prisiones a punto de jubilarse. Un amigo de Anders en otra vida.

—¿Sigues con nosotros, Anders?

—Sí. Por desgracia —dijo Anders, frotándose los ojos. Se estiró—. Estos analgésicos nuevos tienen la costumbre de dejarme KO cuando menos me lo espero. ¿Dónde está Paul?

—Se ha marchado.

Anders asintió. Volvió a mirar a Ethan.

Se llevaba bien con la mayoría de los funcionarios de aquí. Sabían que aún tenía influencia más allá de los barrotes. Solían o bien dejarlo en paz o bien arrimársele, pues sabían que podría serles útil si alguna vez surgía la necesidad.

Ethan no hacía ni lo uno ni lo otro; simplemente lo trataba con respeto y dignidad. Una vez, hacía muchos años, en *aquella* otra vida, Anders había acudido en su ayuda.

Un grupo de chavales del barrio le había estado aterrorizando a su hijo pequeño, Tony.

Anders le puso fin a aquello de inmediato. A Ethan nunca le importó cómo lo había hecho. Pero el hecho de que sucediera lo había sido todo para él.

—Venga, viejo, vamos a llevarte de vuelta.

—No... Antes tengo que hacer una cosa. Necesito un favor. —Miró a Ethan—. ¿Vale?

Ethan asintió, pero palideció ligeramente. —Haré lo que pueda.

—No es gran cosa —dijo Anders. Gimió al ponerse en pie; luchar contra la gravedad con su tamaño se le hacía cada vez más difícil últimamente—. Solo necesito usar el teléfono.

—¿Mi móvil?

Negó con la cabeza. —No. Eso no sería bueno... para ti. Un teléfono fijo. Uno que no esté intervenido.

—Hay uno en un despacho de camino a las celdas, pero hay que registrar la llamada, así que...

—Pues no la registramos.

Ethan respiró hondo y asintió. —Vale, pero no puedo garantizarte que el despacho vaya a estar vacío.

—Echemos un vistazo —dijo Anders—. Seguro que encontramos la manera.

49

Ahora que por fin tenía un respiro, Gardner se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, salvo tic tacs. Se moría de hambre. Así que, antes de ir al Cuartel General para informar al resto de su equipo, decidió picar algo. Y eligió su casa en lugar de un área de servicio porque, con unos días tan llenos de tragedia, era imperativo ver a sus propios hijos siempre que fuera posible.

Aparcó en la entrada de su casa, se bajó y se acercó a la puerta, con cuidado del hielo y la nieve…

Se le cortó la respiración.

La puerta de casa estaba entreabierta.

Sin estar de humor para considerar explicaciones lógicas, abrió la puerta de par en par y entró decidida. —¿Hola?

Silencio.

Entró de golpe en el salón y vio al cerdo roncando en el sofá. —¡Barry!

Él abrió los ojos de golpe. —Sí..., ¿qué...? ¿Emma?

—¿La puerta?

—¿Qué?

—¡Está abierta de par en par!

Él se frotó la cara, se puso en pie de un salto y se cruzó de brazos. —¡Por eso hace tanto frío!

—¿Y las niñas?

—Arriba, jugando juntas... la última vez que miré.

Gardner se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras. Primero miró en la habitación de Rose. Ni rastro de ella. Luego, entró en la de Anabelle. Anabelle estaba coloreando un dibujo en su escritorio.

Gracias a Dios.

—Hola, mami.

—¿Dónde está Rose?

Anabelle siguió coloreando. —No lo sé. Estábamos jugando, pero luego ha dicho que se iba.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha sido eso?

—No lo sé. Cuando he empezado esto. —Señaló su dibujo.

Gardner se abalanzó e inspeccionó la escena de una película de Disney que estaba coloreando. Solo había coloreado una parte. No podía llevar más de un par de minutos.

Salió disparada de la habitación de Anabelle.

—¿Rose? —la llamó.

Revisó el baño y el otro dormitorio de la planta. —¿Rose? —volvió a llamar, esta vez más alto.

—¿Está ahí? —gritó Barry desde abajo.

Gardner bajó las escaleras corriendo, apartándolo de un empujón. —Revisa el último piso. —Y salió por la puerta principal a la entrada de su casa. Giró hacia el vial de acceso de su urbanización. Se le heló la sangre. Más adelante estaba York Road y todos sus coches veloces.

Sus pies no se agarraban bien a la acera por el hielo, así que se metió en la calzada, donde habían echado sal. —¡Rose…! ¡Rose!

Más adelante, multitud de coches.

Pero ni rastro de una niña pequeña.

50

Milo se quedó en el club de ajedrez.

Hacía tiempo que no jugaba. Se había aburrido más o menos al mismo tiempo que había aumentado su obsesión por los cómics violentos.

Pero se le daba bien, y hacía maravillas para mantener la mente centrada en algo que no fuera la vida real.

¡Y la vida real era una mierda ahora mismo!

Cuando salió a las cuatro y veinte, veinte minutos antes de que terminara el club, el cielo ya empezaba a oscurecer, pero aún había suficiente luz para ver.

Por suerte.

Se quedó helado al acercarse a la entrada del colegio.

Delante estaba el Tesla de KG.

Milo respiró hondo. ¿Por qué estaba aquí? ¿En la puerta de su colegio?

Había prometido pasarse a ver cómo estaba y que alguien lo vigilara, pero ¿una aparición repentina en la puerta del colegio menos de veinticuatro horas después?

Se le revolvió el estómago. ¿Habrían visto a la inspectora jefa Gardner ir a su casa esta mañana?

Se quedó mirando el Tesla parado. Todo su cuerpo le gritaba que se diera la vuelta y volviera corriendo al colegio.

Pero si corría, KG no tendría ninguna duda.

Traición.

Y KG había dejado bien claro lo que haría si lo traicionaban.

Empezaría por su madre y terminaría con él.

Dile la verdad y punto. No le dijiste nada a la inspectora jefa Gardner. Nada.

Milo avanzó mientras su cabeza seguía gritándole: *Va a matarte*.

Se mordió el labio inferior. *Va a matarte. Va a matarte.*

Las lágrimas le asomaron a los ojos.

Miró hacia atrás. Todavía estaba a tiempo de correr...

Pensó en KG sujetando una almohada sobre la cara de su madre.

Y entonces se le ocurrió una idea.

Una peligrosa. Pero con potencial.

Y, de todos modos, ¿qué otra opción tenía?

Cayó de rodillas, fingiendo que se ataba los cordones.

Era hora de poner el plan en marcha.

51

Riddick se alegraba de que no hubiera nadie más en el jardín de la capilla.

No habría tenido tiempo suficiente para volver antes de su reunión con Marsh, y deseaba tanto pasar estos últimos cinco minutos a solas con ellas.

Cuando venía, solía sentarse en los bancos que daban a los árboles, que se encontraban en todas las fases de su crecimiento, pero hoy optó por acercarse a la parcela de la derecha.

Bajó la vista hacia los tres arbolitos.

—No sé cuánto tiempo pasará antes de que pueda volver —dijo.

Y si es que volveré alguna vez, pensó, pero no quiso dar voz a tal posibilidad.

Se arrodilló, sacó un pañuelo de papel limpio del bolsillo y limpió las tres placas.

Rachel.

Lucy.

Molly.

Los tres regalos más especiales que había recibido jamás.

—No es un adiós. No os preocupéis. —Se tocó el pecho—. Nunca será un adiós. Lo recuerdo todo. Y eso es todo lo que necesito.

52

Gardner no podía correr más rápido. Le ardían las pantorrillas y las caderas, y era poco menos que un milagro que aún no se hubiera resbalado.

—¿Rose?

Más adelante, vio a dos personas a la derecha, junto a la oficina de ventas de su urbanización. La oficina de ventas seguía abierta porque todavía quedaban muchas casas por vender, pero las luces estaban apagadas, lo que sugería que había cerrado por hoy.

Desde esa distancia, parecían un hombre y una niña de pie en la puerta, así que corrió hacia ellos, rezando para que la niña fuera Rose.

Y lo era.

Si no se hubiera quedado ya sin aliento, podría haber soltado un grito de alivio.

Rose y el hombre que la acompañaba empezaron a caminar en su dirección. Gardner se inclinó, con las manos en las rodillas, boqueando en busca de aire, y, cuando Rose estuvo lo bastante cerca, la abrazó.

—Menos mal que me he parado a preguntar por sus casas —dijo el hombre. Tenía un acento de West Country como el de ella—. No querrá que la niña corra cerca de esa carretera que tengo detrás.

Un comentario irritante, pero tenía razón, y ella habría dicho lo mismo.

Alzó la vista hacia él. Aparentaba unos cincuenta y tantos y vestía elegantemente con un traje. —¿Gracias?

—De nada.

—Solo quiero ver a papá —le susurró Rose al oído.

—Lo sé —dijo Gardner, recordando la advertencia que Barry le había hecho la noche anterior.

—Por favor, ¿puedo?

El instinto de Gardner fue negarse en rotundo, pero, por suerte, contuvo su respuesta a tiempo. No era el momento de contestar a ese tipo de preguntas. —Vamos a casa y lo hablamos con un chocolate caliente.

Se irguió y sintió la pequeña mano de Rose cerrarse alrededor de la suya.

Gardner miró al hombre elegantemente vestido que era de su misma zona. Tenía el vello facial blanco y el pelo, también blanco y largo, recogido en una coleta.

—Gracias de nuevo —dijo Gardner.

—De nada —contestó el hombre, arrodillándose y estrechando la mano libre de Rose. Le guiñó un ojo—. Ve a casa y dale a Ronald un abrazo muy fuerte de mi parte.

Ronald era el elefante de peluche de Rose. Gardner se lo había comprado el día que empezó a vivir con ella.

El hombre se puso en pie.

—¿Así que conoce a Ronald? —preguntó Gardner.

—Estaba muy disgustada por dejar a Ronald, pero le he explicado que él se alegraría de verla cuando volviera.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—Usted tampoco, a juzgar por su acento. ¿De qué parte de Wiltshire es?

Sintió que el teléfono del trabajo le vibraba en el bolsillo interior de la chaqueta. Lo sacó.

—Estoy bastante segura de que le he preguntado yo primero —dijo Gardner, mirando la pantalla de su teléfono. El número era desconocido.

—De Amesbury...

—De Salisbury, yo... —A pesar de que le intrigaba este encuentro, le preocupaba más atender la llamada.

—Sí. Tengo amigos en Yorkshire —dijo el hombre—. Están pensando en mudarse... Parece que tiene que coger esa llamada, Emma.

—Sí... de verdad... gracias.

Gardner contestó al teléfono y se despidió del hombre con un gesto de cabeza. —¿Diga?

Él sonrió, se dio la vuelta y se dirigió hacia su vehículo, alzando la mano por detrás para despedirse.

—¿Diga? —repitió ella al teléfono.

Nada. La llamada era fallida; solo oía estática.

Un momento...

—Quédate aquí —le dijo Gardner a Rose, que asintió.

Avanzó hacia el vehículo al que se estaba subiendo el hombre.

El hombre la había llamado por su nombre de pila.

Y si no hubiera sabido quién era... ¿por qué la habría dejado marcharse con una niña?

Estúpida, Emma, estúpida, estúpida...

El Audi negro y deportivo del misterioso hombre arrancó con un rugido.

—¡Espere! —gritó, levantando la mano.

No lo hizo.

Entrecerró los ojos, preparándose para leerle la matrícula...

La interrumpió algo en el teléfono que le heló la sangre.

53

KG salió del coche antes de que Milo llegara y abrió los brazos.

A Milo le repugnaba la idea de un abrazo, pero… *la obediencia era la mejor estrategia*, razonó.

Cuando Milo estuvo lo bastante cerca, KG lo cacheó y le registró los bolsillos. —Es solo una precaución, Milo.

¡Un abrazo! ¿Cómo había podido ser tan ingenuo?

KG le revisó la mochila del instituto y después sonrió. —Sube, Milo. Perdona tanta precaución. Solo comprobaba que no llevaras el móvil.

Milo asintió.

KG hizo un gesto hacia el lado del copiloto. —Venga, sube, colega.

La obediencia era la mejor estrategia.

¡Pero a ver quién se lo decía a su estómago!

KG abrió la puerta de su coche y luego se volvió a mirar a Milo, que seguía de pie donde lo había cacheado.

—¿Vienes o qué?

Milo tragó saliva. —Tengo que ir a casa a ver cómo está mi madre.

—Serán cinco minutos y luego te llevo. Seguramente te deje en casa antes de lo que tardarías a pie.

Milo necesitaba moverse, pero el cerebro no le dejaba.

Era obvio lo que estaba pasando. Si se metía en ese coche, estaba perdido.

KG se encogió de hombros. —Mira. Tengo a alguien cerca de tu casa. Haré que vaya a ver cómo está tu madre.

Qué cabrón.

—Se asustaría.

KG sonrió con aire de suficiencia. —Mis hombres son discretos, Milo. Entrarán y saldrán sin hacer ruido.

Se imaginó a su madre otra vez en la cama con uno de los hombres de KG a cada lado, mirándola.

—No hace falta —dijo Milo, rodeando el coche hacia el lado del copiloto—. Seguro que puede esperar unos minutos más.

KG le guiñó un ojo por encima del techo del coche y ambos subieron. Milo oyó el chasquido de los cierres automáticos.

54

Desde el aparcamiento, Riddick alzó la vista hacia el Cuartel General.

El imponente edificio era frío y poco acogedor.

Consultó el reloj. Llegaba pronto.

Pronto para su propio funeral.

Un gato con siete vidas, sí señor. Un gato era tranquilo, comedido y hacía lo que le venía en gana pasara lo que pasara. Probablemente llegaría tarde a su propio funeral, si es que se molestaba en asistir.

Riddick salió del coche.

Pronto o tarde, ¿qué más daba?

—Cuando estás muerto, estás muerto —masculló para sus adentros—. Y a mí no me queda ninguna vida.

55

Subieron por la calle principal.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó KG.

Milo sintió como si tuviera la boca pegada.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Milo?

Milo lo soltó a la fuerza. —Un rollo.

—Lo recuerdo bien. De hecho, fui al mismo que tú. Todo normas. Nada de diversión. Para cuando te hayamos instalado en casa de Bren, ya tendrás edad suficiente para mandarlo todo a la porra de todas formas. —Sonrió. Pura dentadura. El encantador de siempre.

Milo pensó en KG sonriendo en la pantalla de aquel ordenador mientras obligaban a Pete a sufrir una sobredosis.

Te camelaba hasta que acababa contigo.

Milo sintió que le daban náuseas, pero sabía que tenía que mantener el control. Mientras se acercaban a la rotonda de Bond Lane, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. —Si suspendes Lengua o Matemáticas, tienes que repetir en bachillerato.

KG puso el intermitente a la derecha y entró en la rotonda. —Pero tú no las vas a suspender, ¿verdad? Un chico tan listo como tú.

Milo no lo sabía. En ese momento, no le importaba. —A los profesores les gusta mantenerte en vilo. Al señor Lawrence le gusta decir: "No se puede cantar victoria hasta el final".

—¿Todavía sigue con esa matraca, eh? —KG se rio. Puso una voz de profesor estúpida—. No vendas la piel del oso antes de cazarlo,

¿eh?

Milo forzó una risa. Vio el Co-op de Boroughbridge Road.

—Parece que has visto un fantasma, Milo.

Milo señaló. —En ese Co-op de ahí... Pete y yo vimos a ese chico que murió anteanoche.

KG asintió. —Sí, lo he leído. —Arrugó la frente y miró a Milo de nuevo—. Pete y tú no tuvisteis nada que ver con eso, ¿verdad?

Milo negó con la cabeza. —¿Vamos a Jacob Smith Park?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque este es el camino.

—El hielo se está derritiendo. Estará hecho un lodazal. —Le guiñó un ojo a Milo—. Tengo pensado un sitio mejor. Un pequeño capricho para ti. Algo para demostrarte lo agradecido que estoy por tu apoyo.

Milo sintió que se le revolvían las tripas otra vez.

Lo agradecido que estoy por tu apoyo.

Sabía que estaba jugando con él.

Pensó en su madre, obligada a morir sin saber dónde estaba él. Dejando el mundo sin la menor idea de si la persona a la que más quería estaba viva o muerta.

Pensó en su plan.

Ahora le parecía endeble..., patético.

Pasaron junto a las brillantes luces del concesionario Kia. —De ahí sacamos nuestro Kia.

KG lo miró. —Dentro de unos años te conseguiré un coche mejor que ese, Milo. Si las cosas siguen tan bien como hasta ahora.

¿Hablando del futuro?

¿Se atrevía a tener esperanza?

¿O solo era más palabrería para infundirle una falsa sensación de seguridad?

Le sonaron las tripas.

—¿Todo bien? ¿Tienes hambre?

No..., todo lo contrario. Debería haber vuelto corriendo al colegio.

Dios, esperaba que su plan funcionara. De lo contrario...

Se miró las manos.

Tendría que pelear.

Algo que no había hecho en su vida.

KG puso el intermitente a la derecha para entrar en la carretera. Milo ahora *sabía* adónde iban. —Nunca he estado en Calmwater Bay.

—¿Ah, no? Te va a encantar.

—Pero las puertas están cerradas.

KG aparcó y pulsó el control de las puertas. Se abrieron con un chasquido.

—Sal, Milo. Vamos a saltar esa valla.

Milo salió del vehículo tropezando y tragó saliva, reprimiendo desesperadamente las arcadas.

Miró a KG, que le hacía señas con el dedo para que se acercara. —Vamos, Milo, no hay nada de qué preocuparse.

—No me encuentro bien. Quiero irme a casa.

Miró hacia atrás. Vio un montón de coches pasar a toda velocidad por Boroughbridge Road. Nadie se daría cuenta de que estaban aparcados aquí abajo. KG había apagado las luces y no había ninguna farola.

—Venga ya, Milo. No estropees la diversión. Te prometo que valdrá la pena.

Podría correr hacia Boroughbridge Road, agitar los brazos por encima de la cabeza, gritar pidiendo ayuda. Si evitaba que lo atropellaran, desde luego conseguiría la atención que necesitaba.

—Tentador, ¿verdad?… Salvo que… ¿llegarás a casa antes de que mis hombres vayan a ver a tu madre?

Milo sintió que se le humedecían los ojos. Volvió a mirar a KG.

—¿Vienes? —preguntó KG, señalando la verja. Había un cartel que advertía de los peligros mortales de nadar en aguas frías.

56

Riddick se sentó frente al despacho acristalado de Harsh Marsh.

Ella estaba en su mesa, aporreando el teclado.

Llegaba con quince minutos de antelación, así que no intentó llamar su atención, pero, en cuanto se aposentó en la silla que había fuera del despacho, ella reparó en él. Se le quedó mirando por encima de las gafas.

No recordaba haberla visto nunca con gafas. ¿Eran nuevas o solo se las ponía para trabajar?

Fuera cual fuese el motivo, parecía aún más severa, lo cual era todo un logro para alguien que ya personificaba esa imagen.

Sentía que las entrañas le ardían. No por la severidad de su mirada, aunque aquella habría puesto de rodillas a muchos otros adultos, sino porque estaba a quince minutos de confesar un asesinato.

Ella le hizo un gesto para que entrara en el despacho.

Mierda. Quince minutos acababan de convertirse en *ahora mismo*. Con el estómago revuelto de repente, se puso en pie y abrió la puerta.

—Señora.

—¿Es algo rápido? Estoy esperando una llamada.

Rápido en el sentido de que tardaré segundos en confesar, pensó Riddick. *Lo que no sé es cuánto tardará usted luego en desmontarme.*

—Es bastante delicado, señora.

—¿Delicado viniendo de usted, Paul? Es usted tan sensible como un ladrillazo en la cabeza. Sin ánimo de hacer referencia al estado de su cabeza. —Se quitó las gafas—. Mierda. Por favor, dígame que no viene a lloriquear otra vez porque lo han apartado del caso.

—No, es más delicado que eso.

Ella suspiró.

—Hay más giros en su vida que en una puñetera novela, Paul. Siéntese, pues.

Él se sentó.

—Prosiga.

El corazón empezó a acelerársele.

—Bien, el veintinueve de…

El teléfono empezó a sonar.

Ella contestó.

—¿Sí? —Asintió—. Un segundo. —Tapó el auricular—. No ha sido lo bastante rápido.

Qué mujer más ridícula, pensó él, poniéndose en pie y respirando hondo.

Ella le indicó a Riddick con un gesto que saliera de su despacho como si estuviera barriendo el polvo del suelo.

57

Mientras KG hacía una llamada, Milo volvió a mirar la gran verja que acababa de escalar. Ahora se sentía completamente aislado del mundo exterior.

KG intentó hablar en voz baja, así que Milo no oyó lo que decía, pero captó una parte. —¿Dónde estás? Estoy aquí. Bien.

Milo tragó saliva. ¿Quién más iba a venir?

KG terminó la llamada y se volvió hacia Milo. —Su madre está bien.

Por ahora, pensó. *Hasta que se entere de que me he ido. ¿Y entonces qué?*

¿Moriría al saber lo que él había hecho? ¿En qué se había convertido en estas últimas semanas?

Tendría que luchar. Su plan no había funcionado. Se miró las manos.

En cuanto me dé la oportunidad... en cuanto se dé la vuelta...

Síguele el juego hasta entonces.

—Sígame. —KG empezó a andar.

Milo se quedó clavado en el sitio. Quería dar la impresión de que obedecía, pero su cerebro, y por tanto sus músculos, parecían haber tomado su propia decisión.

Milo tragó saliva. —Vale. —Se puso en marcha y lo siguió.

KG lo guio hasta los árboles. Se detuvo y señaló. —Hay un sitio agradable al otro lado de estos árboles.

—¿Quién viene? ¿Con quién hablaba por teléfono?

KG miró a Milo. —¿De verdad que no confía en mí, ¿verdad?

—Sí que confío. De verdad que sí...

—Le dije la verdad en casa de Bren. De verdad que sí. Le ofrecí una vida que de otro modo no habría tenido.

Milo asintió. *Manipulación. Eso era todo.*

—Sin confianza no tenemos nada, así que camine conmigo a través de los árboles. Quiero mostrarle algo.

Milo negó con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

KG suspiró. Agarró a Milo con fuerza por el hombro. —Me cae bien, Milo. Su confianza aumenta a cada segundo. Su potencial me entusiasma. Pero se lo preguntaré una última vez: ¿confía en mí?

Milo asintió.

—Entonces, venga.

Mientras caminaban, KG habló un poco más sobre la vida que le ofrecía a Milo. Quería creerle, de verdad que sí, pero estaba claro que KG tenía planes más siniestros por el momento. Buscó con la mirada por el suelo una roca o cualquier otra cosa que pudiera usar como arma. Pero KG ahora le había echado el brazo por los hombros por completo y lo tenía controlado.

—Conmigo, le daré el mundo, Milo. Fue la misma oferta que le hice a Pete, pero él la rechazó. ¿Qué decidirá usted? ¿Será sensato?

—Sí.

—Bien. Más adelante... —Señaló—. Donde acaban los árboles. Giramos a la derecha y entonces podemos ir a ver el agua. No hay nada igual. La paz y la tranquilidad. La calma.

—El cartel de la verja decía que era peligroso.

KG rio. —¿Piensa ir a nadar en agua fría? —Le quitó el brazo de los hombros a Milo y le dio una palmada en el centro de la espalda.

Salieron de entre los árboles a un gran campo embarrado. Mucho más adelante había más árboles; en la oscuridad, las ramas parecían las garras espinosas de las aves rapaces.

—Como he dicho, a la derecha —dijo KG.

Giraron en dirección a otra hilera de árboles, pero Milo pudo ver el brillo del lago justo detrás.

Algo de luz de las altas farolas de Boroughbridge Road, así como el cielo despejado y una luna en cuarto creciente, les permitían orientarse por el campo.

Milo siguió manteniendo los ojos en el suelo en busca de escombros que pudiera usar para defenderse, pero KG era listo. El cabrón se mantenía lo bastante cerca para detener a Milo si intentaba agacharse a coger algo.

Y entonces, mientras se acercaban a la hilera de árboles y al lago que había detrás, KG le pasó el brazo por el hombro una vez más y Milo se dio cuenta de que su margen de oportunidad estaba a punto de cerrarse.

—¿Quién fue a su casa esta mañana, Milo?

Milo no se hacía ilusiones, sabía que KG ya lo sabía, pero oír las palabras en voz alta, tan cerca del agua, tuvo el mismo impacto que si hubiera sido inesperado.

Saboreó la bilis.

Milo abrió la boca, esperando que no le saliera nada, pero se sorprendió a sí mismo al balbucear: —La inspectora jefa Gardner... No le dije nada... Se lo prometo, KG... Mantuve mi palabra.

KG asintió mientras caminaban entre los árboles. —Le creo, Milo. —Parecía sincero.

Milo se secó una lágrima. Dios, esperaba que fuera sincero, y que no fuera solo otra de sus encantadoras gilipolleces.

KG lo llevó hasta el lago y se detuvo. —¿Es precioso, verdad? — El brazo de KG estaba ahora apretado a su alrededor.

Ya está, se dio cuenta Milo. Si KG no era sincero, este era su fin. Si era necesario, una última lucha final, pero ¿qué esperaba conseguir con eso? El hombre era mucho más grande y fuerte que él.

—¿Ve el hielo en la superficie, Milo? De niño, venía aquí y caminaba sobre él con unos colegas. ¿Hizo alguna vez algo así con Pete?

Milo negó con la cabeza.

—¿Qué hacía con Pete? —preguntó KG, mirándolo.

—No mucho... leer cómics... no conocí a Pete tanto tiempo.

—Ah —dijo KG—. Parecían uña y carne.

Lo éramos, supongo. Durante poco tiempo. Hasta que llegó usted.

KG volvió a levantar la vista. —Por supuesto, podríamos caminar sobre el hielo ahora, pero dudo que aguantara. De hecho, sé que no lo hará. Las temperaturas han subido mucho hoy; esto se estará descongelando. Milo, lo que ha pasado esta mañana no puede volver a pasar.

—¡Lo sé! No fue culpa mía. La inspectora jefa Gardner vino a hacerme preguntas sobre algo que pasó la otra noche fuera del Co-op en Boroughbridge Road. Vimos a ese chico, Stephen Best, el que apareció muerto en la cueva. Le juro que eso es todo lo que pasó.

—¿La noche en que me conoció?

—Sí. Justo antes de...

—Vale... así que supongo que estaba interesada en saber adónde fue después.

—Sí, pero le he mentido y cree que fuimos a la ciudad.

KG asintió, con la mirada perdida sobre el lago helado. —¿Entonces, no sabe nada de nuestra reunión en el parque Jacob Smith?

—Nada.

—Chico listo, aunque tienen la manía de no dejar las cosas en paz. Me da a mí que volverá.

—No lo creo. Parecía contenta.

—¿La policía? Qué va. Nunca están contentos. Los maderos lo estarán investigando ahora mismo.

—No les diré nada. No lo he hecho hoy y no volveré a hacerlo.

KG negó con la cabeza. —Lo siento, Milo. No puedo correr el riesgo. Creí que podría salirme con la mía, ayer, cuando me senté contigo. De verdad que quería que funcionara. Pero fui un estúpido. La policía es como un perro con un hueso y me han forzado la mano.

Ahora. Patéale ahora.

Pero, igual que antes, en la entrada de los árboles, no lograba que su cuerpo obedeciera. —Por favor. No diría ni una palabra. No lo haría.

—Esto me duele, pero al final todo se reduce a lo mismo, Milo. Más vale prevenir que…

Milo le dio una patada.

KG gritó de dolor.

Milo intentó darle otra. Esta también acertó, pero no provocó la misma reacción, y KG ya había aprovechado el fuerte agarre sobre sus hombros para empezar a empujarlo hacia delante.

Sintió el aire bajo él mientras salía despedido de la orilla. Luego, aterrizó con un golpe seco. Boqueó en busca de aire. Esperaba sentir el agua fría subir a su alrededor. Se preparó.

El agua no llegó.

—Qué suerte del demonio, Milo —dijo KG, arrodillándose y frotándose el tobillo.

Milo sintió el frío en la espalda. Intentó moverse, pero solo resbalaba sobre el hielo. Sintió que algo se le salía del calcetín y recordó el momento junto a la puerta del colegio en el que se había arrodillado fingiendo atarse los cordones.

—¿Qué es eso? —dijo KG.

—El móvil de mi madre.

—Pequeño cabrón —dijo KG y sonrió—. ¿Por qué no lo coges y pides ayuda?

—No hace falta.

—¿Ah, no? A mí me parece que ese hielo se va a romper. Venga, Milo, incorpórate, arrástrate hasta allí, cógelo y llama.

—He dicho que no hace falta, porque ya lo he hecho.

La cara de KG se descompuso. —¿Cuándo? ¡Y una mierda! No te he quitado el ojo de encima en todo este tiempo.

—Sí... y durante todo ese tiempo, tú también has estado hablando con la inspectora jefa Gardner.

A KG se le fue el color de la cara.

A pesar de su precaria situación, Milo sintió la adrenalina recorrerle el cuerpo. Nunca antes se había enfrentado a KG. De hecho, nunca se había enfrentado a nadie de verdad.

—Te vas a pudrir en el infierno por lo que le hiciste a Pete —dijo Milo, sonriendo.

Nunca se había sentido tan vivo.

Pero entonces el hielo empezó a resquebrajarse.

58

No fue hasta que Gardner aterrizó al otro lado de la verja que se dio cuenta de que se había cortado la mano. La herida no era profunda, pero tenía la palma ensangrentada. Con la mano ilesa, buscó en el bolsillo el móvil del trabajo y se lo llevó a la oreja.

Una mezcla de estática y viento. KG y Milo seguían caminando.

Miró hacia atrás a través de la verja y solo vio el Tesla de KG. *¡Mierda!*, maldijo y se dio la vuelta, recordando las instrucciones de KG a Milo de que atravesara la arboleda que tenía justo delante antes de dirigirse a la derecha, hacia el lago.

Sola y sin un arma, Gardner haría bien en esperar a los refuerzos, que llegarían en forma de una unidad de respuesta armada. Al fin y al cabo, la irresponsabilidad era algo que se había prometido evitar tras la pérdida de Collette Willows hacía menos de un año, y algo que intentaba inculcarle a Riddick a machamartillo.

Predica con el ejemplo, Emma...

Pero Milo tenía quince años y había confiado en ella llamándola a escondidas para que acudiera en su ayuda.

Si no mostramos un poco de irresponsabilidad de vez en cuando, ¿en qué nos convertiríamos? ¿En robots? Bueno, desde luego, no en humanos.

Corrió a través de la arboleda, salió al campo embarrado y giró bruscamente a la derecha. Tras recibir una ráfaga de viento helado que le escoció en la cara caliente y sudorosa, continuó hacia el lago.

Delante, pudo ver dos figuras que se abrían paso entre dos árboles. Sabiendo que ya no necesitaría el teléfono, se lo metió en el bolsillo. Confiaba en que el silbido del viento enmascararía el sonido de su avance, así que no aminoró el paso hasta que llegó a la linde de los árboles.

Se le cortó la respiración.

Podía ver al hombre que supuso que era KG, pero ¿dónde estaba Milo?

Atravesó la linde de los árboles.

—¡Policía!

KG se giró para encararla. Ella se encogió, esperando que él empuñara un arma. Se sintió aliviada al ver que no era así.

Al principio, él pareció preocupado, pero luego una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Inspectora Jefa Gardner? ¿Sola?

—Los refuerzos están en camino. ¿Dónde está Milo?

—Estoy aquí. En el hielo. ¡Se está agrietando! ¡Ayúdeme!

KG señaló hacia atrás con el pulgar.

—Me ha quitado las palabras de la boca.

De repente, a Gardner se le hizo un nudo en el estómago. Observó la posición de KG al borde de la orilla. No empuñaba un arma. Si cargaba contra él y lo empujaba hacia el hielo, podría tomar la delantera. Era un riesgo; no estaba segura al cien por cien de dónde estaba Milo exactamente, y KG podría acabar rompiendo el hielo y llevándose al chico con él..., pero ¿qué otra opción tenía?

Se preparó para cargar.

Entonces sintió algo contra la nuca y se le heló la sangre.

Una voz de hombre.

—De rodillas y con las manos en la nuca.

—¡El agua me está rodeando! —gritó Milo.

—De. Rodillas.

—Mejor que haga lo que le dice —dijo KG y sonrió—. Lo conozco bien. No va de farol.

Empezó a arrodillarse y se entrelazó las manos detrás de la cabeza, cada fibra de su ser gritándole que no lo hiciera, que era

poco probable que la sumisión la mantuviera con vida a ella y a Milo. Aun así, si podía aguantar un poco más, había una esperanza.

Venga, unidad de respuesta armada, rogó. *Moveos de una puta vez.*

—No querrá hacer esto —le dijo Gardner al pistolero. El miedo hizo que las palabras salieran más altas de lo que pretendía.

—Oh, sí que quiero —dijo el hombre, alzando también la voz—. De verdad que quiero.

—Es uno de mis más entusiastas —dijo KG y se rio. Se giró—. El puto hielo *sigue* aguantando. Puede que tengas que venir a echarle una mano...

A Milo le costaba hablar. Sus palabras salían entre jadeos.

—Está helando... Inspectora Jefa… Gardner... ayuda... si me muevo... me hundo...

KG se volvió hacia Gardner y su pistolero.

—Vale, tenemos que largarnos de aquí. ¿A qué viene el pasamontañas, por cierto?

—Eres un chapucero; has traído a la policía contigo.

—¡Mide tus palabras! —dijo KG, borrándosele la sonrisa de la cara—. El niñato me ha engañado.

—Chapucero.

—Repítelo.

—¡Socorro! —gritó Milo.

—Usted no se mueva, ¿vale? —le siseó el pistolero a Gardner.

—No puede dejar que este niño muera —dijo ella al ver que el hombre se ponía a su lado. El impulso de rodearle las piernas con los brazos era intenso, pero resistió el repentino subidón de adrenalina. Algo más estaba en juego. Una distracción de algún tipo.

—Sus perros llegarán pronto, ¿por qué nos retrasamos? —le siseó KG a su pistolero, que se acercaba.

—Chapucero.

KG negó con la cabeza.

—¿Cómo te atreves...?

El pistolero levantó su arma y apuntó a la cabeza de KG.

KG resopló.

—¿Crees que te saldrás con la tuya?

—Sí. Me contactaron antes. Quieren que se haga.

—Tonterías... —Negó con la cabeza, con la confusión surcándole la frente—. ¿Por qué...?

—Rompiste las reglas. La muerte de Haller fue limpia. Pagada. Intentaste chantajear al cliente. Hay honor, KG. Honor. Tú no tienes. Y los que están por encima de nosotros quieren mantenerlo. Así que tú eres el coste.

Gardner se llevó una mano a la boca. *¡Haller. Ronnie Haller!* El asesino de la familia de Riddick, asesinado a su vez. ¿Pagada? ¿El cliente chantajeado? Algo se estaba desmoronando en su cabeza. Algo horrible.

Milo gritaba.

—¡Un cerdo! —resopló KG—. No perdemos el honor por tenderle una trampa a un cerdo, por el amor de Dios.

Un cerdo...

Estaban hablando de Riddick. El mundo le dio vueltas a Gardner. Todo estaba encajando. En lugar de ser chantajeado, Riddick iba a entregarse... Podría haberse desmayado si los gritos de auxilio de Milo no la hubieran devuelto a la realidad.

—No lo dudé. Me alegré bastante de aceptar este encargo en particular —dijo el pistolero.

—Haz lo que te dicen y baja eso. Eres mi perro —dijo KG, señalándolo.

—Ya no. ¿Qué te dije de los niños, eh? Con los niños no. Nunca hiciste caso, capullo.

El disparo resonó. Una pequeña nube de líquido, incolora bajo la escasa luz, brotó de la nuca de KG. Salió despedido hacia atrás por encima del terraplén, con las manos agarrándose inútilmente al aire. Al principio se oyó un golpe seco al chocar contra la misma placa de hielo que impedía que Milo se ahogara, pero después se escuchó un fuerte crujido, seguido de la horrible constatación de que el hielo se había roto.

A aquello le siguieron unas terribles boqueadas, mientras el niño que había pedido ayuda a Gardner empezaba a ahogarse.

—¡Milo! —empezó a incorporarse.

—No se mueva —siseó el pistolero.

—Va a morir.

El pistolero volvió a agitar el arma. —Se lo he advertido. —Y entonces, para sorpresa de Gardner, se dio la vuelta y se dirigió con paso decidido al borde del terraplén.

Gardner estaba a punto de desobedecerlo y levantarse de un salto cuando lo vio dejar el arma a su lado e inclinarse. *Estaba ayudando a Milo.*

—Eso es, chaval..., eso es —dijo el pistolero.

Gardner se levantó de todos modos, pero no avanzó. En lugar de eso, respiró aliviada al ver que el pistolero sacaba a Milo del terraplén.

Al volverse y ver a Gardner de pie, el pistolero se apresuró a dejar a Milo, que tiritaba, en el suelo, y a recuperar su arma.

Sus diminutos ojos asomaban por las rendijas del pasamontañas mientras apuntaba a Gardner con el arma. —Le dije que se quedara de rodillas. Debería haberme hecho caso. Usted no es ningún niño.

Milo gemía y tiritaba en el suelo entre ellos.

El sonido de las sirenas rompió la relativa calma de Calmwater Bay.

Gardner bajó la vista hacia Milo. —Está entrando en shock. Alguien tiene que darle calor y rápido. Solo podrá ser usted si yo no estoy aquí.

Las sirenas sonaban cada vez más fuerte.

El pistolero asintió, se dio la vuelta y salió corriendo hacia los árboles.

Gardner se dejó caer al suelo junto a Milo y lo rodeó con sus brazos. Estaba como un témpano de hielo. Lo abrazó con toda la fuerza que pudo. —Aguanta, Milo, aguanta. Aguanta por tu madre.

Mientras Milo tiritaba contra ella, la mente de Gardner se centró en Riddick.

¿Cómo has podido? Sí, Haller era un monstruo..., pero, aun así, ¿por qué meter la cabeza en la guillotina? Las cosas te iban mejor, ¿no?

¿O no?

¿Qué se me ha escapado?

—Tengo frío… —dijo Milo.

Al menos volvía a hablar.
Pensó en KG, flotando entre los trozos de hielo.
Estaba muerto.
Y con él, su amenaza de chantajear a Riddick.
Se las ingenió para mirar el reloj.
Demasiado tarde.
La cuchilla de la guillotina ya habría caído.

59

Los sanitarios no querían que Gardner se marchara sin examinarla y curarle la herida sangrante de la mano.

Sin embargo, una vez que confirmaron que Milo se pondría bien, ella ignoró sus súplicas y se fue en el coche.

De camino, aporreó el manos libres una y otra vez. No le dejó ni un solo mensaje a Riddick. Se limitaba a colgar y volver a intentarlo. Una y otra vez.

En su imaginación, lo veía sentado en el despacho de Marsh, cantándolo todo.

La historia en su cabeza fue a más. Le confiscaban el móvil y se lo llevaban, deshonrado y esposado, para dar comienzo a su nueva era de encarcelamiento.

Tras aparcar en el Cuartel General, entró en el edificio a toda velocidad, subiendo las escaleras de dos en dos en lugar de esperar al ascensor. Luego, mientras corría por el pasillo abarrotado con los despachos de los altos mandos, se percató de las extrañas miradas de compañeros a los que reconocía, y de otros a los que no.

Parecía una posesa.

Y todo por un hombre que se había saltado todas las normas habidas y por haber. Un hombre que se había convertido en aquello que se suponía que debían despreciar.

No soportaré tu mirada cuando te enteres.

Sabías perfectamente cómo me sentiría, cabrón..., perfectamente...

Pero aun así, corrió.

¿Por qué estaba tan empeñada en salvarlo?

E incluso si llegaba a tiempo, ¿entonces qué?

¿Gritarle a pleno pulmón?

¡Está muerto! ¡El hombre llamado KG está muerto! Ya no te están chantajeando.

¡Cierra la boca, joder, Paul!

Dobló la esquina bruscamente y casi se lleva por delante a Celia, de Recursos Humanos, que llevaba una bandeja con bebidas calientes para sus compañeros.

Irrumpió en el despacho de Marsh sin llamar.

Marsh levantó la vista y la miró por encima del borde de las gafas.

La silla de enfrente estaba vacía.

Demasiado tarde.

—¿Qué hace aquí, Emma? —dijo Marsh. Parecía más perpleja que enfadada.

Gardner se apoyó en la pared. Tenía ganas de romper a llorar, pero no sentía que le quedaran fuerzas ni para eso.

—¿Emma? ¿Qué ocurre?

Gardner inspiró profundamente y levantó la mano, pidiendo un segundo.

—Siéntese, inspectora jefa. Ha tenido un día infernal.

Gardner negó con la cabeza. —Paul —consiguió decir—. Paul. —Alzó la vista hacia Marsh—. ¿Dónde está?

—Llega tarde, Emma. —Una expresión sombría se dibujó en el rostro de Marsh.

—Mierda..., mierda... —Se apretó los ojos con el pulgar y el índice—. Mierda.

De repente, le dio igual qué impresión causara. Tenía todo el derecho a estar triste por la pérdida de su compañero, sin importar las circunstancias. —No lo sabía...

—Creo que esto no se lo esperaba ninguno de nosotros, Emma. La mano, tiene que mirársela. Está sangrando por todas partes.

Gardner avanzó tambaleándose y se inclinó sobre el escritorio de Marsh. Allí, mirándola, estaba la placa de Riddick.

—Se ha acabado, Emma —dijo Marsh—. Me rompe el corazón tanto como a usted. Pero debemos prepararnos para la vida después de Riddick.

Gardner puso la mano ensangrentada sobre la placa de Riddick.

Epílogo

Milo cerró un número de uno de los cómics favoritos de Pete, *Watchmen*, y lo dejó junto a su tumbona con un suspiro.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al recordar la reacción de Pete a las primeras páginas. *—¡Me cago en la puta! ¿Esto es en serio?*

Más allá, Milo vio a su madre saludarlo con la mano desde la parte menos profunda de la piscina. Daba la sensación de que se había pasado la mayor parte de las vacaciones en el agua. Estaba demasiado débil para nadar, pero le había cogido un cariño especial a la sensación del agua en la piel.

Le devolvió el saludo y ella sonrió, con un aspecto más feliz del que le había visto en mucho tiempo. Estaba allí creando recuerdos con su hijo, *para* su hijo, y eso lo era todo para ella en ese momento.

Como también lo era para él.

Pensó en el dinero que KG le había dado aquella noche en casa de Bren. La policía no se había enterado de nada, así que la posibilidad de entregárselo nunca se le pasó por la cabeza. No cuando podía darle un uso tan maravilloso. Y se lo dio. Vaya si se lo dio.

Recordó el momento en que había metido un fajo de billetes por el buzón de la puerta del padre de Pete, y sonrió al pensar en cómo habría reaccionado este. —No, chaval, quédatelo para ti y tu madre. Es un gilipollas integral.

A Pete le habría sorprendido gratamente. Sam Wilson lo había usado para darle un funeral medianamente decente a su hijo con un buen ágape en el velatorio, y los había invitado a él y a su madre. Ese día, Sam se había esforzado al máximo por mantenerse sobrio y ser hospitalario.

—Se te olvida, ¿sabes?, que la gente no es para siempre —había dicho en el funeral—. Tendría que haber sido mejor. Pero de eso solo me he dado cuenta ahora..., cuando el para siempre ya no existe.

El cuerpo de Pete aún no había sido encontrado a pesar de la declaración de Milo, y Cuellilargo y Crujenudillos seguían desaparecidos. Se preguntó si el pistolero que le había salvado la vida habría limpiado el estropicio de KG.

Su madre sonrió y volvió a saludarlo. Lo hacía cada cinco minutos clavados. Lo hacía a propósito.

Él se rio.

Era jodidamente buena creando recuerdos.

Ron Best estaba sentado a solas con sus álbumes de fotos. Se habían multiplicado ese último mes. Un viejo amigo, Reggie, había solicitado acceso al iCloud de Apple que usaban Ron y Stephen, y había imprimido unas cuantas.

Como cada día, se tomó su tiempo con las fotos, recorriendo con los dedos los rostros de su mujer y su hijo. ¡Siempre parecían tan rematadamente felices!

Y él había vivido para la felicidad de ellos.

En su memoria, juró aferrarse a su propia vida y hacer algo, un día no muy lejano, que los enorgulleciera a ambos.

Se levantó de la silla, se acercó a la ventana y miró fuera. Un gato correteaba por su valla. Dirigió su atención a Ron.

—No te preocupes, amigo. Que aproveche.

Un día, pronto, le diría al mundo que él era como su hijo.

Que él también era gay.

Asintió, todavía sonriendo, mientras una lágrima le recorría el rostro.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —dijo—. Muy orgulloso de en quién te convertiste.

GEORGE JACOBY LLEVABA YA muchísimos años solo, perdido en su propio mundo.

Pero ahora la verdad de *quién* era realmente, y de lo que había hecho, había salido a la luz.

Había sido imposible encontrar a alguien que lo cuidara, solo, en su casa. Especialmente desde la recuperación de su segunda víctima —Julian Greaves— del río Nidd. El hecho de que esos asesinatos hubieran ocurrido veinte años atrás, y que él no pudiera moverse, no convenció a nadie, así que, finalmente, su casa se puso a la venta y a él lo ingresaron en una residencia local.

Los familiares de los que ya estaban en la residencia local se indignaron y amenazaron con llevárselos a otra parte. Pero, cuando descubrieron el coste y el esfuerzo que suponía trasladar a sus seres queridos a una edad tan avanzada, temieron por su herencia y cedieron rápidamente. Aun así, la residencia hizo todo lo posible por mantener a George aislado de los demás residentes.

A George no lo desatendían. Lo alimentaban, le daban de beber y cuidaban de su salud. Pero no hablaban con él, en realidad no. Todo a su alrededor era muy funcional. La gente se ganaba el sueldo cuidándolo, pero no había compasión, ni una palabra amable. Le permitieron acabar sus días con el estómago lleno, pero ni una sola vez alguien le apartó el pelo de los párpados y le dijo que probablemente había sido un tipo guapo en su juventud.

Solo ocurrió una cosa digna de mención en lo que quedaba de la vida de George Jacoby, varios días antes de morir.

Un familiar fue a verlo.

Debido a su estado de salud, se requirió la presencia de una enfermera.

Al familiar, que se presentó como el inspector Phil Rice y primo de George, no le importó tener compañía.

Afirmó que solo estaba allí para despedirse brevemente.

Pero, según la enfermera que estuvo presente con él, nunca llegó a despedirse.

De hecho, no dijo absolutamente nada.

Sin embargo, sí hizo dos cosas dignas de mención.

Primero, se quedó de pie mirando fijamente y durante un buen rato a su pariente moribundo.

—No había compasión en esos ojos. Fue la mirada más gélida que he visto en mi vida —informó más tarde la enfermera.

La segunda acción solo se advirtió el día de su muerte, después de que se llevaran el cuerpo de George y mientras cambiaban las sábanas.

Había dos fotografías debajo de la almohada que debía de haber dejado el inspector, ya que nadie más había entrado en la habitación.

La enfermera de guardia no reconoció a los chicos de las fotografías, pero una de sus compañeras sí, porque había leído un artículo reciente sobre George Jacoby.

Una de las fotografías era de Julian Greaves.

Y la otra, de Graham Lock.

Gardner se sentía preparada para volver a contactar con Riddick.

Ya habían pasado un par de meses, y el dolor y la decepción que sentía, aunque seguían ahí, eran menos debilitantes.

Probablemente porque las circunstancias de su propia vida habían empezado a mejorar.

Barry se había marchado para estar con su nuevo «ligue» en Salisbury. Por suerte, Sandra ya tenía dos hijos y no le apetecía hacerse cargo de uno más. Gardner sabía que Barry no se conformaría con ese acuerdo durante mucho más tiempo y que le estaría comiendo la cabeza a Sandra. Creería, al igual que Gardner,

que Sandra cedería tarde o temprano. Cuando llegara ese día, Gardner estaría preparada, pero, por ahora, al menos, agradecía el espacio para pensar. Las cosas tenían la costumbre de cambiar de repente, y Gardner debía no bajar la guardia, pero, aun así, disfrutaba del alivio que esto le proporcionaba.

Como consecuencia de tener dos hijos que criar, había tenido que reducir su jornada laboral. Los gastos de guardería eran desorbitados y no recibía mucha ayuda económica con Rose. Pero el dinero quedaba en un segundo plano cuando consideraba lo mucho mejor que se sentía. Sentirse tranquila no tenía precio.

La semana pasada, por fin había llevado a Rose a ver a Jack. El encuentro había sido cordial. Gardner no había sacado a relucir ninguno de sus antiguos agravios con Jack, ni había permitido que eso enturbiara el ambiente de la sala de visitas. Jack, que en un principio había intentado distanciarse de Rose debido a su turbio pasado, había aceptado que Rose quisiera una figura paterna en su vida.

Gardner permanecería vigilante, examinando tanto los encuentros como cualquier correspondencia escrita entre ellos. Conocía bien a Jack. Sabía que le faltaba *algo* por dentro. La paternidad era un salto imaginativo, y ella lo supervisaría en todo momento.

Últimamente con menos frecuencia, su mente divagaba hacia el hombre que había detenido a Rose en su carrera hacia la carretera principal. Era de su zona y sabía su nombre de pila. Además, no le había pedido a Gardner que se identificara para comprobar que no tenía a Rose secuestrada o algo por el estilo.

Todo esto se resumía en un simple hecho: había estado allí para ver a Gardner. Para inquietarla. Y seguro que volvería. Se devanaba los sesos pensando por qué. ¿Estaba relacionado con Jack? ¿Había dejado él algún asunto pendiente?

Sin embargo, dos meses era un tiempo razonable, y así como estaba suavizando el golpe de la transgresión de Riddick, también estaba atenuando el pavor que sentía cada vez que su mente volvía al hombre elegante de la coleta blanca.

Hugo Sands también se había ido y había sido sustituido por su ayudante, Kate. Él había evitado la cárcel, pero no el colapso de su carrera. Lo último que Gardner había oído era que se mudaba. De vez en cuando, miraba por el retrovisor o se paraba en seco mientras paseaba para mirar hacia atrás, pero nunca lo vio asomándose por entre unos arbustos.

A menudo se estremecía al pensar en el hecho de que ¡casi había tenido una cita con él para ir a ver a Ed Sheeran!

Así que, ahora que las cosas se estaban calmando, se encontró dándole vueltas a la idea de volver a ver a Riddick. Llevaba casi una semana así. Mientras lo consideraba, a menudo se encontraba de nuevo en el despacho de Marsh dos meses antes, apretando su mano ensangrentada contra la placa de Riddick, desesperada por el hecho de que él hubiera confesado un asesinato y de que estuviera a punto de perderlo para siempre y, sin embargo, sabiendo, en el fondo, que había sido lo correcto. Lo honorable.

Al fin y al cabo, estaban en el negocio de la verdad y la justicia, y nadie estaba por encima de la ley.

Nunca antes de aquel día se había sentido tan dividida por algo.

Su moralidad la desgarraba en una dirección, mientras que sus sentimientos por Riddick la arrastraban en la otra. Sentimientos. ¿De dónde demonios habían salido?

—Ha dimitido —dijo Marsh.

Gardner estaba confusa.

—¿Perdón?

—Acaba de dimitir. ¿No es por eso por lo que ha irrumpido aquí? ¿Para detenerlo?

Gardner se apartó de la mesa, con la adrenalina azotándola.

—Emma, ¿está usted bien?

—Sí —dijo Gardner—. Por supuesto.

—¡Joder! —dijo Marsh—. ¡Menudo amigo tiene en usted! ¿Cómo se las arregló? Emma, vaya a descansar, se lo ha ganado. Milo y Kyle

están a salvo gracias a usted, un trabajo de primera. Me alegra tenerla aquí. Con nosotros. En lugar de con todos esos capullos engreídos del sur.

Fue agradable recibir un cumplido de Marsh, aunque fuera a expensas de todos sus queridos colegas de Wiltshire.

Gardner regresó a su propio despacho, aturdida y confusa. Cuando abrió la puerta, vio a Riddick allí de pie.

Se giró, cerró la puerta y apoyó la cabeza contra ella.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo Riddick.

—Era bastante obvio, la verdad. A KG lo mataron a tiros por chantajear a alguien por el asesinato de Ronnie Haller, la persona que te arruinó la vida. Si a eso le sumas tu gran entrada en el despacho de Marsh para confesar algo..., pues no hay que ser un genio.

—Lo siento, yo…

—Dame un minuto, Paul. Deja que lo procese.

Pasado un minuto, todavía no había conseguido girar la cabeza.

—Ya estoy listo —dijo él.

—¿Listo para qué?

—Para soportar esa mirada en tus ojos.

—Cállate. Creía que habías confesado. Creía que… que… da igual. ¿Ibas a confesar en algún momento?

—Sí… pero entonces me salvaste otra vez.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Marsh no paraba de posponer la reunión; ¡su maldito teléfono no para de sonar! Para cuando conseguí más de dos segundos de su atención, ¿adivina qué? El puto teléfono vuelve a sonar. Se enteró de que habías salvado el día y, loca de contenta, decidió compartirlo todo conmigo, incluido el hecho de que un hombre llamado KG había secuestrado a un niño y luego había sido abatido a tiros. Y, ya sabes, me quedé helado. Con KG fuera de juego, no parecía necesario soltarlo todo de golpe. Gracias a ti me ha caído otra puta oportunidad en la vida.

Gardner se rio con desdén.

—¿Y crees que te mereces otra?

—No. Aun así, ¿alguna vez me he merecido alguna? Pero, ya sabes, en ese momento no me apetecía aguarle el día a nadie. Quitarte el protagonismo. Lo que hiciste por esos chicos, en eso es en lo que todo el mundo debería centrarse..., no en mí..., no en un trozo de mierda...

—No sigas.

—Eres especial...

—He dicho que *no sigas*. Ahora mismo no puedo pensar. Me cuesta entenderlo. ¿Por qué? No, olvida eso. Sé *por qué*. Joder, nadie tenía una razón mejor para hacerle eso a Haller. Pero ¿cómo? ¿Cómo has podido hacerlo? Ese no eres tú...

—¿Que no soy yo? ¿Estás segura? Yo ya no estoy tan seguro.

—Entonces, tienes que volver a su despacho y decírselo, Paul. Porque si fuiste tú..., si de verdad fuiste tú quien se encargó de Haller..., ya sabes..., entonces tienes que..., *tienes que*... —Se interrumpió.

—¿Ser castigado?

Ella no respondió.

—Estuve a punto de contártelo, ¿sabes? Aquella noche que estaba borracho y me quedé dormido en tu sofá. Si no me hubieras mandado callar, en ese mismo instante, te lo habría contado. Cuando me desperté al día siguiente, me acobardé. Me alegro de no haberte hecho eso. De haberte obligado a tomar esa decisión.

—¡Pero me sigues obligando a elegir! —Al fin se dio la vuelta y lo señaló con el dedo—. ¡Gilipollas! Tú..., tú... —No consiguió pronunciar las palabras. *Lo mataste.*

—Lo que hice es imperdonable. Lo sé. Iré a ver a Marsh. Arreglaré esto. No tengo miedo.

—Pues deberías. Un poli en la cárcel.

—Si eso es lo que quieres...

—Vete a la mierda. No me pases a mí el maldito muerto.

Levantó las manos en señal de falsa rendición. —Tienes razón. Yo me encargo.

—¡No..., no lo harás! —dijo Gardner, acercándose a Riddick—. Cuando ese cabrón me hizo entender lo que hiciste, sentí asco.

Todavía lo siento. Sin embargo, después de que muriera y estuviéramos a salvo, sentí alivio...

—Sobreviviste a un infierno, es comprensible.

—¡No, idiota! Sentí alivio de no perderte.

Él apartó la mirada. Parecía estar conteniendo las lágrimas.

Finalmente, Riddick dio un paso hacia ella. Gardner supo que estaba desesperado por agarrarla, abrazarla tal vez, ofrecerle mil disculpas.

En cierto modo, su deseo de que eso ocurriera era absorbente. Necesitaba terminar esa reunión antes de sucumbir y perdonarlo. Necesitaba pensar en ello y decidir si eso era lo que de verdad quería.

Riddick continuó. —Mentí antes.

—¿Solo en una cosa? —espetó Gardner.

—No... sobre no decírselo a Marsh para no quitarte el protagonismo. No se lo dije porque me di cuenta de algo. Algo que me aterrorizó.

—Sigue.

—Me di cuenta de que no me abandonarías, de que vivirías todo este maldito lío conmigo.

Ella negó con la cabeza. Ahora tenía lágrimas en los ojos. —¿De verdad estás tan seguro?

—Sí. —Él extendió la mano para tocarla; ella se apartó.

Riddick asintió y pasó a su lado. Se detuvo. —Lo siento, Emma. En cuanto me vaya, será mejor para ti. Te lo prometo. Sé que lo será...

En ese momento, su desesperación se convirtió en ira y se giró mientras él alargaba la mano hacia la puerta. —No, no vas a largarte sin más, a abandonarte de nuevo al caos y al alcohol. Puedes compensar lo que has hecho, joder. Puedes dedicar las vidas que te queden... a hacerlo bien. Y eso no incluye dimitir.

Él negó con la cabeza. —Lo he pensado, pero no puedo hacerlo. Por ti. No quiero que vivas mi deshonra. Que tengas que verla a tu lado cada día.

Ella lo señaló. —Entonces pide el traslado. Quítate de mi vista. Pero no vas a dimitir. Tienes una deuda que pagar, Paul; y puedes

pagarla, joder.

Él asintió y ella vio la aceptación en sus ojos.

Y entonces se marchó.

En los dos días que Riddick había pasado junto a la cama de Anders, el anciano se había despertado con frecuencia, pero solo durante periodos muy cortos.

Cada vez, Riddick le acercaba una pajita a los labios secos de su antiguo mentor y este se lo agradecía con un susurro ronco. —Eres un buen chico, hijo.

El deterioro de Anders había sido rápido y Riddick se había cogido unos días de permiso en su nuevo puesto en South Yorkshire para ir a despedirse. Su solicitud había sido recibida con más de una ceja arqueada; al fin y al cabo, había sido Riddick quien había hundido a Anders; ¿por qué iba a sentir nostalgia por el viejo idiota? Pero no se sentía con ganas de dar explicaciones.

A Riddick no le costó mucho obtener permiso para quedarse con Anders. Su familia, incluidas las hijas a las que había adorado, le había dado la espalda por completo. El hecho de que alguien quisiera acompañarlo durante sus últimos momentos fue bien acogido por los médicos.

Riddick entendía por qué la familia de Anders estaba dolida y, de estar en su lugar, probablemente habría hecho lo mismo. Pero Riddick sabía que él no podía adoptar una actitud de superioridad moral. Riddick se parecía más a Anders. Imperfecto. Y por esa razón, le ofreció este último servicio.

No habló durante esos dos últimos días. No porque Anders estuviera lleno de analgésicos y solo estuviera semilúcido cuando se despertaba, sino porque en realidad no tenía nada que decir. Por mucho que lo intentara, le costaba encontrar las palabras. Así que, simplemente, le daba agua a su antiguo jefe, leía un libro de bolsillo en la silla a su lado y, a veces, si le venía en gana, reflexionaba sobre tiempos mejores.

Anders nunca tuvo la oportunidad de decirle a Riddick que había actuado en su nombre e hizo una llamada telefónica que había provocado la prematura muerte de KG, pero no podía ser más obvio. Su antiguo mentor había sido sincero al afirmar que quería a Riddick como al hijo que nunca tuvo. Su último acto había sido su forma de demostrarlo. Sus años en las calles, controlando y gestionando el caos y el crimen, le habían proporcionado suficientes contactos y le habían granjeado suficientes favores.

Parecía que, en su día, Anders no había estado por encima de la ley, sino que él *era* la ley, y tal influencia nunca se desvanecía del todo.

La respiración de Anders se había vuelto más superficial. A los médicos les sorprendía que siguiera aguantando. Riddick estuvo a punto de comentar lo fuerte que había sido aquel hombre en sus buenos tiempos, pero optó por guardar silencio. Una de las enfermeras dijo que era la presencia de Riddick allí lo que lo mantenía con vida.

Riddick estaba a punto de terminar su libro de bolsillo cuando Anders dejó de respirar.

Tras haberse acostumbrado tanto a aquel jadeo superficial, el repentino silencio lo sobresaltó.

Se levantó y contempló el rostro ceniciento del hombre que lo había fortalecido y empoderado en su búsqueda de la verdad y la justicia, al menos durante un tiempo, y luego procedió a guardar sus pertenencias en la mochila.

Pulsó el timbre que había detrás de la cama de Anders para avisar a la enfermera.

Mientras esperaba a que llegara la enfermera, Riddick se inclinó y le agarró el hombro a su amigo.

Y lo mantuvo así un rato.

RIDDICK no se fue directo a casa. Hacía mucho tiempo que no derramaba una lágrima y no esperaba hacerlo ahora. Se sentía lo

bastante sereno como para tomarse un café en la cafetería del hospital. Un par de veces, se detuvo a observar la energía de la gente a su alrededor.

La vida seguía. Sí, era un cliché. ¿Pero era un cliché preguntarse cuál era su lugar en todo aquello? ¿Quién era él? *¿Qué* era él? ¿Merecía las oportunidades que seguían presentándosele?

Se preguntó, brevemente, qué estaría haciendo Claire y luego pensó, durante un rato, en Gardner.

Levantó la vista cuando una mujer de unos cincuenta y tantos años se sentó frente a él.

Estaba sonriendo y no dijo nada.

Riddick le devolvió la sonrisa, asintió brevemente y se terminó el café. Se agachó para comprobar si tenía la mochila cerrada.

Cuando volvió a levantar la vista, vio que ella seguía observándolo.

Le sonrió de nuevo mientras se levantaba de su asiento. —El café no está mal...

Ella alargó la mano y le cogió la de él. —Quédese un rato.

—Vale —dijo Riddick, sentándose de nuevo. Otro día, su instinto habría sido negarse. Pero hoy no, por alguna razón—. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—No, gracias, cariño. Me alegro solo con verte. —Volvió a sonreír.

Por muy peculiar que fuera el encuentro, Riddick no sintió la necesidad de huir de la situación. Parecía amable y tranquila. —Gracias —dijo Riddick—. Es raro oír eso.

Ella no captó su sarcasmo autocrítico o, al menos, no dio ninguna señal de haberlo hecho. Continuó mirándolo fijamente, sonriendo.

Como las palabras no llegaban, Riddick sintió la necesidad de romper el silencio. —Acabo de perder a alguien.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Erais cercanos?

—No... —se interrumpió Riddick. Respiró hondo y pensó en los dos últimos días junto a la cama de su amigo, sujetándole una pajita en la boca—. Perdón, sí. Mucho.

—Lo siento... De verdad que lo siento.

—Gracias.

Ella sonrió. De repente, él descubrió años de dolor en los rasgos de aquella mujer. —Yo también perdí a alguien muy cercano una vez. Un hijo.

A Riddick se le cortó la respiración. Sin pensarlo, esta vez fue él quien le cogió la mano. Abrió la boca para hablarle de Molly y Lucy, pero se contuvo. Era el momento de ella. Estaba compartiendo *su* dolor. —Lo siento mucho. De verdad que sí.

—Sé que lo siente, inspector Riddick. —Ella asintió y sonrió—. Sé que lo siente.

Así que lo conocía. No era inusual. La gente a menudo lo reconocía por sus apariciones en los periódicos. Era muy probable que supiera de su propia y profunda pérdida. Él asintió.

—Tengo algo que confesar —dijo ella, apretándole la mano con más fuerza—. Llevo un tiempo siguiéndole. Espero que no le importe.

Esto le recordó al doctor Hugo Sands y, sí, le molestaba que lo siguieran, pero nunca podría enfadarse o sentirse amenazado por la señora que tenía delante. Aun así, sentía curiosidad. —Ya veo. ¿Por qué exactamente?

Ella retiró la mano y abrió el bolso que tenía en el regazo. Rebuscó dentro y sacó una fotografía. La miró y sonrió. Las bolsas bajo sus ojos volvieron a temblar. —Gracias, inspector Riddick. Muchísimas, muchísimas gracias.

Deslizó la foto sobre la mesa hacia Riddick.

Él bajó la vista hacia una mujer más joven que acunaba a un bebé.

—Esa soy yo.

—Preciosa... las dos. ¿Niño o niña?

—Niño. Se llamaba Julian.

A Riddick se le cortó la respiración. Se quedó mirando a la mujer. —¿Señora Greaves?

—Hannah, por favor.

Riddick inspiró profundamente por la nariz y cerró los ojos. Sintió de nuevo la mano de ella sobre la suya. Apretando.

—Gracias por traérmelo de vuelta —dijo Hannah—. Gracias.

Riddick abrió los ojos para ver la felicidad en un rostro que había estado marcado por el dolor, y ya no pudo contenerse más.

Las lágrimas brotaron.

HABIENDO DECIDIDO ANTES que estaba lista, Gardner condujo hasta casa de Riddick.

Era la primera vez que iba allí desde que él había aceptado el puesto en South Yorkshire.

Aparcó en el otro lado de la calle y apagó las luces. Necesitaba unos minutos para serenarse, para decidir *exactamente* qué iba a decir.

No podía fiarse de sí misma si improvisaba. ¿Quién sabe adónde podría llevarle eso?

Tras un par de minutos de preparación, alargó la mano hacia el tirador de la puerta.

Retiró la mano al ver los faros de un vehículo en la carretera detrás de ella.

El coche de Riddick.

A medida que se acercaba, lo entrevió tras el parabrisas.

Respiró hondo.

Había cambiado. Tenía el pelo más largo. Había cogido algo de peso. No demasiado, pero lo suficiente para darle un aspecto más saludable.

Hizo clic en el tirador de la puerta y las luces de su coche se encendieron.

Él estaba abriendo la puerta de su casa cuando ella bajó del vehículo. Se contuvo justo a tiempo para no llamarlo.

¿Qué impresión habría dado? *¡Un poco de decoro, Emma!*

Cerró la puerta de su coche.

Mantén la calma y la serenidad, Emma. Es solo una visita. Ya has repasado lo que vas a decir.

Empezó a cruzar la carretera, sin apartar los ojos de Riddick.

La puerta de la casa se abrió. Allí estaba una mujer a la que Gardner no conocía.

¡Mierda!

Gardner se quedó paralizada en medio de la carretera.

La mujer rodeó a Riddick con los brazos y empezaron a besarse.

¡Dios, qué tonta eres, Emma!

Con la cara ardiendo, Gardner deseó hacerse un ovillo en la carretera y morirse.

En lugar de eso, tomó la opción sensata. Se dio la vuelta para volver al coche antes de que alguien la viera...

De repente, unos faros la iluminaron.

¡Mierda!

Levantó la mano, disculpándose con el conductor que se acercaba, y corrió de vuelta a su coche.

El conductor le dedicó un bocinazo por si acaso.

¡No!

Se dio la vuelta y volvió a mirar hacia la casa de Riddick. Dos pares de ojos la observaban.

Ahora sí que le apetecía que se la tragase la tierra.

Volvió a girarse bruscamente, abrió la puerta y se metió de un salto en el coche.

Sensata como siempre, miró por los retrovisores antes de incorporarse a la calzada, pero ni loca pensaba volver a mirar hacia la casa.

1990

El niño estaba cansado.

Sus pesadillas lo mantenían despierto hasta tarde. Pesadillas en las que todo a su alrededor se hacía pedazos: el suelo, las paredes, incluso las caras de quienes lo miraban.

Todo se resquebrajaba, se desmoronaba, se hacía añicos delante de sus propios ojos.

Pero, por muy cansado que estuviera, nada podía eclipsar la magnificencia de lo que tenía delante.

Colgando del borde del Pozo Petrificante. La tetera de porcelana, el bate de críquet y su favorito, el...

—Mi padre dijo que parece la calavera de un gigante vista de lado.

Se giró y miró al niño que estaba a su lado. No lo conocía, pero eran de una edad parecida.

Volvió a centrar su atención en el borde de la cueva, el agua que goteaba, los objetos petrificados.

—Mi padre dice que estas cosas se murieron de miedo —rio el niño—. Por la cabeza del gigante.

—No funciona así.

—Ya lo sé... Es que a veces es muy gracioso. Tiene que ver con los minerales.

—No, no me refiero a eso. Lo que quiero decir es, ¿por qué el miedo? ¿Por qué decir que se asustaron? Todo está congelado. Fijo. Inmóvil. ¿Por qué llamarlo el Pozo Petrificante si todo parece tan apacible?

—Paul —dijo un hombre a sus espaldas—. Paul, vámonos.

—Vale.

Se alegró cuando el niño se marchó.

No entendía lo que estaba diciendo.

Nadie parecía entender nunca lo que decía.

Cuando les contaba sus pesadillas a sus amigos del colegio, se reían. Cuando se las contaba a los adultos, se encogían de hombros.

Nadie lo entendía.

A todas horas, en el mundo de los sueños o fuera de él, todo parecía estar rompiéndose.

Todo.

Pero aquí era diferente.

Sus ojos se movían entre los osos de piedra.

Muy diferente.

Un caso de hace décadas... Cuando exhuman de su tumba el cuerpo de una niña, la inspectora jefa Emma Gardner sabe que este macabro hallazgo es algo más que un simple accidente. A Penny Maiden la mataron en un atropello con fuga hace cuarenta años, y nunca encontraron al culpable... ¿Podría tratarse de alguien que intenta reparar una antigua injusticia?

Un inspector en la cuerda floja... Decidido a llevar ante la justicia a una peligrosa banda de narcotraficantes, el inspector Paul Riddick se esfuerza por seguir las reglas. Tras sus anteriores acciones temerarias, sabe que esta es su última oportunidad para conservar el trabajo que tanto ama. Pero cuando su vida personal da un giro inesperado, Riddick empieza a perder el control de nuevo.

Emma necesita que Paul la ayude con su caso, sobre todo cuando aparecen más cadáveres en el mismo cementerio. Pero, dolida por lo que Riddick le hizo en el pasado, Emma no está segura de poder volver a confiar en él.

Y a medida que el comportamiento de Paul entra en una espiral cada vez más destructiva, Emma teme que sea demasiado tarde para salvar a su viejo amigo de sí mismo...

Agradecimientos

Llevar a Riddick a la cueva de Mother Shipton, el corazón de Knaresborough, ha sido mi reto más ambicioso hasta la fecha. Me complace informar de que los sucesos aquí retratados son completamente ficticios y que es un lugar maravilloso para visitar, sobre todo en un día de verano.

Una vez más, Boldwood ha hecho más de lo que cabía esperar al proporcionarme la experiencia y el apoyo incondicional que necesitaba. ¡Emily Ruston, Candida Bradford y Susan Sugden forman un equipo formidable!

Gracias de nuevo a mi maravillosa esposa y a mis dos hijos. ¡No tengo ni idea de cómo soportan mis largos retiros a este universo alternativo! Mucha paciencia, supongo.

También una mención especial para Kath Middleton por sus correcciones de última hora. ¡Siempre está ahí en los momentos de mayor presión laboral!

Estaré eternamente agradecido a todos los blogueros, a Donna y Sharon, así como a mis lectores. Que todos vosotros defendáis mis libros y me apoyéis siempre, hace de mí un autor extremadamente afortunado.